DANIELA FUENTES

Novio de mentiras

UNA COMEDIA ROMÁNTICA MEXICANA



DANIELA FUENTES

Novio de mentiras

Una comedia romántica mexicana

ÍNDICE

Capítulo 1 — ¡Valeria trajo novio!
Capítulo 2 — El hombre de la parada
Capítulo 3 — El contrato
Capítulo 4 — Las reglas del novio falso
Capítulo 5 — 14 años
Capítulo 6 — La cena de los Montes
Capítulo 7 — El tercer grado
Capítulo 8 — Ensayo general de novios
Capítulo 9 — La noche de Val
Capítulo 10 — El radar de la Cuca
Capítulo 11 — El mercado
Capítulo 12 — La apuesta
Capítulo 13 — El pueblo se entera
Capítulo 14 — De novios por el mercado
Capítulo 15 — La plaza
Capítulo 16 — La despedida de soltera
Capítulo 17 — Tú sí eres feliz, ¿verdad?
Capítulo 18 — El atrio
Capítulo 19 — El que llegó de Monterrey
Capítulo 20 — La prepa, catorce años después
Capítulo 21 — El consejo de Karla
Capítulo 22 — La azotea
Capítulo 23 — La noche de Mateo
Capítulo 24 — La noche de Val
Capítulo 25 — Paulina se quiebra
Capítulo 26 — El pastel dañado
Capítulo 27 — La reparación

Capítulo 28 — El ensayo general
Capítulo 29 — El radar
Capítulo 30 — La cena de ensayo
Capítulo 31 — El brindis
Capítulo 32 — El regreso
Capítulo 33 — ¿Qué somos?
Capítulo 34 — El casi
Capítulo 35 — La reconciliación
Capítulo 36 — La noche de Mateo
Capítulo 37 — La boda
Capítulo 38 — El ayudante
Capítulo 39 — El puñal
Capítulo 40 — El banquete
Capítulo 41 — El baile de los padrinos
Capítulo 42 — El jardín
Capítulo 43 — La calma de Chole
Capítulo 44 — Lo que la abuela sabía
Capítulo 45 — La confesión
Capítulo 46 — El grito
Capítulo 47 — La calle
Capítulo 48 — Ya basta
Capítulo 49 — El cuaderno
Capítulo 50 — La parada del mercado
Capítulo 51 — El trato terminó. Yo no.
Capítulo 52 — La primera semana
Capítulo 53 — Los sábados
Capítulo 54 — El letrero
Capítulo 55 — El despacho
Capítulo 56 — Diciembre
Capítulo 57 — El café de la disculpa
Capítulo 58 — La posada
Capítulo 59 — El atrio

Capítulo 60 — Un año después

Capítulo 1 — ¡Valeria trajo novio!

—¡VALERIA TRAJO NOVIO!

El grito de la tía Chole atravesó la cocina como una campanada, y la familia Montes entera se congeló a mitad de lo que estaba haciendo: Lupe con el cucharón en el aire, Paulina con el ramo de flores a medio acomodar, Toño con la cerveza a dos centímetros de la boca, y Don Aurelio, que estaba leyendo el periódico, levantando la vista con la calma de quien ha visto pasar muchas cosas en la vida.

Yo estaba parada en la puerta con el pastel de tres pisos en los brazos, el sudor de la Terminal Norte todavía pegándome el fleco a la frente, y al lado, sin que yo pudiera explicarlo —ni siquiera a mí misma—, estaba Mateo Del Valle.

Levanté la barbilla. Es lo que hago cuando no sé qué hacer: levanto la barbilla y dejo que el mundo vea que no me he caído.

Mateo Del Valle. El hombre que me dejó plantada en el baile de fin de cursos hace catorce años. El niño rico de la hacienda. El fresa que nunca miró hacia abajo cuando caminaba por el pueblo. Ahí, parado en la puerta de la casa de mi abuela, con un traje que costaba más que mi depa de la Narvarte, arrugado de viaje, y con una expresión de "yo tampoco sé qué estoy haciendo aquí" que casi me habría dado risa si no fuera porque el pánico me estaba subiendo por la garganta.

—¿Novio? —dijo Lupe, mi mamá, bajando el cucharón como si fuera un arma—. ¿Novio de quién?

—¡De Valeria, pues! —Chole ya estaba a medio patio, con los brazos abiertos, como si hubiera ganado la lotería—. ¡La vi en la parada! ¡Se bajaron juntos del camión! Bueno, no del camión, pero él la ayudó con el pastel y le cargó la maleta, ¡y se veían como novios, yo sé lo que veo!

—¿Y tú para cuándo? —me preguntó mi mamá, porque mi mamá no tiene otro saludo.

—Mamá, no —dije yo, y el pastel me pesaba más con cada segundo.

—Es un gusto conocerla —dijo Mateo, y su voz sonaba exactamente como la recordaba: educada, segura, con ese tonito de la gente que nunca ha tenido que pedir permiso para nada—. Mateo Del Valle. Soy el hermano del novio.

El silencio que siguió fue tan profundo que se oía el motor del refrigerador.

—¿El hermano del novio? —repitió Paulina, dejando el ramo—. ¿El hermano de Emilio? ¿El de la hacienda?

—El mismo.

—¿Y cómo es que tú… —Paulina me miró a mí, luego a él, luego a mí otra vez, y sus ojos se hicieron grandes—. ¿¡Val!? ¿¡Y tú no me habías dicho nada!?

La abuela Cuca, desde su mecedora en el rincón, no dijo nada. Solo me miró. A mí. Luego miró a Mateo. Luego volvió a mí. Y siguió meciéndose, con esa sonrisa suya que siempre ha sabido más que todos nosotros juntos.

—Pues yo creo que esto se festeja —dijo Chole, ya frotándose las manos—. ¡Mi sobrina con novio! ¡Y de los Del Valle! Ay, Dios mío, Lupe, ¿ya viste? ¡Qué boda vamos a tener aquí!

—No hay ninguna boda —dije yo, con la voz un poco más alta de lo que quería—. Tía, no estás entendiendo. Nosotros no…

—Claro que no hay boda todavía —me interrumpió Chole, guiñándome un ojo—. Pero va a haber. ¡Yo sé lo que veo! El muchacho la mira de cierta forma, y ustedes dos vienen juntos del camión…

—De la parada —corregí yo, débilmente.

—¡La parada, el camión, es lo mismo! ¡El amor no pregunta dónde empieza!

Toño, mi hermano, tomó al fin su cerveza. La destapó con los dientes, cosa que hace solo cuando está procesando información, y

me miró por encima de la botella con una expresión que conocía bien: "esto te lo voy a cobrar después".

Don Aurelio, mi papá, dobló el periódico con mucha calma, se levantó, y se acercó a mí.

—¿Ese es el pastel? —preguntó.

—Sí, papá.

—¿El de la boda de Paulina?

—Sí.

—¿El de tres pisos?

—Sí, papá.

—Está bien bonito —dijo, y me lo quitó de los brazos con el mismo cuidado con el que se carga a un recién nacido—. Lo guardo en la tienda, en el refrigerador. Ahí no se va a echar a perder.

Y se fue con el pastel, sin mirar a Mateo, sin preguntar nada. Mi papá es así: el pastel era lo más importante de la escena, y él lo sabía.

—Pase, pase, muchacho —dijo Chole, tomando a Mateo del brazo y jalándolo hacia adentro—. ¿Ya comiste? ¿Quieres un taco? Lupe, caliéntale algo. ¡Un novio no se puede ir con hambre!

—Tía, no es mi novio —dije yo, pero mi voz ya no llegaba a nadie.

La sala estaba llena de Montes: Lupe en la cocina, Chole gesticulando, Paulina con los ojos brillantes, Toño recargado en el marco de la puerta con los brazos cruzados. Olía a mole y a cera de piso, y el radio sonaba bajito, como siempre, en la estación de cumbias de la abuela. Y en la pared, mirándonos a todos desde su marco, el retrato de Don Chucho: mi abuelo, con su sombrero y su sonrisa de pocos dientes, el hombre que se había pasado la vida queriendo a mi abuela sin nunca decírselo de frente. Si estuviera vivo, pensé, ya habría salido a defender la escena con su risa. Pero mi abuelo era puro retrato y yo estaba sola ante el desastre.

—¿Qué haces ahí parada, mija? —dijo la abuela desde su mecedora, sin dejar de mecerse—. El muchacho ya entró. Tú

también.

Yo miré la foto de mi abuelo y sentí el nudo en la garganta. La abuela me había visto llegar sola a demasiadas bodas. Me había visto aguantar las preguntas de Chole con una sonrisa y un "ya veremos". Me había visto cumplir treinta años con una veladora y un pastel que hice yo misma, porque nadie más me lo iba a hacer.

Y ahora, por una casualidad del tamaño de un malentendido, estaba parada en su puerta con el hijo de los Del Valle al lado.

Entré a la cocina. Mateo estaba sentado a la mesa, con un taco en la mano que Chole le había puesto sin preguntar, y una expresión de hombre que ha perdido el control de su propia vida. Mi mamá le servía frijoles. Paulina le preguntaba por Emilio con los ojos brillantes. Toño lo miraba como se mira a un animal exótico en un zoológico.

—Escuchen —dije yo, con las manos en alto—. Escúchenme todos. Mateo y yo no somos novios. Nos encontramos en la parada. Él me ayudó con el pastel. Eso es todo.

—Claro, claro —dijo Chole, sin dejar de sonreír—. Se encontraron en la parada. Como en las películas. ¿Y cuánto llevan? ¿Mucho tiempo?

—Tía, no estamos…

—¿Y por qué no nos habías dicho nada? —Paulina, con el ramo otra vez en las manos—. ¡Yo le conté a Emilio TODO sobre ti! ¿Y tú escondiendo a su hermano?

—No lo estoy escondiendo, no hay nada que esconder…

—Ya, ya —dijo la abuela, entrando a la cocina con la calma de siempre, y todos se callaron porque cuando la abuela habla, se calla hasta el radio—. La niña dice que no son novios. Pues no son novios. Ya comerán y se irá.

Y me miró.

Solo me miró. Con esa sonrisa suya de la que sabe todo.

Mateo me miró por encima del hombro mientras Chole lo arrastraba hacia la cocina. Y en esa mirada había algo que no

esperaba: no burla, no incomodidad. Algo más parecido a un pedido de auxilio.

Yo no sabía si reírme, llorar, o esconderme en el baño hasta que todos se olvidaran de mí.

Me quedé parada en la puerta, con los brazos vacíos donde antes estaba el pastel, viendo a mi familia envolverse alrededor del hombre que me había roto el corazón a los dieciséis años como si fuera un regalo de Reyes.

Y entonces lo entendí todo.

No había forma de explicar esto. No había forma de decir "no es mi novio, es el hermano del novio, nos encontramos en la parada por casualidad y me ayudó con el pastel porque soy una idiota que no puede cargar veinte kilos de fondant". No había forma, porque mi tía Chole ya había visto lo que quería ver, y cuando mi tía Chole ve algo, el pueblo entero lo sabe antes de que termine la tarde.

Yo, Valeria Montes, pastelera, treinta años, cero novio, estaba oficialmente, irrevocablemente, en el centro de un malentendido del tamaño de la hacienda Del Valle.

Y lo peor de todo era que el pastel —mi pastel, mi obra maestra de tres pisos— ya no estaba en mis brazos para usarlo como escudo.

Capítulo 2 — El hombre de la parada

Cuarenta minutos antes de que la tía Chole gritara como si hubiera visto un ovni, yo estaba parado en la parada de autobuses de San Gabriel —el pueblo donde hasta los perros saben tu nombre, tu apellido y a qué hora llegaste—, con la corbata aflojada, el maletín en el suelo y la certeza absoluta de que odiaba ese pueblo.

No lo odiaba en serio. Uno no odia el lugar donde creció, o por lo menos no debería. Lo que odiaba era lo que San Gabriel hacía conmigo: me devolvía a la versión de Mateo Del Valle que había dejado de ser hace años. El niño rico de la hacienda. El que nunca pedía permiso. El que se creía mejor que todos porque su apellido pesaba más que su apellido.

—¿Mateo? —dijo una voz a mi lado, y mi estómago dio un salto que no se explicaba.

La mujer del pastel.

La había visto bajar del camión cinco minutos antes, peleando con una caja de pastel del tamaño de un mueble, y había pensado dos cosas: primero, que nadie en su sano juicio viaja tres horas y media en camión con un pastel de boda en el regazo; y segundo, que su pelo rizado, revuelto por el viento de la carretera, le quedaba tan bien que era casi una injusticia.

No la había reconocido. No de inmediato.

Pero cuando dijo mi nombre —"¿Mateo?"—, con esa voz que mezclaba sorpresa y algo parecido a la furia, el mundo hizo clic. Catorce años de distancia se colapsaron en un segundo, y yo supe exactamente quién era.

Valeria Montes.

La niña que me pidió ir al baile de fin de cursos. La que esperó en el atrio de la parroquia con un vestido que yo nunca llegué a ver puesto, porque nunca llegué a ir. La que me miró al día siguiente, en el mercado, con los ojos secos y el silencio como escudo, mientras

yo fingía que no la conocía, que no había sido yo, que la apuesta había sido una idea de los demás y yo solo la había seguido.

—Valeria —dije, y mi voz sonó rara, incluso para mí.

—Mateo Del Valle —dijo ella, y no era una pregunta. Era una acusación con nombre y apellido—. Qué sorpresa.

—Sí —dije yo, brillantemente—. Qué sorpresa.

El pastel se tambaleó en sus brazos. Dio un paso, trastabilló, y el instinto me ganó a la inteligencia: estiré las manos y lo atrapé justo cuando el fondant iba a besar el suelo.

—¡Cuidado! —gritamos los dos al mismo tiempo.

Y ahí estábamos: ella con los brazos extendidos, yo con el pastel de tres pisos en las manos, y el viento del pueblo metiéndose entre los dos como si fuera un testigo más.

—Es el pastel de la boda de Paulina —dijo ella, recuperando el aliento—. Si se cae, me muero. Literalmente. Me muero y los Del Valle me tienen que velar.

—¿Paulina? ¿La novia de mi hermano?

—Tu hermano se casa con mi prima. ¿No lo sabías?

Lo sabía. Emilio me había hablado de Paulina Montes durante meses, con esa voz de hombre enamorado que yo no entendía del todo. Paulina Montes. Montes. La familia de la tienda de abarrotes. La familia de la abuela que vendía tamales en las fiestas patronales.

—Claro que lo sabía —dije—. No sabía que… bueno.

Que tú eras la prima. Que la prima eras tú.

No lo dije. En lugar de eso, le devolví el pastel con cuidado, como si fuera una reliquia, y ella lo recibió con el mismo respeto.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó, y la pregunta sonaba a reproche, como si mi presencia en mi propio pueblo fuera un atropello—. ¿No vives en la ciudad?

—Sí. Vine por la boda. Emilio dijo que necesitaba ayuda con los brindis.

—Ah. —Ella asintió, sin mirarme—. Claro. Los brindis.

Silencio. El viento otra vez. Un perro cruzó la calle sin apuro.

—¿Te ayudo con la maleta? —ofrecí, porque era lo único que se me ocurría, y porque no soportaba el silencio.

—No gracias. Ya me las arreglo.

—Son dos maletas y un pastel.

—Ya me las arreglo.

—Valeria, son dos maletas y un pastel del tamaño de un…

—Ya me las arreglo, Mateo. Gracias.

Y entonces, como si el destino tuviera sentido del humor, apareció la tía Chole.

No la vi llegar. Nadie ve llegar a la tía Chole: es como el clima, simplemente está. De pronto estaba ahí, con su bolsa del mandado, su vestido de flores y sus ojos de halcón, mirándonos a los dos como si hubiera encontrado un billete de lotería en la calle.

—¿Valeria? —dijo, y su voz subió dos tonos—. ¿Valeria con un muchacho? ¿Desde cuándo?

—Tía, no es… —empezó Valeria.

—¡Ay, Dios mío! —gritó Chole, dejando caer la bolsa—. ¡Es el hijo de la Del Valle! ¡El de la hacienda! ¡El hermano del novio!

—Tía, escúchame…

—¡Y se bajaron juntos del camión! ¡Los vi! ¡Y él le cargaba el pastel! ¡Eso es lo que hace un novio, cargar el pastel de su novia!

—Tía, él no es mi…

—¡La familia tiene que conocerlo! ¡Vengan, vengan, la abuela se va a morir de la emoción! —Y ya nos estaba jalando a los dos hacia la calle principal, con la fuerza de un tractor—. ¡Lupe! ¡Lupe! ¡Adivina quién viene a comer!

—Tía, esto es un malentendido —dijo Valeria a mi lado, pero su voz ya no llegaba a nadie.

Chole ya estaba a media cuadra, gritando el nombre de su sobrina hacia la casa de la abuela, y el pueblo entero —la señora de

la tortillería, el carnicero, el hombre que barría la banqueta— se había dado vuelta para mirarnos.

—¿Y por qué no dijiste nada? —me reclamó Valeria por lo bajo, cargando el pastel—. ¿Por qué no le dijiste que no soy tu novia?

—¿Y qué querías que dijera? —contesté, con la maleta en la mano—. Tu tía no me dejó meter palabra. Además… —dudé—. Además, pensé que sería más fácil que lo explicaras tú. Eres su familia.

—Mi tía no escucha explicaciones. Mi tía escucha lo que quiere oír.

—Ya me di cuenta.

Caminamos en silencio unos metros, con Chole adelante abriéndonos paso como un buque. El pueblo entero nos miraba: la señora de la tortillería dejó de tortear, el carnicero se asomó con el cuchillo en la mano, y un grupo de chavos en la esquina se quedó con la boca abierta.

—Esto es como desfilar en un rodeo —murmuró Valeria.

—Peor —dije yo—. En el rodeo por lo menos uno elige montar.

Y a pesar de todo, a pesar del pánico y de la vergüenza y de las ganas de que me tragara la tierra, casi me río.

Caminé al lado de Valeria, con la maleta en la mano y una expresión que ni yo mismo sabía leer. Ella caminaba con el pastel en los brazos y las mejillas rojas.

—Lo siento —dije, en voz baja—. Tu tía es así.

—Ya me di cuenta.

—No tiene remedio. Es como… un fenómeno natural.

—Un fenómeno natural con vestido de flores.

Solté un sonido que era mitad tos, mitad risa, y ella, contra todo su criterio, pareció aflojarse un poco.

—Tú también eres familia de la novia —dije—. ¿Por qué no me habías dicho que eras la prima?

—Porque no sabía que tú eras el hermano. Y porque si lo hubiera sabido, habría venido con un pastel de otro sabor. Uno más… venenoso.

Me quedé callado un segundo. Luego dije:

—Me lo merezco.

—Sí. Lo sé.

Y llegamos a la puerta de la casa de la abuela.

La tía Chole entró primero, por supuesto. Abrió la puerta de par en par, llenó los pulmones de aire, y soltó el grito que iba a cambiar mi vida:

—¡VALERIA TRAJO NOVIO!

El grito atravesó la sala y se coló hasta la cocina, donde alguien dejó caer una cuchara. Valeria entró detrás de Chole. Yo me quedé un segundo en la puerta, y en el camino, sin querer, vi el altar de muertos junto a la entrada: el papel picado naranja, las veladoras todavía encendidas, y la foto de un señor con sombrero, como si se estuviera riendo del desastre desde el más allá.

—No es mi novio —dijo Valeria, a nadie en particular.

Y en el fondo de la sala, desde su mecedora, la abuela Cuca me miró. A mí. A Mateo Del Valle. Con los ojos de la mujer que ha visto nacer a medio pueblo y enterrar a la otra mitad.

—¿Y ese? —preguntó, con la sonrisa de la que lo sabe todo.

Capítulo 3 — El contrato

La abuela nos mandó al patio.

No lo dijo así, claro. Lo dijo como lo dice todo: con una taza de café en la mano y una orden disfrazada de sugerencia.

—Vayan a tomar aire, hijos. La cocina está llena de gente y ustedes dos tienen cara de que necesitan hablar.

Y ahí estábamos: en el patio de la casa grande, bajo la buganvilia, con el sol de noviembre cayendo sobre los dos como un reflector.

—Esto es un desastre —dije yo, sin rodeos.

—Un desastre —confirmó Mateo, y se quitó la chaqueta del traje, doblándola con un cuidado que me hizo apretar los dientes. Claro. Los Del Valle doblan sus chaquetas de tres mil pesos como si nada. Nosotros, los Montes, doblamos las cobijas en la azotea para que no se mojen.

—Tu tía acaba de casarnos —dijo él—. Delante de toda tu familia. Y probablemente de medio pueblo, porque tu tía no sabe hablar en voz baja.

—Mi tía no es el problema. El problema es que tú no dijiste nada.

—¿Qué querías que dijera? ¿"Discúlpeme, señora, pero no soy el novio, soy el hermano del novio, y su sobrina y yo nos conocemos de la prepa, donde yo la dejé plantada"? ¿Así, delante de todos?

Me quedé callada, porque tenía razón, y odiaba que la tuviera.

—Además —añadió, y su voz cambió, se volvió más baja, más incómoda—. Yo sí te debo una disculpa. De la prepa. Hace catorce años.

—No me debes nada —dije yo, rápido, porque no quería hablar de eso, no ahí, no con él, no nunca—. Eso fue hace mucho tiempo. Ya lo superé.

—¿Lo superaste?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí, Mateo. De verdad. No eres tan importante como para que te recuerde catorce años.

Mentira. Lo recordaba todos los días. No a él: a la humillación. A la espera en el atrio de la parroquia, con el vestido que mi mamá me había cosido, viendo llegar a todos los demás, y a él nunca. Al silencio del pueblo al día siguiente, ese silencio que se hace cuando todos saben lo que te pasó y nadie quiere decírtelo. A la pregunta de mi abuela —"¿y tu acompañante, mija?"— y a mi respuesta, con los puños apretados: "no pudo venir, abuela. Cosas de la ciudad".

Catorce años. Y el muy descarado estaba parado frente a mí, en el patio de mi abuela, con su traje arrugado y su cara de arrepentimiento de revista.

—Escucha —dijo él, y se pasó la mano por el pelo, un gesto que no le conocía, que lo hacía ver más chico, más real—. Sé que esto es una locura. Pero tu tía acaba de correr la voz por todo San Gabriel. Para cuando oscurezca, el pueblo entero va a saber que Valeria Montes trajo novio, y que el novio es el hijo de los Del Valle.

—Ya sé.

—Y mi familia también se va a enterar. Camila —mi mamá— se va a enterar de que su hijo menor llegó al pueblo con una novia que nadie conocía, y va a hacer dos cosas: primero, se va a enojar porque no le avisé; segundo, me va a presentar a la hija de los González en la cena de ensayo, como lleva haciendo desde que tengo veintinueve años.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Mateo respiró hondo. Me miró a los ojos, y por un segundo, bajo el fresa y el traje caro, vi al niño que había conocido en la prepa. El que se reía en el recreo con los hijos de la hacienda vecina. El que una vez le pagó los elotes a mi hermano Toño sin que nadie lo viera.

—Tengo una propuesta —dijo—. Y sé que suena loca. Pero las dos familias nos van a comer vivos este fin de semana si no tenemos una historia que contar.

—¿Qué propuesta?

—Déjame ser tu novio.

Me quedé con la boca abierta. Literalmente. Con la boca abierta, como una idiota, en el patio de mi abuela, bajo la buganvilia.

—¿Qué?

—Falso —se apresuró a aclarar—. Novio falso. Hasta el domingo. Tú necesitas que tu familia deje de preguntarte cuándo te vas a casar, y yo necesito sobrevivir a la boda de mi hermano sin que mi mamá me case con la hija de los González. Es una semana. Unos días. Nos hacemos los novios, aguantamos las miradas, y el domingo, cuando todo termine, cada quien se va a su vida y nadie vuelve a saber de nadie.

—Estás loco.

—Puede ser. Pero piénsalo: tu tía ya nos casó. El pueblo ya nos casó. La única diferencia entre ser novios falsos y ser dos desconocidos que se encontraron en la parada es que si somos novios falsos, tú no tienes que aguantar sola las preguntas de tu familia, y yo no tengo que aguantar solo a la mía.

—No. No, no y no.

—Valeria…

—No. Yo no finjo ser tu novia. Ni por todo el aguacate de la hacienda. Ni por nada.

—Ni siquiera para que tu tía deje de preguntarte cuándo te vas a casar —dijo él, con una media sonrisa que me hizo querer pegarle —. Porque, seamos honestos, esa pregunta la vas a escuchar en la cena de hoy, en la despedida de mañana, en el ensayo del viernes y en la boda del sábado. Y no va a ser una pregunta. Van a ser cincuenta.

Tenía razón. Otra vez. Y lo odiaba.

—Además —añadió, y su voz bajó de tono—. Hay algo que debes saber. Emilio me habló de Paulina durante meses, y siempre me decía lo mismo: que la familia de su novia era gente buena. Gente que lo recibió como si fuera de la casa. —Me miró—. Cuando llegué a la parada y te vi con el pastel, no sabía que eras tú. Pero cuando te reconocí, pensé: claro. Claro que es de esta familia. Claro que es la que carga el pastel de tres pisos en el camión.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que mi hermano tiene razón. Que su familia es gente buena. —Se encogió de hombros—. Y que yo, hace catorce años, fui un idiota con la hija de una familia buena.

Miré hacia la cocina. A través de la ventana, vi a mi mamá sirviendo frijoles, a Chole gesticulando con las manos, a Paulina con los ojos brillantes contándole algo a Toño. Vi a la abuela, sentada en su mecedora, mirándome a través del vidrio con esa sonrisa suya.

Y pensé en la última boda. Y en la de antes. Y en la de antes de esa. En todas las veces que llegué sola, con un pastel que hice yo misma como excusa, y aguanté las preguntas con una sonrisa y un "ya veremos" que ya nadie se creía.

—Está bien —dije, y las palabras me salieron antes de que mi cerebro pudiera detenerlas—. Está bien. Pero pongo las reglas yo.

Mateo parpadeó.

—¿Perdón?

—Dije que está bien. Que voy a fingir ser tu novia. Pero las reglas las pongo yo, y son innegociables.

—¿Me estás hablando en serio?

—Nunca hablé más en serio en mi vida —dije, y crucé los brazos —. Y si vas a ser mi novio falso, vas a ser el novio falso mejor portado de la historia de San Gabriel. Porque si me vas a dejar plantada otra vez, Mateo Del Valle, esta vez no va a ser en un baile de la prepa. Va a ser frente a mi familia, mi pueblo y mi abuela.

Y por primera vez desde que lo conocía, vi a Mateo Del Valle tragar saliva.

Capítulo 4 — Las reglas del novio falso

Saqué el cuaderno de recetas de la bolsa.

Era mi cuaderno de la repostería: el que tenía las recetas de mi mamá, de mi abuela, y las mías, las que había inventado yo con prueba y error y mucha paciencia. Las páginas olían a vainilla. En una de las últimas hojas, con el lápiz que siempre traía en la bolsa, escribí el título más absurdo de mi vida:

Contrato del novio falso.

—¿En serio? —dijo Mateo, asomándose por encima de mi hombro—. ¿Un contrato?

—Regla número uno —dije yo, sin levantar la vista—: cero contacto físico. Nada de tomarme la mano, nada de abrazos, nada de besos. Ni en público ni en privado. Somos novios de lejitos, como los de antes.

—¿Y si tu familia nos empuja? Porque tu tía ya nos empujó para la foto.

—Si te empujan, te dejas empujar y te apartas con elegancia. Esa es tu especialidad, ¿no? La elegancia.

Mateo abrió la boca para protestar y la cerró.

—Regla número dos: cero "mi amor" fuera de escena. Nada de apodos, nada de diminutivos, nada de "cariño" ni "gordita" ni "princesa". Somos novios, no personajes de telenovela.

—¿Y dentro de escena?

—Dentro de escena, lo mínimo necesario. Y solo si hay público. Si estamos solos, me hablas como se habla a una persona normal: con respeto y sin cursilerías.

—O sea que si tu tía está cerca, ¿puedo decirte "mi amor"?

—Si mi tía está cerca, puedes decirme "mi amor" una vez, y después me cuentas cómo te fue en el dentista. —Levanté la vista del cuaderno—. ¿Entendido?

—Entendido.

—Regla número tres: yo no te cocino. Nada de que te haga de comer, nada de que te sirva, nada de que te traiga el café. Yo no soy tu mamá ni tu sirvienta. Si tienes hambre, te sirves tú.

—Pero si tu familia me invita a comer…

—Te sirves tú. Te van a querer servir a ti todo el tiempo —eres el novio, el invitado de honor—, pero tú vas a insistir en servirte tú mismo. Eso se llama ser un adulto funcional. A lo mejor aprendes algo este fin de semana.

Mateo hizo un sonido que era mitad risa, mitad bufido.

—Regla número cuatro: nada de palabras rimbombantes. Nada de "exquisito", nada de "sobresaliente", nada de "encantadora". Hablas como la gente normal, como la gente de este pueblo.

—¿Y si soy de este pueblo?

—Tú eres de la hacienda, Mateo. Son cosas distintas y lo sabes.

Se quedó callado. Tenía razón y lo sabía.

—Regla número cinco —dije, y subrayé la línea con fuerza—: fecha de caducidad. Domingo, ocho de la mañana. Cuando suene esa hora, el trato termina. Tú te vas a tu vida en la ciudad, yo me voy a la mía, y esto queda como una anécdota que ninguno de los dos va a contar nunca.

—Ocho de la mañana —repitió él, como si estuviera memorizando.

—Ocho de la mañana. Ni un minuto más.

—Regla número seis: nadie se entera. Ni tu familia, ni mi familia, ni el pueblo. Esto es un secreto entre tú y yo.

—¿Ni siquiera Emilio?

—Ni siquiera Emilio. Tu hermano es buena gente, pero buena gente no sabe guardar secretos. Se le nota en la cara cuando miente, igual que a ti.

—No miento.

—Mientes fatal. Acabas de parpadear tres veces seguidas.

Mateo parpadeó tres veces seguidas y me miró con una mezcla de sorpresa y respeto que casi, casi, me hizo gracia.

—Y una aclaración —añadí, levantando el lápiz—. Esto no es porque yo quiera fingir que somos novios. Esto es porque mi abuela tiene el corazón delicado, mi tía tiene la boca grande, y mi mamá lleva diez años preguntándome cuándo me voy a casar. Si no fuera por ellas, te habría mandado al diablo en la parada.

—Lo sé.

—¿Y aun así quieres seguir con el trato?

—Aun así. —Y por un segundo, su voz sonó sin el tonito de la gente que nunca ha pedido permiso—. Porque tú también me estás salvando a mí de mi familia, Valeria. Y eso no se me va a olvidar.

—Y la regla número siete —dije, y esta vez no levanté la vista del cuaderno, porque esta era la importante—. La regla número siete es la más importante de todas.

—¿Cuál es?

—No me dejes plantada.

El silencio se instaló en el patio. Se oía el viento en las buganvilias, el radio de la cocina, la risa de Paulina adentro. Y entre los dos, el peso de catorce años.

—Como en la prepa —dije, y mi voz salió más baja de lo que quería—. Me dejaste plantada en el baile, delante de todo el pueblo. No volví a pedirle a nadie que me acompañara a ningún lado durante tres años. Así que si vamos a hacer esto, si vamos a fingir, quiero que me prometas que no me vas a dejar plantada otra vez. Que este fin de semana vas a estar donde se supone que tienes que estar, haciendo lo que se supone que tienes que hacer, hasta que el trato termine.

Mateo no dijo nada durante un rato.

Cuando habló, su voz sonaba distinta. Más limpia. Sin el tonito de la gente que nunca ha pedido permiso.

—Te lo prometo —dijo—. No te voy a dejar plantada.

—¿Y cómo sé que vas a cumplir? Porque la última vez también prometiste.

—La última vez no prometí. Acepté ir y no fui. Fue peor, lo sé. Pero esta vez te lo estoy prometiendo en serio, delante de tu abuela y de tu buganvilia y de todo lo que sea sagrado en este pueblo.

—Delante de mi buganvilia —repetí, sin poder evitarlo, y un principio de risa me subió por la garganta—. Qué romántico.

—Es lo que hay. El atrio de la parroquia ya lo usamos para lo del baile.

—No digas eso.

—Perdón. Fue un chiste de mal gusto.

—Fue un chiste de mal gusto —confirmé—. Pero al menos reconociste que lo fue. Eso es progreso.

Lo miré. El sol de la tarde le daba de lleno, y por primera vez desde que lo había visto en la parada, se veía menos como un Del Valle y más como un tipo normal con un traje caro y un problema enorme.

—Está bien —dije—. Acepto el trato. Con las reglas.

—¿Y cómo se sella? —preguntó él, con una sonrisa que quería ser pícara y le salió nerviosa—. ¿Apretón de manos? ¿Pacto de sangre?

—Con la regla número uno en mente, te propongo lo más razonable: un choque de dedos.

—¿Un choque de dedos?

—Es lo que hacen las personas civilizadas que no quieren tocarse las manos.

Mateo estiró el puño. Yo estiré el mío. Chocamos los dedos en el aire, con un golpe seco y ridículo, bajo la buganvilia del patio de mi abuela.

—Trato hecho —dijo él.

—Trato hecho —dije yo.

Y en el momento exacto en que nuestros dedos se separaron, sentí algo. Un piquete. Pequeño, tonto, en el centro del pecho, como cuando te avientas un elote y te pega el calor.

Lo ignoré. Claro que lo ignoré. Era un piquete. No significaba nada.

Mateo Del Valle era mi novio falso hasta el domingo a las ocho de la mañana, y yo era la pastelera más sensata del estado de… bueno, del pueblo. No iba a dejar que un piquete ridículo arruinara el plan perfecto.

Además, tenía cosas más importantes que hacer: sobrevivir a la cena familiar con mi novio falso sentado a la mesa.

Qué vida. Qué vida tan bonita me había tocado.

Capítulo 5 — 14 años

La hacienda, a las cinco de la tarde, era un lugar vacío.

Los Del Valle teníamos una casa enorme y silenciosa: corredores largos, muebles que nadie usaba, cuadros de gente que ya no se sentaba a platicar. Mi mamá estaba en la empacadora, Emilio andaba en el pueblo, y yo, recién llegado de la parada con el trato más absurdo de mi vida firmado en un cuaderno de recetas, me estaba cambiando la camisa frente al espejo.

Catorce años.

Catorce años había estado guardando esa historia en un cajón, y hoy, en un patio con buganvilias, se me había caído encima como un costal de cemento.

Empecemos por el principio.

Tenía veinte años y estudiaba arquitectura en la ciudad. No porque me apasionara —no sabía qué me apasionaba— sino porque mi mamá decía que los Del Valle tenían nombre que mantener, y los Del Valle con nombre que mantener estudian carreras de gente con nombre que mantener. Volví al pueblo ese verano, como volvía todos los veranos, con los hijos de la hacienda vecina: los hermanos Rojas, mis compañeros de desastres desde la infancia.

Y una tarde, en el portal de la iglesia, vi a la niña Montes.

No era ninguna niña. Tenía dieciséis años y el vestido más azul que había visto en mi vida. Azul como el cielo de julio. Estaba parada en el atrio con sus amigas, riéndose de algo, y yo me quedé viéndola como un estúpido, con el elote a medio comer en la mano.

—¿Esa? —dijo uno de los Rojas, siguiendo mi mirada—. Es la hija de los de la tienda. La Montes. Está en la prepa.

—Está bonita —dijo el otro Rojas, con esa sonrisa que yo conocía demasiado bien.

—No digas mamadas —dijo el primero—. ¿O te la vas a llevar al baile?

El baile de fin de cursos. El evento del año en San Gabriel: la prepa local cerraba generación y el pueblo entero se vestía de gala en el salón de la cooperativa. Era tradición que los que "habían triunfado fuera" volvieran para el baile, para que los chavos del pueblo vieran lo que podían llegar a ser.

—Apuesto a que no te acepta —dijo el Rojas mayor, con esa sonrisa—. Es de las serias. De las que dicen que no.

—Apuesto a que sí.

—¿Cuánto?

—Cien pesos. Y el caballo de mi papá por una semana.

—Trato.

Y así, por una apuesta de cien pesos y un caballo, le pedí a Valeria Montes que me acompañara al baile de fin de cursos.

Se puso roja. Eso fue lo primero que noté: se puso roja como un jitomate, y dijo que sí, con la voz chiquita, sin mirarme a los ojos. Me sentí poderoso. Me sentí como el hijo de los Del Valle que siempre había sido: el que pide y le dan.

El día del baile, me vestí, me peiné, me puse la colonia cara. Y en el camino al atrio, en el portal de la iglesia donde quedamos de vernos, los Rojas me esperaban con las cervezas ya abiertas.

—Ya fuiste —dijeron—. Ya te dijo que sí. Eso era lo que importaba.

—Quedamos de vernos —dije yo, mirando el atrio a lo lejos, donde ya se veía un vestido azul.

—¿Y qué más da? —dijo el Rojas mayor, pasándome la cerveza —. Es una chava del pueblo. Dentro de diez años vas a estar en la ciudad, con tu despacho y tu nombre, y ella va a estar aquí, vendiendo abarrotes con su mamá. ¿Para qué le haces ilusiones? Mejor ven, te presento a la hija del presidente municipal, esa sí tiene futuro.

Me quedé parado en el portal, con la cerveza en la mano y el vestido azul a lo lejos.

Y no fui.

No fui por cobarde. No fui porque los Rojas tenían razón y yo no quería admitirlo. No fui porque era más fácil quedarse con ellos, riéndose de la chava del pueblo, que cruzar el atrio y bailar con la hija de los de la tienda frente a todo San Gabriel.

No fui. La dejé plantada. Con el vestido azul, en el atrio, delante de todo el pueblo.

Al día siguiente, en el mercado, la vi. Venía con su mamá, cargando las bolsas del mandado. Me miró. No con odio —eso habría sido más fácil— sino con algo peor: con dignidad. Con la mirada fija en un punto más allá de mí, los ojos secos, y esa expresión que decía "no me importas, nunca me importaste, y lo que hiciste no me va a quebrar".

Y yo fingí no conocerla. Pasé de largo, como si fuera una desconocida, como si no hubiera visto el vestido azul esperando en el atrio.

Me fui del pueblo tres días después. No volví hasta Navidad, y en Navidad me las arreglé para no cruzarme con ella. Después, la universidad, el despacho, la ciudad. Los Rojas se quedaron en el pueblo, la hacienda creció, mi hermano se volvió el hijo bueno que administraba todo, y yo me volví el hijo que "triunfó en la ciudad".

Nunca volví a pensar en el vestido azul.

Mentira. Pensé en él más veces de las que puedo contar. En los aeropuertos, en las juntas, en las noches en el departamento de Santa Fe, cuando el silencio se hacía demasiado grande y yo no tenía nada que hacerle. Pensaba en el atrio. En el vestido. En mi cobardía. No en ella: en lo que hice. Y en la apuesta: los cien pesos, el caballo de mi papá que nunca llegué a usar.

Hoy la volví a ver. Con el pastel en los brazos, el pelo revuelto por el viento de la carretera, y la misma mirada de hace catorce años: la de la que no se deja vencer. Y supe dos cosas con una claridad que me dolió en el pecho:

La primera: que la dejé plantada por cobarde, y que la cobardía no se me había quitado con los años. Se había transformado: ahora

era el despacho, el reloj caro, la novia que se fue porque "estaba más casado con el trabajo que con ella".

La segunda: que este fin de semana, delante de su familia, de mi familia y del pueblo entero, iba a saldar esa cuenta.

Iba a ser su novio falso. Iba a seguir sus reglas, una por una, como un alumno aplicado. Iba a estar donde se suponía que tenía que estar.

Y el domingo, cuando el trato terminara, le iba a decir la verdad completa: la apuesta, los cien pesos, el vestido azul, y que llevaba catorce años queriendo disculparme sin saber cómo.

Aunque me odiara. Aunque nunca me perdonara. Aunque se fuera de mi vida para siempre con la espalda derecha.

Ya no iba a ser el cobarde de la prepa.

Me di la vuelta en la cama, miré el techo de la hacienda, y por primera vez en catorce años, sentí que algo en mí estaba en el lugar correcto.

Mañana… no: esta noche. Esta noche empezaba la farsa, con la cena en casa de los Montes. Y yo iba a ser el mejor novio falso que San Gabriel hubiera visto jamás.

Antes de salir, sonó el teléfono. Mi mamá.

—¿Ya viste lo que dice el pueblo? —preguntó Camila Del Valle, sin saludo—. Que andas con una novia. La hija de los de la tienda.

—Se llama Valeria.

—No me importa cómo se llama. Me importa que mi hijo llegue al pueblo, el día antes de la boda de su hermano, con una novia que nadie conoce y que el pueblo entero ya está comentando. —Un silencio—. El viernes hay cena de ensayo, Mateo. Nueve de la noche, en la hacienda. Quiero que estés ahí, con la camisa planchada, y quiero conocer a esa… Valeria.

—No está invitada a la cena de ensayo.

—Pues invítala. Si es tu novia, que la conozca tu familia. O dime ahora mismo que no es tu novia, y ahorramos el teatro.

Me quedé callado. El teatro. Mi mamá usaba la palabra exacta sin saberlo.

—Es mi novia, mamá.

—Bien. Entonces el viernes la quiero ver.

Colgó. Terminé de abotonarme la camisa. Y salí rumbo a la casa de los Montes, con la certeza de que la farsa acababa de subir de nivel.

Esta noche, Valeria iba a sentarme en la mesa de su familia.

Y el viernes, yo iba a sentarla en la mía.

Qué bonito iba a ser todo.

Capítulo 6 — La cena de los Montes

La abuela hacía el mejor mole del pueblo. No era opinión: era un hecho científico, como la gravedad o que los lunes existen.

Y esa noche, para recibir a mi "novio", había hecho mole.

—Es el mole de la abuela —me susurró Paulina al oído, con los ojos brillantes—. Solo lo hace para las grandes ocasiones. La última vez fue cuando Toño entró a la secundaria.

—No es una gran ocasión —susurré yo—. No es nada. Es un malentendido.

—Claro, Val. Lo que tú digas.

La mesa estaba puesta como para una boda: el mantel bordado, los platos de los domingos, las servilletas de tela que solo salían en diciembre. Y en la cabecera, la abuela, con su delantal y su sonrisa de juez supremo.

Mateo estaba sentado a mi lado. Se había quitado la chaqueta del traje y se había arremangado la camisa, como si con eso fuera uno más de la familia. No funcionaba. Los Del Valle se notan a kilómetro y medio: en la postura, en la forma de tomar el tenedor, en esa manera de mirar las cosas como si estuviera evaluando cuánto cuestan.

—¿Y cómo se conocieron? —preguntó mi mamá, con el cucharón del mole suspendido en el aire, a medio servir.

—En la ciudad —dijo Mateo, y yo sentí un escalofrío—. En una cafetería.

—¿En una cafetería? —repitió Chole, frunciendo el ceño—. ¿Pero no se bajaron juntos del camión? Yo los vi.

—Nos encontramos en la parada —corrigió Mateo, rápido—. Valeria venía con el pastel, se le resbaló, y yo la ayudé. Fue una coincidencia que viajáramos en el mismo camión.

—¿Y no se habían visto antes? —insistió Lupe, sirviendo el mole con movimientos lentos, como si cada cucharada fuera una pregunta

—. Porque tú eres de aquí, Mateo. Eres el hijo de Camila Del Valle. ¿Cómo es que nunca los vimos juntos?

—Yo vivo en la ciudad —dijo Mateo—. Desde hace años.

—Pero vienes seguido, ¿no? Tu hermano vive aquí. Tu mamá vive aquí.

—Vengo… de vez en cuando.

—¿Y nunca se toparon? ¿En el mercado? ¿En la iglesia? San Gabriel es chico, hijo. Aquí todo mundo se topa con todo mundo.

Mateo me miró. Yo lo miré. Y en ese momento, con mi mamá con el cucharón en alto y toda la familia pendiente, entendí que íbamos a morir. Los dos. En esa mesa. Ahogados en mole.

—Nos conocimos hace unos meses —dije yo, rescatando el momento—. En la ciudad. Yo hago pasteles de encargo, y Mateo fue a la repostería a pedir uno para su despacho. ¿Verdad, amor?

La palabra "amor" me supo rara en la boca. Como si me hubiera tragado una moneda.

—Sí —dijo Mateo, recuperándose—. Para el despacho. Y me enamoró el pastel.

—¿Te enamoró el pastel o la pastelera? —preguntó Toño, con la primera sonrisa de la noche, y todos se rieron, y yo sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

—¿Y cuánto llevan? —preguntó Chole, sin soltar el hueso—. Porque yo quiero saber si alcanzo a ver la boda, porque a mi edad…

—Tía, tú tienes cincuenta y ocho años —dije yo.

—¡Y a mi edad ya no se puede esperar! ¡Los años pasan volando, Valeria! ¡Y tú ya tienes treinta!

—¿Y tú para cuándo? —remató mi mamá, con la naturalidad de quien hace la misma pregunta desde hace una década.

Ahí estaba. La frase. La pregunta oficial de la familia Montes, la que me perseguía desde los veinticinco, la que me hacía querer esconderme en el baño cada vez que sonaba el teléfono.

—Ya ven, ya ven —dijo la abuela, desde la cabecera, con su voz tranquila—. La niña ya tiene novio. Ya puede dejar de preguntarle eso, Chole.

—¡No es novio, es…!

—¿Cómo que no es novio? —dijo Chole, señalando a Mateo con la cuchara—. ¡Está sentado en tu casa, comiendo el mole de tu abuela, con la camisa arremangada como si fuera de la familia! ¡Eso es un novio, Valeria! ¡Un novio de verdad!

Mateo, el muy canalla, aprovechó el momento para tomar mi mano por encima de la mesa. Solo por un segundo. Solo para la foto. Y yo sentí su mano —grande, caliente, con la palma un poco áspera— y mi corazón hizo algo que no le había pedido.

Regla número uno. La estaba rompiendo a los diez minutos de haberla escrito.

—¿Y tú qué haces, Mateo? —preguntó mi papá, de repente, con su voz de pocas palabras.

Todo el mundo se calló. Don Aurelio no hablaba mucho, pero cuando hablaba, la mesa entera se ponía firme.

—Soy arquitecto —dijo Mateo—. Tengo un despacho en la ciudad.

—¿Y construyes casas?

—Diseño edificios. Oficinas, principalmente.

—Ah. —Mi papá asintió, masticando despacio—. Edificios. Pues ha de estar bien.

—¿Y su familia? —preguntó Lupe, que no soltaba el hueso—. Su mamá, la señora Camila. ¿Qué dice de ustedes?

—Todavía no sabe —dijo Mateo, con una honestidad que casi me hizo ahogar—. Íbamos a decírselo en la boda.

—¿En la boda de Emilio? —Paulina se llevó las manos al pecho —. ¡Qué romántico! ¡Van a anunciarlo en la boda!

—No vamos a anunciar nada —dije yo, pero nadie me escuchaba.

—Pues mi hermana Camila es muy… —empezó Chole, y luego se detuvo, buscando la palabra—. Muy fina. Muy de su casa. Pero buena gente, ¿eh? Buena gente.

Toño resopló. Fue un resoplido pequeño, casi imperceptible, pero yo lo oí. Toño conocía a los Del Valle mejor que nadie: trabajaba la parcela al lado de la empacadora desde los dieciocho años.

—¿Y ustedes se quieren? —preguntó la abuela.

El silencio fue total. Hasta el radio se calló.

—Abuela —dije yo, con la voz rara—. Abuela, eso no se pregunta.

—Claro que se pregunta —dijo ella, sin dejar de masticar—. Es mi nieta. Tengo derecho a saber si el que está sentado en mi mesa la quiere de verdad.

Mateo me miró. Yo lo miré. Y en sus ojos vi algo que no esperaba: no la respuesta fácil, no la actuación, sino algo más parecido a la verdad.

—Sí, doña Cuca —dijo, y su voz sonó firme—. La quiero.

Mi corazón hizo otra cosa rara. Esta vez no era un piquete: era un golpe completo, del pecho a la garganta.

La abuela lo miró un rato largo. Luego asintió, como quien ha recibido una respuesta satisfactoria, y siguió comiendo su mole.

—Está bien —dijo—. Pues a ver si es cierto. Porque a mi nieta no la hace llorar cualquiera, y usted, joven, tiene cara de haberla hecho llorar.

Mateo se puso pálido. Yo también.

—¿Yo? —dijo él, con la voz un poco quebrada.

—Usted, usted. —La abuela lo miró por encima de sus lentes, sin dejar de masticar—. ¿O me va a decir que no se acuerda de la prepa?

El silencio de funeral cayó sobre la mesa como una lápida.

Ni Lupe, ni Chole, ni Paulina, ni Toño, ni mi papá. Nadie respiró. Yo sentía mi propio corazón latiendo en los oídos, y al lado, Mateo Del Valle, el arquitecto de la ciudad, el hijo de la hacienda, el hombre que no había pedido permiso en su vida, se quedó sin palabras por primera vez en catorce años.

—La prepa —repitió él, débilmente.

—La prepa —confirmó la abuela, y me sirvió más mole a mí, con una calma absoluta—. Coman, hijos. El mole se enfría.

Comimos.

Nadie dijo nada.

Y yo, por dentro, estaba rezando para que el domingo llegara pronto, porque esto —esto— iba a ser el fin de semana más largo de mi vida.

Capítulo 7 — El tercer grado

Sobreviví a la cena.

No sé cómo, pero sobreviví. Salí de la casa de los Montes con los oídos zumbando, el estómago lleno del mejor mole que había probado en mi vida, y la certeza de que la abuela Cuca sabía más de mí de lo que yo sabía de mí mismo.

—¿Llegaste bien? —me preguntó Emilio por teléfono, en el camino de regreso a la hacienda.

—Sí.

—¿Y qué hiciste? ¿Ya hablaste con mamá?

—Todavía no.

—Te está buscando. Dice que los Del Valle tienen que presentarse juntos en la cena de ensayo, que la gente ya está hablando de ti.

—¿Hablando de mí? ¿Por qué?

—No sé, dice que hay un rumor. Algo de que llegaste con una novia. —Emilio se rió—. Le dije que era imposible, que tú no traes novia desde Elena.

—Sí. Imposible.

—Oye, ¿y es cierto? Porque Paulina me acaba de mandar un mensaje con muchos signos de exclamación.

—¿Paulina?

—Mi prometida. La novia. La que se casa conmigo el sábado. ¿No me dijiste que la conociste?

La prometida. Paulina Montes. La prima de Valeria.

—Ah, sí —dije—. La conocí. Es… encantadora.

—¿Viste? Te dije que era increíble. Y su prima también es muy linda, por cierto. Paulina dice que eres el novio de su prima Valeria. ¿Es cierto?

Caminaba por la calle principal del pueblo, con el teléfono pegado a la oreja y el corazón latiendo a un ritmo que no me

gustaba.

—Es… complicado —dije.

—¿Complicado cómo? ¿Es tu novia o no es tu novia?

—Emilio, te veo mañana. Tengo que colgar.

—¡Mateo! ¡Mateo, no me cuelgues! ¡Quiero saber si voy a tener una cuñada!

Colgué. Me quedé parado en medio de la calle, con el teléfono en la mano, viendo las luces del pueblo encenderse una a una.

La casa de los Montes. La había cruzado mil veces en mi vida, en el carro, camino a la hacienda, sin mirarla. La tienda de abarrotes, la buganvilia, la señora que barría la banqueta. Gente del pueblo. Gente que yo había aprendido a no mirar.

Y hoy me habían sentado en su mesa. Me habían dado mole. Me habían preguntado por mi vida con una naturalidad que me desarmó.

—¿Y tú qué haces, Mateo? —me había preguntado Don Aurelio, con su voz de hombre que no gasta palabras.

—Soy arquitecto.

—¿Y construyes casas?

—Diseño edificios.

—Ah. Pues ha de estar bien.

"Pues ha de estar bien." No me había preguntado cuánto ganaba. No me había preguntado si mi despacho era importante. No me había preguntado por mi apellido. Solo: "¿construyes casas?", como si lo importante fuera que yo construyera algo con mis manos.

Nadie en mi familia me había preguntado eso jamás.

Y la abuela. La abuela Cuca, con sus lentes y su sonrisa de juez, mirándome como quien lee un expediente:

—¿Y ustedes se quieren?

—Sí, doña Cuca. La quiero.

La había dicho sin pensar. Había salido sola, la mentira, del fondo de mi pecho, y por un segundo —un segundo ridículo— había sonado a verdad.

El teléfono vibró otra vez. Mi mamá.

—Mateo —dijo Camila Del Valle, sin saludo—. ¿Dónde estás?

—Caminando, mamá.

—Tu hermano dice que andas con una novia. ¿Es cierto?

—No es…

—Porque si vas a traer a alguien a la boda de tu hermano, quiero conocerla antes. No me vengas con sorpresas el día del evento, Mateo. Esta boda ya tiene demasiados frentes abiertos sin que tú añadas otro.

—Mamá, no hay ninguna novia.

—¿Y entonces por qué el pueblo entero está hablando de ti?

—No sé. Los pueblos hablan.

—Los pueblos no hablan, Mateo: los pueblos saben. —Un silencio—. La cena de ensayo es mañana a las nueve. Quiero que estés ahí, con la camisa planchada y sin ninguna sorpresa.

—Voy a estar.

—Bien. —Otro silencio, más corto—. ¿Comiste?

La pregunta me tomó por sorpresa. Mi mamá no preguntaba si había comido. Mi mamá preguntaba por los pendientes, por los compromisos, por el nombre de la familia.

—Sí —dije—. Comí mole.

—¿Mole? ¿En casa de quién?

—De los Montes.

Silencio al otro lado de la línea. Largo. Del tipo de silencios que en la familia Del Valle significan más que las palabras.

—Ya hablamos mañana —dijo mi mamá, y colgó.

Me quedé en la calle, con el teléfono apagándose en la mano, viendo la noche caer sobre San Gabriel.

Y entonces la vi.

Valeria, en el portón de la casa de la abuela, despidiéndose de mí. Espera, no: me estaba esperando a mí. No, no me estaba esperando: estaba parada en el portón, con una chamarra puesta encima del vestido, y me miró cuando me acerqué, como si hubiera estado calculando cuánto tardaría yo en pasar.

—Te vi desde la ventana —dijo—. Parado en medio de la calle como un poste. ¿Te perdiste?

—Estaba hablando con mi mamá.

—Ah. ¿Y cómo está la señora Del Valle?

—Perfecta. Como siempre.

—¿Ya sabe lo de nosotros?

—Todavía no. Pero el pueblo ya le habló.

—El pueblo —repitió ella, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. El pueblo ya nos casó, ¿verdad?

—Ya nos casó.

Nos quedamos callados. La noche del pueblo: el olor a tierra mojada, los grillos, la luz amarilla de los postes. Y entre los dos, un silencio que no era incómodo, pero que tampoco era fácil.

—Gracias —dijo ella, de repente—. Por lo de la mesa. Por aguantar a mi familia. No es fácil, y menos un día como hoy.

—Tu familia es… —busqué la palabra—. Es gente.

—¿Gente? ¿Eso es un cumplido o un diagnóstico?

—Es un cumplido. Créeme. Yo sé lo que es una familia que no es gente.

Ella me miró, y por un segundo, bajo la luz del poste, vi algo en sus ojos que no supe nombrar.

—Buenas noches, Mateo —dijo, y se dio la vuelta para entrar.

—Buenas noches, Valeria.

Caminé de regreso a la hacienda. Tres veces volteé a ver el portón de la casa de la abuela. Tres veces, como un idiota.

La primera vez, ella ya había entrado. La segunda, la luz de su ventana se apagó. La tercera, ya no había nada que ver, y aun así volteé.

La hacienda me recibió con el corredor a oscuras y el olor a cera de piso. Me estaba quitando los zapatos cuando oí su voz:

—¿Y tu novia no se quedó a dormir?

Mi mamá. Sentada en la sala, con una taza de té que ya estaba frío, vestida como si hubiera estado esperando a alguien importante. Que es exactamente lo que estaba haciendo.

—Mamá. No sabía que estabas despierta.

—El pueblo entero está despierto, Mateo. Los Del Valle siempre somos los últimos en enterarnos de algo, pero los primeros en pagar por ello.

Me senté frente a ella. Las dos tazas de té frío entre nosotros, la lámpara baja, los cuadros de los antepasados mirándonos.

—Es la hija de los de la tienda —dijo, sin rodeos—. La Montes.

—Se llama Valeria.

—Ya lo sé. Todo el pueblo lo sabe. —Tomó su té frío, como si fuera una ceremonia—. ¿Y desde cuándo andan? Porque el chisme dice que desde hace seis meses, pero yo a ti no te conozco novia desde Elena, y a Elena la corriste hace dos años.

—Nos conocimos hace unos meses. En la ciudad.

—¿En la ciudad? ¿Y por qué no me dijiste?

—Iba a decírtelo en la boda.

—¿En la boda? —Su risa fue corta, elegante, sin una sola arruga —. Mateo, tú no avisas las cosas importantes. Tú las escondes. Esa es tu especialidad.

La frase me dolió más de lo que esperaba. Porque era verdad. Y porque acababa de pasar la tarde jurándole a una libreta que ya no iba a ser el cobarde de la prepa.

—Mañana la vas a conocer —dije—. La invité a la cena de ensayo.

Mi mamá me miró largo rato. Y por un segundo —solo un segundo—, su cara de piedra se movió en algo que parecía curiosidad.

—Bien —dijo—. Entonces veremos de qué está hecha la hija de los de la tienda.

Se levantó, recogió su taza, y se fue por el corredor con su bata de seda y su espalda recta.

Me quedé solo en la sala, con los zapatos en la mano, el olor a cera de piso y la certeza de que el viernes iba a ser un campo de batalla.

No sabía qué estaba pasando. Solo sabía que había mentido en una mesa frente a su familia, que mi mamá sospechaba, que mi hermano quería una cuñada, y que el domingo a las ocho de la mañana todo esto iba a terminar.

Y que por primera vez en mucho tiempo, no quería que algo terminara.

Capítulo 8 — Ensayo general de novios

A la mañana siguiente, a las nueve en punto, Mateo Del Valle estaba parado en la puerta de la casa de la abuela con una libreta en la mano.

—¿Qué es eso? —pregunté, desconfiada, con el pelo todavía húmedo de la regadera.

—Nuestra historia —dijo él, y abrió la libreta con una solemnidad ridícula—. Anoche no la ensayamos y tu tía casi nos caza. Así que hoy vamos a ponernos de acuerdo en los datos, para que no vuelva a pasar.

—¿Hiciste una libreta?

—Hice una libreta.

Me asomé. Era una libreta de esas de hoja cuadriculada, de las que se compran en la papelería del pueblo, y en la primera página, con una caligrafía de arquitecto, había escrito:

HISTORIA OFICIAL DE LA PAREJA

—¿En serio? —dije, y sentí la risa subirme por la garganta—. ¿Le pusiste título?

—Los proyectos importantes llevan título. —Señaló la página con el lápiz—. Primera sección: cómo nos conocimos.

—Dijimos que en la cafetería.

—Sí, pero ¿cuál cafetería? Porque si tu tía pregunta cuál, y yo digo una y tú otra, nos cazaron.

Empezamos a caminar sin darnos cuenta: yo hacia la plaza, él a mi lado, como si fuera lo más natural del mundo. El pueblo apenas despertaba: el señor de la tortillería levantaba la cortina metálica, una señora barría su banqueta, y del kiosco salía el olor a pan dulce recién horneado.

—Está bien —dije—. ¿Dónde nos conocimos?

—Yo propongo la cafetería que está enfrente de tu repostería —dijo él—. La del café con leche que sale en las fotos de Instagram.

Es real, existe, y yo de hecho he ido.

—¿Has ido a la cafetería de enfrente de Dulce Rincón?

—Una vez. Con Elena. Pedí un capuchino y me supo a café con leche caro.

—¿Y ella?

—Ella pidió un matcha. Lo dejó a la mitad. Dijo que sabía a pasto.

Me reí. Fue una risa corta, de sorpresa, y se me escapó antes de que pudiera detenerla. Mateo, distraído por la risa, tropezó con una piedra del empedrado y casi suelta la libreta.

—Cuidado con la historia oficial —dije—. Si se te cae, nos quedamos sin pasado.

—El pasado se reescribe —dijo él, recuperando el equilibrio—. Soy arquitecto. Sé de planos.

—¿Y de mentiras?

—Estoy aprendiendo.

—Está bien —dije—. Nos conocimos en la cafetería de enfrente de Dulce Rincón. Yo iba por un café después del turno. Tú ibas por… ¿qué ibas tú a pedir?

—Un capuchino. Y te vi, y te pedí ayuda con algo del pastel de mi despacho.

—¿Y te la di?

—Me la diste. Fuiste muy amable. Te pedí tu número y me lo diste en un papelito de los que usas para apuntar pedidos.

—No tengo tarjeta —dije.

—No la necesitas. En la historia oficial, ese papelito lo guardé. —Escribió algo en la libreta, caminando—. ¿Cuánto tiempo llevamos?

—¿De la historia o de la vida real?

—De la historia.

—¿Seis meses?

—Seis meses está bien. No es tan poco que parezca precipitado, ni tanto que tu tía espere que ya vivamos juntos.

—Mi tía ya espera que vivamos juntos.

—Tu tía ya nos tiene en la iglesia. Es un caso perdido.

Me reí otra vez. La segunda risa del día. Estaba perdiendo el control de la situación.

—Siguiente sección —dijo Mateo, pasando la página—: qué hacemos. Yo soy arquitecto en Santa Fe. Tú eres pastelera en Dulce Rincón.

—Y sueño con abrir mi propia repostería.

—¿En serio?

—¿En serio qué?

—¿Tu propia repostería? —Levantó la vista de la libreta, y por un segundo, su cara perdió el tono de burla—. ¿Cómo se llamaría?

—No sé. Todavía no tengo nombre. —Me encogí de hombros—. Es un sueño de esos que se cuentan en voz baja, para no espantarlo.

—Cuéntamelo en voz alta. A ver si no se espanta.

Lo miré. Bajo el sol de la mañana, con la libreta en la mano y la camisa un poco desabotonada, Mateo Del Valle tenía una expresión que no le había visto nunca: curiosidad. Curiosidad de verdad, sin filtro, sin el tonito de la gente que pregunta por educación.

—Quiero un local chiquito —dije—. Con dos mesitas afuera y un mostrador de madera. Vendería pasteles, pero también pan de muerto en octubre, rosca en enero, tamales en diciembre. Las cosas que hace mi abuela, pero con mi toque. Y pondría un letrero con el nombre, y mi mamá lloraría, y mi abuela presumiría con todo el pueblo.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Porque es caro. Porque da miedo. Porque a veces los sueños se cuentan en voz baja y se quedan en voz baja, ¿no?

Mateo asintió. Se detuvo en seco, en medio de la plaza, y escribió algo con mucho cuidado. Yo me asomé por encima de su hombro y vi, en la sección "qué hacemos", una nota al margen que no supe leer.

—¿Qué escribiste?

—Nada. Un recordatorio.

—¿De qué?

—De que no hay que espantar los sueños. —Cerró la libreta—. Siguiente sección: cosas que no podemos decir.

—¿Como qué?

—Como que nos conocemos de la prepa. Como que me dejaste plantada… —se corrigió—. Como que te dejé plantada en el baile. Eso no se dice.

—Obvio que no se dice.

—Y como que odias a los Del Valle.

—Yo no odio a los Del Valle.

—Me viste llegar a la parada y pusiste cara de que te acababan de cobrar de más en el mercado.

—Eso es mi cara normal.

—No es tu cara normal. Tu cara normal es cuando te ríes del chiste de tu hermano. Esa otra es tu cara de "este vato me cae mal".

—¿Me estás diciendo que tienes estudiadas mis caras?

Mateo se quedó callado. Un segundo. Dos. Yo aproveché para arrebatarle la libreta.

—A ver —dije, abriéndola—. Déjame corregirte la letra, porque esto parece un plano de construcción.

—¡Es mi libreta!

—Es nuestra historia oficial. Y aquí dice "cafetería" con una letra que ni mi abuela entendería. —Saqué el lápiz de atrás de la oreja y corregí, caminando hacia atrás, con la libreta en alto—. Así, mira: cafetería. Con la "f" bien puesta.

—Devuélveme el lápiz —dijo él, estirando la mano.

—Es mi corrección.

—¡Es mi lápiz!

Nos peleamos por el lápiz en medio de la plaza, como niños de primaria, yo con la libreta en alto y él intentando alcanzarla sin dejar de sonreír. La libreta se nos escapó de las manos, cayó al suelo, y nos agachamos los dos a la vez, chocando las frentes.

—Ay —dije.

—Ay —dijo él.

Y nos quedamos ahí, agachados, a centímetros el uno del otro, con la nariz casi tocándose y la libreta entre los dos.

—Miren, miren —gritó una voz desde la tortillería—. ¡Hasta se agarran los apuntes, qué bonito!

La tía Chole. Por supuesto. La tía Chole, con su mandil y su sonrisa de la que ya vio todo, asomada a la puerta de la tortillería con las manos en las caderas.

—¡Se quieren, Valeria! —gritó, para que la oyera todo el pueblo —. ¡Se pelean como los novios de verdad!

—¡No estamos peleando, tía!

—¡Claro que no, mija! ¡Claro que no! —Y se metió a la tortillería, riéndose, con una satisfacción que me heló la sangre.

Mateo se levantó, se sacudió el polvo del pantalón y me tendió la libreta, ya con la página del "cafetería" corregida.

—Ensayo aprobado —dijo—. Nos vemos en el mercado. Tú tienes que fingir que te da gusto verme.

—Fingir.

—Fingir.

Y me guiñó un ojo. Un guiño. Como si fuéramos novios de verdad.

Mi teléfono vibró. Era el grupo de la familia: "La Familia Montes". La tía Chole había mandado una foto. De nosotros. De

ahora mismo, en la plaza: yo con la libreta en alto y Mateo estirando la mano, los dos a punto de reírnos.

El pie de foto decía: *"¡La parejita! 😍?? "*

Y debajo, mi mamá había contestado con tres corazones, y Paulina con un "ya los quiero ver casados", y Toño, el muy desgraciado, con un solo emoji:

🍿

—¿Qué pasa? —preguntó Mateo, viéndome mirar el teléfono.

—Nada. —Guardé el teléfono—. Es mi familia. Siendo mi familia.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Todavía no lo sé.

Y mientras caminaba al mercado, con el corazón haciendo cosas raras y el recuerdo de su guiño quemándome la mejilla, supe que la respuesta honesta era otra:

Todavía no lo sé, pero creo que esto se me está yendo de las manos.

Capítulo 9 — La noche de Val

Horas antes de que Mateo llegara con su libreta ridícula, a las dos de la mañana, yo estaba despierta, mirando el techo del cuarto de la abuela, haciendo una lista mental de todas las razones por las que esto era una idea terrible.

Razón uno: Mateo Del Valle era el hombre que me había dejado plantada en el baile de fin de cursos.

Razón dos: Mateo Del Valle era fresa, de la hacienda, del equipo de los que nunca han pedido permiso.

Razón tres: Mateo Del Valle me había guiñado un ojo hoy, y yo, Valeria Montes, pastelera de treinta años, había sentido que el piso se movía.

Razón cuatro: la razón tres. Solo la razón tres. Repetida como un estribillo.

Me di la vuelta en la cama. La cama de la abuela, la que me tocaba cuando venía al pueblo: colchón duro, sábanas que olían a suavizante de los que vende el pueblo, y una cobija tejida que ella misma había hecho. Mi abuela me tejía una cobija por década. Tenía tres. Esta era la del 2016, la que me dio cuando cumplí veinte y le dije que me iba a la ciudad.

—Para que no te dé frío, mija —me dijo.

Y no me dio frío. Nunca. Porque la cobija era de las buenas.

Pensé en el vestido.

No debería pensar en el vestido. Llevaba catorce años sin pensar en el vestido, o por lo menos eso me decía a mí misma, y era mentira, porque el vestido era la primera cosa que veía cuando cerraba los ojos en las noches malas. El vestido que mi mamá me cosió para el baile, con la tela que compramos en la tienda de la señora Toña, la que quedaba a dos cuadras de la parroquia. El vestido que me hacía sentir, por una noche, que yo también podía brillar.

Yo estuve lista a las seis de la tarde. Me peiné, me puse los zapatos que me quedaban un poco grandes, y me paré en el atrio a las siete. A las siete y cuarto, las amigas empezaron a llegar con sus parejas. A las siete y media, la mamá de la señora Toña me preguntó si mi acompañante venía. A las ocho, el baile ya había empezado y yo seguía en el atrio, con el vestido, viendo la puerta.

A las ocho y diez, la señora Toña, que es buena gente, me tocó el hombro y me dijo:

—Mija, ya va a empezar la música. ¿Entramos?

—Él va a llegar —dije yo.

—Claro, mija.

Y entré sola. Con el vestido, en el salón de la cooperativa, delante de todo el pueblo, y la señora Toña a mi lado, haciéndose la que no notaba nada.

Al día siguiente, en el mercado, me lo crucé. Mateo Del Valle, con sus primos de la hacienda, riéndose de algo. Me miró. Yo lo miré. Y en el momento en que nuestras miradas se cruzaron, yo apreté los dientes y pasé de largo, como si no lo conociera, como si el vestido nunca hubiera existido.

Mi mamá me preguntó qué había pasado. Le dije que nada. Mi abuela no me preguntó nada: me sirvió un atole, me vio tomar, y me dijo:

—Los que se pierden, mija, se pierden solos.

Y no lo volví a mencionar nunca. Ni ella, ni yo. Hasta anoche, que me preguntó delante de todos: "¿O me va a decir que no se acuerda de la prepa?"

La abuela sabía. La abuela siempre supo.

Me di la vuelta en la cama. Otra vez. La cobija del 2016 me tapaba hasta la nariz.

Y pensé en Mateo. En su libreta con la historia oficial. En su guiño. En la forma en que había dicho "tu familia es gente", como si fuera un descubrimiento. En la forma en que me había preguntado

por mi repostería, con curiosidad de verdad, como si mi sueño importara.

—Esto es un trato —me dije en voz baja, al techo—. Un trato con reglas. Se acabó el domingo a las ocho de la mañana.

El techo no respondió. Los techos nunca responden.

—No me gusta. No me gusta nada. Es fresa, es Del Valle, es el que me dejó plantada.

El techo siguió callado.

—Y además parpadea cuando miente. No se puede confiar en un hombre que parpadea.

Toqué la cobija. La del 2016. Y por un segundo, un segundo estúpido, pensé que quizás —quizás— no todo era tan terrible. Que el domingo a las ocho terminaría, sí, pero que mientras tanto, yo tenía a alguien que me cargaba el pastel y se reía de mis chistes y le ponía título a las libretas.

—Mañana lo mando al diablo —dije, al techo—. Mañana mismo. Le digo que esto no puede seguir, que mejor cada quien por su lado.

El techo, claro, no me creyó.

—¿Mija? —dijo la voz de la abuela desde la puerta, y me sobresalté tanto que casi caigo de la cama—. ¿Ya comiste?

—Abuela, son las dos de la mañana.

—Por eso. ¿Ya comiste?

—Sí, abuela. Comí mole.

—¿Y dormiste algo?

—Estaba a punto.

—Mentira. Llevas como media hora volteándote, que se oye desde mi cuarto. —Entró, con su bata de franela y sus chanclas, y se sentó en la orilla de la cama con un cuidado de siglos—. ¿Qué te pasa, mija?

—Nada, abuela.

—¿Nada? ¿Nada con el novio?

—No es mi novio, abuela.

—Ajá.

—En serio. No es mi novio.

—Ajá.

—Es… es un malentendido. Un trato. Nada más.

La abuela se quedó callada un rato. Cuando habló, su voz tenía esa calma de las que han visto de todo:

—¿Sabes cómo conocí a tu abuelo? —dijo.

—¿Cómo?

—De mentira. —Sonrió, con esa sonrisa de arrugas—. Tu abuelo era de un rancho de por allá de Jalisco, llegó a San Gabriel a trabajar en la empacadora, y me contó que era el capataz. Yo era la hija del dueño de la tienda, y las hijas del dueño no andan con los de la empacadora. Así que me dijo que era capataz. Mentira: era cargador. —Se rió bajito—. Pero era buen cargador. Y buen hombre. Y cuando me enteré de la mentira, ya era tarde: ya me había enamorado.

—¿Y no te dio coraje?

—Me dio coraje, mija. Claro que me dio. Pero el coraje se pasa. El cariño, si es de verdad, se queda. —Me miró—. Lo que yo te digo es: no juzgues tan rápido. El que miente a veces miente por miedo, no por maldad. Y tú, que siempre ves lo peor de la gente, a veces te pierdes lo mejor.

—Abuela, yo no…

—Mija, yo te conozco. Tú te fijas en cómo la gente te falla y te olvidas de cómo te brilla. —Me arropó la cobija—. Pero eso se quita con los años. Y con un buen hombre. O un buen cargador.

—¿Y si es un mal cargador?

—Entonces lo mandas al diablo. —Se rió—. Pero primero lo pruebas.

Me dio un beso en la frente, como cuando tenía ocho años, y salió del cuarto con sus chanclas y su bata de franela.

Me quedé mirando el techo. La cobija del 2016 me subía hasta el cuello.

Y por primera vez en catorce años, no estaba pensando en el vestido.

Estaba pensando en si lo que sentía era miedo o era otra cosa.

Y en si Mateo Del Valle era un buen cargador… o solo otra mentira con camisa cara.

Capítulo 10 — El radar de la Cuca

A las nueve y media de la mañana del jueves, yo estaba en la tienda de Don Aurelio, comprando algo que no necesitaba.

No sabía qué era. No sabía para qué. Solo sabía que la noche anterior, después de la cena, la abuela Cuca me había mirado desde su mecedora con una expresión que no me había dejado dormir, y que a las nueve de la mañana yo ya estaba caminando hacia la tienda de abarrotes de los Montes, con el corazón a un ritmo que no me gustaba.

La tienda olía a pilón, a jabón Zote y a tierra. Don Aurelio estaba detrás del mostrador, pesando frijoles con una calma de monje, y no levantó la vista cuando entré.

—Buenos días, don Aurelio —dije.

—Mmm.

—¿Me da…? —miré la vitrina, desesperado—. ¿Me da un refresco?

—¿De cuál?

—Del que sea.

Me dio uno de cola, sin prisa, y me cobró sin prisa. Los hombres del pueblo tienen sus propios ritmos. Don Aurelio tenía el ritmo de un río: lento por fuera, imparable por dentro.

—¿Y su hija? —pregunté, porque había que decir algo.

—Anda por el mercado.

—¿Y la abuela?

—En su casa. —Levantó la vista por fin, y me miró con esos ojos de hombre que no gasta palabras—. Dijo que si venías, que pasaras a tomar café.

Se me heló la sangre.

—¿Ella dijo eso?

—Dijo: "si viene el Del Valle, que pase a tomar café". —Don Aurelio volvió a sus frijoles—. Yo nomás repito lo que oigo.

Salí de la tienda con el refresco en la mano y el corazón en la garganta. La casa de la abuela quedaba a media cuadra. La buganvilia, el portón verde, la mecedora en el corredor.

—Pase, pase —dijo la abuela desde la cocina, antes de que yo tocara—. El café está recién hecho.

Entré.

La cocina de la abuela Cuca era el corazón de la casa: la estufa de leña, el comal, el olor a pan dulce, la mesa de madera donde habían comido generaciones de Montes. Y en la mesa, dos tazas de café ya servidas. Una para ella. Una para mí.

—¿Cómo supo que iba a venir? —pregunté, sentándome.

—Porque eres hombre, mijo. Y los hombres vienen cuando tienen algo que no los deja dormir.

—No tengo nada que…

—Toma tu café.

Tomé el café. Estaba bueno. Todo lo de la abuela estaba bueno.

—¿Y cómo amaneció? —preguntó ella, sentándose frente a mí, sin soltarme la mirada—. ¿Descansó?

—Sí, doña Cuca.

—¿Y su mamá? ¿La señora Camila?

—Bien. Ocupada con la boda.

—Ya. Las bodas ocupan mucho. —Sopló su café—. ¿Y usted qué opina de las bodas, mijo?

—¿De las bodas?

—De las bodas. Del matrimonio. De la gente que se casa y se queda.

—Pues… —busqué las palabras—. No lo había pensado mucho.

—Ah. —Asintió, como si mi respuesta hubiera sido muy reveladora—. ¿Y de mi nieta qué opina?

El café se me atoró a mitad de camino.

—¿De Valeria?

—De Valeria. Mi nieta. Su novia. —Me miró por encima de la taza, con esos ojos de juez—. ¿O no es su novia?

—Sí es —dije, y mi voz sonó rara—. Es mi novia.

—Ah. ¿Y cuánto tiempo llevan?

—Seis meses.

—¿Seis meses? —Dejó la taza. Se recargó en el respaldo. Y sonrió, con una sonrisa que me heló hasta los huesos—. ¿Seis meses y su familia no sabía nada? ¿Y su mamá se enteró por el chisme del pueblo?

—Íbamos a decírselo en la boda.

—¿En la boda? ¿Se iban a presentar como pareja en la boda de su hermano, sin avisarle a nadie, sin conocer a la familia del otro?

—Sí. Era la idea.

—Mmm.

"Mmm." Ese "mmm" lo decía todo. La abuela Cuca no necesitaba preguntar más: ya lo sabía. Lo sabía desde el momento en que me vio en su puerta, con el traje arrugado y la cara de niño que se comió el pastel.

—Mire, mijo —dijo, y su voz cambió, se volvió más baja, más seria—. Yo no sé qué es lo que están haciendo usted y mi nieta. No sé si es noviazgo, no sé si es un favor, no sé si es una apuesta. —Me miró directo a los ojos—. Pero sé una cosa: mi nieta no llora por cualquiera. Y usted la hizo llorar en la prepa.

Me quedé sin aire. Catorce años. Catorce años y la abuela lo sabía todo.

—Yo… —empecé.

—No me diga nada. No me venga con disculpas ni con explicaciones. —Levantó la mano, y me callé—. Yo solo le voy a decir una cosa, y después cada quien su vida. Mi nieta pasó catorce años cargando lo que usted le hizo. Catorce años llegando sola a las bodas, aguantando las preguntas de su tía con una sonrisa, haciendo pasteles para los demás mientras ella se quedaba sin fiesta. —Tomó su café, con calma—. Y ahora llega usted, el mismo

de la prepa, y se sienta en mi mesa y me dice que es su novio. Pues yo le voy a creer, mijo. Porque soy una vieja y me gusta creerle a la gente.

—Doña Cuca…

—Pero aquí se queda —dijo, y su voz no admitía discusión—. Aquí se queda hasta que eso se arregle. Hasta que mi nieta deje de cargar lo que usted le hizo. Y si usted la vuelve a hacer llorar, mijo, va a tener que vérselas conmigo. Y yo, aunque esté vieja, todavía sé hacer llorar a los hombres.

Me quedé sentado, con la taza de café en la mano, sin saber qué decir. La abuela Cuca me acababa de leer la cartilla completa en dos minutos, y yo, Mateo Del Valle, arquitecto, treinta y cuatro años, hombre que nunca había pedido permiso, no encontraba palabras.

—Gracias por el café, doña Cuca —dije al fin.

—De nada, mijo. —Se levantó, recogió las tazas, y me miró una última vez—. Y no se le olvide: mi nieta hace el mejor pastel del pueblo. Si la va a querer, quiérala bien. Si no, déjela en paz.

Salí de la casa de la abuela con las piernas de gelatina.

El sol de noviembre pegaba fuerte en la calle del pueblo. La tienda de Don Aurelio, la tortillería, la fila del banco. Gente. Vida. El pueblo siguiendo su ritmo mientras yo, Mateo Del Valle, trataba de recordar cómo se respira.

Y entonces la vi.

Valeria, en el mercado. Con el pelo recogido, una canasta al brazo, discutiendo el precio de los jitomates con una convicción que le iluminaba la cara. Se reía de algo que le decía la vendedora. Se veía… viva. Viva de una manera que yo no recordaba haberme sentido nunca.

Mi corazón hizo algo.

No sé describirlo de otra forma: hizo algo. Un movimiento raro, un salto, un golpe contra las costillas que no tenía nada que ver con el café.

Y yo, Mateo Del Valle, el hombre que no se asustaba de nada porque nada le importaba, lo registré con pavor.

Porque sabía, con una certeza que me dolió, que ese movimiento no tenía nada que ver con el trato.

Y que estaba en problemas. En problemas grandes. Del tamaño de San Gabriel.

Capítulo 11 — El mercado

El mercado de San Gabriel, los jueves, era un organismo vivo.

Olía a cilantro, a carne, a queso fresco y a ese olor indefinible de la gente que madruga. Las señoras discutían los precios con la ferocidad de abogados, los señores cargaban cajas de jitomate como si pesaran plumas, y en el centro, bajo el techo de lámina, un radio viejo tocaba cumbias a todo volumen.

Yo estaba en el puesto de las verduras, discutiendo el precio de unos aguacates con la señora Toña, cuando alguien me tocó el hombro.

—Buenos días, amor.

Me di la vuelta. Mateo Del Valle, con una camisa clara, las mangas arremangadas, y una sonrisa de anuncio de pasta dental.

—No me digas "amor" —le dije por lo bajo—. Regla número dos.

—Tu tía está a tres puestos de aquí.

Miré. La tía Chole estaba en el puesto de las tortillas, gesticulando con las manos como si estuviera dirigiendo una orquesta.

—Un "amor" de vez en cuando —dijo Mateo, con esa sonrisa—. Solo para sobrevivir.

—Sobrevive sin cursilerías.

—¿Y qué hago con mi cariño?

—Lo guardas. Como todo lo demás.

La señora Toña nos miró, primero a mí, luego a él, con una sonrisa que le cruzaba toda la cara.

—¿Y este es el novio? —preguntó, con la voz que usaba para el chisme de primera mano—. ¿El Del Valle?

—Sí, señora —dijo Mateo, estirando la mano—. Mateo, mucho gusto.

—¡Ay, qué guapo! —dijo la señora Toña, y me guiñó un ojo a mí —. Y mira que yo la conocí de chiquita, mija, a esta le ponían los zapatos al revés. ¡Miren nada más a quién se trajo!

—Señora Toña, no le cambie el precio por esto —dije yo—. Los aguacates son aguacates.

—¡Para ti, mija, todo lo que quieras! ¡Llévate dos kilos, a precio de uno! ¡Y que vivan los novios!

Salí del puesto con los aguacates, la cara colorada y el corazón a mil. A mi lado, Mateo caminaba con las manos en los bolsillos, con una sonrisa que no se le quitaba.

—¿Qué te pasa? —dije.

—Nada. Es que me gusta el pueblo.

—¿Desde cuándo te gusta el pueblo?

—Desde hace cinco minutos. —Me miró—. Es un pueblo muy bonito. Con gente muy amable. Y aguacates muy baratos.

—No digas tonterías.

—No digo tonterías. Digo verdades.

—Eso es peor.

Seguimos caminando. El mercado se abría a nuestro paso como el mar Rojo: las señoras nos miraban, los señores levantaban la vista de sus cajas, y un murmullo —ese murmullo de pueblo que corre más rápido que el agua— nos seguía por donde íbamos.

—La parejita —susurró alguien.

—El Del Valle con la Montes —susurró otro.

—Ay, qué bonito —dijo una tercera, con la voz llena de corazones.

—Esto es un desastre —dije yo, entre dientes.

—Es un éxito —corrigió Mateo—. Tu tía ya mandó la foto al grupo. Todo el pueblo sabe que somos novios. Eso significa que nadie nos va a preguntar nada incómodo.

—¿Nadie? Mi abuela te preguntó por la prepa anoche, delante de todos.

—Tu abuela es una excepción. Tu abuela es un radar humano.

—No le digas radar a mi abuela.

—¿Cómo le digo?

—Le dices "doña Cuca". Y te paras derechito cuando te hable. Y no parpadeas.

—¿Y si parpadeo?

—Parpadeas menos.

Nos detuvimos en el puesto del pescado. O más bien, yo me detuve: Mateo me siguió, sin preguntar, como si llevara años siguiéndome a todos lados.

—¿Por qué compras pescado? —preguntó.

—Porque mi prima Paulina pidió que hiciera algo especial para la cena de hoy. El pescado a la talla de mi abuela es legendario.

—¿Y lo vas a hacer tú?

—Soy la pastelera, no la cocinera. Pero sé hacer pescado a la talla. Mi abuela me enseñó. —Levanté el pescado, lo olí, y se lo pasé al señor del puesto—. ¿Me lo envuelve, don Beto?

—Claro, mija. —El señor Beto lo envolvió con papel periódico, y me miró a mí, luego a Mateo—. ¿Y este es el novio? ¿El Del Valle?

—Sí, don Beto.

—Pues que la trate bien, mijo. A esta la conozco de chiquita, es de las buenas.

—Lo sé, don Beto —dijo Mateo, y su voz sonó tan seria, tan sincera, que hasta yo me lo creí.

Salimos del mercado con las bolsas llenas. El sol pegaba fuerte y yo sentía el calor subirme por el cuello, y no era del sol.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunté, sin mirarlo.

—¿Qué cosa?

—Lo de "es de las buenas, lo sé". Sonaste como si fuera verdad.

—Es verdad.

—No es verdad. Es un trato.

—El trato no quita que sea verdad.

Me detuve en seco, en medio de la calle, con las bolsas del mandado colgando de los brazos.

—Mira, Mateo —dije, y mi voz salió más alta de lo que quería—. Tú no tienes derecho a venir aquí, a mi pueblo, a la casa de mi abuela, a hacerte el novio perfecto. Tú no tienes derecho a sonar como si me conocieras, porque no me conoces. Tú no tienes derecho a…

—¿A qué? —dijo él, y su voz también cambió.

—¡A nada! —Las bolsas me pesaban. Todo me pesaba—. Tú eres el que me dejó plantada, Mateo. Tú eres el que pasó de largo en el mercado al día siguiente, como si no me conociera. Y ahora vienes, catorce años después, con tu libreta y tu historia oficial y tus "es de las buenas", y esperas que yo… que yo…

—¿Que tú qué?

—¡Que yo finja que no pasó nada!

El silencio cayó entre los dos. Un señor que pasaba con su bicicleta nos miró de reojo y siguió de largo.

—Yo no soy el mismo de la prepa —dijo Mateo, en voz baja.

—¿Y yo por qué te creería?

—Porque te lo estoy diciendo.

—Eso no es una razón. Eso es una frase.

—Es la única que tengo.

Lo miré. Bajo el sol de noviembre, con la camisa arremangada y el mercado a nuestras espaldas, Mateo Del Valle se veía… no sé. Menos fresa. Más real.

—Sabes qué —dije, dándole la espalda—. Me voy a casa.

—Valeria…

—Me voy a casa, Mateo. Tengo pescado que preparar.

Di dos pasos. Y entonces lo oí.

—¡Fue una apuesta!

Me detuve.

—¿Qué?

—El baile —dijo él, y su voz sonaba distinta, rota, sin el tonito de la gente que nunca ha pedido permiso—. Fue una apuesta, Val. Los Rojas apostaron a que no me aceptabas. Cien pesos y el caballo de mi papá. Y yo, el idiota, acepté. Y fui tan cobarde que no tuve el valor de presentarme a decirte la verdad.

Me di la vuelta.

—¿Una apuesta?

—Una apuesta.

—¿Me pediste al baile por una apuesta?

—Sí.

—¿De cien pesos?

—Sí.

—¿Y el caballo de tu papá?

—Sí.

Se me fueron las palabras. No había aire. Solo el eco de "cien pesos" dando vueltas en mi cabeza como una canción de cumbia desafinada.

—¿Cien pesos? —Mi voz no era mía. Era más delgada, más chiquita, como la de la niña de dieciséis que esperó en el atrio—. ¿Eso valía yo?

—Valeria, no fue así…

—¿Y el caballo? —avancé un paso. Él retrocedió—. ¿El caballo de tu papá también valía más que yo?

No me contestó. No pudo. Eso fue lo peor.

Bajé la mirada. Vi los aguacates en la bolsa. Los que le había regateado a la señora Toña. Los que iba a llevar para hacerle guacamole a mi familia, pensando que él se quedaría a cenar.

—Me costaste una humillación —dije, y esta vez sí se me quebró la voz—. Pero ahora entiendo por qué: porque en tu mundo

las cosas se ganan y se pierden con apuestas. Y yo fui una apuesta más.

Solté la bolsa. Los aguacates rodaron por el empedrado, entre los pies de la gente, y yo no los recogí.

—Me voy, Mateo.

—¿Valeria…?

—No me sigas. No esta vez. —Lo miré a los ojos—. Porque si me sigues, te juro que te voy a decir cosas que no te voy a poder perdonar después.

Y me fui.

Caminé rápido. Tan rápido que no vi a la señora de las tortillas, ni al carnicero, ni al señor de la bicicleta. Solo vi el portón de mi abuela, y cuando llegué, me apoyé en la buganvilia y dejé que las lágrimas me ganaran.

Mi abuela salió. No dijo nada. Solo me abrazó.

—Mija —dijo, y su voz era un pañuelo—. Los Del Valle siempre han sido malos pagadores. Pero tú eres Montes. Y los Montes sabemos cuándo cobrar.

Capítulo 12 — La apuesta

Me quedé parado en medio de la calle, con las manos vacías y el eco de mis propias palabras en los oídos.

Me agaché y recogí los aguacates del suelo. Uno por uno. No sé por qué. Tal vez porque era lo único que podía recoger.

"Fue una apuesta."

Lo había dicho. Se lo había dicho. Catorce años guardándolo, catorce años ensayando la forma de decirlo —en la ducha, en el carro, en las noches sin sueño— y al final, cuando la verdad se me escapó, fue en un mercado, a gritos, delante de un señor que pasaba en bicicleta.

—Qué elegante —murmuré para mí mismo—. Qué Del Valle tan elegante.

Caminé sin rumbo. El pueblo me miraba pasar: la señora de la tortillería, el carnicero, el hombre que barría la banqueta. El pueblo que ya nos había casado, el pueblo que ya nos había visto pelear.

Pasé por el portón de la casa de la abuela y dejé la bolsa de los aguacates en la entrada. Sin tocar el timbre. Sin esperar a que saliera nadie. Solo la dejé ahí, como quien devuelve lo que rompió.

Llegué a la hacienda sin darme cuenta. Me senté en la banca del corredor, con la vista perdida en la empacadora, y me quedé ahí, procesando.

Catorce años.

Yo había construido mi vida entera sobre una mentira disfrazada de éxito: el despacho, el departamento en Santa Fe, la novia que se fue porque "estabas más casado con el trabajo que conmigo", las cenas con clientes que no me importaban, los edificios que diseñaba sin ponerles corazón. Todo, todo, para demostrarle a mi mamá, a los Rojas, al pueblo, que el hijo de los Del Valle había triunfado.

Y en el fondo, debajo de todo, estaba aquel vestido.

No la había vuelto a ver en catorce años. No en persona, no así, no con el pelo revuelto y el pastel en los brazos. Pero la había

pensado. Más de lo que estaba dispuesto a admitir. En los momentos raros, en los silencios, cuando el despacho se vaciaba y yo me quedaba solo con mis pensamientos, aparecía ella: la chava del atrio, con aquel vestido, esperando a un idiota que nunca iba a llegar.

Y hoy, en el mercado, se lo había dicho todo. O casi todo.

Le había dicho lo de la apuesta. Los cien pesos. El caballo de mi papá. Pero no le había dicho lo más importante: que me arrepiento. Que me he arrepentido todos los días. Que la dejé plantada por cobarde, y que la cobardía no se me quitó con los años, solo cambió de forma.

—¿Mateo?

Emilio. Mi hermano, con una caja de aguacates en las manos, parado en la puerta de la empacadora.

—¿Qué haces sentado ahí? —preguntó—. ¿No ibas al mercado con tu novia?

—Ya fui.

—¿Y por qué tienes cara de que perdiste a tu novia?

—Porque la perdí.

Emilio dejó la caja. Se acercó, se sentó a mi lado en la banca, y esperó. Mi hermano siempre ha sabido esperar: es de los que dejan que la gente hable sola.

—La dejé plantada en el baile de la prepa —dije.

—¿Qué?

—Hace catorce años. Le pedí que me acompañara al baile por una apuesta con los Rojas, y no fui. La dejé plantada en el atrio, delante de todo el pueblo. —Me pasé la mano por la cara—. Y hoy, en el mercado, se lo dije. A gritos. Delante del señor de la bicicleta.

Emilio se quedó callado un rato. Luego dijo:

—¿Y por eso eres su novio?

—Algo así.

—¿Algo así?

—Es un trato, Emilio. Un trato de novios falsos hasta el domingo. Ella necesita que su familia deje de preguntarle cuándo se casa, y yo necesito sobrevivir a la boda sin que mamá me case con la hija de los González.

—Ah. —Mi hermano asintió, procesando—. O sea que todo esto es mentira.

—Todo esto es mentira.

—¿Y por eso tienes cara de que se te cayó el mundo?

—Porque… —Las palabras se me atascaron. Las miré desde afuera, sorprendido de que existieran—. Porque no quiero que sea mentira.

Emilio no dijo nada. Mi hermano, el hijo bueno, el que siempre supo lo que quería —Paulina, la hacienda, la vida del pueblo—, se quedó callado, mirando la empacadora.

—Entonces —dijo al fin—, ¿qué vas a hacer?

—Decírselo. Todo. La apuesta, la prepa, el arrepentimiento. Y que esta semana… —respiré hondo—. Que esta semana fue lo más real que he vivido en años.

—¿Y cuándo se lo vas a decir?

—Después de la boda. Cuando el trato termine. Para que no piense que se lo digo porque necesito algo de ella.

—¿Y si te odia?

—Ya me odia.

—¿Y si te odia más?

—Puede ser. Pero ya no voy a ser el cobarde de la prepa, Emilio. Eso se acabó. Prefiero que me odie sabiendo la verdad a que me recuerde como el que no tuvo el valor de decírsela.

Mi hermano me miró largo rato. Luego asintió, se levantó, recogió su caja de aguacates.

—Sabes qué —dijo—. Paulina tiene razón contigo.

—¿Qué dice Paulina?

—Dice que eres más buena gente de lo que aparentas. —Se encogió de hombros—. Yo le dije que no, que eres un fresa insoportable. Pero parece que ella te conoce mejor que yo.

—¿Y qué más dice?

—Dice que la prima Valeria es de las que perdonan de verdad. Pero que no perdona dos veces. —Emilio me dio una palmada en el hombro—. Así que si la vas a querer, quiérela bien. Si no, déjala en paz.

Las mismas palabras que la abuela. Casi las mismas. San Gabriel entero parecía haberse puesto de acuerdo para darme el mismo consejo.

Me quedé en la banca, viendo la tarde caer sobre la empacadora.

Y por primera vez en catorce años, supe exactamente lo que quería decir. Sin ensayos. Sin libretas. Sin historia oficial.

Mañana, después de la boda, se lo diría todo: la apuesta, el vestido, los catorce años de arrepentimiento, y que esta semana —la semana más absurda de mi vida— había sido la primera en la que supe lo que quería.

Y si ella me odiaba, me odiaría sabiendo la verdad.

Pero ya no iba a ser el cobarde de la prepa.

Eso, por lo menos, estaba en mis manos.

Saqué el teléfono. Abrí el chat de Valeria —el que le había escrito anoche, sin nombre, solo el número que me pasó Paulina— y escribí:

"Necesito decirte algo. Sin libreta. Sin historia oficial."

Lo leí. Lo borré.

Lo escribí otra vez. Lo borré.

Lo escribí una tercera vez. Mi dedo quedó suspendido sobre el botón de enviar.

—Mañana —dije en voz alta, guardando el teléfono—. Mañana, después de la boda.

Pero me quedé sentado en la banca, con el teléfono en el bolsillo quemándome, y supe que era mentira. No iba a esperar al domingo. No podía.

La había visto correr hoy. La había visto llegar al portón de su casa, apoyarse en la buganvilia y llorar hasta que su abuela salió a abrazarla. Y yo, desde la esquina, lo había visto todo. Y había sentido el golpe en el pecho, tan fuerte que tuve que apoyarme en la pared.

Catorce años de huir. Y ahora, por fin, entendía por qué huía: porque sabía que si me quedaba, iba a querer quedarme para siempre.

Saqué el teléfono otra vez. Abrí el chat de Valeria. Y escribí, sin pensarlo, lo único que sabía que era verdad:

"No te pido que me perdones hoy. Solo quiero que sepas que el vestido azul no se me ha ido de la cabeza en catorce años. No voy a dejar de intentarlo. Buenas noches."

Mi dedo quedó suspendido sobre el botón de enviar. Un segundo. Dos.

Lo envié.

El mensaje salió con un sonido pequeño, insignificante, y se quedó ahí, en el aire entre los dos, como una piedrita lanzada a un pozo.

Ella no contestó.

Yo no esperé respuesta. Guardé el teléfono, subí a mi cuarto, y por primera vez en catorce años, me acosté con una idea clara en la cabeza: la voy a recuperar.

No sé cómo. No sé cuándo. Pero la voy a recuperar.

Aunque tenga que quedarme en San Gabriel hasta que el pueblo entero sepa que el hijo de los Del Valle se enamoró de la hija de los de la tienda.

Aunque tenga que aprender a hacer pasteles.

Aunque tenga que arrodillarme en el atrio de la parroquia y pedirle perdón delante de todo el pueblo, igual que ella me esperó

una vez en ese mismo atrio.

Fuera lo que fuera.

Ya no era el cobarde de la prepa.

Eso, por lo menos, estaba en mis manos.

Y el viernes, en la cena de ensayo, Valeria iba a sentarse en la mesa de mi familia. Iba a conocer a mi mamá. Iba a ver, con sus propios ojos, de qué estaba hecha la casa de los Del Valle. Y yo iba a estar a su lado, temblando más que ella, porque por primera vez en catorce años tenía algo que perder.

Fin del Bloque 1.

Capítulo 13 — El pueblo se entera

La bolsa de aguacates estaba en el portón.

La vi desde la ventana de la cocina, cuando me estaba sirviendo un vaso de agua, y mi corazón hizo un alto tan brusco que tuve que apoyarme en el lavadero. Una bolsa de plástico, de las del mercado, con una docena de aguacates adentro, acomodados como si alguien los hubiera puesto con cuidado. Uno por uno.

No la toqué de inmediato. Me quedé viéndola desde la ventana, como si fuera un animal que podía huir si me acercaba.

—¿Mija? —dijo la abuela, sin levantar la vista del comal—. ¿Qué miras?

—Nada, abuela. Algo que dejaron en el portón.

—¿Y quién fue?

—No sé. —Mentira. Lo sabía perfectamente—. Nadie tocó.

—Pues recógela antes de que se la lleve el perro.

La recogí. Los aguacates estaban fríos, limpios, perfectos. La bolsa olía a mercado, a cilantro, a la mañana en que los compré yo, con la señora Toña, cuando todo era más simple y Mateo Del Valle era solo un problema del que iba a deshacerme el domingo.

No pregunté quién la dejó.

Porque sabía la respuesta. Y porque si lo decía en voz alta, tenía que admitir que el gesto me había tocado algo que yo no quería que me tocaran.

El pueblo, mientras tanto, ya se había encargado de lo demás.

—¡Mija! —gritó la tía Chole desde la puerta de la tienda, con el teléfono en la mano—. ¡Ya son noticia!

—¿Qué cosa?

—¡Tú y el Del Valle! La señora de la tortillería dice que los vio en la plaza, peleando por una libreta. El carnicero dice que los vio riéndose. ¡Y doña Toña dice que el novio le regateó los aguacates, que se veían como pareja de verdad!

—Los aguacates los regateé yo, tía.

—¡El pueblo no sabe eso, mija! ¡El pueblo sabe lo que quiere saber!

Así era San Gabriel, el pueblo donde hasta los perros saben tu nombre: aquí el chisme no corría, volaba. A las doce del mediodía, la parejita ya era oficial. En la fila del banco, la señora de la caja me preguntó si ya había visto la foto en el grupo del pueblo, y me dio un dulce de regalo "para la novia" sin que yo pudiera explicarle nada. En la farmacia, en la carnicería, en la tortillería, la misma historia: la parejita era oficial. Y en la papelería, donde fui a comprar listón para el pastel, la encargada me enseñó la foto que le había llegado por WhatsApp —la de anoche, en la cena, con Mateo arremangado y yo riéndome— y me preguntó con la sonrisa de la que ya me veía de blanco:

—¿Y tú para cuándo?

—Yo para cuando dejen de preguntármelo —dije, y pagué el listón.

—¡Ay, mija! —se rió—. Pues apúrate, que tu tía ya está midiendo el vestido.

Toño, el muy desgraciado, apareció a media tarde en la tienda de la abuela, con una cerveza y su sonrisa de pocas palabras. Se sentó en el corredor, me miró, y dijo:

—O sea que el fresa de la hacienda es tu novio.

—Es un malentendido, Toño.

—Ajá. —Le dio un trago a la cerveza—. Y por eso anoche se comió el mole como si llevara años cenando aquí. Y por eso hoy anduvo en el mercado cargando tus bolsas. Y por eso… —sacó el teléfono— …me llegó esto.

Me mostró la pantalla. Era la foto de la plaza: Mateo y yo, agachados, la libreta en el suelo entre los dos, a punto de chocar las frentes. La había tomado alguien desde la tortillería. La calidad era terrible. La sonrisa de él, aun con la foto borrosa, era inconfundible.

—Neta, Val —dijo Toño—. Ese vato te mira como si no fueras un trato.

—¿Cómo sabes…? —empecé, y me callé a tiempo.

—Sé muchas cosas, hermanita. Solo que no las digo. —Terminó su cerveza—. Pero si algún día ese vato te hace algo, me dices. Yo tengo la parcela y la paciencia.

—¿Y qué harías?

—No sé. Pero quedaría muy bonito en el chisme.

Me reí. Toño siempre lograba eso: hacerme reír cuando más lo necesitaba.

Y entonces, como si el destino tuviera el sentido del humor de Toño, apareció Mateo.

Venía por la calle, con una camisa limpia, el pelo todavía húmedo, y una bolsa de pan dulce en la mano. Se detuvo en la puerta de la tienda, me vio, y por un segundo los dos nos quedamos colgados en el mismo silencio incómodo de esta mañana.

—Traje pan —dijo, levantando la bolsa.

—¿Pan? —dije.

—Para la abuela. Pensé que le gustaría. —Y luego, más bajo, para que solo yo lo oyera—: Y para ti. Por si querías perdonarme un poquito.

—¿Y por qué habría de perdonarte?

—Por lo del mercado —dijo, y esta vez no se rió—. Por gritarte la verdad en la calle, delante de todo el mundo, cuando debí decírtela en privado, hace catorce años. —Hizo una pausa—. Y por los aguacates. Por no saber pedir perdón de otra forma.

—¿Los aguacates eran tu forma de pedir perdón?

—Era lo único que tenía a la mano —dijo—. Y los recogí uno por uno. —Me miró—. No sé si eso cuenta como disculpa, pero fue lo más sincero que hice en años.

Toño se levantó, con su cerveza vacía, y me dio una palmada en el hombro.

—Ahí está tu novio, hermanita. Yo me voy a la parcela. —Y a Mateo, de pasada—: Cuídala, fresa. Aquí la queremos mucho.

Mateo se quedó parado con el pan en la mano y una expresión de no saber si lo acababan de amenazar o de bendecir.

—Tu hermano —dijo— es aterrador.

—Es mi hermano. Y tiene la parcela y la paciencia.

—Eso me dijo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Respetarla. —Y lo dijo con una seriedad tan absoluta, tan poco fresa, que me dejó sin respuesta.

En eso, Paulina salió de la casa de al lado, con el vestido de la despedida en una bolsa de la tintorería y los ojos brillantes. Nos vio, y su sonrisa se hizo gigante.

—¡Ahí están mis novios favoritos! —dijo, y me abrazó con una fuerza que me sacó el aire—. Gracias, Val. En serio.

—¿Por qué?

—Por traer a Mateo. Emilio lleva tres días como fiera enjaulada por los preparativos, y desde que su hermano llegó con novia, está tranquilo. Dice que verlos juntos le recuerda por qué se casa. —Me apretó más fuerte—. Ojalá tú también te cases, prima. Ojalá te cases y seas feliz de verdad.

—¿Y tú? —dije, para cambiar de tema—. ¿Cómo estás para mañana?

—Perfecta —dijo Paulina, con su sonrisa impecable—. Todo está listo: el vestido, el salón, el pastel. —Me miró—. Bueno, el pastel es tuyo. Y es lo único de lo que no dudo.

—¿Y de qué dudas?

Paulina dudó. Un segundo. Dos. Y luego su sonrisa impecable se mantuvo, como siempre.

—De nada, prima. De nada. —Y me dio otro abrazo, este más corto—. Nos vemos mañana en el ensayo.

Y se fue, con su bolsa de la tintorería y su espalda derecha.

Y yo, la mentirosa profesional, sonreí con culpa y me quedé con la pregunta flotando en el aire.

Capítulo 14 — De novios por el mercado

El mercado municipal de San Gabriel, visto desde adentro, es un organismo con reglas propias.

Yo lo sabía de niño: mi mamá nunca pisaba el mercado, mandaba a la gente de la hacienda. Así que mi conocimiento se reducía a lo que veía desde el carro: toldos, voces, colores. Nada más.

Valeria, en cambio, caminaba por ahí como quien camina por su casa. Saludaba a cada puesto por su nombre, sabía cuál jitomate era de riego y cuál de temporal, y regateaba con una ferocidad que habría hecho llorar a mi contador.

—¿Y el novio? —preguntó la señora del puesto de jitomates, mirándome de arriba abajo—. ¿El de la hacienda?

—Sí, señora —dije, con mi mejor sonrisa de arquitecto—. Mateo, mucho gusto.

—¿Y sabe pedir jitomates, el arquitecto?

—Claro que sé pedir jitomates.

Hubo un silencio. La señora me miró. Valeria me miró. El puesto entero me miró.

—Pues pida, mijo —dijo la señora—. Aquí no mordemos.

Pedí. Y fue un desastre.

No supe si pedir por kilo o por pieza. Le dije "jitomate rojo" y la señora me respondió "¿cuál de los tres rojos, mijo?". Me cobró veinte pesos, y yo pagué sin chistar, porque no sabía cuánto costaba un jitomate y porque me daba vergüenza preguntar.

—No, no, no —dijo Valeria, quitándome el billete de la mano—. Son doce. Y con la bolsa, trece. —Y a la señora, en el tono de quien negocia con la vida—: Doña Chuy, no me haga esto delante del novio.

La señora Chuy parpadeó. Me miró. Y cobró trece, con una sonrisa de la que sabe cuándo pierde.

—¿Cómo le hizo? —pregunté, mientras caminábamos.

—Un farol —dijo ella—. El farol funciona mejor cuando no sabes qué hay detrás.

—O sea que eres buena negociando.

—Soy buena leyendo a la gente. No es lo mismo.

—Y a mí, ¿me lees?

Valeria se detuvo. Me miró. Y por un segundo, bajo el toldo del mercado, con el olor a cilantro y a queso fresco entre los dos, su cara perdió el humor.

—A ti, Mateo Del Valle —dijo—, te estoy leyendo desde la prepa. Y todavía no termino el capítulo.

No supe qué contestar. No había respuesta para eso.

El queso fue peor. El pan fue peor. La carne fue un desastre: le pedí "un kilo de carne" a un carnicero que me miró como si le hubiera pedido media vaca, y tuve que rescatarme con un "para la cena, ¿no, amor?" que salió tan raro que hasta el carnicero se rió.

—Amor —repitió Valeria, por lo bajo, cuando ya estábamos lejos —. Regla número dos.

—Tu tía estaba en el puesto de las tortillas.

—Mi tía ya se fue del puesto de las tortillas.

—Estaba la señora de la farmacia, que le cuenta todo a tu tía.

—La señora de la farmacia no estaba.

—Estaba su hija.

—Su hija no cuenta nada. Su hija está enamorada del de la farmacia y no ve nada más.

—¿Y entonces por qué dije "amor"?

—Porque querías —dijo Valeria, y me dejó con la palabra en la boca.

Seguimos caminando. El mercado se abría a nuestro paso: las señoras nos miraban, los señores levantaban la vista, y un murmullo

nos seguía por donde íbamos. La parejita. El Del Valle con la Montes. Qué bonito.

El puesto de la fruta fue el último examen. La señora Toña nos vio llegar y se persignó con la emoción.

—¡Miren nada más! —dijo, con su voz de chisme de primera mano—. ¡El arquitecto y la pastelera! ¡Qué parejita más linda!

—Señora Toña —dijo Valeria—, nomás venimos por un kilo de manzanas.

—¡Y yo que pensé que venían a anunciarme la boda!

—Todavía no, señora. Las manzanas, por favor.

La señora Toña pesó las manzanas con una lentitud deliberada, mirándonos a los dos con una sonrisa que no soltaba.

—Veinticinco pesos —dijo.

—Doña Toña —dijo Valeria—. Son quince.

—Mija, los precios subieron.

—Subieron para los que no conocen. A mí me da a quince.

—Veinte —dijo la señora Toña.

—Quince y un consejo —dijo Valeria.

—¿Qué consejo?

—Que ya le conté a su hija lo de la empalizada.

La señora Toña parpadeó. Me miró. Y cobró quince, con una sonrisa de la que sabe cuándo pierde.

—¿Y lo de la empalizada? —pregunté, mientras nos alejábamos.

—No sé qué es lo de la empalizada —dijo Valeria, con una sonrisa que me hizo olvidar por completo las manzanas—. Pero ella no lo sabe.

—Oye —dijo ella, de repente—. Lo de los aguacates.

—¿Qué?

—Los del portón. —Se detuvo, y esta vez no se rió—. No pregunté quién los dejó. Pero quería decirte que… los usé. Hice guacamole. Para la comida de la abuela.

—¿Y qué tal salió?

—Bien. La abuela dijo que estaban en su punto.

—Entonces —dije, y no sé de dónde saqué el valor—, no fue tan malo lo que recogí.

—No fue tan malo. —Me miró, con esa mezcla suya de desconfianza y curiosidad—. Pero no significa que te haya perdonado, Mateo.

—No te pido que me perdones hoy.

—¿Y cuándo?

—Cuando me lo gane.

Se quedó callada. El mercado seguía a nuestro alrededor: voces, colores, el radio de las cumbias. Y entre los dos, un silencio que ya no era incómodo. Era otro tipo de silencio. Uno que no sabía nombrar.

—Vamos —dijo ella, al fin, con la voz un poco rara—. Ya te rescaté bastante por hoy.

—¿Y eso qué significa?

—Que el examen de hoy lo aprobaste con seis —dijo, y sus ojos brillaron—. Mañana hay más. Y en la boda, el final.

—¿Y qué pasa si repruebo el final?

—Entonces te quedas a repasar —dijo ella, y se rió. Una risa de verdad, de las que no se actúan.

Y yo, Mateo Del Valle, arquitecto, treinta y cuatro años, hombre que nunca había pedido permiso, me quedé mirándola un segundo más de lo debido.

—¿Qué? —dijo ella, notando mi mirada—. ¿Me quedó harina en la cara?

—No. —Sonreí—. Solo estaba pensando que hoy aprendí a pedir jitomates.

—¿Y eso qué tiene de especial?

—Que hace tres días no sabía ni que existían los de riego. —La miré—. Y hoy sé cuáles elegir. Eso es progreso, ¿no?

—Es progreso —dijo ella, y por un segundo su sonrisa fue de verdad—. A este paso, para el domingo ya vas a saber regatear.

—¿Y después del domingo?

La pregunta cayó entre los dos. Ella se quedó callada, con la bolsa del mercado en la mano y el sol de la tarde en la cara.

—Después del domingo —dijo, al fin—, ya veremos.

—¿Eso es un sí o un tal vez?

—Es un ya veremos —dijo ella, y por primera vez en el día, su sonrisa fue completamente suya—. Y para mí, un ya veremos es más de lo que he dicho en años.

Y se dio la vuelta para entrar a la tienda.

Y yo me quedé viéndola, con las manos en los bolsillos y el corazón golpeándome las costillas, pensando que nunca había querido tanto que un domingo no llegara.

—Mateo —dijo ella, desde la puerta, sin volverse—.

—¿Mmm?

—Mañana te enseño el pan de muerto. El de la receta de mi abuela.

—¿Para qué?

—Para que veas que no todo en este trato es mentira —dijo—. Algunas cosas son de verdad.

Y entró.

Y yo me quedé en la calle, con el corazón a mil, pensando que acababa de recibir la invitación más rara y más importante de mi vida.

Y por primera vez desde el mercado de la mañana, se me olvidó que esto era un trato.

Capítulo 15 — La plaza

A las seis de la tarde, la plaza de San Gabriel era el corazón del pueblo: el kiosco, las palmeras, las señoras en las bancas, los chavos en la esquina, y el olor a elotes hervidos que subía desde el puesto de doña Chole.

—Ahí están —dijo Valeria, y su mano encontró mi brazo con una naturalidad que me dejó sin aire—. La parejita oficial.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que tienes que caminar como si me quisieras. —Y me sonrió, con esa sonrisa que ya no sabía si era actuada—. Es la hora de mayor tráfico del pueblo. Todos van a pasar por aquí.

Caminamos. La mano de ella en mi brazo, mis pasos acompasados a los suyos, el pueblo mirándonos con esa curiosidad amable de los lugares donde todo el mundo se conoce. La señora de la tortillería nos saludó desde su puerta. El carnicero levantó la mano. Un grupo de señoras en la banca del kiosco nos vio pasar y se inclinaron a cuchichear con una velocidad que habría impresionado a mi equipo de obra.

—Sonríe —dijo Valeria, por lo bajo—. Pero no sonrías todo el tiempo. Las parejas de verdad no sonríen todo el tiempo.

—¿Cómo sabes qué hacen las parejas de verdad?

—Veo muchas bodas, Mateo. Sé distinguir entre el amor y la actuación.

—¿Y qué estamos haciendo nosotros?

—Hoy, actuando. —Su mano apretó mi brazo un poco más—. Mañana, ya veremos.

En la banca del kiosco, la señora Toña nos vio y se iluminó.

—¡Miren nada más a la parejita! —gritó, con su voz de chisme de primera mano—. ¡Y qué bien se ven juntos! ¡Ojalá y se casen antes de que yo me muera!

—Señora Toña, usted va a vivir cien años —dijo Valeria.

—¡Y quiero ver la boda, mija! ¡La quiero ver! —Y a mí, bajando la voz con la discreción de un altavoz—: Mijo, usted no la deje ir. Esta niña es de las buenas. De las que valen oro.

—Lo sé, señora —dije.

Y lo dije sin pensarlo. Y cuando lo dije, me di cuenta de que sonaba a verdad.

—¿Y los anillos? —preguntó otra señora, desde la banca de al lado—. ¿Ya hay anillos?

—Todavía no —dijo Valeria, rápida—. Estamos en eso.

—Pues apúrense, que la vida es corta. Yo conocí a mi difunto un jueves y me casé un sábado. —Y se rió, con esa risa de las viejas que ya no le temen a nada—. Tres días. Y fueron cuarenta años.

—¿Y cómo supo que era él? —preguntó Valeria.

—Porque cuando lo vi, se me olvidó lo que estaba haciendo. —La señora nos miró, a mí, a ella, con una sonrisa—. Y usted, mijo, tiene cara de haberse olvidado de algo desde hace rato.

Valeria se rió, pero yo no.

Porque la señora tenía razón.

Me había olvidado de que esto era un trato. Me había olvidado de que el domingo a las ocho de la mañana esto terminaba. Me había olvidado de que yo era el cobarde de la prepa y ella la chava del atrio a la que dejé esperando.

Y la segunda vuelta a la plaza fue peor. La señora de la tortillería salió a su puerta a saludarnos, y el carnicero levantó la mano con el cuchillo, y un grupo de chavos en la esquina nos vio pasar y uno gritó "¡ahí va la parejita!" con una alegría que me hizo sentir, por un segundo, que esto no era una actuación.

Era algo más.

Algo que yo no sabía nombrar.

—Oye —dijo Valeria, de repente—. ¿Por qué me miras así?

—¿Cómo?

—Así. Como si estuvieras haciendo cuentas.

—Estoy haciendo cuentas —dije, y fue lo más honesto que dije en todo el día—. De cuánto me falta por aprender.

—¿Aprender qué?

—A no ser el cobarde de la prepa.

Se detuvo. La plaza siguió girando a nuestro alrededor: las señoras, los chavos, el olor a elotes. Pero ella se detuvo, me miró, y por un segundo su cara perdió la defensa.

—Sabes qué —dijo—. Eso casi suena sincero.

—Es sincero.

—¿Y cómo sé que no estás actuando?

—Porque si estuviera actuando —dije, y mi voz salió más baja de lo que quería—, no te habría contado lo de la apuesta. Ni habría recogido los aguacates. Ni estaría aquí, caminando contigo, queriendo que esto dure.

Valeria no dijo nada. Se quedó mirándome, con esa expresión suya que yo ya empezaba a reconocer: la de la que está decidiendo si creer o no.

—Se nos enfrió el elote —dijo, al fin.

—¿Qué?

—El elote de doña Chole. Íbamos a comprar uno. —Señaló el puesto, y su voz sonó rara, un poco ronca—. Vamos, antes de que cierren.

Compramos el elote. Nos lo comimos sentados en la banca del kiosco, con el pueblo cayendo a nuestro alrededor: las luces encendiéndose una a una, el radio de la plaza cambiando de cumbia a balada, los chavos de la esquina yéndose a sus casas. Y mientras comíamos, sin hablar, la mano de Valeria en mi brazo y el silencio entre los dos lleno de cosas que ninguno se atrevía a decir, supe que quería quedarme ahí para siempre.

No en la banca. No en el pueblo. Ahí. Con ella.

—¿Sabes qué? —dije, sin pensar.

—¿Qué?

—Que hace una semana no conocía a nadie en este pueblo. Quiero decir: no conocía a nadie de verdad. Y ahora… —me detuve, buscando las palabras—. Ahora sé cuál jitomate es de riego, sé quién es la señora Toña, sé que tu tía canta en la iglesia los domingos. —La miré—. Y todo eso me lo enseñaste tú en tres días.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No sé —dije—. Pero me gusta cómo se siente.

Valeria se quedó callada. Con el elote a medio comer y la noche cayendo, me miró con una expresión que no supe leer.

—A mí también me gusta —dijo, al fin, en voz baja—. Y eso me da miedo.

—¿Por qué?

—Porque las cosas que me gustan —dijo, y su voz sonó rara—, se van.

No supe qué contestar. Así que hice lo único que se me ocurrió: le di mi mitad del elote.

—Toma —dije—. Para que veas que no todo se va.

Se rió. Y me quitó el elote de la mano.

Y por un segundo, bajo la luz del kiosco, la vi sonreír como no la había visto sonreír en toda la semana.

Caminamos de vuelta con el elote a medio comer, y cuando llegamos a la esquina de la casa de la abuela, Valeria soltó mi brazo.

No fue un gesto dramático. Fue un movimiento pequeño, natural, el que se hace cuando se llega a la puerta. Pero yo lo noté. La sentí soltarme, y noté el vacío que dejó su mano.

Y supe, con una certeza que me dolió, que ella también lo había notado.

—Buenas noches, Mateo —dijo, sin mirarme.

—Buenas noches, Valeria.

—Gracias —dijo, y fue un gracias distinto, uno que no esperaba —. Por la tarde. Por el mercado. Por la plaza. —Se mordió el labio—. Por hacer que esto se sienta menos como un trato.

—No hay de qué —dije, y la verdad era que había de todo.

—Nos vemos mañana —dijo, y me miró por fin, con una sonrisa pequeña, de las que no se actúan.

—Nos vemos mañana.

Y entró. Y yo me quedé en la esquina, con el papel del elote en la mano, mirando la puerta que se cerraba.

Y caminé a la hacienda, y no pude dejar de mirarme el brazo, donde había estado su mano.

Capítulo 16 — La despedida de soltera

La despedida de soltera de Paulina fue en casa de la prima Lety, que vive en la colonia de arriba y tiene un patio con lavadero donde cabe media familia. Había papel picado, una piñata de las que ya nadie usa, una botella de tequila que nadie abrió y dos de vino que sí, y quince mujeres de todas las edades haciendo lo que las mujeres de este pueblo hacen cuando están solas: reírse, chismear y ponerse serias cuando nadie lo espera.

El juego de la botella había pasado a la historia cuando la prima Lety sacó las fotos de la boda de su mamá y todas nos pusimos a adivinar quién era quién. La tía Chole contó tres veces la historia de su boda, y las tres veces la contó distinta. Mi mamá corrigió los detalles con la precisión de maestra que le conocíamos. Y yo, con un vaso de vino en la mano y la mente en otro lado, asentía sin oír.

Yo estaba en la cocina, cortando limones para los vasos, cuando Paulina entró al baño y no salió.

Al principio no lo noté. La tía Chole estaba contando la historia de su boda (la cuarta vez en la noche), y mi mamá la interrumpía con los detalles que ella recordaba distinto. Las primas se reían. La prima Lety ponía más vino.

—¿Y Paulina? —preguntó mi mamá, de repente—. Hace rato que no la veo.

Nadie lo había notado. Yo sí. La había visto entrar al baño hace veinte minutos, y había visto que la luz seguía encendida.

—Voy a ver —dije.

Toqué la puerta del baño.

—¿Paulina?

Silencio. Luego, una voz pequeña, mojada:

—¿Val?

—Sí, soy yo. ¿Estás bien?

—Estoy… —hubo un sollozo que se cortó—. Estoy perfecta. Es mi despedida. Tengo que estar perfecta.

—Paulina, ábreme.

Tardó. Pero abrió.

Estaba sentada en la orilla de la tina, con el vestido de la despedida —el color vino que le quedaba tan bien—, las lágrimas corriéndole por la cara, y las manos apretadas sobre el regazo, como si estuviera conteniendo algo más grande que ella.

—No llores —dije, sentándome a su lado—. Es tu fiesta.

—Por eso lloro. —Se rió, con una risa rota—. Es mi fiesta. La fiesta de la novia perfecta, con la lista de invitados perfecta, el vestido perfecto, el protocolo perfecto. Y yo aquí, en el baño, preguntándome si en verdad quiero casarme o si solo quiero terminar la lista de invitados.

—¿Qué?

—No sé si quiero casarme con Emilio, Val. —Me miró, con los ojos rojos—. O si quiero casarme porque ya llevamos dos años, porque la boda está pagada, porque mi mamá ya invitó a media iglesia, porque sería una vergüenza cancelar. No sé si quiero a Emilio o si quiero la boda.

—¿Emilio sabe algo?

—Emilio no sabe nada. Emilio está feliz. Emilio es feliz, ¿me entiendes? Y yo no sé si puedo darle la felicidad que él se merece, porque no sé si yo soy feliz.

—¿Y por qué no se lo dices?

—¿Cómo le digo "oye, Emilio, no sé si quiero casarme"? Después de dos años. Después de que su mamá nos prestó la casa para la luna de miel. Después de que yo misma elegí el vestido, el color de las servilletas, la canción del primer baile. —Se rió, con una risa que era mitad sollozo—. No puedo cancelar mi propia boda, Val. Sería la vergüenza del pueblo.

—No sería una vergüenza, prima. Sería una decisión.

—Mi mamá me mataría.

—Tu mamá te quiere. Y te quiere más que a una boda.

—¿Y Emilio?

—Emilio —dije, y busqué las palabras con cuidado—, Emilio te quiere. Y si tú le dices la verdad, Emilio va a escucharte. Es de los que escuchan.

—¿Y si me escucha y se va?

—Entonces no era él, prima. —La abracé más fuerte—. Pero yo lo he visto, Paulina. Lo he visto hablar de ti en la tienda, lo he visto cuadrarse cuando alguien dice tu nombre. Ese hombre no se va a ir.

La abracé. Fue lo único que se me ocurrió. La abracé en la orilla de la tina, con el vestido color vino arrugándose entre las dos, y la dejé llorar.

—¿Y tú? —dijo, entre sollozos—. Tú sí eres feliz, ¿verdad? Con Mateo.

Las palabras se me quedaron atoradas.

—Yo… —empecé.

—Lo vi —dijo Paulina, secándose la cara con el dorso de la mano—. En la plaza. Cómo te mira. Cómo caminaba contigo, como si llevara años haciéndolo. —Sonrió, con una sonrisa temblorosa—. Eso es amor, Val. Eso es lo que yo quiero. Alguien que me mire así.

Y yo, la mentirosa profesional, la que llevaba tres días actuando frente a mi familia, no pude decir nada.

Porque no era amor. Era un trato. Un trato con reglas y fecha de caducidad, y yo era la única que sabía que el domingo a las ocho de la mañana, la parejita de la plaza iba a terminar.

—Val —dijo Paulina—. ¿Me estás escuchando?

—Sí. Te escucho.

—¿Y qué hago? ¿Qué hago con lo que siento?

—No sé, prima. —Tomé su mano—. Pero te digo una cosa: tú no eres un fraude. Tú eres la persona más organizada que conozco, y si has estado dos años con Emilio, no ha sido por la lista de invitados. Ha sido porque lo quieres. Y el miedo no quita el amor, Paulina. El miedo solo lo disfraza.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Porque lo estoy viviendo —dije, y fue lo más honesto que dije en toda la noche.

Paulina me miró. Y por primera vez en la noche, su sonrisa fue de verdad.

—Tú sí eres feliz, ¿verdad, con Mateo? —repitió, pero esta vez con otra entonación—. Porque yo quiero eso para ti, Val. Quiero que alguien te mire como Mateo te mira.

—Yo… —El nudo en la garganta me ganó—. Sí, prima. Soy feliz.

La mentira me supo a ceniza.

Pero Paulina sonrió, se levantó, se arregló el vestido color vino, y dijo:

—Pues vamos a terminar mi despedida, que mi mamá va a empezar con la historia de su boda otra vez, y no la aguanto.

Nos reímos. Las dos. En la orilla de la tina, con las lágrimas todavía frescas.

Y mientras Paulina se reía, yo sentía el peso de mi mentira crecer en el pecho, como una masa que no termina de leudar.

Porque había una diferencia entre las dos, y era esta: Paulina tenía miedo de no querer lo suficiente. Y yo tenía miedo de querer demasiado a alguien que el domingo se iba a ir.

Salimos del baño con las caras arregladas y las sonrisas puestas. La fiesta siguió: la tía Chole contó su historia por cuarta vez, la prima Lety sacó el tequila que nadie abrió, y Paulina, mi prima perfecta, se rió con todas, como si en el baño no hubiera pasado nada. Y yo me reí con ella, y brindé con ella, y la abracé en la puerta cuando se acabó la fiesta.

—Nos vemos mañana en el ensayo —dijo Paulina, con los ojos brillantes—. Y gracias, Val. Gracias por escucharme.

—Para eso están las primas —dije.

—Y para eso están los novios —dijo ella, y me guiñó un ojo—. Cuida al Del Valle. Que se nota que te cuida a ti.

Caminé a casa con el eco de sus palabras. El pueblo dormido, la luna, el olor a tierra mojada. Y yo, con la pregunta de Paulina —"tú sí eres feliz, ¿verdad?"— rebotándome en la cabeza, como una campana que no termina de sonar.

En la esquina de la casa de la abuela, me detuve. La tienda cerrada, el letrero de "abarrotes", la luna reflejándose en el vidrio polvoriento. Y por un segundo, un segundo tonto, me la imaginé abierta: el mostrador de madera, las dos mesitas afuera, el letrero nuevo con un nombre que todavía no existía.

—Algún día —dije, en voz baja—. Algún día, Valeria.

Y entré a la casa, y la abuela ya me había dejado la luz prendida en el pasillo, como siempre.

Capítulo 17 — Tú sí eres feliz, ¿verdad?

Salí de la despedida a las once de la noche, con el eco de la pregunta de Paulina rebotándome en la cabeza.

"Tú sí eres feliz, ¿verdad, con Mateo?"

La pregunta más simple del mundo. Y yo no había podido contestarla.

La última hora de la fiesta había sido un acto de circo: la tía Chole, con dos copas de vino encima, me había agarrado del brazo y me había presentado a todas las primas como "la que se trajo al Del Valle, ¡al hijo de la hacienda!", y yo había sonreído, y había dejado que me abrazaran, y había brindado por mi novio imaginario mientras por dentro sentía que la mentira me crecía como una masa que no termina de leudar.

—¿Y cuándo es la boda, Val? —preguntó una prima que no veía desde hacía años.

—Todavía no hay fecha, prima.

—Pues apúrate —dijo la tía Chole, con la autoridad del vino—. A mi edad no se puede esperar. ¡Y el Del Valle no se va a quedar soltero para siempre!

Se rieron todas. Yo también. La mentirosa profesional.

El pueblo estaba dormido cuando salí: las luces apagadas, los perros callados, el olor a tierra mojada flotando en el aire. Caminé sin rumbo, con las manos en los bolsillos, pasando por la plaza vacía, por el kiosco sin música, por la calle donde Mateo y yo habíamos caminado esta tarde.

La banca del kiosco seguía ahí. La misma donde nos habíamos comido el elote, donde yo le había dado mi mitad como quien dice "no todo se va". La miré un segundo de más, y me di cuenta de que estaba sonriendo, y me dio coraje.

—¿Valeria? —dijo una voz desde el puesto de las frutas, que estaba cerrando—. ¿Qué haces sola a estas horas, mija?

La señora Toña. Con su mandil y su canasta, apagando la lámpara del puesto.

—Caminaba, señora. Pensando.

—¿Y en qué piensa una muchacha bonita a estas horas? —Me miró, con esa sonrisa de la que ya lo sabe todo—. ¿En el novio?

—En el novio, no. En el trato.

—¿En el trato? —Se rió—. Mija, yo he visto a ese muchacho mirarla. Eso no es un trato. Eso es un hombre que se está cayendo y no sabe cómo decirlo.

—¿Y usted cómo sabe?

—Porque yo también me caí una vez, mija. Y cuando una se cae de verdad, no necesita contrato. —Cerró su puesto con llave, y me dio una palmada en el brazo—. Váyase a dormir, Valeria. Mañana tiene boda, y las novias de honor no pueden andar con ojeras.

—No soy novia de honor, señora.

—Ajá. —Y se fue, riéndose bajito, con su canasta y su linterna —. Como el mío, mija. Como el mío.

Me quedé sola en la plaza. El kiosco vacío, las bancas, la luna. Y de pronto, sin querer, mi cabeza se fue catorce años atrás: a esta misma plaza, al salón de la cooperativa, al baile de fin de cursos donde entré sola, con el vestido que mi mamá me cosió, mientras todo el pueblo me miraba con lástima.

Catorce años. Y todavía, a veces, sentía a la niña de dieciséis esperando en el atrio.

Y luego pensé en esta tarde. En el mercado, con Mateo: el desastre de los jitomates, la señora Chuy cobrándole de más, él pagando sin chistar porque no sabía cuánto costaba un jitomate y le daba vergüenza preguntar. En la plaza, con la mano de él en mi brazo y el elote a medio comer. En la banca, cuando le di mi mitad y me miró como si le hubiera dado algo más grande.

Tres días. Tres días bastaron para que el hombre que me dejó plantada en el baile se convirtiera en el que recoge aguacates del suelo.

Y yo, que llevaba catorce años sin dejar que nadie se acercara, me había sentado en una banca con él, le había dado mi elote, y había cerrado los ojos en una azotea esperando que me besara.

Eso no era un trato. Eso era otra cosa.

Y me daba tanto miedo como la espera en el atrio, hace catorce años.

El teléfono vibró. Pao.

—¿Y? —dijo, sin saludo—. ¿Cómo fue la despedida?

—Paulina lloró en el baño. Y me preguntó si yo soy feliz con Mateo. —Silencio—. Pao, no sé si esto es real.

—Pues averígualo el domingo, cuando se vaya. Si te duele, era real. Si no, era un trato. —Pausa—. Fin de la consulta.

Colgó. Me quedé parada en medio de la calle, con el teléfono en la mano y la noche del pueblo a mi alrededor.

El miedo a quedarme sola. Pao tenía razón.

Desde la prepa yo había construido mi vida alrededor de una sola idea: no volver a darle a nadie el poder de dejarme plantada. Me fui a la ciudad, abrí Dulce Rincón con mis ahorros y los de mi mamá, y dejé ir a Diego sin pelear, porque ya sabía cómo se sentía esperar a alguien que no llega.

Y ahora había un tipo con una libreta, que recogía aguacates del suelo y me hacía reír en un mercado.

—Esto no puede seguir —dije, en voz baja—. Mañana le digo que el trato termina antes del domingo.

Pero mientras subía las escaleras de la casa de la abuela, con el eco de la risa de Mateo en el mercado y el recuerdo de su mano en mi brazo, supe que era mentira. No iba a poder decirle que terminara. Porque no quería que terminara.

Y porque, por primera vez en catorce años, tenía miedo de algo peor que quedarme sola: tenía miedo de que él se fuera y yo me diera cuenta de todo lo que no le dije.

En la puerta de mi cuarto, me detuve. El viernes, en la cena de ensayo, iba a sentarme en la mesa de los Del Valle. Iba a conocer a Camila, la madre que elegía los brindis y los vestidos y las vidas de sus hijos. Iba a sentarme ahí, delante de todo el mundo, con mi mentira puesta.

—¿Mija? —dijo la voz de la abuela desde su cuarto, cuando pasé por el pasillo—. ¿Ya comiste?

—Sí, abuela. Comí en la despedida.

—¿Y dormiste algo?

—Estaba a punto.

—Mentira —dijo, y se oyó reír bajito detrás de la puerta—. Pero está bien. Mañana tienes día grande.

—¿Día grande de qué?

—De ensayo, mija. De ensayo.

Antes de dormir, abrí el chat de Mateo. El último mensaje era el suyo, el del miércoles: "el vestido azul no se me ha ido de la cabeza en catorce años". Lo leí una vez más. No respondí. Pero no lo borré.

—Mañana —me repetí, acostándome—. Mañana lo mando al diablo.

Y me acosté, y no pude dormir, y el viernes tenía otros planes para mí.

Y en la oscuridad, con la luna entrando por la ventana, pensé en el domingo. En la hora en que el trato iba a terminar. En la parada del mercado, y en si él iba a estar ahí, o en si me iba a tocar esperar otra vez a alguien que no llega.

—Mañana —dije una vez más, al techo—. Mañana decido.

Y me dormí, por fin, sin haber decidido nada.

Capítulo 18 — El atrio

A las once y media de la noche, el atrio de la parroquia de San Gabriel estaba vacío.

Yo no había ido a buscarla. En serio. Había salido de la hacienda a caminar, porque la cena de mi mamá y las preguntas de los primos me habían sacado, y mis pies me llevaron al único lugar del pueblo donde uno puede pensar sin que nadie lo mire.

Ella estaba ahí.

Sentada en las escaleras del atrio, con una chamarra prestada sobre los hombros, mirando la puerta de la iglesia. No la vi llegar. No supe si llevaba mucho tiempo. Solo la vi, y me quedé parado en la entrada, sin saber si acercarme o irme.

—No te quedes ahí parado —dijo ella, sin volverse—. Pareces poste de luz.

—¿Cómo supiste que era yo?

—Porque caminas como la gente que no quiere que la oigan. —Se volvió, por fin—. Los Del Valle caminan así. Como si siempre estuvieran a punto de irse.

Me senté a su lado. A un metro de distancia. Sin preguntar.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó ella.

—Caminar. Pensar.

—¿Y qué piensas?

—Cosas. —Miré la puerta de la iglesia—. Que mañana se casa tu prima. Que mi hermano está tan nervioso que me hizo ensayar el brindis tres veces. Que mi mamá ya me preguntó tres veces si "la señorita Montes" va a la cena de ensayo.

—¿Y qué le dijiste?

—Que sí va. —La miré—. ¿Vas a ir?

—¿A la cena de ensayo de los Del Valle? —Se rió, sin humor—. No sé. Todavía no decido si quiero conocer a tu mamá o si prefiero conservar la poca dignidad que me queda.

—Mi mamá no es tan mala.

—Tu mamá me miró en la boda de tu hermano… digo, en la que va a ser, y no me saludó. Bueno, no me conoce. Pero me imagino cómo va a ser.

—Es una Del Valle —dije—. Es su trabajo.

—¿Y tú qué eres?

—Un Del Valle —dije—. Pero estoy en tratamiento.

Se rió. Fue una risa corta, de sorpresa, y se le escapó antes de que pudiera detenerla. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, me sentí orgulloso de haber provocado una risa.

—Mi abuela dice que las iglesias son como los hospitales —dijo ella, mirando la puerta—: uno no entra por gusto, pero sale más tranquilo.

—¿Y tú entras por gusto?

—Yo entro porque me criaron aquí. Las bodas, los bautizos, los velorios. Todo pasa en esta parroquia. —Señaló la puerta—. El padre Memo me bautizó. Me dio la primera comunión. Y el sábado va a casar a mi prima, que es lo único que le falta por hacerme. —Sonrió —. A veces pienso que este pueblo no me va a dejar irme nunca.

—¿Y quieres irte?

—Quiero quedarme —dijo ella, y su voz sonó distinta—. Pero a mi manera. Con mi local, mi nombre en el letrero. —Me miró—. ¿Tú nunca has querido quedarte en algún lado, Mateo?

La pregunta me tomó por sorpresa.

—No —dije, y fue la verdad—. Nunca había tenido un lugar donde quedarme.

—¿Y ahora?

No contesté. No supe cómo.

—Oye —dijo ella, cambiando de tono—. ¿Por qué no me contaste lo de Elena?

—¿Qué de Elena?

—Que se fue. Tu ex. Que te dijo que estabas más casado con el despacho que con ella.

—¿Quién te contó?

—Nadie. Lo leí en tu cara, cuando mencionaste el matcha.

—El matcha.

—La cafetería. Dijiste que Elena pidió un matcha y lo dejó a la mitad. Y se te notó, Mateo. Se te notó que esa historia te duele.

Me quedé callado. El atrio en silencio, la noche del pueblo, el olor a incienso que salía de la iglesia.

—Elena fue hace dos años —dije—. Nos conocimos en una cena de clientes. Ella trabajaba en publicidad. Nos veíamos los fines de semana, cuando yo no tenía junta. —Hice una pausa—. Y un día me dijo que estaba más casado con el despacho que con ella, y que no quería ser la tercera en mi matrimonio. Y se fue. Y tenía razón.

—¿Y no la buscaste?

—No supe cómo. No supe qué ofrecerle. Yo no sabía estar con alguien, Valeria. Solo sabía trabajar. Y los dos sabíamos que eso no alcanza.

—¿Y ahora sabes?

La pregunta me quedó flotando. El atrio, la noche, ella mirándome con esos ojos que lo ven todo.

—No sé —dije, y fue la verdad—. Pero esta semana estoy aprendiendo.

Ella asintió. No preguntó más.

—¿Y tú? —dije—. ¿Por qué no me has contado lo del local?

—¿Qué local?

—El de la repostería. El que sueñas con abrir. El que me contaste esta mañana, cuando ensayábamos la historia. —La miré—. Dijiste que es un sueño de los que se cuentan en voz baja.

—Y lo es.

—¿Por qué?

—Porque si lo digo en voz alta, y no pasa, se queda en ridículo. —Se encogió de hombros—. Los sueños en voz baja no decepcionan a nadie.

—A mí no me decepcionarías.

Se quedó callada. Me miró, y por un segundo, bajo la luna del atrio, su cara perdió la ironía.

—La abuela tiene una tienda —dijo, al fin—. La que está en la esquina de su casa. Antes era de mi abuelo, cuando llegó de Jalisco. Ahí vendía su mamá, después mi mamá, y cuando la abuela se jubiló, la cerró. —Se mordió el labio—. Yo quiero abrir ahí mi repostería. Con el mostrador de madera, las dos mesitas afuera, el pan de muerto en octubre. No sé cómo se va a llamar. No sé si va a funcionar. Pero es el sueño, Mateo. El de verdad.

—¿Y por qué no se lo has dicho a tu familia?

—Porque mi tía ya me ve casada, mi mamá me ve segura, y mi abuela… —sonrió—. Mi abuela ya sabe. La abuela siempre sabe.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

—Porque da miedo. Porque es caro. Porque… —me miró—. Porque a veces los sueños se quedan en voz baja, ¿no?

—Eso ya lo dijiste esta mañana.

—Y lo sigo pensando.

Me quedé callado. Y entonces, sin pensarlo, le dije lo que nunca le había dicho a nadie:

—Yo tampoco quería ser arquitecto.

—¿Qué?

—Estudié arquitectura porque mi mamá lo decidió. Los Del Valle tienen nombre que mantener, y los Del Valle con nombre estudian carreras de gente con nombre. Yo nunca pregunté. —Miré mis manos—. Diseño edificios de oficinas, Valeria. Edificios donde la gente va a trabajar ocho horas al día sin mirarse. Y a veces, en las juntas, pienso que estoy construyendo jaulas bonitas.

—¿Y qué harías si no?

—No sé. —La miré—. Es la primera vez que alguien me pregunta.

—¿Y qué harías si pudieras elegir? —insistió ella.

Me quedé callado. La noche, el atrio, la pregunta flotando entre los dos como una de esas cosas que uno nunca se atreve a pensar.

—No sé —dije al fin—. Nunca me habían preguntado eso tampoco.

—Pues cuando lo sepas, me dices —dijo ella, y sonrió—. Yo también estoy aprendiendo a elegir.

—¿Y tú qué elegirías?

—Eso —dijo ella, y su voz bajó—. Ya lo sabes. El local. El letrero con mi nombre. —Me miró—. Y ahora, encima, me estás complicando la lista.

—¿Complicándola cómo?

—Antes solo tenía un sueño —dijo—. Ahora tengo dos. Y no sé cuál me da más miedo.

No pregunté cuál era el segundo. No me atreví.

Se quedó callada. El atrio, la noche, las dos personas que llevaban catorce años sin decirse nada importante.

—Oye —dijo ella, al fin—. No está tan mal ser un Del Valle en tratamiento.

—¿No?

—No. —Se levantó, se ajustó la chamarra—. Hasta los Del Valle pueden aprender. —Y me tendió la mano, sin pensar—. Vamos, te acompaño a la esquina. No quiero que la abuela me regañe por dejarte caminar solo.

Tomé su mano. Fue un gesto pequeño, natural, el que se hace sin pensar.

Pero los dos lo notamos.

Y ninguno dijo nada.

Y mientras caminaba de regreso a la hacienda, la pregunta de Valeria me siguió como un perro fiel: ¿qué haría si pudiera elegir? No

sabía la respuesta. Pero por primera vez en mi vida, quería encontrarla.

Capítulo 19 — El que llegó de Monterrey

A la mañana siguiente, el pueblo amaneció con dos noticias: que la parejita había sido vista en el atrio de la parroquia a altas horas de la noche (el chisme de la señora Toña, que no duerme), y que Diego Rojas había llegado de Monterrey para la boda.

Yo me enteré de la segunda cuando iba a la tienda de la abuela, y casi me caigo de la sorpresa.

Diego. Mi ex. El mecánico de diésel que me dejó por "la vida" y se fue a Monterrey con el corazón entero, o eso decía él. Tres años sin verlo. Y ahí estaba, en la plaza, con una camisa a cuadros, unos botines de trabajo, y del brazo una chica joven, delgada, con el pelo lacio y una sonrisa de anuncio.

—¡Val! —gritó, con esa voz suya que se oía a una cuadra—. ¡Qué onda, prima! ¿O ya no me hablas?

—Diego —dije, y mi voz salió más neutra de lo que esperaba—. Qué sorpresa.

—¿Y ese recibimiento? —Abrió los brazos, y sin pedir permiso, me abrazó con esa fuerza suya de mecánico—. Tres años sin verte, Val. ¿Y no me das un abrazo de los de antes?

—Los abrazos de antes caducaron —dije, soltándome—. Como el nuestro.

—Uy, todavía con el coraje. —Se rió, sin ofenderse—. Mira, te presento a Karla. Mi prometida.

Lo miré. A él, con su camisa a cuadros y su sonrisa de siempre, la misma con la que me había dejado en la terminal de camiones hace tres años. Y me di cuenta de una cosa: ya no me dolía. Lo veía como se ve a un amigo de la prepa, a un capítulo cerrado. Y eso, pensé, era lo más raro de todo: que el hombre que me había partido el corazón ahora solo me parecía un tipo que hablaba muy fuerte.

La chica del pelo lacio me sonrió, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Mucho gusto, Valeria —dijo—. Diego me ha hablado mucho de ti.

—¿Bien o mal?

—De las dos formas. —Y su sonrisa se mantuvo, impecable, mientras me miraba como quien examina a una pieza de museo.

—¿Y ustedes? —dijo Diego, mirando alrededor—. ¿Ya hay fecha? ¿Novio? ¿O sigues con tu política de "primero el trabajo"?

—Tengo novio —dije, y la palabra me salió más fácil de lo que esperaba.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es el afortunado?

—Yo —dijo una voz detrás de mí.

Me di la vuelta. Mateo. Parado en la entrada de la tienda, con una bolsa de pan en la mano y una expresión que no le había visto nunca: una mezcla de seguridad y algo más, algo que no supe nombrar.

Llevaba el pan del día, el de la panadería de la esquina, y venía con la camisa un poco arrugada y el pelo todavía húmedo, como si hubiera salido corriendo. Como si hubiera visto a Diego desde la tienda y hubiera decidido, en ese mismo momento, que no me iba a dejar sola en esa conversación.

—Mateo Del Valle —dijo, extendiendo la mano—. El novio de Valeria.

Diego lo miró. De arriba abajo. Con esa mirada suya de mecánico que calibra todo.

—¿El Del Valle? —dijo, y su sonrisa se hizo lenta—. ¿El de la hacienda? ¿El que la dejó plantada en el baile de la prepa?

El silencio se instaló en la plaza. Hasta el radio de la tortillería pareció callarse.

—Ese fui yo —dijo Mateo, sin soltar la mano—. Y llevo catorce años queriendo arreglarlo.

—¿Y ella te perdonó?

—Eso lo decide ella —dijo Mateo—. No yo.

Diego lo miró un rato largo. Luego soltó la mano, se volvió hacia mí, y con esa puntería suya de mecánico, la que le conocía desde la prepa, soltó:

—No manches, Val. ¿El Del Valle? —Se rió, con una risa que no sabía si era burla o incredulidad—. ¿Tú con el Del Valle?

—Sí, Diego —dije, y apreté el brazo de Mateo, solo para la foto —. Con el Del Valle.

—Pues mira —dijo Diego, encogiéndose de hombros—. Las vueltas de la vida. —Y a Karla—: ¿Vamos, amor? Tengo que ver a los Rojas antes del ensayo.

Karla me miró una última vez. Con esa sonrisa de anuncio. Y algo en su mirada me dijo que la conversación no había terminado.

Se fueron. La plaza siguió su curso: la tortillería, el kiosco, el olor a elotes. Y yo me quedé con Mateo, con su brazo bajo mi mano y su expresión de no saber qué acababa de pasar.

—¿Diego? —dijo él.

—Mi ex —dije—. El de Monterrey.

—El que te dejó.

—El que se fue. No es lo mismo.

—¿Y tú lo querías?

—Lo quise —dije—. Hace tres años. —Lo miré—. Y luego aprendí que hay gente que se va, Mateo. Y que uno no puede hacer nada para que se quede.

Mateo se quedó callado. Me miró, con esa expresión suya de arquitecto que calcula estructuras, y dijo:

—Yo no me voy a ir.

—¿Qué?

—Que yo no me voy a ir —repitió, y esta vez su voz sonó distinta, sin el tonito de la gente que nunca ha pedido permiso—. El trato termina el domingo. Pero yo no me voy a ir, Valeria. Y cuando te diga lo que tengo que decirte, lo vas a entender.

—¿Y qué tienes que decirme?

—Eso también —dijo, y me soltó el brazo con cuidado, como si yo fuera un pastel recién glaseado—. También es un secreto.

—¿Y cuándo me lo vas a decir?

—Cuando sea el momento —dijo—. Y no sea la mentira hablando por mí.

—¿Y cómo voy a saber que es el momento?

—Porque va a ser la primera cosa real que te diga en años —dijo, y se quedó mirándome con una seriedad que me dejó sin aire —. Y porque tú me vas a creer.

—¿Y si no te creo?

—Entonces —dijo, y por un segundo su voz perdió el tonito de la gente que nunca ha pedido permiso—, voy a tener que seguir intentándolo hasta que me creas. Es lo único que sé hacer bien, Valeria: no soltar un proyecto hasta que queda bien.

—¿Y yo soy un proyecto?

—No —dijo, y me miró de una forma que me hizo olvidar el nombre del proyecto—. Tú eres lo primero que quiero que me salga bien sin planos.

Y se fue, caminando hacia la tienda, con su bolsa de pan y su camisa planchada.

Y yo me quedé en la plaza, con el corazón a mil, preguntándome qué diablos significaba todo eso.

—Qué bonito —dijo la señora Toña, desde su puesto, con la sonrisa de la que lo había visto todo—. Peleando por usted, mija. Eso es amor.

—Es un trato, señora Toña —dije, sin pensar.

—Ajá. —Y se rió, con esa risa de las viejas—. Como el mío, mija. Como el mío.

Y yo me quedé pensando, mientras caminaba a la tienda, en lo que me había dicho: "es un trato". Tres palabras. Y sonaban cada vez menos como una verdad.

—¿Señorita Valeria? —dijo la señora Toña, desde su puesto, cuando ya me alejaba—. Una cosa.

—¿Qué, señora?

—Ese muchacho —dijo, señalando la dirección por donde se había ido Mateo—. Yo lo vi llegar a este pueblo hace tres días con una cara de amargado que ni su apellido le cabía en el cuerpo. Y hoy lo vi caminar con usted, cargando sus bolsas, con una cara que no le conocía. —Sonrió—. Los hombres así, mija, no son de mentira. Son de los que llegan tarde. Pero llegan.

Capítulo 20 — La prepa, catorce años después

Debería haberme sentido tranquilo. Diego se había ido. La plaza había seguido su curso. Y yo, Mateo Del Valle, arquitecto, treinta y cuatro años, no tenía ningún derecho a sentir lo que estaba sintiendo.

Pero lo sentía.

Lo sentía como un clavo oxidado en el centro del pecho: la imagen de Diego abrazándola, la familiaridad con que le hablaba, la manera en que ella había dicho "lo quise" sin dudar. Yo no tenía derecho a los celos. Esto era un trato. Ella no era mía. Nunca iba a ser mía.

Y aun así.

Caminé hacia la tienda de Don Aurelio con la bolsa de pan, y en el camino, sin querer, mi cabeza se fue a la prepa.

El portal. La cerveza. El vestido azul a lo lejos. Los Rojas riéndose. Catorce años y seguía viéndolo cada vez que cerraba los ojos: el atrio, la espera, y yo, parado en el portal con una cerveza que no quise tomar.

No fui. Eso era todo. No fui.

Y llevaba catorce años sin perdonármelo.

—¿Mateo? —dijo la voz de Don Aurelio, desde el mostrador—. ¿Va a entrar o va a quedarse de adorno?

—Entro, don Aurelio. Perdón.

Entré. Dejé el pan en el mostrador. Y ahí, en la tienda de los Montes, con el olor a pilón y a jabón, me di cuenta de que llevaba catorce años pensando en ese vestido azul sin decírmelo.

—¿Y ese pensamiento? —dijo Don Aurelio, sin levantar la vista de sus frijoles—. Se le ve en la cara que está lejos.

—Estaba en la prepa, don Aurelio.

—Ah. —Asintió, con esa calma suya de río—. La prepa deja marcas.

—¿Usted también?

—Yo dejé la escuela a los doce, mijo. Pero las marcas no son de la escuela. Son de la gente. —Me miró—. Y usted tiene una marca de la gente.

—¿Y se puede borrar?

—No se borra, mijo. Se paga. —Volvió a sus frijoles, con esa calma suya de río—. Yo a mi mujer le debo cuarenta años de cuentas pendientes. Y llevo cuarenta pagándolas, un día a la vez. Así se hace: con constancia, no con discursos.

No supe qué responder. Don Aurelio era así: hablaba poco, pero cada palabra pesaba.

—Don Aurelio —dije—. ¿Puedo preguntarle algo?

—Pregunte.

—Usted conoce a su hija. ¿Qué cree que ella necesita?

El viejo me miró largo rato. Luego volvió a sus frijoles.

—Mi hija no necesita que la cuiden, mijo. Necesita que no la dejen. —Hizo una pausa—. A mi hija la han dejado mucho. Primero usted, en la prepa. Después ese tal Diego. Y ella, en vez de enojarse, aprendió a no esperar nada de nadie. —Me miró—. Si usted la va a dejar, déjela ahorita. Si no la va a dejar, no la deje nunca. Porque mi hija ya no aguanta otra.

—Yo no la voy a dejar, don Aurelio.

—Eso dicen todos, mijo. Hasta que se van.

Salí de la tienda con las palabras de Don Aurelio clavadas. Caminé por la calle principal, con el sol de la tarde pegando fuerte, y la encontré a ella en la esquina de la casa de la abuela, discutiendo con la señora de la tortillería el precio de las tortillas.

Las tortillas. Las bolsas de mandado. Las cosas de todos los días, las que yo nunca había cargado en la vida porque siempre había alguien que las cargaba por mí. Y ahí estaba ella, la hija de los de la tienda, regateando el precio de las tortillas con la misma dignidad con que hablaba de sus sueños.

—Amor —dije, y la palabra salió sola—. ¿Necesitas ayuda con las tortillas?

Valeria me miró, con esa expresión suya de "regla número dos", pero la señora de la tortillería ya estaba sonriendo con la sonrisa del chisme de primera mano.

—Qué lindo, mija —dijo—. Hasta le ayuda con las tortillas. Eso es amor.

—Es un trato, señora —dijo Valeria, por lo bajo.

—Ajá —dijo la señora, y me guiñó un ojo a mí—. Como el mío.

Caminamos de regreso con las tortillas. Yo con las bolsas, ella con las manos libres. Y en el camino, sin planearlo, le dije lo que llevaba días queriendo decirle:

—Esta noche no te dejo plantada.

Se detuvo.

—¿Qué?

—Lo que oíste. —La miré—. Sé que el trato tiene reglas. Sé que esto no es de verdad. Pero quiero que sepas que esta noche, en la cena de ensayo, en la boda, en lo que sea, yo voy a estar donde se supone que tengo que estar. —Hice una pausa—. No te voy a dejar plantada, Valeria. Nunca más.

Se quedó callada. Las tortillas entre nosotros, la calle del pueblo, el sol de la tarde.

—¿Y por qué me dices eso? —preguntó, al fin, con la voz rara.

—Porque es lo que necesitas oír —dije—. Y porque es verdad.

No dijo nada más. Caminamos el resto del camino en silencio, y cuando llegamos a la puerta de la casa de la abuela, ella se detuvo y me miró.

—Sabes qué, Mateo —dijo—. Empiezas a sonar menos fresa.

—¿Es un cumplido?

—Es un diagnóstico. —Y sonrió, con una sonrisa pequeña, de las que no se actúan—. Todavía no sé si es bueno o malo.

Y entonces, al darle las bolsas, mi mano rozó la suya.

Fue un roce. Un accidente. El tipo de contacto que pasa mil veces al día entre dos personas que se conocen.

Pero nos quedamos los dos congelados, con las manos a medio centímetro, y ninguno de los dos lo mencionó.

—Hasta mañana, Mateo —dijo ella, y su voz salió un poco ronca.

—Hasta mañana, Valeria.

Y entró. Y yo me quedé en la calle, con el roce de su mano todavía en la mía, y el clavo oxidado del pecho convertido en otra cosa.

Caminé de regreso a la hacienda con las tortillas, que ya ni sabía para qué las llevaba. El pueblo de la noche: las luces de las casas, el olor a leña, un perro que cruzó la calle sin apuro. Y yo, Mateo Del Valle, que nunca había caminado despacio por este pueblo, caminé despacio.

Porque no quería que el día se acabara.

Porque mañana, en la cena de ensayo, ella iba a sentarse en la mesa de mi familia. Y yo iba a tener que elegir entre el trato y lo que sentía.

Y porque, por primera vez en catorce años, no sabía cuál de los dos quería que ganara.

—El trato o lo que sentía. En el silencio de la calle, las dos palabras sonaban igual de falsas.

La noche no contestó. Las noches nunca contestan.

Algo que no sabía nombrar.

Algo que no quería que terminara.

En la puerta de la hacienda, me detuve. La luz de la sala estaba encendida. Mi mamá me esperaba, con su taza de té frío y su espalda recta.

—¿Y tu novia? —preguntó, sin levantar la vista.

—En su casa, mamá.

—¿Y mañana viene al ensayo?

—Mañana viene al ensayo.

—Bien. —Tomó su té frío, con esa ceremonia suya—. Porque quiero conocerla, Mateo. Quiero ver de qué está hecha la hija de los de la tienda.

—Está hecha de las cosas que yo no tengo, mamá —dije, y subí las escaleras sin darle tiempo a responder.

Capítulo 21 — El consejo de Karla

A las nueve de la noche, Diego me estaba invitando a cenar.

—Solo una cena, Val —dijo, con su sonrisa de mecánico—. Para ponernos al día. Sin segundas intenciones.

—Diego, tengo novio.

—Y yo tengo prometida —dijo, señalando a Karla, que estaba a dos pasos, revisando el teléfono—. Es una cena entre amigos. Nada más.

—Entre amigos que fueron novios.

—Por eso mismo. Para cerrar el capítulo. —Me miró, con esa mirada que yo conocía demasiado bien—. ¿O me vas a decir que el Del Valle no te deja cenar con nadie?

—El Del Valle no me prohíbe nada.

—Entonces, ¿a qué le tienes miedo?

A eso. A que me lo preguntes. A que yo no sepa contestar.

Fuimos al restaurante del pueblo, el único que abría después de las ocho, el de las carnitas que mi papá siempre decía que eran las mejores del estado. Diego pidió cerveza, Karla pidió agua mineral, y yo pedí una limonada, porque necesitaba la cabeza clara.

—¿Y qué se siente? —preguntó Diego, apoyando los codos en la mesa—. ¿Ser la novia del Del Valle?

—No sé. Pregúntale a tu prometida.

—Karla no es del pueblo —dijo él, con esa ligereza suya—. Ella no sabe lo que es el Del Valle aquí. El Del Valle es la hacienda, la empacadora, el apellido. Y ahora la novia del Del Valle es la hija de los de la tienda. —Se rió—. El pueblo debe estar ardiendo.

—El pueblo está feliz —dije—. El pueblo ya nos casó.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué?

—¿Tú eres feliz?

La pregunta. Otra vez la pregunta. La misma que me había hecho Paulina, la misma que me había hecho Pao por teléfono, la misma que yo no sabía contestar.

—Sí —dije—. Soy feliz.

—Mientes —dijo Diego, y su sonrisa se hizo lenta—. Siempre te ha quedado feo mentir, Val. Se te nota en la boca.

—¿Y a ti qué te importa?

—Me importa porque fuiste importante para mí. —Y su voz cambió, se volvió más baja, más seria—. Escucha, Val. Yo fui un idiota cuando me fui a Monterrey. Lo sé. Y no vengo a reconquistarte, en serio. Pero verte con ese tipo… —hizo una pausa —. No sé. No me cuadra. Tú no eres del mundo del Del Valle, Val. Tú eres del pueblo. Tú eres de aquí.

—Y el Del Valle también es de aquí.

—El Del Valle es de la hacienda. No es lo mismo.

—Diego…

—Solo te digo que pienses bien. —Me tomó la mano por encima de la mesa—. No quiero que te hagan daño otra vez.

—¿Y por qué te importa si yo me hago daño, Diego? —dije, y mi voz salió más fuerte de lo que esperaba—. Hace tres años no te importó cuando te fuiste a Monterrey sin avisarme. Me enteré por un estado de WhatsApp, con tu camioneta cargada y un pie de foto de "nueva etapa".

Diego se quedó callado. La mesa se hizo chica.

—Tenía razón en irme —dijo, al fin—. Pero no tuve valor para decírtelo bien. Y eso, Val, me lo cargo hasta hoy.

—¿Y ahora sí tienes valor?

—Ahora tengo a Karla —dijo—. Y Karla me enseñó que las cosas se dicen. —Me miró—. Por eso te digo lo del Del Valle: porque ya me equivoqué una vez contigo, y no quiero ver cómo te equivocas tú con alguien.

—¿Y por qué te importa tanto cómo me equivoque yo?

—Porque… —dudó. Y por primera vez en la noche, su voz perdió el tono de mecánico—. Monterrey no funcionó, Val. Me despidieron. Volví porque aquí es donde mi papá necesita ayuda. Karla es lo único bueno que me quedó.

—¿Y se lo has dicho a ella?

—No. —Me miró—. Porque si se lo digo, es de verdad. Y no sé si estoy listo para que alguien sepa que no soy el que aparento.

Me quedé callada. La frase me quedó dando vueltas: "no soy el que aparento". Tres días fingiendo, y yo sabía exactamente lo que se sentía.

—Diego —dijo Karla, con voz tranquila, desde su lado de la mesa—. Suéltale la mano a la señorita.

Diego soltó la mano. Karla no levantó la vista del teléfono.

—¿Sabes qué, Diego? —dije, levantándome—. Tú no vienes a reconquistarme. Vienes a asegurarte de que no te haya reemplazado con alguien mejor. Y eso, hace tres años, me habría dolido. Hoy solo me da flojera.

—Val…

—Buenas noches, Diego. Buenas noches, Karla. —Y a Karla, con una sonrisa que sí era mía—: Que estés muy bien. De verdad.

—Necesito ir al baño —dije, y me levanté.

El baño del restaurante era chico, con una luz amarilla y el olor a cloro de los lugares que no se ventilan. Me paré frente al espejo, con las manos apoyadas en el lavabo, y respiré.

—¿Valeria? —dijo una voz detrás de mí.

Karla. La prometida. La del pelo lacio y la sonrisa de anuncio.

—Sí —dije, sin volverme.

—Te siguió —dijo Karla, cerrando la puerta del baño—. Diego. Te siguió a Monterrey… digo, te sigue siguiendo. —Se rió, sin humor —. Lleva tres años hablando de ti, Valeria. De cómo lo dejaste ir. De cómo eras "la que se fue". Y cuando me pidió que nos casáramos, me dijo que contigo aprendió a querer.

—¿Y por qué me cuentas esto?

—Porque yo también fui la ex incómoda, Valeria. —Se sentó en la orilla del lavabo, con las piernas cruzadas, y por primera vez su sonrisa de anuncio se apagó—. Tuve un novio antes de Diego. Y en cada reunión, yo era la que sonreía mientras él hablaba de su ex. Hasta que un día entendí que no iba a ganar nunca, porque él no me estaba viendo a mí: me estaba usando para demostrarle a su ex que ya estaba bien.

—¿Y qué hiciste?

—Me fui —dijo Karla—. Y luego conocí a Diego, y Diego también hablaba de ti. Pero esta vez decidí quedarme y ver qué pasaba. —Me miró—. Y lo que vi es que Diego no te quiere, Valeria. Diego quiere la idea de ti. La Valeria que se quedó esperándolo en el pueblo mientras él triunfaba en Monterrey. No la real.

Me quedé callada. El baño chico, la luz amarilla, las dos mujeres frente al espejo.

—¿Y por qué me dices esto? —pregunté—. Yo soy tu rival. O lo era.

—No eres mi rival —dijo Karla—. Eres mi espejo. Y no lo seas: no seas la ex incómoda. No le creas cuando te diga que siempre te quiso, porque si siempre te hubiera querido, no se habría ido. —Se bajó del lavabo, se arregló el pelo—. Y cuida a tu novio, Valeria. Ese sí te mira de verdad.

—¿Mateo?

—Mateo. El del pan. El que está afuera, parado en la banqueta, esperándote.

—¿Qué?

—Desde que llegamos —dijo Karla, con una sonrisa que ya no era de anuncio—. No ha entrado. No ha llamado. Solo está ahí, esperando a que salgas. —Abrió la puerta del baño—. Eso, Valeria, no lo hace un novio falso. Eso lo hace un hombre que no quiere que camines sola de noche.

Salió. Me quedé parada frente al espejo, con el eco de sus palabras.

Y cuando salí del restaurante, ahí estaba.

Mateo. Parado en la banqueta, con las manos en los bolsillos, haciéndose el que no esperaba nada.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Caminaba —dijo—. Y la calle me trajo.

—¿Hace cuánto?

—No sé. Una hora. Quizá dos.

—Mateo…

—No digas nada —dijo él—. Solo quería asegurarme de que llegaras bien a casa. —Y me tendió la mano—. ¿Vamos?

Tomé su mano. Y caminamos las dos cuadras hasta la casa de la abuela, sin hablar, con el pueblo dormido a nuestro alrededor y la luna colgando sobre el campanario.

—¿Siempre esperas a la gente en las banquetas? —pregunté, a mitad de camino.

—Solo cuando me importa que lleguen bien —dijo él.

—¿Y eso cuándo empezó?

—Hace tres días —dijo—. En una parada de camiones, con un pastel de por medio.

Y por primera vez en mucho tiempo, no tuve miedo de que me soltara.

Capítulo 22 — La azotea

La azotea de la casa de la abuela era mi lugar favorito del mundo desde que era niña.

Se subía por una escalera de caracol que rechinaba en el tercer escalón, y desde arriba se veía todo el pueblo: las luces de la plaza, el campanario de la parroquia, los techos de lámina que brillaban con la luna. Ahí subía yo cuando quería pensar. Ahí subía cuando quería llorar sin que nadie me viera. Y ahí, a las diez y media de la noche, subí con Mateo Del Valle.

—¿Y esto? —dijo él, mirando alrededor—. ¿Tu escondite secreto?

—El único lugar del pueblo donde nadie nos va a ver —dije—. Ni la señora Toña, ni mi tía, ni el chisme.

—¿Ni el chisme?

—Ni el chisme. Aquí arriba solo estamos tú y yo.

Se sentó en la barda, con cuidado, como si no quisiera romper nada. Yo me senté a su lado, dejando un espacio entre los dos que los dos fingimos no notar.

—¿Y por qué me trajiste aquí? —preguntó.

—Porque quería mostrarte el pueblo desde arriba —dije—. Para que veas lo que ves todos los que te conocen.

—¿Y qué veo?

—Mira —dije, señalando—. Esa luz es la tienda de mi papá. Esa otra es la casa de la señora Toña, la del chisme. Aquella es la tortillería, donde mi tía pasa la mitad del día. Y aquel, el más grande, el de la esquina… —hice una pausa—. Esa es la tienda de mi abuela. La que quiero convertir en mi repostería.

—¿La de tu abuela?

—Sí. —Señalé—. La cerraron hace años, cuando el abuelo se enfermó. Pero está intacta. El mostrador, los estantes, el letrero de "abarrotes" que ya ni se lee. Y yo quiero… —me detuve—. Bueno, ya te lo conté. El sueño.

—Cuéntamelo otra vez —dijo Mateo—. Desde el principio.

—¿Por qué?

—Porque quiero oírlo —dijo—. Y porque la primera vez estaba anotando en la libreta y no te miré bien.

—¿Y ahora sí me vas a mirar?

—Ahora sí —dijo—. Ahora no tengo libreta.

Me reí. Y le conté el sueño otra vez, con más calma, con más detalles: el mostrador de madera que iba a lijar yo misma, las dos mesitas que iba a pintar de verde, el olor a pan de muerto en octubre. Y mientras hablaba, me di cuenta de que nunca lo había contado así, despacio, sin miedo a que se espantara.

Y él me escuchó. De verdad. Sin interrumpir, sin mirar el teléfono, sin el tonito de la gente que escucha por educación.

Lo miré. Bajo la luna, con la camisa clara y el pelo revuelto por el viento, Mateo Del Valle tenía una expresión que yo no le había visto nunca: atención. Atención de verdad, sin filtro.

—¿Y qué nombre le pondrías?

—No sé. —Me encogí de hombros—. Todavía no llego al nombre. Primero tengo que llegar al local.

—Llegarás.

—¿Cómo sabes?

—Porque yo he visto tu pastel, Valeria. El de tres pisos. Y porque he visto cómo trabajas, cómo regateas, cómo le hablas a tu familia. —Me miró—. La gente que hace las cosas como tú las haces, llega.

Me quedé callada. La luna, el pueblo, las luces de la plaza.

—Oye, Mateo —dije, sin saber de dónde salió la pregunta—. ¿Tú crees que se puede querer a alguien sin conocerlo de verdad?

—¿Qué?

—Digamos que conoces a alguien hace tres días. Que te cae mal, que te hace enojar, que te hace reír. ¿Se puede querer a esa persona? ¿O solo es… el momento?

Mateo me miró largo rato.

—Yo creo —dijo, con cuidado— que el amor no pregunta cuánto tiempo llevas conociendo a alguien. Pregunta cuánto tiempo llevas queriéndolo sin decírtelo.

La frase me golpeó en el pecho. Era una frase bonita. Demasiado bonita para ser de un trato.

—¿Y tú? —dijo él—. ¿Tú qué crees?

—Yo creo —dije, y mi voz salió más baja de lo que quería— que hay personas que aparecen cuando menos las esperas. Y que te cambian los planes. Y que no sabes si agradecerles o mandarlas al diablo.

—¿Y en qué grupo estoy yo?

—Todavía no lo decido —dije—. Pero te estoy leyendo, Mateo Del Valle. Y el capítulo va mejorando.

Nos reímos. Fue una risa bajita, cómplice, de las que no se actúan. Y cuando la risa se acabó, nos quedamos mirando.

La luna. El pueblo. Los dos, sentados en la barda, con el espacio entre nosotros que ya no era tan grande.

Mateo se inclinó hacia mí. Yo no me aparté. Él se acercó un poco más. Yo cerré los ojos.

Y entonces, mi teléfono vibró.

Y luego volvió a vibrar.

Y luego el grupo de WhatsApp de la familia —"La Familia Montes"— explotó con un audio de mi mamá, a todo volumen, con su voz de maestra de primaria:

—"Hijos, ya son las diez y media. ¿Ya llegaron bien? No se les olvide que mañana es el ensayo y que la boda es el sábado. Pórtense bien. Los quiero. ¡Ah! Y Valeria, si estás con Mateo, dile que su hermano está buscándolo para lo del brindis. ¡Que descansen!"

El audio resonó en la azotea con la claridad de un altavoz de iglesia.

Mateo y yo nos quedamos congelados, a medio centímetro, con la cara roja y la risa atorada.

—Tu mamá —dijo él, al fin—, tiene el radar de tu abuela.

—Mi mamá es maestra —dije—. El radar lo tiene todo el que da clase a cuarenta niños.

—¿Y ahora? —pregunté, con la voz rara.

—Ahora… —respiró hondo—. Ahora creo que mejor bajamos, antes de que mande otro audio.

Bajamos. La escalera rechinó en el tercer escalón, como siempre. Y en la puerta de la azotea, nos quedamos mirando, los dos con la risa todavía a medias, los dos sabiendo lo que había pasado ahí arriba.

La luna seguía arriba, el pueblo seguía abajo, y entre los dos, la pregunta que ninguno se atrevía a hacer. Yo sentía el corazón en la garganta y la mejilla todavía caliente de lo que había estado a punto de pasar.

—Tu mamá —dijo Mateo— va a saberlo.

—¿Saber qué?

—Que estuvimos a punto. —Me miró—. Las mamás siempre lo saben.

—Mi mamá no sabe nada. Mi mamá solo sabe mandar audios.

—¿Y tu abuela?

—Mi abuela lo sabe todo —dije, y era la verdad—. Pero mi abuela no dice nada. Esa es su especialidad.

—Me da miedo tu abuela —dijo Mateo, y sonó sincero.

—A todos nos da miedo mi abuela —dije—. Es parte del trato.

—¿Del trato?

—Del trato de ser Montes —dije—. La abuela viene incluida.

Se rió. Una risa bajita, de las que se quedan, y yo sentí que se me aflojaba algo en el pecho que llevaba años apretado.

—Buenas noches, Valeria —dijo, y su voz sonó rara, un poco ronca.

—Buenas noches, Mateo.

Y ninguno de los dos durmió bien esa noche.

En mi cuarto, con la luna entrando por la ventana, me quedé mirando el techo y pensé en la azotea: en sus ojos, en su mano, en el momento en que el audio de mi mamá nos había salvado de algo que ninguno de los dos sabía nombrar.

—Mañana lo mando al diablo —me dije, en voz baja.

Y supe, con una certeza que me asustó, que era la primera mentira de la noche.

Capítulo 23 — La noche de Mateo

A la una de la mañana, yo estaba sentado en la cama de la hacienda, con el contrato abierto en las piernas.

No el de verdad. El que Valeria había escrito en su cuaderno de recetas, el que yo había memorizado línea por línea en tres días. Las reglas. Las siete reglas.

Regla número uno: cero contacto físico.

La había roto la primera noche, cuando tomé su mano bajo la mesa, delante de su familia. La había roto esta tarde, cuando su mano rozó la mía al pasarle las bolsas. Y la había roto esta noche, en la azotea, cuando me incliné hacia ella y estuve a un centímetro de besarla.

Cerré los ojos y la volví a ver: la luna, el pueblo, las luces de la plaza, y ella a mi lado, con el viento en el pelo, contándome su sueño con esa voz que usaba cuando hablaba de verdad. Y yo, que llevaba años sin escuchar a nadie, la había escuchado como si de eso dependiera mi vida.

Regla número dos: cero "mi amor" fuera de escena.

La había roto en el mercado, cuando le dije "amor" sin que hubiera público.

Regla número tres: ella no me cocina.

No la había roto todavía. Pero estaba a punto: mañana, en la cena de ensayo, ella iba a sentarse a mi mesa. Y yo iba a querer que se quedara.

Regla número cuatro: nada de palabras rimbombantes.

La había roto en la azotea, cuando le dije que el amor no pregunta cuánto tiempo llevas conociendo a alguien. Esa frase no era mía. Esa frase había salido de algún lugar que yo no sabía que tenía.

Regla número cinco: caducidad. Domingo, ocho de la mañana.

No la había roto. Pero la odiaba.

La odiaba como se odian las cosas que uno sabe que van a llegar y no puede evitar. El domingo, a las ocho, el trato terminaba. Yo me subía al camión, ella se quedaba, y el pueblo entero seguiría su curso con un chisme menos. Y yo volvería a mi departamento de Santa Fe, a mis juntas, a mis edificios de oficinas donde nadie se mira. Y ella se quedaría aquí, con su sueño de repostería, y algún día otro hombre la miraría como yo la estuve mirando toda la semana.

Ese pensamiento me dolió más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Regla número seis: nadie se entera.

La había roto esta mañana, cuando le dije a Don Aurelio que no la iba a dejar. Y la había roto en la plaza, cuando le dije a Valeria que no me iba a ir.

Regla número siete: no dejarla plantada.

Esa era la única que no pensaba romper nunca. Aunque todo lo demás se rompiera, esa no.

Cerré el cuaderno. No era el de ella —ese estaba en su casa—, pero tenía una copia en mi teléfono: una foto que le tomé el primer día, a escondidas, cuando ella no miraba. La había tomado por si acaso. Por si necesitaba recordar las reglas. Y ahora la miraba todas las noches, y no era por las reglas.

El teléfono vibró. Emilio.

—¿Ya le dijiste a mamá lo de la cena de ensayo? —dijo, sin saludo—. Porque me acaba de llamar para preguntarme si tu novia va a ir, y le dije que sí, y ahora me toca a mí quedarme mal si no va.

—Va a ir.

—¿Y estás seguro? Porque Paulina dice que su prima es muy cumplida, pero yo a ti te conozco, Mateo. Tú no traes novia desde Elena. Y de pronto apareces con una hija de los Montes, y el pueblo entero hablando, y mamá con el radar encendido. —Silencio—. Oye, no me mientas: ¿es tu novia o es un teatro para sobrevivir la boda?

Me quedé callado.

—¿Mateo?

—Es mi novia —dije, y la mentira me supo a verdad—. Es mi novia, Emilio. Y mañana la vas a conocer.

—¿Y por qué dudaste?

—Porque dudo de todo —dije—. Es mi especialidad.

—Pues deja de dudar, hermano. Mañana es el ensayo, el sábado es la boda, y yo necesito que mi cuñada esté ahí, sonriendo, para que mamá se concentre en ella y me deje en paz a mí.

—¿Cuñada?

—Eso dije. —Se rió—. Ya me cayó bien, ¿sabes? Paulina dice que es de las buenas.

—Es de las buenas —dije, y fue lo más cierto que dije en toda la noche.

Colgué. Me quedé con el teléfono en la mano, y de pronto el cuarto de la hacienda se hizo más chico.

Mañana, después de la boda, se lo iba a decir.

No el domingo. Mañana. No, espera: mañana es el ensayo. La boda es el sábado. Después de la boda del sábado.

—Mañana —me dije, en voz baja—. Después de la boda.

Pero sabía que era mentira. Porque el miedo me iba a ganar, como me ganaba siempre, como me ganó en la prepa, cuando me quedé parado en el portal con la cerveza en la mano y el vestido esperando en el atrio.

—No otra vez —dije—. No otra vez, Mateo.

Saqué el teléfono. Abrí el chat de Valeria. El último mensaje era el mío: el del vestido, el que le mandé el miércoles, el que ella nunca contestó.

Escribí:

"Mañana, después del ensayo, necesito decirte algo."

Lo leí. Lo borré.

Escribí:

"La azotea. Cerré los ojos. Casi la beso."

Me quedé mirando las palabras. Eran las más ciertas que había escrito en años.

Y las borré.

—Eres un cobarde, Mateo —dije en voz alta—. Catorce años y sigues siendo un cobarde.

Me quedé sentado en la cama, con el teléfono apagado en la mano, mirando la noche a través de la ventana de la hacienda.

Mañana, después del ensayo. No: después de la boda. No: mañana. Mañana, en el momento exacto en que ella me mire y yo sepa que es ahora o nunca.

Mañana, le iba a decir la verdad.

Otra vez iba a intentarlo.

Y otra vez iba a tener miedo.

Pero esta vez, el miedo iba a tener que pelear conmigo.

Porque yo, Mateo Del Valle, arquitecto, treinta y cuatro años, llevaba catorce años debiéndole a Valeria Montes una disculpa. Y cuatro días queriendo darle algo más.

—Mañana —dije, apagando la luz—. Mañana sí.

Y el mensaje a medias quedó flotando en el aire de la hacienda, como todo lo que yo no me atrevía a decir.

Afuera, el pueblo dormía: las luces apagadas, los perros callados, el campanario de la parroquia recortándose contra la luna. Yo me quedé mirando la noche desde la ventana, con el teléfono apagado en la mano, y por un segundo, un segundo estúpido, pensé en cómo se vería esta misma noche desde la azotea de la casa de la abuela.

Desde donde ella estaba.

—Mañana —dije, apagando la luz—. Mañana sí.

Y esta vez, por primera vez en mi vida, casi lo creí.

Pero el teléfono seguía apagado. El mensaje seguía sin escribir. Y la noche seguía siendo la noche, con su silencio de siempre,

esperando a que yo fuera valiente.

—Mañana —dije otra vez, al techo, como si repetirlo lo hiciera cierto.

Y me dormí con la imagen de ella en la azotea, riéndose del audio de su mamá, con la luna en el pelo.

Y por primera vez en años, soñé con algo que no era un edificio.

Capítulo 24 — La noche de Val

A las dos de la mañana, yo estaba despierta, mirando el techo del cuarto de la abuela, haciendo una lista mental de todas las razones por las que esto era una idea terrible.

Razón uno: Mateo Del Valle era el hombre que me había dejado plantada en el baile de fin de cursos.

Razón dos: Mateo Del Valle era fresa, de la hacienda, del equipo de los que nunca han pedido permiso.

Razón tres: Mateo Del Valle se había inclinado hacia mí en la azotea, y yo había cerrado los ojos.

Razón cuatro: la razón tres. Solo la razón tres. Repetida como un estribillo.

Me di la vuelta en la cama. La cobija del 2016 me tapaba hasta la nariz.

—Mañana lo mando al diablo —dije, en voz baja, al techo—. Mañana mismo. Le digo que esto no puede seguir, que mejor cada quien por su lado, que el trato termina hoy.

El techo no respondió. Los techos nunca responden.

—No me gusta. No me gusta nada. Es fresa, es Del Valle, es el que me dejó plantada. Y además parpadea cuando miente. No se puede confiar en un hombre que parpadea.

El techo siguió callado.

—Pero recogió los aguacates —dije, y la voz se me quebró en la mitad—. Los recogió uno por uno. Y los dejó en el portón. Y nadie se lo pidió.

El techo, claro, no me creyó.

—¿Mija? —dijo la voz de la abuela desde la puerta, y me sobresalté tanto que casi caigo de la cama—. ¿Ya comiste?

—Abuela, son las dos de la mañana.

—Por eso. ¿Ya comiste?

—Sí, abuela. Comí guacamole.

—¿El de los aguacates del portón?

Me quedé helada.

—¿Cómo sabes lo de los aguacates del portón, abuela?

—Porque los vi —dijo la abuela, sentándose en la orilla de la cama con su bata de franela y sus chanclas—. Los dejó el Del Valle, ¿verdad?

—¿Y cómo sabes que fue él?

—Porque nadie más en este pueblo te trae aguacates sin avisar, mija. —Me miró, con esos ojos que han visto nacer a medio pueblo —. Los hombres del pueblo avisan cuando quieren algo. Los que no avisan, es porque no saben cómo pedirlo.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que ese muchacho está más asustado que tú. —Me arropó la cobija, como cuando era niña—. Y que tú, que siempre ves lo peor de la gente, esta vez estás viendo lo mejor de alguien que no sabe mostrarlo.

—Abuela, es un trato. Un trato con reglas. Se acaba el domingo.

—Ajá.

—En serio, abuela. No es nada.

—Ajá. —Se quedó callada un momento, y cuando habló, su voz tenía esa calma de las que han visto de todo—. ¿Sabes lo que me dijo tu abuelo la primera vez que me pidió que fuera su novia?

—¿Qué?

—Me dijo: "doña Cuca, necesito que me haga un favor. Mi papá no me deja trabajar en la parcela si no ando con una hija del pueblo". —Sonrió, con esa sonrisa de arrugas—. Un favor. Eso me pidió. Y yo, que ya lo había visto cargar costales en la empacadora con una fuerza que no le cabía en el cuerpo, le dije que sí.

—¿Y no te dio coraje cuando supiste la verdad?

—Me dio coraje, mija. Claro que me dio. Pero para entonces ya lo había visto llegar a mi casa todos los días, con un pretexto distinto cada vez: que si el mandado, que si la leña, que si un saludo para mi

mamá. Y los pretextos, mija, cuando son de verdad, dejan de ser pretextos. —Me miró—. Lo que yo te digo es: no juzgues tan rápido. El que empieza pidiendo un favor, a veces termina pidiendo quedarse.

—¿Y cómo supiste que era de verdad? —pregunté.

—No supe —dijo la abuela—. Decidí. —Sonrió, con esa sonrisa de arrugas—. Un día, tu abuelo llegó con un pretexto que ya ni era pretexto: me trajo un listón para el pelo, de los que vendían en la tienda del pueblo. Y yo, que lo había visto llegar con el mandado, con la leña, con un saludo, me di cuenta de que ya no me acordaba de cuál fue el primer favor. Solo me acordaba de él. —Me apretó la mano—. Así se sabe, mija. Cuando los pretextos se te olvidan y solo te acuerdas de la persona.

—¿Y si yo no me acuerdo de Mateo cuando se acabe el trato?

—Entonces era un trato —dijo la abuela, con esa calma de las que han visto de todo—. Y se acabó, y listo. Pero si cuando se acabe el trato, tú sigues acordándote de él, mija… entonces nunca fue un trato.

—¿Y cómo voy a saberlo?

—Porque va a doler —dijo la abuela—. El domingo, cuando él se vaya, vas a sentir un peso aquí —se tocó el pecho—, como si te hubieras comido algo que no te cayó bien. Y si ese peso se queda, hija, entonces era de verdad. Y entonces vas a tener que decidir si lo persigues o lo dejas ir.

—¿Y tú qué harías?

—Yo —dijo la abuela, y sonrió con esa sonrisa de la que ya vivió todo—, yo perseguiría. A tu edad todavía me quedaban fuerzas para correr detrás de lo que quería. —Me apretó la mano—. Y tú, mija, tienes mis fuerzas. Nada más que no las has usado.

—¿Y si me ve correr?

—Que te vea —dijo la abuela—. Que vea que su nieta corre detrás de él. Los hombres como el Del Valle no están acostumbrados

a que corran detrás de ellos. Se les olvida cómo se siente. —Se rió, bajito—. Se les olvida, y cuando lo recuerdan, ya no quieren irse.

—¿Y si se va de todas formas?

—Entonces —dijo la abuela, y me tomó la cara con sus manos de viejita—, tú ya sabrás que corriste. Y eso, hija, se queda contigo. Nadie te puede quitar el haber corrido.

Me quedé callada. La cobija del 2016, la mano de la abuela, la noche del pueblo.

—Abuela —dije—. ¿Tú crees que Mateo es de verdad?

La abuela se quedó pensando. Un momento. Dos.

—Yo creo —dijo, al fin— que ese muchacho lleva catorce años cargando algo que no sabe soltar. Y que esta semana, sin que él lo planeara, encontró a alguien con quien quiere soltarlo. —Me apretó la mano—. Pero eso, mija, lo decides tú. No yo.

Me dio un beso en la frente, como cuando tenía ocho años, y salió del cuarto con sus chanclas y su bata de franela.

Me quedé mirando el techo. La cobija del 2016 me subía hasta el cuello.

Pensé en Mateo. En su libreta. En sus reglas. En la forma en que me había mirado en la azotea, como si yo fuera la única persona en el pueblo. En la forma en que había dicho "yo no me voy a ir", con esa voz que no era la del fresa.

Y pensé en el domingo. En la hora en que el trato iba a terminar.

—Mañana lo mando al diablo —dije, por segunda vez, al techo.

Y el techo, por primera vez, me pareció que sonreía.

Porque los dos sabíamos que era mentira.

Y entonces, el teléfono vibró.

No era el grupo de la familia. No era Pao. Era un número que no conocía, con lada del pueblo.

El mensaje decía:

"Señorita Montes, soy Camila Del Valle. Mañana, en la cena de ensayo, quiero hablar con usted a solas. No le diga a Mateo."

Me quedé con el teléfono en la mano, la cobija del 2016 hasta la nariz y el corazón golpeándome las costillas.

La madre de Mateo. Quería verme a solas.

Y no quería que Mateo lo supiera.

El viernes, pensé, no iba a ser una cena de ensayo.

Iba a ser un campo de batalla.

Capítulo 25 — Paulina se quiebra

El viernes amaneció con olor a café y a pan dulce, y con Paulina llorando en la cocina de su mamá.

Yo llegué temprano, porque la abuela me mandó con un encargo de la tienda, y la encontré en la mesa de la cocina, con el vestido de novia colgado en la percha a sus espaldas —el blanco, el de los botones diminutos, el que le quedaba como un guante— y las manos apretadas alrededor de una taza de té que ya estaba frío.

—¿Paulina? —dije, desde la puerta.

—Estoy bien —dijo, con la voz mojada—. Estoy perfecta.

—Tienes el té frío.

—Es que se me enfrió.

—¿Y por qué lloras?

—No lloro. —Se secó la cara con el dorso de la mano—. Es el humo.

—No hay humo, prima.

—Entonces es el polvo.

Me senté frente a ella. La cocina de mi tía Chole —la mamá de Paulina, la misma que nos había casado sin querer tres días antes— olía a canela y a jabón. Paulina, la novia perfecta, la contadora que llevaba la lista de invitados en una tabla de Excel con colores, se veía todo menos perfecta: los ojos rojos, el pelo sin peinar, la bata puesta a las diez de la mañana.

—¿Qué pasa, Paulina?

—Nada —dijo—. Todo. —Y luego, con la voz quebrada—: Emilio me dijo que su mamá quiere sentarse en la mesa principal. Y que su tía Regina va a traer a sus hijos, los que estudian en el extranjero, los que nunca saludan. Y que su primo Fede quiere hacer el brindis, y que su prima Xime quiere cambiar el color de las servilletas porque "el salmón no combina con el otoño". —Se rió, con una risa que era mitad sollozo—. Y yo, que llevo un año planeando esta boda, de

pronto no decido nada. No decido el color de las servilletas de mi propia boda, Val. ¿Me entiendes?

—Te entiendo.

—Y entonces pensé: si no decido ni las servilletas, ¿qué voy a decidir en mi matrimonio? ¿En mi vida? —Me miró, con los ojos llenos—. ¿Y si me caso y un día despierto y soy la esposa de Emilio Del Valle, la que asiente, la que sonríe, la que pone las servilletas del color que diga su suegra?

—Paulina…

—No me digas que todo va a estar bien —dijo—. Porque no lo sé. Y tú tampoco lo sabes. —Se secó otra vez la cara—. Tú al menos tienes a Mateo. Tú sabes lo que quieres. Yo ya no sé ni quién soy.

Me quedé callada. Porque la mentira, otra vez, me pesaba en el pecho: yo no sabía lo que quería. Yo llevaba tres días fingiendo, y la única diferencia entre nosotras era que ella fingía ser perfecta y yo fingía estar enamorada.

—Escúchame —dije, tomándole las manos—. ¿Tú quieres a Emilio?

—Sí —dijo, sin dudar.

—¿De verdad? ¿O quieres la boda?

—Lo quiero a él —dijo, y esta vez su voz sonó distinta, más limpia—. Lo quiero cuando llega a la tienda y me cuenta de la empacadora. Lo quiero cuando se ríe de sus propios chistes. Lo quiero cuando me mira, Val, como si yo fuera la única persona en el salón.

—Entonces eso es lo que importa —dije—. Lo demás son servilletas.

—¿Y si su mamá…?

—Su mamá se sienta en la mesa principal —dije—. Y la tía Regina trae a sus hijos del extranjero. Y el primo Fede hace el brindis, y la prima Xime cambia el color de las servilletas. Y tú, Paulina, te casas con Emilio, y cuando bailen el primer baile, todo

eso va a ser ruido de fondo. —Le apreté las manos—. Lo que importa es el baile.

Paulina me miró. Y por primera vez en la mañana, su cara se aflojó.

—¿Y si me equivoco?

—Te equivocas —dije—. Y te levantas. Y vuelves a decidir. —Sonreí—. Así es esto, prima. No hay manual. Hay decisiones.

—Eso suena a consejo de la abuela.

—Lo es —dije—. La abuela me lo dijo anoche.

Paulina se rió. Fue una risa pequeña, mojada, pero fue una risa.

—Gracias, Val —dijo—. Tú sí que estás segura de Mateo, ¿verdad?

La pregunta me cayó como una piedra en el estómago.

—Yo… —empecé.

—Porque se te nota —dijo Paulina, secándose los ojos—. Se te nota en cómo lo miras. En cómo te ríes con él. En cómo se te ilumina la cara cuando lo mencionas. —Sonrió—. Eso es amor, prima. Eso es lo que yo quiero. Alguien que me mire como Mateo te mira a ti.

Y yo, la mentirosa profesional, la que llevaba cuatro días actuando, no pude decir nada.

Porque no sabía si era amor.

Porque ya no sabía si era un trato.

Porque, por primera vez desde que firmé aquel contrato ridículo en un cuaderno de recetas, tenía miedo de que fuera las dos cosas a la vez.

—Sí, prima —dije al fin, y la mentira me supo a nada—. Estoy segura.

Paulina sonrió, se levantó, y se fue a bañar con su vestido de novia en la percha, como si con eso fuera a ahogar sus dudas en el agua caliente.

Me quedé en la cocina, con el té frío de Paulina y las mías, cuando entró mi tía Chole, con el mandado y un humor de los suyos.

—¿Ya la viste? —dijo, dejando las bolsas en la mesa—. Anoche lloró hasta las dos, mija. Me dijo que Emilio quería invitar a sus primos, que su mamá quería cambiar las servilletas, que no decide nada de su propia boda. —Se sentó, con un suspiro—. Y yo, ¿qué le digo? Que todas las novias lloran. Que yo también lloré antes de la mía. Que hasta su abuela lloró, y mira nomás cómo le fue.

—¿Cómo le fue a la abuela?

—Cincuenta años de matrimonio, un esposo que la adoraba y tres hijas que la visitan cada semana. —Me miró—. Así le fue. —Hizo una pausa, y su voz cambió, se le puso seria, de esas veces raras en que Chole no estaba de broma—. Oye, mija. Yo también me casé joven. Yo también llegué con mis dudas a la iglesia. Y a veces, todavía, me pregunto si elegí bien. —Se encogió de hombros—. Pero uno elige, y luego se queda, y luego las dudas se van haciendo chiquitas. Eso es todo. No hay más secreto.

—¿Y tú elegiste bien, tía?

—Tu tío es un santo —dijo Chole, y sonrió—. Un santo con sus defectos. Pero un santo. —Y luego, con su voz de siempre—: Ahora, ¿tú por qué no has ido a ver el pastel? Dicen que llegó el camión a la tienda de Don Aurelio.

—¿El camión?

—El del pastel de Paulina. El de tres pisos. —Chole me miró—. Dijo Don Aurelio que se veía de revista. Anda a verlo, mija. Que la novia no lo ha visto todavía.

Y yo, que sabía que ese pastel lo había hecho yo con mis manos, una flor por una, con la receta de mi abuela, sentí un orgullo raro y una prisa rara. Y, de camino a la puerta, me di cuenta de que llevaba toda la mañana sin pensar en el trato, sin pensar en el domingo, sin pensar en nada que no fuera Paulina y sus dudas.

—Voy —dije—. Voy a verlo.

Y salí de la cocina de mi tía Chole, con el mandado de la abuela todavía pendiente, sin saber que el camión de las tres, el del pastel de tres pisos, me estaba esperando para arruinar mi viernes.

Y yo, que llevaba cuatro días fingiendo ser la novia más segura del pueblo, caminé hacia la tienda de Don Aurelio sin saber que, en cuestión de horas, iba a necesitar que alguien me dijera, por primera vez, qué se necesita.

Capítulo 26 — El pastel dañado

Yo había ido a la tienda de Don Aurelio por un encargo de mi mamá —la vajilla, la misma que se usaría en la cena de ensayo de esa noche— y me la encontré a ella.

Valeria estaba parada frente a la mesa de la cocina de la tienda, mirando el pastel como quien mira un accidente. Un pastel de tres pisos, blanco, con flores de fondant y una parejita de novios de azúcar en la punta, del tamaño de un pastel de boda de revista. Y en el costado del piso de abajo, una grieta. Una grieta fea, profunda, que corría desde el fondant hasta la base, como una cicatriz.

—Mateo —dijo ella, sin volverse. La voz rara. Rara en ella, que nunca se quedaba sin palabras.

—¿Qué pasó?

—El camión —dijo—. El camión de las tres. Le pedí al chofer que lo subiera con cuidado, que es de boda, que se va a cortar mañana frente a doscientas personas. Y el chofer me dijo que sí, que claro, que no se preocupe. —Se rió, con una risa que era más un sollozo—. Y lo subió con las bolsas del mandado. Encima. Con las bolsas del mandado encima, Mateo.

Me acerqué. El pastel era un desastre hermoso: la grieta, las flores ladeadas, una esquina del piso de arriba hundida como si alguien le hubiera puesto el codo.

—Tres días —dijo ella, y ahora sí se volvió, y los ojos se le veían brillosos—. Tres días tardé en armar esto. La receta es de mi abuela. El fondant lo hice yo. Las flores, una por una. Y mañana Paulina se casa, y su pastel va a ser el pastel cuarteado, el que se ve en las fotos para siempre, el que mi tía Chole va a mencionar en cada boda de la familia durante los próximos cuarenta años.

—Valeria.

—¿Qué?

—¿Se puede arreglar?

—¿Cómo? ¿Con cinta?

—No sé. Tú eres la que sabe. —La miré—. Dime qué se necesita.

Se quedó callada. Me miró como si yo hubiera dicho algo en otro idioma.

—¿Qué? —dije.

—Nada —dijo ella, y se pasó la mano por la cara—. Es que no me habían preguntado qué se necesita. Don Aurelio me dijo que buscara en internet. Mi tía Chole me dijo que le echara crema batida encima. —Se rió, sin ganas—. Nadie me pregunta qué se necesita.

—Pues yo te lo pregunto.

—Se necesita fondant nuevo —dijo, y su voz cambió, se volvió de repente la de la Valeria que sabe—. Y manteca vegetal. Y azúcar glass. Y un palito de los que sostienen los pisos, porque el de abajo se movió. Y mucha, mucha paciencia.

—El palito, ¿dónde se consigue?

—En la papelería de don Román. Pero don Román cierra los viernes a las dos.

—Son las once.

—¿Y quién lo va a traer?

—Yo.

—¿Tú?

—Yo —dije, y me estaba quitando el saco—. Yo traigo el palito, y la manteca, y el azúcar. Tú me dices cuánto de cada cosa, y yo lo traigo, y tú arreglas el pastel, y mañana el pastel se ve perfecto, y tu tía Chole no tiene nada que mencionar.

Valeria me miró. La grieta del pastel, la luz de la tienda, el olor a azúcar quemada. Y por un momento, su cara perdió el pánico.

—¿Por qué haces esto? —dijo.

—¿Cómo por qué?

—No es parte del trato, Mateo. Arreglar pasteles no viene en el contrato.

—El contrato dice que tengo que parecer un buen novio —dije —. Un buen novio arregla el pastel de la prima.

—Nadie te ve aquí.

—Yo me veo.

Se quedó callada. Y luego, despacio, como quien cede terreno sin querer, dijo:

—Dos palitos. Los largos, de los de bambú. Y la manteca, la de la marca que dice "vegetal" en letras azules. Y el azúcar glass, un kilo. —Hizo una pausa—. Y… gracias, Mateo.

—No me agradezcas. Es parte del trato.

—Ya sé que es parte del trato. Pero gracias de todas formas.

Salí corriendo, con el saco en la mano y la lista en la cabeza. La papelería de don Román estaba a seis cuadras. Cerró a las dos. Eran las once y diez.

La señora de la farmacia me vio pasar por la tercera cuadra y salió a la puerta con los ojos redondos.

—¿Mateíto? —dijo—. ¿Y esa carrera? ¿Le pasó algo a la novia?

—¡Encargo, señora! —seguí corriendo—. ¡Para la boda!

—¿Un encargo? —me gritó detrás—. ¿De qué?

—¡Del pastel! ¡Se quebró un palito!

—¡Qué bonito que la ayudes! —Y luego, más bajito, para su comadre—: ¿Viste? El Del Valle corriendo por el pastel de la novia. Está bien enamorado, la verdad.

No me detuve a corregirle. En la carnicería, en la tortillería, en la papelería, todos me vieron pasar como una exhalación, y a nadie le dio tiempo de preguntarme nada.

Llegué a la papelería de don Román a las once y veinticinco, con el corazón en la boca.

Don Román estaba en la puerta, bajando la cortina metálica.

—¡Don Román! —grité, desde media cuadra—. ¡No cierre!

—Ya cerré, mijo. Son las dos.

—¡Son las once y veinticinco!

Don Román se quitó los lentes, los limpió con el pañuelo, se los volvió a poner y miró su reloj.

—Son las once y veinticinco —dijo—. Tiene razón. —Se rascó la cabeza—. Pero ya bajé la cortina, y bajar la cortina es bajar la cortina. Es una regla.

—Don Román, por favor. Es para el pastel de la boda. Se quebró el palito del piso de abajo y si no lo arreglo, la novia va a llorar delante de doscientas personas.

—¿Y eso a mí qué?

—Es mi novia —dije—. Bueno, la novia es mi prima política. Pero el pastel lo arregla mi novia. Y si el pastel sale mal, mi novia llora, y si mi novia llora, yo lloro, y si yo lloro, mi mamá me regaña. —Hice una pausa—. Y a mi mamá nadie la aguanta cuando regaña.

Don Román me miró. Un rato largo. Y luego, con un suspiro que le subió desde los zapatos, levantó la cortina.

—Dos palitos —dijo—. Los largos, los de bambú. ¿Y qué más?

—Manteca vegetal y azúcar glass.

—Eso no vendo yo, mijo. Eso es de la tienda de Don Aurelio.

—¿Don Aurelio vende manteca?

—Don Aurelio vende de todo. Hasta chismes. —Don Román me dio los palitos, envueltos en papel periódico—. Ahí están. Son gratis. Pero me debe un favor.

—¿Qué favor?

—Que cuando se case, me invite al banquete. Me gusta el pastel de boda.

—Don Román, yo no… —empecé, y me detuve—. Claro. Claro que lo invito.

—Y a la novia también. —Don Román sonrió—. La señorita Montes es buena gente. Que le vaya bonito.

Salí de la papelería con los palitos bajo el brazo y una sensación rara: el pueblo entero, la señora de la farmacia, don Román, todos

hablaban de nosotros como si fuéramos de verdad. Como si la señorita Montes y yo fuéramos una pareja de verdad, con encargos de boda y favores de banquete.

Y yo, que había firmado un contrato para que nadie sospechara, descubrí que lo que más me gustaba era exactamente eso: que sospecharan.

—Manteca y azúcar —me dije, retomando la carrera—. Manteca y azúcar.

Y mientras corría por las calles del pueblo, con el sol de noviembre en la cara y la lista repitiéndose en mi cabeza —dos palitos, manteca, azúcar glass—, no podía dejar de pensar en la manera en que me había mirado.

Como si me viera por primera vez.

Yo también, Valeria. Yo también.

Capítulo 27 — La reparación

A las once y media, Mateo llegó con todo: los dos palitos de bambú, la manteca vegetal en letras azules, el kilo de azúcar glass y, además, una caja de galletas de las caras, las que venden en la tienda de Don Aurelio y que yo solo compro cuando algo muy bueno o muy malo me pasa.

—¿Las galletas son parte del trato? —le pregunté.

—Las galletas son para aguantar la reparación —dijo—. Mi mamá dice que la repostería se hace con paciencia y azúcar. Yo solo tengo azúcar.

Se me escapó la risa. Y con la risa, se me aflojó algo del pecho que no sabía que tenía apretado.

Trabajamos toda la tarde en la cocina de la tienda.

No fue como las otras veces, las de la actuación, las de la plaza o el mercado, donde cada gesto era para que alguien lo viera. Fue distinto. Fue real. Yo con las manos en el fondant, él con las mangas remangadas, pasándome las cosas antes de que se las pidiera, como si llevara años en una cocina.

—¿Cómo sabes dónde está el azúcar? —le pregunté.

—Tiene el mismo color que el de tu casa —dijo—. Y Don Aurelio tiene todo ordenado igual que tú.

—¿Que yo tengo todo ordenado?

—Tu cocina —dijo él, sin dejar de mirar lo que hacía—. El domingo, cuando me tocó lavar los platos. Los trastes por tamaño, las ollas por uso. Todo en su lugar. —Alzó la vista—. A los arquitectos nos enseñan a leer espacios. Tu cocina tiene tu firma.

Me quedé callada, con el rodillo en la mano.

—¿Qué? —dijo.

—Nada —dije—. Es que nadie me había leído la cocina.

—¿Y ahora?

—Ahora resulta que tengo firma.

Se rió. Y trabajamos en silencio un rato, y el silencio no fue incómodo, fue de los buenos, de los que no necesitan llenarse.

Le enseñé lo del fondant.

—Se amasa así —dije, con las manos en la masa—, con los dedos, de afuera hacia adentro. El calor de las manos lo ablanda. Si aprietas de más, se rompe. —Lo miré—. Como las personas, dice mi abuela. Se amasan con paciencia, no con fuerza.

—¿Tu abuela dice eso?

—Mi abuela dice muchas cosas. —Sonreí—. Esta es de las buenas.

Se lavó las manos y lo intentó. Le quedó un desastre: la masa se le rompió en tres pedazos, se le pegó en los dedos, y cuando trató de juntarla, le quedó una forma que no era ni bola ni plancha.

—Así no —dije, y le puse las manos encima, guiándole los dedos —. Así. Despacito. De afuera hacia adentro.

Y fue entonces cuando me di cuenta.

Sus manos. Las tenía yo entre las mías. Y él no se movió, y yo no me moví, y la masa, entre los dos, se fue haciendo bola, y la cocina se quedó sin aire otra vez.

—¿Y ahora? —dijo él, con la voz rara.

—Ahora… —retiré las manos, rápido—. Ahora ya sabes. Es como todo: práctica.

—¿Y cuánta práctica se necesita?

—Depende de la persona. —Volví a mi trabajo—. Tú, con unos veinte años, la armas.

Se rió. Y seguimos, y la tarde fue pasando, y entre el fondant y las galletas y las risas, se me fue soltando la tarde entera.

La regla número tres decía: nada de citas de verdad. Nada de cenas a solas, de películas, de cosas de novios de verdad.

Y ahí estábamos: a solas, en una cocina, un viernes por la tarde, arreglando un pastel que no era nuestro.

—Esto cuenta como cita, ¿no? —dijo él, sin levantar la vista.

—Es una reparación —dije—. Las reparaciones no cuentan.

—¿Y si cuentan?

—Entonces estás violando la regla tres.

—¿Y tú?

—Yo te estoy enseñando —dije—. Enseñar no es cita.

—¿Y comer galletas juntos?

—Eso es un refrigerio. Los refrigerios son neutros.

—¿Y esto? —dijo, y me pasó un pedazo de fondant con la punta del dedo, a un centímetro de mi boca—. ¿Esto qué es?

No supe qué decir. Me quedé mirando el dedo, el fondant, la manera en que me miraba, y sentí que la cocina se había quedado sin aire.

—Esto es un accidente de trabajo —dije, y le quité el fondant de la mano, y me lo comí, y no supe si estaba comiendo fondant o algo más peligroso.

—Entonces sigo sin violar la regla —dijo él, y volvió a su trabajo, con una sonrisa que se le veía hasta de perfil.

A las cinco de la tarde, el pastel estaba perfecto.

De verdad perfecto: la grieta sellada, el piso de arriba enderezado, las flores otra vez en su lugar, la parejita de novios de azúcar mirando al frente como si nada hubiera pasado. Me quedé un momento parada frente a él, con las manos en la cintura, y sentí ese orgullo raro, el de las cosas que uno arregla con las manos.

—Perfecto —dijo Mateo, a mi lado.

—Casi —dije—. Le falta brillo.

—¿Brillo?

—Una capa delgada de glaseado. Se la pongo después del ensayo. —Lo miré—. Si quieres, te enseño.

—¿A glasear?

—A glasear. Es de las cosas que se aprenden de a poquito.

—¿Y me va a salir?

—No —dije, y sonreí—. Pero te va a salir bonito el intento.

Se rió. Y cuando salimos de la tienda, con el pastel cubierto y la tarde cayendo, Don Aurelio, que había estado toda la tarde espiando desde el mostrador, con el periódico que no leyó, nos despidió desde la puerta.

—Buenas tardes, jóvenes —dijo—. Pastel de boda, ¿no? —Sonrió, con una sonrisa de las que saben—. Se ve que lo hicieron con cariño.

—Con mucha paciencia, don Aurelio —dijo Mateo.

—La paciencia es el cariño de los que no saben decirlo —dijo Don Aurelio, y se metió a la tienda, dejándonos con la frase colgando.

Caminamos un trecho en silencio. La tarde, el pueblo, el olor a pan de la panadería.

—Don Aurelio habla como tu abuela —dijo Mateo.

—Don Aurelio estuvo enamorado de mi abuela cuando eran jóvenes. —Sonreí—. Todavía la mira con los mismos ojos. Es de las historias que el pueblo cuenta en voz baja.

—¿Y por qué no se casaron?

—Porque mi abuela eligió a mi abuelo. Y cuando mi abuela elige, no hay vuelta atrás. —Lo miré—. Mi abuela dice que las decisiones de las Montes se toman una vez y se sostienen toda la vida.

—¿Y tú? —dijo él—. ¿Ya tomaste alguna decisión de Montes?

La pregunta me llegó directo al pecho.

—Todavía no —dije—. Pero las estoy madurando.

—¿Y cuánto tarda una Montes en madurar una decisión?

—Depende. —Lo miré—. Las importantes, toda la vida. Las que de verdad importan, un segundo. El chiste es saber cuál es cuál.

—¿Y cómo sabes cuál es cuál?

—Cuando llega —dije—, se siente. Como lo del café, dice mi abuela. Lo caliente se siente solo.

—¿Y a ti te ha llegado alguna? —dijo él, sin levantar la vista.

La pregunta me llegó al pecho, y no supe si contestar, y contesté con lo primero que me salió:

—Estoy en eso.

Y seguimos caminando, y la tarde cayó, y yo sentí que había pasado la tarde entera sin pensar en el trato, sin pensar en el domingo, sin pensar en nada que no fuera la cocina y él.

Fue una tarde buena. De las que no se firman en ningún contrato.

Capítulo 28 — El ensayo general

A las seis de la tarde, la parroquia de San Gabriel Arcángel olía a incienso y a flores frescas, y yo estaba parada al lado de Mateo Del Valle, frente al altar, fingiendo ser la madrina de una boda que no era la mía.

—¿Por qué los madrinos se paran aquí? —murmuré.

—Porque los madrinos son los que agarran las arras —murmuró él—. Lo dice el protocolo.

—¿Y tú qué sabes de protocolo?

—Tengo una mamá que se casa a la gente —dijo—. Se aprende por ósmosis.

—¿Ósmosis?

—Es un término de arquitecto. Significa que absorbí la información sin querer.

—O sea que no sabes nada.

—Exacto. Absorbí la información sin querer.

Se me escapó la risa, y el cura, que estaba leyendo sus notas en el altar, alzó la vista por encima de los lentes.

—¿Ya empezamos? —dijo—. Porque yo tengo un velorio a las siete.

—Ya empezamos —dijo Paulina, desde la banca donde estaba sentada con el ramo en las manos.

—¿Y los novios?

—Aquí —dijo Emilio, y se paró al lado de Paulina, y le tomó la mano con una naturalidad que me dio envidia: sin ensayo, sin trato, sin nada. Solo él y ella.

El ensayo fue un desastre hermoso.

Emilio se equivocó tres veces en dónde pararse. Paulina le corrigió el paso con un codazo que el cura fingió no ver. El anillo de arras se cayó dos veces y rodó hasta la banca de la abuela, que lo atrapó con la punta del zapato sin dejar de rezar. Y la prima Regina,

la de los hijos del extranjero, pasó el ensayo entero mandando fotos del altar al grupo de la familia, con el flash puesto, como si el ensayo fuera un concierto.

—¿Los padrinos tienen que ensayar algo más? —pregunté, cuando el cura nos puso la cajita de arras en las manos.

—El lazo —dijo el cura—. Cuando yo diga, los padrinos toman el lazo y lo ponen sobre los hombros de los novios, así, en forma de ocho. —Nos miró—. ¿Ya lo habían hecho? ¿Ustedes dos, digo, en alguna ceremonia?

—No, padre —dijo Mateo, con una seriedad que no le pedía nadie—. Es la primera vez que soy padrino.

—¿Y usted, señorita?

—Yo tampoco.

—Bueno. Pues el lazo es fácil. —Tomó la cinta blanca, larga, y nos la mostró—. Se pone así, sobre los hombros. Y listo. Los novios quedan atados para siempre. —Sonrió—. Es el único nudo que no se deshace con las manos.

—¿Y con qué se deshace? —pregunté, sin pensar.

El cura me miró. Un rato largo, con esa paciencia de los que han visto de todo.

—Con la vida, mija. La vida va deshaciendo los nudos. —Y luego, más bajo, solo para nosotros—: O los va apretando. Depende de cómo la vivan.

Y nos puso el lazo en las manos, a los dos, para que lo sostuviéramos, y yo sentí el peso de la cinta blanca, y el peso de las palabras del cura, y el peso de Mateo a mi lado, tan cerca que podía oler su colonia.

—Que se acerquen los padrinos —dijo el cura, al fin.

Nos acercamos. Yo con las manos sudadas —nunca había sido madrina de nada, ni siquiera en la prepa, donde las madrinas de los eventos eran siempre las niñas de las familias conocidas— y Mateo con una seriedad de arquitecto que le quedaba ridícula.

—Van a tomar las arras —dijo el cura, y nos puso en las manos la cajita de terciopelo con las trece monedas de oro—. Las sostienen así, hasta que yo diga.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

—Depende. Unos cinco minutos. Si la ceremonia es corta.

—¿Y si es larga?

—Entonces rezan.

Mateo me miró de reojo. Y yo, sin querer, me reí. Y la risa se me quedó pegada en la boca cuando el cura dijo:

—Y ahora, los padrinos se miran, porque se están casando también un poquito. Así se hace, hijos. Así se acompaña.

Nos miramos. Fue un segundo nada más. Un segundo frente al altar, con el olor a incienso y las arras en las manos, y la luz de la tarde entrando por los vitrales.

Y en ese segundo, Mateo me miró como si fuera de verdad.

Como si el altar fuera nuestro.

Como si las arras fueran nuestras, y el lazo, y las flores, y la iglesia entera.

—Eso es todo, hijos —dijo el cura—. Mañana, a las cinco. —Y luego, más bajo, solo para nosotros—: Y ustedes dos, ensayen esa mirada. Se les notó que era de mentira.

—¿Cómo…? —empecé.

—Tengo setenta años, mija. Yo sé lo que es una mirada de verdad. —Y me guiñó un ojo, y se fue a su velorio, dejándonos parados en el altar con las arras en la mano y la cara encendida.

—¿Eso estuvo mal? —dijo Mateo, en voz baja.

—Estuvo terrible.

—¿Y cómo se arregla?

No contesté. Porque no sabía cómo se arreglaba una mirada de verdad, o si se arreglaba, o si las miradas de verdad se ensayan.

Pero mientras recogíamos las arras y el lazo, y mientras Paulina y Emilio se tomaban fotos con la prima Regina, y mientras el pueblo entero se preparaba para la boda del año, no podía dejar de pensar en una cosa: la mirada de mentira, la que el cura había visto, había durado un segundo.

Pero me había dejado temblando.

Y si eso era de mentira, no quería ni imaginar lo que sería una de verdad.

Paulina me alcanzó en la puerta, ya con el ramo en las manos.

—¿Viste? —dijo, con los ojos brillosos—. El padre Memo dijo que los novios se miran. Y tú y Mateo se miraron. —Me dio un codazo—. Se van a casar antes que nosotros, ya vas a ver.

—Paulina.

—Es broma, es broma. —Sonrió—. Pero si se casan, me toca ser madrina. Ya la armé.

—¿Ya la armaste?

—Ya aparté el vestido. —Y se fue riendo, con el ramo, a buscar a Emilio—. ¡Y no te cases sin avisarme, prima!

—No me voy a casar, Paulina.

—¡Ya veremos!

Y yo me quedé en la puerta de la iglesia, con el corazón a mil, pensando que Paulina, sin saberlo, acababa de tocar la única cuerda que no quería que tocara: la de un futuro que no estaba en ningún contrato.

Salimos de la iglesia y la abuela nos esperaba en la puerta, con su chal y su sonrisa de la que ya sabe.

—¿Y? —dijo.

—El padre Memo dice que la mirada fue de mentira, abuela —dije.

—Ah, ¿sí? —La abuela me miró, despacio, de arriba abajo, y luego miró a Mateo, con esa calma suya de las que lo ven todo—. Pues yo la vi de verdad, mija. Yo, desde la banca, la vi de verdad.

—Abuela…

—Ya, ya —dijo, y me dio un beso en la frente—. A cenar. Mañana es el día grande, y las novias y las madrinas tienen que dormir bien.

Y se fue caminando, despacio, con el chal y la sonrisa.

Y yo me quedé parada en la puerta de la iglesia, con el corazón a mil, preguntándome si la abuela decía la verdad, o si las abuelas también saben fingir.

Capítulo 29 — El radar

El patio de la casa de la abuela tenía una buganvilia que se salía por la barda, dos sillas de fierro y un silencio que engañaba.

Nos sentamos ahí, después de la iglesia, porque Valeria dijo que necesitaba cinco minutos de paz antes de la cena de ensayo. Yo dije que la acompañaba. Ella dijo que no hacía falta. Yo me quedé de todas formas. Fue de esas discusiones que no se discuten.

—El padre Memo nos vio —dijo ella, con las manos alrededor del vaso de agua—. Nos vio la cara.

—El padre Memo tiene setenta años y cree que las miradas se ensayan —dije—. No nos vio nada.

—Te vio. Me vio. Dijo que la mirada era de mentira. —Me miró —. ¿Sabes qué es lo peor? Que tiene razón.

—¿Tiene razón en qué?

—En que se nos nota —dijo ella, y su voz bajó—. Se nos nota, Mateo. Que esto es un trato. Lo vio un cura. Lo va a ver mi tía Chole. Lo va a ver tu mamá. Lo va a ver todo el pueblo.

—Entonces ensayamos la mirada —dije.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. —La miré—. Es un contrato, Valeria. Los contratos se cumplen. Mañana, a las cinco, nos paramos en esa iglesia, ponemos la cara que haya que poner, y el domingo cada quien por su lado. Eso era el plan.

—¿Eso era el plan? —dijo ella, y su voz sonó rara—. O sea que tú sigues con el plan.

—Yo…

—Porque yo también sigo con el plan —dijo ella, rápido, demasiado rápido—. Claro que sigo con el plan. El plan es el plan. El trato es el trato. Nada de miradas, nada de fondant, nada de nada.

—El fondant no fue nada.

—Fue algo. —Se quedó callada. Luego, más bajo—: El fondant fue algo, Mateo. Y la mirada del cura fue algo. Y el domingo, cuando esto se acabe, no quiero quedarme con la duda de si fue algo o no fue nada.

No supe qué contestar. Porque ella tenía razón, y las dos cosas eran verdad al mismo tiempo: era un trato, y era algo, y yo no sabía dónde terminaba una cosa y empezaba la otra.

—La abuela —dije, de pronto, mirando la ventana de la casa.

—¿Qué?

—La cortina. —Señalé la ventana del cuarto de la abuela—. La cortina se movió.

Valeria se puso pálida.

—¿Cuánto oyó?

—No sé. —Sentí el corazón en la garganta—. No sé cuánto oyó.

Repasamos, en voz baja, todo lo que habíamos dicho desde que nos sentamos. El padre Memo. La mirada. "Se nos nota que esto es un trato." El plan. El domingo. Cada quien por su lado. Todo eso, dicho en el patio de la casa de la abuela, a un metro de su ventana.

—Dijimos "trato" —dijo Valeria, con la voz rara—. Dijimos "contrato". Dijimos "el domingo cada quien por su lado". —Me miró —. Si la abuela oyó eso, Mateo, se acabó todo. Todo.

—O no oyó nada —dije—. Las cortinas se mueven con el aire.

—¿Y si oyó?

—¿Y si no oyó?

—No me contestes con otra pregunta —dijo ella, con los dientes apretados—. Esto es serio. Mi abuela es la persona más lista del pueblo. Si ella sabe lo del trato, lo sabe todo el pueblo antes del domingo. Y mi mamá. Y mi tía Chole. Y Paulina. Y la boda. —Se pasó la mano por la cara—. Y el trato decía, regla número seis, que nadie se entera.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Esperar —dije—. Y si la abuela sale con su café y su cara de siempre, es que no oyó nada.

—¿Y si sale con otra cara?

—No sé —dije, y fue la verdad—. No sé qué cara pondría la abuela si supiera.

—Pues mi abuela —dijo Valeria, con la voz quebrada—, si supiera lo del trato, no se sentaría a tomar café con nosotros. Me daría una cucharada de su propio chancla. —Hizo una pausa—. Y a ti, Mateo Del Valle, te daría dos.

—¿Dos?

—Una por mentiroso. Y otra por hacerme mentirosa a mí. —La risa se le escapó, a pesar de todo, mojada—. Mi abuela odia a los mentirosos. Desde lo del abuelo y la tienda.

—¿Lo del abuelo y la tienda?

—El abuelo le escondió una vez que la tienda perdía dinero. Se enteró hasta que quebró la mitad del inventario. —Negó con la cabeza—. Desde entonces, mi abuela dice que las mentiras son deudas: se cobran solas.

—¿Y tú qué crees?

—Creo que mi abuela tiene razón —dijo ella—. Y que esta mentira, la nuestra, va a cobrar. La pregunta es cuándo.

Nos quedamos callados. El patio, la buganvilia, el silencio. Y entonces la puerta se abrió, y la abuela salió con dos tazas de café en las manos, como si no hubiera pasado nada.

—Hijos —dijo, con su voz de siempre—. ¿Quieren café? Está recién hecho.

—Abuela —dijo Valeria, con la voz extraña—. ¿Usted…?

—¿Yo qué, mija?

—Nada. Nada.

La abuela nos sirvió el café. Se sentó en la tercera silla, la que no estaba, la que aparecía siempre que ella decidía sentarse. Tomó

su taza. Y nos miró a los dos, despacio, con esa mirada suya que no se apura.

—Este patio es muy bonito —dijo—. Muy tranquilo. Aquí no llegan los chismes, ni las prisas, ni los ruidos de la calle. —Tomó un sorbo—. Y uno, de viejo, aprende a no oír lo que no le toca oír.

—Abuela… —dijo Valeria.

—Yo no oigo nada, hijos —dijo la abuela, con una calma que daba miedo—. Aquí no se oye nada.

Y siguió tomando su café, con los ojos puestos en la buganvilia, como si no hubiera dicho nada, como si no hubiéramos dicho nada, como si el patio no estuviera temblando.

—¿Sabes, mijo? —dijo, de pronto, mirando a Mateo—. Yo a tu abuelo lo conocí en una boda. Él era de la familia del novio, yo de la de la novia. Y nadie nos presentó. Nadie nos dijo nada. —Sonrió, con una sonrisa que se le fue a otro lado—. Pero esa noche, en el baile, me pidió una canción, y yo supe que ese hombre iba a ser mi esposo. —Tomó otro sorbo—. No me lo dijo nadie. No había trato. No había plan. Había una canción, y un hombre que me miró, y yo supe. Así de simple.

—¿Y cómo supo que era de verdad, abuela? —preguntó Valeria, con la voz rara.

—Porque no me lo tuvo que decir —dijo la abuela—. Cuando algo es de verdad, mija, no necesita avisar. Se siente. Como el café: no necesita que le digas que está caliente. —Nos miró a los dos, despacio—. Lo caliente se siente solo.

Se quedó un momento en silencio. Luego se levantó, con su taza, y se encaminó a la puerta.

—Yo ya me voy a dormir —dijo—. Mañana es la boda, y la abuela de la novia tiene que estar fresca para llorar en la iglesia. —Se detuvo en la puerta—. Que duerman bien, hijos. Y que no se les olvide: aquí no se oye nada.

Y entró, y cerró la puerta, y el patio se quedó en silencio.

Valeria me miró. Yo la miré.

—La abuela lo sabe —dijo ella, en voz baja—. Lo sabe todo.

—Lo sabe —dije.

—¿Y qué hacemos?

—Nada. —La miré—. Porque ella tampoco va a hacer nada. Dijo que no oía nada. Y la abuela, cuando dice algo, lo sostiene.

—Eso es lo que me da miedo —dijo Valeria, con la voz apenas un hilo—. No que se enoje. No que nos regañe. Que sepa todo y no diga nada. Que nos esté viendo, Mateo, con esa sonrisa de santa, sabiendo que somos mentirosos, y que decida esperar a ver qué hacemos.

Me quedé callado. Porque ella tenía razón.

Porque los dos sabíamos, en ese momento, que la abuela había oído todo. Y que la abuela, con su café y su calma y su sonrisa de santa, había decidido que no había oído nada.

Eso era peor.

Mucho peor que si nos hubiera regañado.

Capítulo 30 — La cena de ensayo

La hacienda de los Del Valle, de noche, parecía sacada de una revista de bodas: la fachada blanca, los faroles del patio, la mesa larga bajo la parra con velas y vajilla de porcelana. Hasta el aire olía a dinero.

Yo iba del brazo de Mateo —el trato, la regla número uno, el brazo de los novios— y sentía que la camisa nueva, la que compré para la ocasión, me quedaba chica por todos lados.

—No mires todo —murmuró Mateo—. Pareces turista.

—Soy turista —murmuré—. Soy turista en un pueblo que no es el mío, en una casa que no es la mía, con una familia que no es la mía. ¿Qué querías, que mirara el piso?

—Podrías mirarme a mí. Es lo que haría una novia.

Lo miré. De verdad lo miré: el saco azul marino, la camisa blanca, la manera en que su mamá le arregló el cuello antes de que entráramos, como si él tuviera doce años. Y sentí, otra vez, ese empujón en el pecho que ya no sabía cómo llamar.

—¿Y qué? —dijo él.

—Nada. Estás guapo. Ya me lo dijiste. No me lo vuelvas a decir.

—Yo no te lo dije.

—Te lo dije yo. Es un cumplido. Acéptalo y calla.

Se rió. Y con la risa, la familia nos rodeó.

Emilio, el novio, fue el primero en saludarnos. Se veía feliz, de verdad feliz, con esa felicidad de los que no tienen que fingir nada: me dio un abrazo, me dijo "gracias por venir, cuñada", y la palabra me cayó rara, como un zapato que no es de mi talla.

—¿Cuñada? —dije, cuando Emilio se fue—. Tu hermano me dijo cuñada.

—Mi hermano es un optimista —dijo Mateo.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que cree en los finales felices. —Me miró—. Es de la familia. No lo puedo evitar.

Y antes de que pudiera preguntarle qué quería decir con eso, apareció su mamá.

La mamá de Mateo era exactamente como me la había imaginado, y peor: alta, delgada, con el pelo perfecto y una sonrisa que se encendía y se apagaba como una lámpara. Se llamaba Camila. Me tomó las dos manos, me miró de arriba abajo con una velocidad que no dejaba nada afuera, y dijo:

—Señorita Montes. Por fin. Mateo no nos habla de usted desde la prepa, y cuando nos habló, nos habló de una niña en un baile. —Sonrió—. Qué bueno que creció.

—Gracias, señora —dije, y le sostuve la mirada—. Yo también tengo mis recuerdos de la prepa. Muy buenos. —Le sonreí—. Aunque de entonces a ahora, la verdad, me quedé igual de bajita.

Camila parpadeó. Una décima de segundo. Suficiente.

—Qué encantadora —dijo, y me soltó las manos—. Pasen, pasen. La mesa está servida.

Y mientras cruzábamos el patio, sentí el mensaje que me había llegado la noche anterior, el que todavía llevaba guardado en el bolsillo: "Señorita Montes, soy Camila Del Valle. Mañana, en la cena de ensayo, quiero hablar con usted a solas. No le diga a Mateo."

—¿Estás bien? —preguntó Mateo.

—Perfecta —dije, y sonreí—. Estoy perfecta.

La cena fue un campo minado.

El primo Fede, el del brindis, me preguntó si el pastel era "artesanal o de los que compran en el súper", con una sonrisa que pretendía ser amable. La prima Xime, la de las servilletas, me explicó que "en la ciudad" los colores de otoño se usan en tonos terracota, no en salmón, y me preguntó si en el pueblo "todavía se usaba el salmón". La tía Regina, la de los hijos del extranjero, me contó que sus hijos estudiaban en Londres y en Boston, y me preguntó si yo había "viajado".

—A Guadalajara —dije—. Y a León, una vez. —Sonreí—. Muy bonito León.

Hubo un silencio. El tipo de silencio que se hace cuando la gente decide no decir lo que piensa.

Y yo, la pastelera que llevaba una semana fingiendo ser novia de un Del Valle, sentí el peso de la mesa entera: los ojos, las sonrisas, los codazos disimulados. La sentí como se siente el agua fría antes de entrar.

Y entonces, entre el segundo y el tercer plato, Camila Del Valle se inclinó hacia mí y dijo, en voz baja, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos:

—Señorita Montes, ¿me acompaña al corredor? Quiero mostrarle las buganvilias.

Miré a Mateo, que estaba en la otra punta de la mesa, hablando con su hermano. Él no oyó nada.

—Claro, señora —dije.

El corredor de la hacienda olía a jazmín y a tierra mojada. Las buganvilias, enormes, se subían por los arcos. Camila caminó un trecho en silencio, y luego se volvió.

—Voy a ser directa —dijo—. A los Del Valle no nos gusta andar con rodeos.

—Adelante.

—Mateo nunca trae a nadie al pueblo. Nunca. Ni novias, ni amigas, ni clientas. El pueblo es su lugar de vacaciones, el lugar al que viene a esconderse. —Me miró—. Y de pronto aparece usted, la señorita Montes, y mi hijo anda con una libreta, y se ríe, y arregla pasteles, y ensaya miradas en la iglesia. —Hizo una pausa—. El padre Memo me contó lo de la mirada.

—¿El padre Memo le contó?

—El padre Memo me cuenta todo. Es primo de mi difunto esposo, pero para la familia es familia. —Sonrió, con una sonrisa que no era cálida—. Y me dijo que la mirada era de mentira. Y yo, que he visto a mi hijo con veinte mujeres, ninguna en serio, le digo:

señorita Montes, usted no es su tipo. Usted es demasiado de verdad para mi hijo.

No supe si eso era un insulto o un cumplido.

—¿Y por eso me trajo al corredor, señora? ¿Para decirme que no soy su tipo?

—La traje al corredor para decirle esto: si esto es de verdad, quiero saberlo. Si es de mentira, quiero saberlo también. —Se acercó —. Porque los Del Valle no jugamos, señorita. Los Del Valle no fingen. Y yo no voy a permitir que nadie juegue con mi hijo, ni que mi hijo juegue con nadie. —Me miró a los ojos—. Así que dígame: ¿usted qué es de Mateo?

La pregunta me cayó como una losa.

Y yo, la mentirosa, la que llevaba una semana diciendo "es mi novio" a todo el pueblo, no pude contestar.

Porque no sabía qué era de Mateo.

Porque ya no sabía si era la novia, la actriz, la del trato, o la que se había quedado mirando la cocina de la tienda mientras él le pasaba el azúcar.

—Soy… —dije—. Soy…

—¿Sí?

—Soy alguien que lo está conociendo —dije al fin, y fue lo más verdadero que dije en toda la noche—. Y él a mí. Y no sé bien qué somos. Pero no es un juego, señora. No es un juego.

Camila me miró. Largo. En silencio. Con esa mirada suya que pesaba.

—Bueno —dijo, al fin—. Pues eso es más de lo que he sacado yo de mis hijos en treinta años. —Y por primera vez, su sonrisa fue casi real—. Vamos a cenar, señorita. El salmón se enfría.

Y volvimos a la mesa, y Camila Del Valle levantó su copa, y dijo, con la voz que se oía en todo el patio:

—Por los nuevos miembros de la familia.

Y todos brindaron.

Y yo, con la copa en la mano, pensé en que Camila no había dicho "por mi hijo y su novia".

Había dicho "por los nuevos miembros".

Como si ya supiera que los Del Valle, de una forma u otra, iban a quedarse conmigo.

Capítulo 31 — El brindis

La vi desde el otro lado de la mesa.

Valeria aguantando. Valeria con la espalda recta y la sonrisa puesta, respondiendo a la tía Regina con una educación que le estaba costando cada palabra. Valeria escuchando a Xime explicarle los tonos terracota. Valeria diciendo "qué interesante" con la cara de quien está contando los minutos.

Mi familia, en pleno, hacía lo que mi familia siempre hacía: medir a la gente nueva. Pesarla. Ver si aguantaba.

Y ella aguantaba. Dios, cómo aguantaba.

—Tu novia es muy… del pueblo —dijo Fede, a mi lado, con la copa en la mano—. No te lo digo como insulto, primo. Es que se nota.

—¿Qué se nota?

—Que no es de aquí. De la ciudad, digo. —Se encogió de hombros—. No es tu tipo. Tú sales con las de la oficina, las de las botas y los vestidos caros. —Me miró—. Ella es otra cosa.

—Sí —dije—. Es otra cosa.

—¿Y eso te gusta?

Lo miré. A Fede, que no había movido un dedo en su vida sin preguntarle primero a su mamá. A Fede, que había llegado a la hacienda con una maleta llena de ropa para "dos días" y un séquito de opiniones sobre todo.

—Me gusta —dije—. Me gusta mucho.

Fede parpadeó. No estaba acostumbrado a que yo contestara.

—Bueno —dijo—. Yo solo digo que se le nota. El pueblo, digo. En la manera de hablar, en la ropa, en cómo mira las cosas.

—¿Y qué tiene de malo?

—Nada. Nada. —Alzó las manos—. Yo no dije nada.

—Dijiste que se le nota. —Lo miré—. Y se le nota, Fede. Se le nota que es de un lugar donde la gente se saluda, donde la gente se

conoce, donde la gente se queda. Se le nota que es de verdad. Y eso, para nosotros, es lo más raro que hay.

Fede abrió la boca. No encontró nada que decir. Mi mamá, desde la cabecera de la mesa, lo vio todo.

—Mateo —dijo mi mamá, con su voz de directora—. ¿Un brindis?

—Un brindis.

Me paré. Levanté la copa. La mesa entera me miró: los primos, las tías, la vajilla de porcelana, los candelabros. Y Valeria, al final de la mesa, con las mejillas encendidas, mirándome con una expresión que no supe leer.

—Por mi hermano y por Paulina —dije—. Porque se van a casar mañana, y porque de toda esta familia, son los que mejor lo van a hacer. —La mesa se rió, suave—. Y por Valeria.

Hubo un silencio. Un silencio de esos que se sienten.

—Por Valeria —repetí, y la miré—. Que es la mejor pastelera de la ciudad, y la persona más lista de esta mesa, y la única que ha trabajado de verdad en su vida. —Me encogí de hombros—. Yo también sé leer a la gente, Fede. Y ella es la única persona aquí que no está fingiendo nada.

La mesa se quedó callada.

Mi mamá, con la copa a medio levantar, me miró de una manera que no le conocía: como si yo hubiera dicho algo que no esperaba.

—Brindemos —dijo, al fin, y levantó su copa—. Por los novios. Y por las personas que no fingen.

Todos brindaron. Yo me quedé de pie un segundo más, mirando a Valeria, que tenía los ojos brillosos y la boca apretada, como si estuviera conteniendo algo.

—Salud, Valeria —dije, y tomé mi copa.

—Salud, Mateo —dijo ella, y su voz sonó rara, y yo supe, en ese momento, que había hecho algo de lo que no sabía las consecuencias.

La cena siguió. Fede se olvidó de su brindis —el suyo, el oficial, el que ensayó tres veces en el pasillo— y se pasó el resto de la noche mirando su plato. Xime encontró un tema nuevo: los postres de boda "en la ciudad", que ahora se hacen de mousse y frutos rojos, no de tres pisos de fondant. La tía Regina le preguntó a Valeria si conocía a alguien de su familia que hubiera "hecho algo importante", y Valeria respondió, con una sonrisa que me llegó hasta el otro lado de la mesa:

—Mi abuela tiene ochenta y dos años y sigue amasando su propio pan. Eso es importante, tía.

La tía Regina no supo qué contestar. Yo tampoco. Pero por razones distintas.

Después del postre —tres pisos de mousse, por supuesto, porque Xime había ganado esa batalla—, Valeria se levantó a buscar el baño, y yo aproveché para respirar. Y fue entonces cuando mi mamá me alcanzó en el corredor de las buganvilias, donde estaba mirando la luna.

—Mateo —dijo, a mi lado, sin mirarme—. Lo del brindis.

—¿Qué tiene lo del brindis?

—Nada. —Hizo una pausa—. Es que nunca te había oído defender a alguien así. Ni a tu hermano. Ni a mí. —Me miró—. Ni a ti mismo.

—No sé de qué hablas, mamá.

—Defiendes bien a tu gente, Mateo. —Sonrió, con una sonrisa rara, de las que no usa en público—. Eso no lo aprendiste de mí. Tu papá defendía así a la suya. —Se ajustó el chal—. Me alegra que te haya tocado a ti, hijo. Es lo mejor que te dejó.

Y se fue, antes de que yo pudiera contestar, dejándome con el corredor, las buganvilias y un nudo en la garganta que no esperaba.

En la despedida, en la puerta de la hacienda, mi mamá le dio a Valeria dos besos —los dos besos de la familia, los que se dan a los de adentro— y le dijo, en voz baja, con esa voz suya de cuando habla en serio:

—Señorita Montes, espero verla pronto. —Hizo una pausa—. Y si mi hijo la vuelve a dejar esperando como en la prepa, me avisa. Yo misma lo regaño.

—¿Señora? —dijo Valeria, con los ojos redondos.

—El pueblo habla, señorita. Y el pueblo dice que usted esperó en un atrio a un Del Valle que no llegó. —Sonrió, con una sonrisa que no le había visto nunca—. Los Del Valle tenemos fama de malos pagadores. Pero yo, cuando elegí al mío, lo esperé tres años. Y valió la pena. —Le apretó la mano—. Usted decide si el suyo vale la pena. Pero no decida por lo que digan los demás. Decida por lo que sienta.

Valeria se quedó sin palabras. Yo también.

Y en el carro, de regreso al pueblo, ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato. La noche, la carretera, los faroles.

—¿Por qué lo hiciste? —dijo ella, al fin.

—¿Hacer qué?

—Lo del brindis. Lo de "la mejor pastelera". Lo de "la única que no finge". —Se volvió hacia mí—. No era parte del trato, Mateo. Defender a la novia en el brindis no viene en el contrato.

—Mi familia es mi problema —dije—. No tenía por qué aguantar a Fede.

—¿Y por qué la defendiste a ella? —insistió—. A mí. ¿Por qué la defendiste a mí?

Me quedé callado. El carro, la noche, sus ojos en la oscuridad.

—Porque es la verdad —dije.

—¿La verdad?

—La verdad. —Apreté el volante—. Eres la mejor pastelera. Eres la persona más lista de la mesa. Y eres la única que no estaba fingiendo. —Hice una pausa—. Lo dije porque es verdad, Valeria. No porque viniera en el contrato.

Ella no contestó.

Se quedó callada el resto del camino, mirando por la ventana, con las manos cruzadas sobre el regazo.

Y yo no supe si lo que había dicho la había acercado o la había asustado.

Pero la verdad era la verdad.

Capítulo 32 — El regreso

Nos dejó el carro en la esquina de la plaza, porque Mateo dijo que quería caminar un poco y porque yo, la verdad, no quería que la noche terminara.

Caminamos por la calle principal, con el pueblo dormido y las luces de la tienda de Don Aurelio apagadas. La luna estaba llena, o casi, y las sombras de los árboles se veían largas.

—Oye —dije—. Tu prima Xime.

—No digas nada.

—"En la ciudad los colores de otoño se usan en tonos terracota, no en salmón."

—No empieces.

—"¿En el pueblo todavía se usa el salmón?" —Me llevé la mano al pecho, con dramatismo—. "Porque en la ciudad, verás, el salmón es de temporada."

—Valeria.

—"Los hijos estudian en Londres y en Boston." —Hice la voz de la tía Regina, aguda y condescendiente—. "¿Y usted ha viajado, señorita Montes?"

—Ya, ya.

—"A Guadalajara —dije yo—. Y a León, una vez." —Me paré, lo miré, y me reí—. "Muy bonito León." ¡Mateo! ¡Le dije "muy bonito León" a tu tía! ¡Como si León fuera un destino turístico!

Mateo se estaba riendo. De verdad riéndose, con la cabeza echada para atrás, con una risa que no le había oído nunca, una risa de las que se le escapan a uno sin permiso.

—Tu cara —dijo, entre risas—. Tu cara cuando Xime dijo lo de las servilletas. Yo vi tu cara.

—Mi cara decía "estoy contando los minutos".

—Tu cara decía "me voy a comer el salmón crudo si hace falta, pero esta señora no me va a ganar".

—Pues claro que no me iba a ganar. —Seguí caminando—. Soy una Montes. Las Montes no se achican en cenas de ricos.

—¿Y qué hacen las Montes en cenas de ricos?

—Aguantan —dije—. Comen poquito, sonríen mucho, y luego se van a su casa y se ríen de todo. Es tradición familiar. La abuela dice que los ricos también lloran, solo que en terracota.

Se rió otra vez. Y caminamos un rato en silencio, con la risa todavía flotando entre los dos, y el pueblo callado, y la luna.

—Tu mamá me llevó al corredor —dije, de pronto.

Se detuvo.

—¿Qué?

—Al corredor. A enseñarme las buganvilias. —Lo miré—. Me preguntó qué soy de ti.

Mateo se quedó callado. La luna, la calle, su cara en la sombra.

—¿Y qué le dijiste? —dijo, al fin.

—Que te estoy conociendo. Que no sé bien qué somos. Que no es un juego.

—¿Y ella qué dijo?

—Dijo que eso era más de lo que había sacado de sus hijos en treinta años. —Sonreí—. Y que volviéramos a cenar, porque el salmón se enfría.

Mateo se quedó mirándome. Largo. Con una expresión que no supe nombrar.

—¿Qué? —dije.

—Nada —dijo—. Es que… —Se pasó la mano por la cara—. Es que no sé qué se supone que haga con eso.

—¿Con qué?

—Con que mi mamá te haya llevado al corredor. Con que le hayas dicho que me estás conociendo. Con que hayas aguantado a Fede y a Xime y a la tía Regina sin soltar una sola grosería. —Me miró—. Con que me caigas bien, Valeria. —Hizo una pausa—. Me caes bien cuando no actúas.

Me quedé helada.

—¿Cuándo actúo?

—En el mercado. En la plaza. En la iglesia. —Se encogió de hombros—. No digo que esté mal. Es parte del trato. Pero ahora, aquí, en la calle, sin público, sin nadie que nos vea… —Se detuvo—. Me caes bien. Eso es todo. Me caes bien de verdad.

No supe qué contestar. Porque era lo más honesto que me había dicho desde que empezamos, y porque yo sentía exactamente lo mismo, y porque si le contestaba con una broma, iba a sonar falsa, y si le contestaba de verdad, iba a tener que admitir que la noche, la luna, la calle, él, todo me caía bien de una manera que no cabía en ningún contrato.

—Tú también —dije al fin—. Me caes bien cuando no actúas.

Se quedó callado. La calle, la luna, los dos parados como tontos en medio del pueblo, sin saber cómo seguir.

Pasamos por el kiosco de la plaza, y Mateo se detuvo un momento, mirándolo.

—¿Te acuerdas de ayer? —dijo.

—¿De ayer qué?

—De aquí. De la banca. Del elote. —Señaló el kiosco—. Tú me diste la mitad de tu elote, y yo, que soy arquitecto y que he comido en los restaurantes más caros de la ciudad, me quedé pensando que era lo mejor que había comido en años.

—Era un elote de veinte pesos.

—Por eso. —Me miró—. Los elotes de veinte pesos no vienen con compromiso. Vienen con limón y chile y nada más. —Hizo una pausa—. Y aun así, me supo a otra cosa.

—¿A qué te supo?

—No sé. —Se encogió de hombros—. A algo que no sabía que estaba buscando.

Me quedé callada. La plaza, la luna, el kiosco, la banca donde tres días antes todo había empezado a cambiar.

—Yo también —dije, y mi voz salió baja—. Yo también sentí algo raro, Mateo. Y no sé qué es. Y me da miedo. Y mañana es la boda, y pasado mañana te vas, y yo… —Me detuve—. Yo no sé qué voy a hacer cuando te vayas.

—¿Y si te dijera que no me voy?

—Te diría que es muy pronto para saberlo.

—¿Y si te dijera que lo sé desde el jueves?

—Te diría que los arquitectos no deciden así. —Sonreí—. Los arquitectos hacen planos, y presupuestos, y estudios de mercado.

—¿Y si te dijera que ya hice el estudio de mercado?

—¿Y qué dice el estudio?

—Dice que no hay ningún otro pueblo como este. —Me miró—. Y ninguna otra pastelería.

No supe qué contestar. Y no contesté. Y seguimos caminando, con la luna, y el silencio, y las palabras flotando entre los dos, sin saber bien qué hacer con ellas.

Llegamos al portón de la abuela. Nos paramos frente a frente, como todas las noches.

—¿Mañana? —dijo él.

—Mañana —dije—. La boda.

—¿Y después?

—Después —dije—, nos vemos. Supongo. —Me reí, bajito—. Es lo que hacen los novios, ¿no? Verse después de la boda.

—Los novios se ven siempre —dijo él, con una voz rara—. Es parte del trato.

—¿Y cuando se acabe el trato?

—Entonces ya no es un trato. Es otra cosa.

—¿Y qué cosa?

—Eso —dijo él—. Eso es lo que te voy a decir mañana, después de la boda. —Hizo una pausa—. Si me dejas.

—Te dejo —dije, y la frase me salió antes de pensarla—. Quiero decir… sí. Claro. Te dejo.

Asintió. Y se dio la vuelta, y caminó tres pasos, y se detuvo.

—Oye.

—¿Qué?

—El elote —dijo—. Mañana te invito otro. Para que veas que no era suerte.

—¿Y si es suerte?

—Entonces te invito dos.

Y se fue, calle arriba, con las manos en los bolsillos, y yo me quedé en el portón, con la risa y el corazón a mil, pensando que el elote de veinte pesos, el de mañana, el de los dos, iba a ser el más caro de mi vida.

Y caminamos el resto del camino en silencio, y el silencio era de los buenos, y yo no quería que terminara.

Capítulo 33 — ¿Qué somos?

Nos despedimos en la esquina de la casa de la abuela, como todas las noches, con el "mañana te veo" de siempre.

—Mañana es la boda —dijo Mateo.

—Ya sé que mañana es la boda.

—A las cinco, en la iglesia.

—Ya sé que a las cinco.

—¿Y después?

—¿Después qué?

—Después de la boda. —Se quedó callado un momento—. Después de la boda, el domingo, el trato se acaba. ¿Y después?

La pregunta me cayó encima como un balde de agua fría.

—Después —dije—, pues… cada quien. Tú a tu despacho. Yo a mi vida. Y listo.

—¿Y listo?

—Sí. ¿Qué otra cosa iba a ser?

—No sé —dijo él, y su voz sonó distinta, más baja—. Por eso pregunto.

Me apoyé en el portón de la abuela. La noche, la luna, las luces apagadas del pueblo. Y él parado frente a mí, con las manos en los bolsillos, mirándome como si yo tuviera la respuesta.

—Esto era un trato, Mateo —dije—. Tú lo dijiste. Novio de mentiras, contrato, reglas. El domingo termina. Cada quien por su lado. —Hice una pausa—. Era el plan.

—¿Y si ya no quiero que sea el plan?

La frase se quedó flotando en el aire.

—¿Qué quieres decir? —dije, y mi voz salió rara, como si no fuera mía.

—Quiero decir que… —Se pasó la mano por la cara—. Que no sé cómo se supone que vuelva a mi despacho después de esto. Que

no sé cómo se supone que deje de venir al pueblo y deje de verte. Que no sé qué somos, Valeria. Eso es lo que quiero decir.

—Somos un trato —dije, y hasta yo oí lo falsa que sonó mi voz —. Somos un trato que se acaba el domingo.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Entonces, ¿por qué me miras así?

—¿Cómo te miro?

—Así —dijo él, y dio un paso—. Como si esto fuera de verdad. Como si no fuera un trato. Como si yo fuera alguien que te importa.

—Tú me importas —dije, y la frase se me escapó antes de que pudiera detenerla—. Quiero decir… claro que me importas. Eres mi novio. De mentiras. Pero…

—¿Pero?

—Pero nada. —Di un paso atrás—. Esto se acaba el domingo. Y mañana hay una boda. Y pasado mañana tú te vas. Y yo me quedo. Y todo vuelve a ser como era. —Me crucé de brazos, para tener algo que hacer con las manos—. Eso es lo que hay, Mateo. Eso es lo que firmamos.

—¿Y si no quiero firmarlo otra vez?

—No se firma otra vez. Se acaba.

—Valeria.

—No. —Lo señalé—. No me digas "Valeria" con esa voz. No me mires así. No hagas esto. —Sentí los ojos llenándose—. No hagas que esto duela antes de tiempo, Mateo. Ya duele bastante con saber que el domingo te vas.

Se quedó callado. La calle, la luna, el pueblo dormido.

Y entonces dio otro paso. Y otro. Y se quedó parado frente a mí, a un palmo de distancia, tan cerca que podía oler su colonia y oír su respiración.

—Y si no me voy —dijo, en voz baja—. ¿Qué?

—¿Cómo que "y si no te vas"?

—Y si no me voy el domingo. Si me quedo. —Me miró—. ¿Qué pasaría?

No supe qué decir.

No supe si era una pregunta de verdad o una de esas que se hacen para ver la reacción.

Y lo único que supe, en ese momento, fue que no quería apartarme.

Que estaba parada frente a él, con la espalda contra el portón, y que no me estaba apartando.

—Mateo… —dije.

—Dime algo —dijo él, con la voz rara—. Cualquier cosa. Dime que esto no es solo un trato. Dime que lo del fondant, lo de la cocina, lo del brindis, no fue solo actuación. Dime algo, Valeria.

—Yo…

—¿Diego? —dijo una voz, detrás de nosotros—. ¿Eres tú?

Nos separamos como si nos hubieran echado agua.

Era Diego. Diego Salas, con las llaves del carro en la mano, parado a tres metros, mirándonos con una expresión rara.

—Val —dijo, con la voz extraña—. Mateo. —Nos miró a los dos —. Buenas noches.

—Diego —dije, con el corazón a mil—. ¿Qué haces aquí?

—Iba a casa de Karla. Dejé algo. —Se quedó parado, sin moverse—. Oigan… yo no quiero meterme en nada, pero… —Hizo una pausa—. ¿Oí bien? ¿Lo del trato?

El mundo se detuvo.

—Diego —dijo Mateo, con voz de piedra—. No oíste nada.

—Oí algo —dijo Diego, y su cara cambió—. Oí "trato". Oí "se acaba el domingo". Oí "novio de mentiras". —Nos miró—. ¿Es un trato? ¿Todo esto es un trato?

—Diego, escúchame —dije, y mi voz salió urgente—. Es una historia larga. Es… es complicado. Pero no es lo que piensas.

—¿No? —Diego se rió, sin humor—. Porque suena exactamente a lo que pienso. Suena a que la señorita Montes anda fingiendo un novio para su boda familiar, y a que el arquitecto Del Valle anda de prestado. —Sacudió la cabeza—. No me digas que no es lo que pienso, Val. Porque te conozco. Y esto… —Señaló a Mateo—. Esto no se te parece.

—¿Y qué se me parece a mí, Diego? —dije, y mi voz sonó más alta de lo que quería—. Porque tú hace dos días me dijiste que me habías querido, y hace cuatro años no me buscaste, y hace catorce no fuiste a mi baile de la prepa. —Hice una pausa—. Dime qué se me parece a mí, para saber si te creo.

Diego se quedó callado.

—Tienes razón —dijo, al fin, y su voz cambió—. No te conozco. Ya no. —Se pasó la mano por la cara—. Y tal vez por eso te vi con él y sentí… no sé. Algo raro. —Se encogió de hombros—. No te preocupes. Yo no soy de los que cuentan chismes. —Hizo una pausa, y su mirada se volvió rara, pesada—. Pero quiero que sepas una cosa, Val. Si este trato te termina lastimando, no voy a poder quedarme callado.

—Diego…

—Ya lo oíste. —Se encogió de hombros—. No te voy a contar a nadie. Pero tampoco voy a ver cómo te rompen el corazón en silencio. —Nos miró a los dos—. Cuídense.

Y se dio la vuelta, y se fue caminando, calle abajo, hacia la casa de Karla, con las llaves sonando en la mano, y su sombra se fue alargando bajo la luna, hasta que se lo tragó la esquina.

—Eso estuvo feo —dijo Mateo, en voz baja.

—Estuvo feo —dije—. Pero pudo estar peor.

—¿Peor?

—Pudo haberlo oído la abuela. —Sonreí, sin ganas—. Y entonces sí, Mateo Del Valle, te darían dos cucharadas.

Y yo me quedé parada frente al portón de la abuela, con el corazón en la boca, viendo cómo la noche se llevaba a Diego y con

él, la última esperanza de que el trato siguiera siendo un secreto.

—Diego sabe —dije.

—Diego sabe —dijo Mateo.

—Y Diego no es de los que cuentan chismes —dije—. Pero también dijo que las mentiras siempre acaban cobrando.

—¿Y tú qué crees?

—Creo que tiene razón —dije, y la verdad me pesó—. Creo que tiene razón, Mateo.

Y ninguno de los dos dijo nada más, porque no había nada que decir: el trato tenía fecha de caducidad, y la caducidad acababa de subirse a un carro y alejarse por la calle principal.

Capítulo 34 — El casi

La hacienda, de madrugada, era el lugar más silencioso del mundo.

Me acosté a las doce. A la una seguía despierto, mirando el techo. A las dos, me levanté, abrí la ventana y me quedé mirando el patio, las buganvilias, la silla donde mi mamá se sentaba a leer.

No había ruido. Ni perros, ni carros, ni el zumbido de la ciudad. Solo la casa, respirando despacio, y yo con la cabeza llena de cosas que no me dejaban dormir.

Bajé a la cocina a buscar agua, y la casa me fue saliendo al paso: la foto de mi papá en el pasillo, con su traje de boda, treinta años antes; el despacho que él nunca usó, lleno de planos que yo dibujaba de niño y que mi mamá había enmarcado; la silla del patio donde él se sentaba a ver llover. La casa de mi infancia, la que dejé a los dieciocho y a la que volvía dos veces al año, con prisa, como quien paga una deuda.

Nunca me había quedado a mirarla. Nunca había tenido tiempo.

La cena de ensayo había sido un campo de batalla, y yo había ganado una batalla que no sabía que estaba peleando. Fede con su copa, la tía Regina con sus hijos del extranjero, Xime con sus servilletas. Y ella, al final de la mesa, aguantando todo con una sonrisa que me había dolido ver. Yo la había defendido en el brindis. No lo había planeado. Las palabras habían salido solas, como salen las que son de verdad.

Y después, la calle. El portón de la abuela. "¿Y si no me voy el domingo?" La había visto contra el portón, con los ojos llenos, diciendo que ya le dolía que me fuera. La había visto no apartarse cuando me acerqué.

Y Diego. Diego con las llaves en la mano, oyendo lo que no debía oír.

A las dos y media, abrí el chat de Valeria.

El último mensaje era el mío, el del miércoles, el que le mandé después de la fiesta de Paulina y que nunca contestó. Lo leí otra vez, como si fuera a encontrarle un significado nuevo. No lo encontré. El mensaje seguía siendo el mismo: un hombre de treinta y cuatro años escribiendo a las dos de la mañana como un chamaco de prepa.

Escribí: "No sé qué somos."

Lo leí. Sonaba a chamaco de prepa. Lo borré.

Escribí: "Lo que dije en la calle era de verdad."

Lo leí. Sonaba a amenaza. Lo borré.

Escribí: "No te vayas el domingo. Mejor: no me dejes irme."

Me quedé mirándolo. Tres renglones. Los más ciertos que había escrito en años.

No lo borré.

Tampoco lo mandé.

Me quedé con el teléfono en la mano, la pantalla encendida, la frase flotando entre los dos, a un dedo de distancia de mandarse al otro lado del pueblo.

Un dedo. Eso era todo lo que separaba la frase de Valeria. Un dedo y el miedo de siempre: el miedo de que lo leyera y no contestara. El miedo de que lo leyera y contestara. El miedo de que lo leyera, y contestara, y que su respuesta fuera "el trato era el trato, Mateo. El domingo, cada quien".

Cerré los ojos. La vi otra vez: en el portón, con los ojos llenos. En la cocina, pasándome el azúcar. En la iglesia, con las arras en las manos, mirándome como si el altar fuera nuestro. En la banca del kiosco, cerrando los ojos, esperando que yo la besara.

Y pensé en lo que me había dicho en la calle, cuando le pregunté "¿y si no me voy el domingo?": "Ya me duele bastante con saber que te vas."

Eso. Eso era la respuesta. La tenía enfrente, en la pantalla, en mis manos, y no hacía falta mandarla porque ya la había oído con su voz, en su calle, contra su portón, con su pueblo de fondo.

Cerré el teléfono. Lo puse en la mesita. Me acosté. Y miré el techo, y el techo me devolvió la mirada, como siempre, sin decir nada.

Y pensé en el baile.

Catorce años. La prepa, el salón de la cooperativa, la apuesta con los Rojas. La invitación que le hice en persona, con el corazón en la boca, en el portal de la iglesia. La noche del baile, los Rojas con las cervezas abiertas, y yo parado en el portal, viendo su vestido a lo lejos, sin atreverme a cruzar.

No fui. No por mi papá, no por un plan. Por cobarde. Y llevaba catorce años cargando con eso.

Ella esperó. Todo el baile, según contó el pueblo después. Con el vestido que su mamá le había cosido, esperando a un imbécil que no llegó.

Catorce años. Catorce años de culpa, de volver a San Gabriel cada Navidad sin quedarme, de pasarla de largo, de construir edificios de oficinas para no pensar en ella.

Y ahora la tenía enfrente, en mi pueblo, en mi cocina, arreglando pasteles conmigo, diciéndome que le dolía que me fuera.

Lo del baile ya no importaba. Importaba lo que venía: el domingo, la despedida, el trato terminado. O el domingo sin despedida, sin trato, con ella contra el portón, sin apartarse cuando me acerqué, con la luna de testigo y la voz de Diego cortándonos en seco.

Otro casi-beso. El segundo: la azotea y el portón. Dos veces, y las dos veces el mundo se interpuso.

Y yo, que llevaba catorce años sin atreverme, había decidido que la tercera no la iba a parar nadie.

Cerré el teléfono. Me acosté. Miré el techo.

Catorce años. Y el domingo, si no hacía nada, se iba a ir, y se iba a llevar todo: la cocina, la iglesia, la calle, la risa de cuando la imitaba a mi prima Xime. Todo.

Me senté. Encendí la luz. Y tomé una decisión.

Mañana, después de la boda, se lo digo todo. Todo: lo del baile, lo de la culpa, lo de estos cuatro días, lo de que no quiero que se acabe. Se lo digo como se dicen las cosas cuando ya no importa el orgullo. Se lo digo antes de que el domingo se la lleve.

No me lo voy a decir a mí mismo, como en la prepa, cuando me quedé parado en el portal sin atreverme a cruzar. Se lo voy a decir a ella. Con mi voz. Frente a frente. Aunque me tiemblen las manos. Aunque me salga mal. Aunque me diga que no.

—Mañana —dije, en voz alta, al techo—. Mañana, después de la boda.

El techo no contestó. Los techos nunca contestan. Yo tampoco necesitaba que contestaran.

Catorce años esperando para decir algo. Y ahora que lo tenía enfrente, claro, limpio, ensayado, me daba cuenta de que no era difícil. Era solo miedo. Y el miedo, pensé, era igual de terco que ella: no se iba con órdenes, ni con contratos, ni con planos bien hechos. Se iba solo cuando uno dejaba de darle la razón.

Y me quedé dormido, por fin, con el teléfono en la mano y la frase sin mandar, como si el mañana fuera a ser más fácil solo por haberlo dicho.

Mañana. Después de la boda. Mañana, todo. Y esta vez, pensé, el que espera no soy yo: soy yo el que va a llegar.

Capítulo 35 — La reconciliación

A las tres de la mañana, yo no podía dormir.

Me había acostado a la una, después de darle vueltas a todo: a Diego con las llaves, al "¿y si no me voy el domingo?", a la manera en que Mateo me había mirado contra el portón, como si yo fuera una respuesta a una pregunta que ni siquiera había hecho.

A las dos, me levanté, me puse la chamarra, y salí a caminar.

El pueblo, de madrugada, era otro pueblo: las calles vacías, las luces apagadas, el olor a tierra mojada. Caminé hasta la plaza, me senté en la banca del kiosco —la misma donde le di mi elote, la misma donde todo empezó a dejar de ser un trato— y me quedé mirando la luna.

La plaza vacía era un espejo raro: de día, era el corazón del pueblo, el lugar donde todos nos conocíamos y donde el chisme corría como el agua. De noche, era solo un kiosco, unas bancas y el silencio. Y yo, sentada ahí, con la chamarra puesta, sintiendo por primera vez en días que podía pensar sin que nadie me mirara.

Pensé en mañana. En la boda. En el padre Memo, las arras, el lazo. En Camila Del Valle, que me había medido en el corredor de las buganvilias y que, al final, había brindado por mí. En Paulina, llorando en la cocina de su mamá. En Diego, que ahora sabía. En el domingo, que se acercaba como una fecha en un calendario que nadie quería tachar.

Y pensé en Mateo.

En Mateo con su libreta ridícula, pasándome el azúcar, diciéndome en el brindis que era la única que no fingía. En Mateo, parado contra el portón, preguntándome "¿y si no me voy el domingo?". En Mateo, a centímetros de mí, dos veces, con el teléfono de la familia como testigo.

Y ahí, a los cinco minutos, apareció él.

Mateo, con la chamarra puesta sobre la pijama, los tenis sin agujetas, el pelo revuelto. Se detuvo al ver la plaza. Me vio. Y se

quedó parado, como si no supiera si acercarse.

—¿Qué haces aquí? —dijo, al fin.

—Eso mismo te iba a preguntar.

—No podía dormir.

—Yo tampoco.

—¿Y por qué la plaza?

—Porque es donde empezó todo. —Me encogí de hombros—. Bueno, no todo. Todo empezó en una tienda de abarrotes con un contrato ridículo. Pero esto —señalé la banca—, esto empezó aquí.

Se acercó, despacio, y se sentó a mi lado. A medio metro de distancia. El mismo medio metro de siempre.

—¿Diego? —dijo.

—No sé. —Me pasé la mano por la cara—. Dijo que no es de los que cuentan chismes. Y yo le creo. Diego no es de esos. Pero… —Lo miré—. Ayer, en la cena, tu mamá me preguntó qué soy de ti. Hoy, en la calle, tú me preguntaste qué somos. Y Diego oyó lo del trato. Y yo ya no sé ni qué soy yo, Mateo, imagínate qué somos.

Se quedó callado. La plaza, la luna, el kiosco.

—Yo tampoco sé qué somos —dijo, al fin—. Pero sé qué no quiero que seamos.

—¿Qué?

—No quiero que seamos "el trato que se acabó el domingo". —Me miró—. Eso, no.

—¿Y qué quieres que seamos?

—No sé. —Se rió, bajito, sin humor—. Llevo toda la noche tratando de escribirte un mensaje que lo explique, y no me sale. Todo lo que escribo suena falso o suena a amenaza. —Hizo una pausa—. Lo único que me sale de verdad es esto: no quiero que se acabe.

La frase se quedó flotando entre los dos, en la madrugada, con la luna de testigo.

—Yo tampoco quiero que se acabe —dije, y mi voz salió apenas un hilo—. Y me da un miedo terrible decirlo. Porque si lo digo, es de verdad. Y si es de verdad, me puedes lastimar. Y yo llevo catorce años sin dejar que nadie me lastime, Mateo. Catorce años sin dejar que nadie se acerque. —Sentí los ojos llenándose—. Y llegas tú, con tu libreta ridícula y tus aguacates, y de pronto estoy aquí, a las tres de la mañana, en la banca del kiosco, diciéndote que no quiero que se acabe.

—Yo también llevo catorce años —dijo él, con la voz rara—. Catorce años con una culpa que no me dejaba volver. Catorce años sin decirle a nadie lo que me pasó en el baile. —Me miró—. Y de pronto estás tú, y no puedo dejar de pensar en que mañana, si no hago nada, te vas a ir, y se va a llevar todo.

—Mañana es la boda —dije—. Después de la boda, el domingo…

—Después de la boda —dijo él—, te voy a decir algo. De verdad. Lo que sea que sea esto, te lo voy a decir completo. —Hizo una pausa—. Pero no esta noche. Esta noche, solo quiero quedarme aquí, en esta banca, contigo, sin que nada se acabe.

Me quedé mirándolo. La luna, la madrugada, sus ojos en la sombra.

—Está bien —dije—. Quedémonos aquí.

Y nos quedamos.

Y en la banca, con el pueblo dormido, se fue acercando, despacio, sin prisa, como quien tiene todo el tiempo del mundo.

Y yo no me aparté.

Y cuando su cara estaba a centímetros de la mía, cuando ya podía sentir su respiración en mi boca, cuando yo ya había cerrado los ojos, listo para lo que fuera…

…el teléfono de la familia truena.

El mío. El de la casa de la abuela, el que suena a las tres de la mañana y que solo puede significar una cosa: que alguien se está muriendo, o que alguien está pariendo, o que mi tía Chole descubrió que el pastel tiene fondant nuevo y quiere contármelo de inmediato.

—Es la casa —dije, con la voz rara.

Y saqué el teléfono. Y vi la pantalla. Y me quedé mirándolo, un segundo, dos, con el corazón a mil.

Y lo apagué.

—¿No vas a contestar? —preguntó Mateo, con la voz rara también.

—Es la casa —dije—. Si contesto, me dice mi mamá que vuelva. Y si me dice que vuelva, voy a volver. —Lo miré—. Y no quiero volver todavía.

Se quedó callado. La luna, la madrugada, el teléfono apagado en mi mano.

—Yo tampoco quiero que vuelvas —dijo, al fin.

Y se acercó. Y yo no me aparté.

Y esta vez no hubo teléfono que sonara, ni mamá, ni tía Chole, ni nada que se interpusiera.

Y lo besé.

O él me besó. No sé. La verdad, no sé quién se movió primero. Solo sé que de pronto su boca estaba en la mía, y que sus manos estaban en mi cara, y que el mundo, el pueblo, el kiosco, la luna, todo se quedó callado, como si también quisiera mirar.

Fue un beso de madrugada. De los que saben a que apenas empieza. De los que no se firman en ningún contrato.

Nos separamos, despacio, sin prisa, y nos quedamos mirando, frente a frente, con la respiración revuelta.

—Eso —dijo él, con la voz apenas un hilo—. Eso era lo que te iba a decir mañana.

—¿Eso?

—Eso, y más. —Se rió, bajito, sin humor—. Pero el beso era la parte fácil.

—¿Y cuál es la parte difícil?

—La de después. —Me tomó la mano—. La de explicarte todo lo que llevo catorce años sin decir.

Me quedé callada. Con su mano en la mía, y el teléfono apagado en el bolsillo, y la certeza nueva, rara, de que algo había cambiado para siempre entre los dos.

—Mañana —dije—. Después de la boda.

—¿Después de la boda?

—Me dijiste que mañana me ibas a decir algo, completo. Pues eso. Mañana, después de la boda, me lo dices. —Le apreté la mano —. Yo voy a estar ahí.

Se quedó mirándome. Un rato largo.

—¿Y si te da miedo lo que te diga?

—Me va a dar miedo —dije—. Pero voy a escucharte.

—¿Completo?

—Completo.

Asintió. Y se levantó, y me tendió la mano, y caminamos de regreso al portón de la abuela, con las manos agarradas y el pueblo dormido, y el teléfono apagado, y la noche, por fin, del lado nuestro.

En el portón, nos paramos frente a frente.

—¿Y esto? —preguntó él, señalando el espacio entre los dos—. ¿Esto ya no es un trato?

—Esto —dije—, esto es otra cosa.

—¿Y qué cosa?

—Eso te lo digo yo mañana —dije, y me reí—. Después de la boda. Para que no seas el único con discurso.

Se rió. Y me dio un beso en la frente, rápido, como si le diera vergüenza, y se fue caminando, calle arriba, con la chamarra sobre la pijama y los tenis sin agujetas, y se dio la vuelta una vez, a mitad de la cuadra, para verme.

Y yo me quedé en el portón, viéndolo irse, con el corazón a mil, la boca todavía con sabor a él y la certeza nueva, rara, de que mañana, después de la boda, iba a pasar algo que iba a cambiar todo.

No sabía si para bien o para mal.

Pero iba a pasar.

Capítulo 36 — La noche de Mateo

Eran las cuatro de la mañana cuando volví a la hacienda.

La casa seguía dormida. La puerta de mi cuarto, abierta. El teléfono, en la mesita, con la pantalla encendida y el mensaje sin mandar: "No te vayas el domingo. Mejor: no me dejes irme."

Lo leí otra vez. Ya no me sonó a amenaza. Me sonó a la única cosa cierta que había escrito en años.

Me acosté. Y no dormí.

No dormí porque la tenía enfrente: la imagen de ella, en la banca del kiosco, a las tres de la mañana, diciéndome con la voz mojada que llevaba catorce años sin dejar que nadie se acercara. Y yo, que había llegado a la plaza sin saber qué iba a decir, la había besado. Por fin. La había besado, y ella había apagado el teléfono de la familia en vez de contestar, y me había dicho que eso era lo que me iba a decir mañana, y yo le había dicho que no, que el beso era la parte fácil, que la difícil era la de después.

Y se había reído. Y la risa me había dolido, de lo buena que era.

Me quedé mirando el techo. Y empecé a ensayar.

Mañana, después de la boda, se lo digo. Se lo digo completo. Pero, ¿cómo se dice algo así? ¿Cómo se le dice a alguien que llevas catorce años cargando la culpa de haberla dejado esperando en un atrio? ¿Cómo se le dice que llegaste al pueblo por dinero, que firmaste un contrato ridículo en un cuaderno de recetas, y que de pronto el contrato se te olvidó y lo único que te importa es que se quede?

Lo intenté con frases. Las repasé en voz baja, como quien ensaya un brindis:

—"Valeria, tengo que decirte algo."

No. Sonaba a despido.

—"Lo del baile, Valeria, quiero explicártelo."

No. Sonaba a excusa.

—"Catorce años. No fui al baile porque mi papá…"

No. Sonaba a culpa. Y lo era. Pero no quería que sonara como una culpa que me quitara de encima.

—"No quiero que se acabe."

Eso. Eso era lo único que me salía de verdad. Todo lo demás eran adornos.

Cerré los ojos. Y la vi otra vez: contra el portón, con los ojos llenos. En la cocina, pasándome el azúcar. En la iglesia, con las arras en las manos. En la banca, cerrando los ojos, esperando que yo la besara.

Y sentí el miedo. El miedo de siempre, el de la prepa, el que me había tenido encerrado en mi cuarto mientras ella esperaba en el atrio. El miedo de decirlo y que se ría. De decirlo y que diga "el trato era el trato". De decirlo y que se vaya de todos modos, porque lo que yo tenía para ofrecer era un despacho en la ciudad y una culpa de catorce años.

El miedo estaba ahí. No se iba. Pero ya no me ganaba.

Porque, por primera vez en mi vida, tenía claro lo que quería decir. No sabía cómo iba a decirlo. No sabía si iba a salir bien. Pero sabía lo que quería decir, palabra por palabra, y eso, para mí, era nuevo.

La ventana empezó a clarear.

El amanecer llegó sin avisar: gris, rosado, dorado. El pueblo empezó a despertar: un perro, un gallo, el ruido lejano de una puerta. El día de la boda.

Bajé a la cocina y me encontré a mi mamá, ya vestida, con el pelo recogido y una taza de café en la mano, mirando el patio por la ventana. Y a mi hermano, sentado a la mesa, con el traje puesto y la corbata sin anudar, moviendo el pie sin parar.

—No puedo —dijo Emilio, cuando me vio—. No puedo, Mateo. Se me olvidó el discurso. Se me olvidaron las argollas. Se me olvidó cómo se camina hasta el altar. ¿Y si me caigo? ¿Y si me equivoco de nombre?

—¿De nombre?

—¿Y si le digo "te acepto, Karla"?

—Paulina.

—¡Eso! —Emilio se pasó la mano por la cara—. ¿Ves? Ya me equivoqué de nombre, y ni siquiera he llegado a la iglesia.

—Emilio. —Me senté frente a él—. Vas a caminar hasta el altar. Paulina va a estar ahí. El padre Memo va a decir las palabras de siempre. Y tú vas a decir "sí, acepto". Y todo el pueblo va a llorar, y tu esposa te va a querer toda la vida. —Lo miré—. ¿Y sabes por qué lo sé?

—¿Por qué?

—Porque ayer, en el ensayo, la viste. La miraste como se mira lo único que importa. Y el padre Memo dijo que la mirada era de mentira, pero la tuya no lo era. —Le puse la mano en el hombro—. La tuya era de verdad. Y con eso basta.

Emilio me miró. Un rato largo.

—¿Y tú? —dijo—. ¿La señorita Montes?

—¿Qué con la señorita Montes?

—¿Es de verdad?

Me quedé callado.

—Eso —dijo Emilio, y por primera vez en la mañana, se rió—. Eso es lo que yo pensaba.

—Cállate —dije, y me reí, y le di un golpecito en el hombro—. Anda, anúdate la corbata. La novia no se va a casar con un novio despeinado.

—¿Y tú? —dijo Emilio, ya con la corbata en la mano—. ¿Vas a esperarla en el atrio o hasta la iglesia?

—¿Cómo?

—Lo que oíste. —Sonrió—. Los Del Valle tenemos fama de dejar esperando a la gente. Yo no quiero que el pueblo siga contando esa historia con mi hermano. —Hizo una pausa—. Cuando sea, primo. Cuando sea.

No supe qué contestar. Y Emilio, el optimista, el que cree en los finales felices, se fue anudando la corbata, dejándome con la frase colgando y el corazón a mil.

—No dormiste —dijo mi mamá, sin volverse.

—No.

—Yo tampoco. —Se dio la vuelta—. ¿Nervioso?

—Un poco.

—Yo me puse así en la boda de Emilio —dijo—. Bueno, yo me puse así en todas las bodas. Es una tradición de la familia: no dormir, y luego fingir que todo está bien. —Sonrió, apenas—. Tu papá era el único que dormía. Dormía en todas partes. Hasta en los velorios.

—Me acuerdo.

—¿Sabes qué me decía? —Se acercó—. Me decía: "Camila, el día que no te pongas nerviosa por los tuyos, preocúpate". —Hizo una pausa—. Y mira, hoy te veo a ti, parado en la misma ventana, sin dormir, nervioso por los tuyos. —Me tocó el brazo—. Eres más de tu papá de lo que crees, Mateo.

No supe qué contestar. Mi mamá nunca hablaba de mi papá. Nunca. Y esa mañana, en la cocina, con el café y el amanecer, me lo acababa de decir dos veces: que defendía como él, que era de él.

—Gracias, mamá —dije.

—No me agradezcas —dijo ella, y volvió a su café—. Anda, vístete. Hoy es la boda de tu hermano, y los padrinos no pueden llegar tarde.

—¿Padrinos? —dije.

—Padrinos. —Sonrió, con esa sonrisa suya de directora—. ¿O creías que solo te ibas a sentar a ver? El padre Memo ya tiene las arras listas. Y la señorita Montes ya estará esperando.

Subí las escaleras con el corazón a mil, con la camisa blanca planchada en el perchero y la certeza nueva de que hoy, después de la boda, se lo iba a decir todo.

Me paré. Me vestí. La camisa blanca, la que había planchado mi mamá, la que usaría en la boda de mi hermano.

Y mientras me anudaba la corbata frente al espejo, me dije, en voz baja, la frase que llevaba toda la noche ensayando:

—No quiero que se acabe.

Y por primera vez en mi vida adulta, supe exactamente lo que quería decir.

Amaneció. El día más largo del año.

El sábado tenía otros planes.

Capítulo 37 — La boda

A las cinco de la tarde, la parroquia de San Gabriel Arcángel estaba llena.

Llena de verdad: las bancas ocupadas hasta el fondo, las mujeres con sus vestidos de domingo, los hombres con las camisas planchadas y el olor a loción barata. El pueblo entero cabía en esa iglesia, y el pueblo entero había ido a ver a Paulina Montes casarse con Emilio Del Valle.

Yo estaba parada al lado del altar, con el ramo de azahares que me tocaba sostener como madrina, y sentía las manos sudadas. A mi lado, Mateo, impecable en su traje, con la seriedad de arquitecto que le quedaba ridícula.

—¿Nerviosa? —murmuró.

—Un poquito. —Apreté el ramo—. Es la primera vez que soy madrina. Y la primera vez que el pueblo entero me ve parada al lado de un Del Valle, como si fuera cosa normal. —Lo miré—. Es raro.

—¿Raro malo o raro bueno?

—Todavía no sé.

—Soy la madrina, no la novia.

—Eso no responde mi pregunta.

—Estoy nerviosa —dije, y fue la verdad—. Y no sé por qué. No es mi boda.

—Es la primera boda donde tú sales en las fotos —dijo él—. Eso es presión.

Se me escapó la risa, y la tía Regina, desde la segunda banca, nos miró con una expresión que decía "en la iglesia no se ríe". Le sonreí. Con la sonrisa más inocente que tenía.

—Ya empezamos —dijo el padre Memo, desde el altar, con la voz que se oía en toda la iglesia—. Y esta vez, señorita Montes, la mirada sí tiene que ser de verdad. Que ya me contaron que la del ensayo no contó.

La iglesia se rió. Yo me puse roja. Mateo, el muy traidor, se rió más fuerte que nadie.

Y entonces sonó la música, y todo el mundo se volvió, y Paulina entró.

Iba del brazo de mi tío —el santo de mi tía Chole—, con el vestido blanco de los botones diminutos, el velo largo, el ramo de flores que combinaba con las servilletas que Xime no pudo cambiar. Iba sonriendo, con esa sonrisa de las novias que ya no dudan, y el pueblo entero se puso de pie, y yo sentí un nudo en la garganta.

La vi pasar por el pasillo, y por un segundo vi a la Paulina de la cocina, la de ayer, la que lloró porque no decidía nada. Y ahí estaba, decidiéndolo todo: el paso, el ramo, la vida.

—Se ve preciosa —murmuró Mateo, a mi lado.

—Es mi prima —dije, y la voz me salió rara—. Y está preciosa. Y no voy a llorar.

—Nadie dijo que fueras a llorar.

—Yo lo digo. Por si acaso. —Me sequé un ojo—. Es el arroz. Debe ser el arroz.

—Claro —dijo él, y me pasó el pañuelo—. Es el arroz.

Emilio la esperaba en el altar, con los ojos brillosos y las manos temblando. El padre Memo nos hizo a los padrinos acercarnos con las arras, y esta vez las trece monedas de oro no se cayeron, y el lazo se puso sin que nadie lo pisara, y yo sostuve la cinta blanca sobre los hombros de los novios con las manos firmes, y pensé, sin querer, en lo que el padre Memo dijo en el ensayo: el lazo es el único nudo que no se deshace con las manos.

—¿Y con qué se deshace? —pregunté yo entonces.

—Con la vida, mija. La vida va deshaciendo los nudos.

Miré a Mateo, al otro lado del lazo. Me miraba. Con esa mirada que ya no me sorprendía, porque ya la conocía, porque ya la esperaba. Con la mirada de la banca del kiosco. Con una mirada que no era la del ensayo, la de mentira que el cura había cazado. Era

otra. Era la de la banca del kiosco, la de las tres de la mañana, la del beso.

—Yo los declaro marido y mujer —dijo el padre Memo, y la iglesia aplaudió, y Paulina y Emilio se besaron, y las campanas sonaron.

—Pueden besar a la novia —dijo el padre Memo, y luego, más bajo, dirigiéndose a nosotros—: Y ustedes dos, la mirada sí les salió de verdad esta vez. Ya era hora.

—Padre… —empecé.

—No me digas nada, mija. Yo ya vi muchas cosas. —Y me guiñó el ojo—. Cuando esta pareja se canse de mirarse, ustedes dos tienen su propio asunto pendiente.

Y la iglesia aplaudió, y las campanas sonaron, y yo, con el lazo todavía en las manos, miré a Mateo otra vez, y él me sonrió, y por un segundo —un segundo nada más— sentí que la iglesia, las flores, las campanas, todo era para nosotros.

—Ya, ya —dijo la abuela, a mi lado, pasándome el pañuelo—. Cálmate, mija, que todavía falta el banquete.

—¿Yo por qué lloraría, abuela?

—Porque las Montes lloramos en las bodas, mija. Es tradición. —Y me guiñó el ojo, con esa sonrisa de la que ya sabe—. Y porque el vestido te queda precioso.

Salimos de la iglesia bajo la lluvia de arroz, con las campanas sonando y el pueblo entero aplaudiendo. Paulina y Emilio subieron al coche adornado con latas, y la señora de la farmacia lloraba, y el señor de la tortillería aventó el arroz con una puntería que le dio a mi tío en la nuca, y mi tío, el santo, se rió, y el pueblo entero se rió con él.

—¡Que vivan los novios! —gritó alguien.

—¡Que vivan! —contestó el pueblo.

Y yo me quedé en la puerta de la parroquia, con Mateo a mi lado y el arroz en el pelo, viendo cómo el coche de los novios se alejaba entre las latas y los gritos.

—¿Y ahora? —dijo él.

—Ahora el banquete. —Lo miré—. A las ocho, en el salón La Hacienda.

—¿Y antes?

—Antes —dije, y le quité un grano de arroz del hombro—, antes tenemos dos horas. Dos horas de padrinos. Dos horas sin que nadie nos pida nada. —Sonreí—. Es el único lujo del día.

—¿Y qué hacemos con dos horas?

—No sé. —Sonreí—. ¿Qué hacen los padrinos con dos horas libres?

—Los padrinos —dijo él, y su voz bajó—, van a buscar un lugar donde no haya nadie.

—¿Y si nos ven?

—Que nos vean. —Me tomó de la mano—. Somos los padrinos. Tenemos permiso de andar juntos todo el día. Es parte del protocolo.

—¿Y eso qué protocolo dice?

—El protocolo de los padrinos —dijo él—. Se aprende por ósmosis.

—O sea que no sabes nada.

—Exacto. Absorbí la información sin querer.

Se me escapó la risa, y la señora de la farmacia, desde la puerta de la iglesia, nos vio reír y le dijo algo a su comadre, y las dos nos miraron con esa sonrisa de las que ya están planeando la siguiente boda.

Y yo, que llevaba cuatro días fingiendo, descubrí que ya no estaba fingiendo.

Que me estaba riendo de verdad, con la mano de Mateo en la mía, bajo el arroz de la boda de mi prima, delante de todo el pueblo.

Y que no quería que el día terminara.

Dos horas. Dos horas antes de que el pueblo entero volviera a vernos.

Dos horas para nosotros.

Capítulo 38 — El ayudante

—La tienda —dijo ella, cuando le pregunté a dónde íbamos—. El pastel está en la tienda, y le falta el glaseado. Y tú me debes una clase.

—¿Yo te debo una clase?

—Me dijiste que querías aprender a glasear. Fue el viernes, en la cocina. —Me miró—. ¿O ya se te olvidó?

No se me había olvidado. Se me había olvidado todo lo demás, menos eso: sus manos sobre las mías, el fondant, la manera en que dijo "como las personas, dice mi abuela: se amasan con paciencia, no con fuerza".

—No se me olvidó —dije.

—Entonces vamos. Y de paso —dijo, y su voz se puso casual, demasiado casual—, te debo el pan de muerto. Te lo prometí el jueves en el mercado y no te lo he dado.

—¿Y hoy sí?

—Hoy sí. Hice uno chiquito, para que veas cómo sabe. —Sonrió —. El bueno, el de la receta de la abuela, se hornea hasta octubre. Pero este es de muestra.

Caminamos hasta la tienda de Don Aurelio con el pueblo de fondo —las campanas todavía sonando, los niños recogiendo el arroz, la señora de la farmacia comentando el vestido de Paulina—, y nadie nos miró raro. Éramos los padrinos. Éramos la parejita. Éramos, por un día, del pueblo.

La tienda estaba cerrada, pero Valeria tenía la llave. Entramos, encendió las luces de la cocina, y el pastel de tres pisos nos esperaba en la mesa, cubierto, intacto, perfecto.

—Está precioso —dije.

—Todavía le falta el brillo —dijo ella, sacando el glaseado del refrigerador—. Manos a la obra, arquitecto. Te toca aprender.

Me puso el delantal. Me dio la espátula. Me paró frente al pastel.

—Primero, lo que aprendiste el viernes —dijo—: el glaseado se trabaja con paciencia. Se pone así, con la espátula inclinada, y se va girando la base. Despacio. Sin prisa.

—¿Y si lo echo a perder?

—Entonces aprendemos a arreglarlo. —Me miró—. Esa es la parte buena de los errores: siempre se pueden arreglar.

Lo intenté. La primera pasada salió torcida. La segunda, peor: me quedó un churro de glaseado que ni mi mamá reconocería.

—Así no —dijo ella, y me puso las manos encima, guiándome la espátula, como el viernes con el fondant—. Así. Despacito. De afuera hacia adentro.

Su pecho contra mi espalda. Sus manos sobre las mías. El olor a vainilla y a ella.

—Valeria —dije.

—Concéntrate en el pastel.

—No puedo concentrarme en el pastel.

—¿Por qué?

—Porque estás tú.

Se quedó callada. Las manos, quietas sobre las mías. La cocina, en silencio.

—Yo tampoco puedo concentrarme —dijo, al fin, con la voz rara —. Pero el pastel es de Paulina, y Paulina merece un pastel perfecto, y si lo echo a perder por andar pensando en ti, mi prima me mata.

—¿Pensando en mí?

—Concéntrate, Mateo.

Me concentré. O lo intenté. El glaseado fue saliendo, despacio, torcido a veces, arreglado otras, y entre espátula y espátula, ella me contó lo del pan de muerto: que el de la abuela lleva anís y naranja, que la masa se trabaja con manteca y azúcar, que los huesitos se hacen con la misma masa, que el pan se le regala a los que se fueron, para que sepan que uno se acuerda.

—¿Y a quién le regalas el tuyo? —pregunté.

—A mi abuelo —dijo ella, y su voz cambió—. El pan de muerto de la abuela es para él. Lo hace todos los años, desde que se fue, y me enseñó a mí. Dice que el abuelo era de los que se iban sin avisar, pero que el pan lo trae de vuelta.

—¿Y tú crees que lo trae de vuelta?

—No sé —dijo ella—. Pero es bonito pensarlo. —Sonrió—. A veces las cosas no necesitan ser de verdad para ser importantes. A veces, las de mentira también importan.

La frase me quedó flotando. Las de mentira también importan. Como nosotros. Como el trato.

—¿Y el pan de muerto? —dije, para cambiar de tema.

—Ahí está. —Señaló la mesa del fondo, donde había un pan pequeño, redondo, con los huesitos de azúcar encima—. Es de muestra. De los que se comen, no de los que se regalan. —Me partió un pedazo y me lo dio—. A ver. Dime qué sientes.

Lo probé. Anís, naranja, manteca. El sabor del pueblo, del otoño, de las cosas que no cambian.

—Sabe a… —dije, y no supe cómo decirlo.

—¿A qué?

—A que uno se queda. —La miré—. Sabe a que alguien se acuerda de uno.

Se quedó callada. Me miró, con el delantal puesto y la espátula en la mano y el pan de muerto entre los dos, y por un momento, la cocina de la tienda se quedó sin aire, como siempre que estábamos a solas.

—Mi abuelo —dijo ella, de pronto—. El que hacía el pan con la abuela. Mi mamá me contó que se conocieron en un baile, y que él llegó de Jalisco con una deuda y los zapatos rotos, y que todo el pueblo dijo que la abuela estaba loca por casarse con él. —Sonrió, con una sonrisa que se le fue a otro lado—. Y mira: cincuenta años después, mi abuela todavía le hace el pan de muerto. Todos los años. Como si él fuera a volver.

—¿Y vuelve?

—No sé —dijo ella—. Pero el pan lo hace. Y yo creo que eso es lo que importa: que alguien se acuerde de uno. Aunque sea con pan. Aunque sea una vez al año.

—Yo no tengo a nadie que me haga pan —dije, sin pensar.

Se quedó callada. La cocina, el delantal, el pan entre los dos.

—Pues ahora sí —dijo ella, al fin, con la voz rara—. Ahora tienes a alguien que te hace pan de muerto.

Y la frase, pequeña, dicha así, sin aspavientos, me llegó al pecho como una puñalada de las buenas.

—Mateo —dijo ella, en voz baja—. Después de la boda.

—Ya pasó la boda.

—La del banquete. La del pueblo. —Sonrió—. Todavía no termina el día, arquitecto. Todavía nos deben dos horas.

—Ya van dos horas.

—Entonces nos deben el pan de muerto completo. —Se rió—. Y el glaseado. —Miró el pastel, que había quedado, contra todo pronóstico, brillante y parejo—. Que, por cierto, te quedó perfecto.

—¿De verdad?

—De verdad. —Me miró, con una sonrisa que me llegó hasta los huesos—. Eres oficialmente el ayudante de pastelería más torpe y más aplicado que he tenido.

—¿He tenido muchos?

—Eres el primero. —Se rió—. Y el único. No te acostumbres.

El pastel quedó brillante. Ella guardó la espátula, se lavó las manos, y yo, que nunca había disfrutado tanto una tarde de trabajo, no quería que terminara.

—¿Sabes qué me dijo Don Aurelio el viernes? —dijo ella—. Que la paciencia es el cariño de los que no saben decirlo.

—¿Y tú qué le contestaste?

—Nada. —Me miró—. Pero ahora creo que tenía razón.

—¿En qué?

—En que hay gente que demuestra el cariño amasando, o glaseando, o haciendo pan de muerto. —Sonrió—. Y otra gente, los arquitectos, lo demuestran arreglando pasteles que no son suyos, un viernes, sin que nadie se los pida.

—Eso fue parte del trato —dije.

—El trato decía que tenías que parecer un buen novio —dijo ella —. No que fueras a la papelería corriendo por palitos de bambú. —Hizo una pausa—. Eso no fue el trato, Mateo. Eso fuiste tú.

Y la frase se quedó flotando, y yo no supe qué contestar, y no contesté, y nos quedamos en la cocina, con el pastel brillante y el pan de muerto a medias, y yo pensé que si el día terminara ahí, con ella riéndose con el delantal puesto, ya habría sido el mejor día de mi vida.

Pero el día no había terminado.

Y el pueblo todavía nos debía la fiesta.

Capítulo 39 — El puñal

Diego me estaba esperando en la esquina de la tienda, apoyado en su carro, con las llaves en la mano.

Lo vi desde lejos y supe, con esa certeza que da el instinto, que no estaba ahí por casualidad. Llevaba el traje de boda —el de invitado, el de la fila del fondo— y una cara que no era la suya, la de siempre, la del que se ríe de todo.

—Mateo —dijo, cuando llegué—. Te buscaba.

—¿A mí?

—A ti. —Se enderezó, se guardó las llaves—. No vine a la iglesia a buscarte porque no quería arruinar la boda de tu hermano. Pero esto no podía esperar. —Hizo una pausa—. Y no es una amenaza. Es un favor. El favor que a mí nadie me hizo cuando yo la dejé ir.

Me paré frente a él. La calle, las campanas lejanas, el olor a cohetes.

—Dime —dije.

—Lo del trato —dijo Diego, sin rodeos—. Lo sé. Lo oí todo, anoche, en el portón de la abuela. Tú, ella, el contrato, el domingo. Todo.

—Diego…

—No me interrumpas —dijo, y su voz cambió, se le fue lo suave —. No te estoy amenazando. Si te estuviera amenazando, ya le habría dicho a Karla, y a la mitad del pueblo, y a tu mamá, que es la que más le duele a tu familia. No lo he dicho. Y no lo voy a decir.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Quiero que sepas una cosa —dijo—. Y quiero que la oigas bien, porque no la voy a repetir.

Se acercó. Un paso. Uno solo. Y me miró con una frialdad que no le conocía.

—A Valeria yo la quise —dijo—. La quise de verdad, hace años, y la dejé ir por imbécil. Y cuando volví, hace unos días, me encontré

con que andaba con un novio de la ciudad, y me dio coraje, y luego me dio celos, y luego, anoche, me enteré de que era un trato. —Hizo una pausa—. Y sabes qué, Del Valle. Prefiero mil veces que sea un trato a que sea una mentira más grande.

—No es… —empecé.

—Cállate —dijo—. No me vengas con que no es un trato. Yo lo oí. Yo lo sé. Lo que no sé —dijo, y su voz bajó— es si tú la quieres.

Me quedé callado.

—Porque yo sé lo que es quererla y dejarla ir —siguió Diego, y su voz perdió el filo—. Yo lo hice. Hace años, cuando me fui a Monterrey, le dije que la iba a buscar, y no la busqué. Me quedé en el norte, con el trabajo, con la ciudad, con la vida que creía que quería. —Se rió, sin humor—. Y mira nomás cómo acabé: despedido, de vuelta en el pueblo, ayudando a mi papá con la empacadora, viendo cómo ella se iba con otro. —Me miró—. El karma, Del Valle, tiene memoria.

—¿Y Karla? —dije, sin saber por qué lo preguntaba.

—Karla es otra cosa —dijo Diego, y su cara cambió—. Karla es buena. Karla es de las que se quedan. Y yo, que llevo toda la vida yéndome, no sé si soy capaz de quedarme. —Hizo una pausa—. Pero eso es mi problema. El tuyo, ahora mismo, es otro.

—¿Cuál?

—El tuyo —dijo—, es que tienes enfrente a la mujer que esperó catorce años por ti, y que no sabe que tú también llevas catorce años cargando la culpa. —Me miró—. Y si tú la quieres, se lo dices. Y si no la quieres, la dejas ir limpia, sin trato, sin contrato, sin que ella tenga que adivinar nada. —Se acercó otro paso—. Porque si la lastimas, si la dejas plantada otra vez, si ella sale de esto con el corazón roto, yo no me quedo callado. No por ti. Por ella.

La palabra me dio en el pecho.

—¿Otra vez? —dije.

—Otra vez. —Diego asintió—. Yo sé lo del baile, Mateo. Todo el pueblo lo sabe. La dejaste esperando en el atrio hace catorce años,

y ella se quedó ahí, parada, con el vestido que le cosió su mamá, esperando a un cabrón que no llegó. —Se acercó otro paso—. El pueblo no se olvida de eso. Yo no me olvido de eso. Y si vuelve a pasar, no va a haber trato, ni contrato, ni apuesta que te salve.

Me quedé parado, con las manos en los bolsillos y el corazón a mil.

—¿Y qué quieres que haga? —dije, y mi voz salió rara. —¿Que le diga que la quiero y que se ría? ¿Que se lo diga y que me diga que el contrato es el contrato?

—Puede pasar —dijo Diego—. Pero también puede pasar que te diga que sí. —Se encogió de hombros—. Esa es la parte que tú nunca has probado, Del Valle. La de arriesgarte.

—Eso lo decides tú —dijo Diego—. Pero decídelo antes de que termine el día. Porque ella te está mirando como si fueras de verdad, Del Valle. Y eso, con Valeria Montes, no se juega.

Se dio la vuelta, se subió al carro, y arrancó, dejándome en la esquina de la tienda, con el pastel adentro, el pueblo sonando de fondo y las palabras de Diego dando vueltas.

Ella te está mirando como si fueras de verdad.

Y yo, que llevaba cuatro días fingiendo ser su novio, descubrí que ya no estaba fingiendo. Que el trato, el contrato, las reglas, todo eso se había quedado en el cajón de las cosas que ya no servían.

Me quedé un momento parado en la esquina, con el sol de la tarde en la cara, pensando en lo que había dicho Diego. No en las amenazas. No en el pueblo. En lo otro: en que él también la había querido, y la había dejado ir, y había vuelto tarde. En que yo podía ser él. En que yo, si no hacía nada, iba a ser él: el que la miró de lejos, el que no cruzó, el que se quedó con la duda.

—No —dije, en voz alta, en la calle vacía—. No voy a ser Diego.

Y entré a la tienda, tomé el pastel, y me quedé mirando el brillo del glaseado, el que le pusimos juntos, el que salió perfecto porque lo hicimos entre los dos.

Pensé en el viernes. En la cocina, con sus manos sobre las mías, enseñándome a amasar. En la manera en que dijo "como las personas, dice mi abuela: se amasan con paciencia, no con fuerza". En la manera en que me miró cuando le dije que me caía bien cuando no actuaba. En la banca del kiosco, a las tres de la mañana, cuando apagó el teléfono de la familia para quedarse conmigo.

Catorce años. Catorce años había esperado para sentir algo así. Y ahora, con el pastel en las manos y el pueblo de fondo, lo sentía. De verdad. Sin ensayar, sin contrato, sin reglas.

Y que tenía miedo.

No del pueblo. No del trato. No de Diego.

Miedo de decírselo, y de que ella, después de todo, me dijera que el contrato era el contrato.

—Después de la boda —me dije, en voz baja, tomando el pastel —. Se lo digo después de la boda.

Pero la boda ya había pasado.

Y el banquete todavía no empezaba.

Capítulo 40 — El banquete

El salón La Hacienda, de noche, era pura luz: las mesas con manteles blancos, los centros de flores, la pista de baile que esperaba vacía, las doscientas personas que cabían en el pueblo entero.

—¿Lista? —dijo Mateo, cuando entramos.

—Lista —dije, y sonreí—. Es una boda. Ya lo tengo dominado.

—¿Dominado?

—Soy la madrina. Solo tengo que sonreír, comer, y aplaudir cuando toque. —Lo miré—. Es el trabajo más fácil del pueblo.

—¿Y si alguien te pregunta cuándo es la tuya? —preguntó él, mientras cruzábamos el umbral.

—Entonces sonrío más —dije—. Y digo que primero tengo que abrir la repostería.

—¿Y si te preguntan por el pastel?

—Ese sí lo contesto. —Señalé el centro de la mesa principal—. Ese pastel lo hice yo. Y tú me ayudaste.

—¿Y si te preguntan por mí?

—Entonces digo que eres mi novio. —Sonreí—. De mentiras.

—¿Y si te preguntan si es de verdad?

—Entonces —dije, y lo miré—, entonces digo que es un trato. Y que el trato se acaba el domingo. —Hice una pausa—. Esa es la parte fácil de la mentira, Mateo. La difícil es acordarse de que lo es.

Y en el centro de la mesa principal, sobre el pedestal que yo misma había forrado, el pastel.

El pastel de tres pisos, el que el camión cuarteó, el que arreglamos Mateo y yo el viernes con los palitos de don Román y la manteca de Don Aurelio. El que esa mañana, con las manos de él sobre las mías, había quedado brillante y parejo.

Estaba perfecto. De verdad perfecto.

—¿Lo ves? —dijo mi tía Chole, a mi lado, presumiendo con las manos en la cintura—. Ese pastel lo hizo mi sobrina. Tres pisos, con flores de fondant. —Y a la señora de al lado—: Le salió de la receta de mi mamá, la que le enseñó a hacer pan cuando era chiquita. ¿Ves? Las Montes tenemos mano para la repostería.

—Tía —dije, con la cara encendida—. Ya, ya.

—¿Ya qué, mija? Si es la verdad. —Y me dio un codazo—. Y mira nomás lo que te mira el Del Valle. Como si el pastel lo hubieras hecho solo para él.

Lo miré. Mateo estaba en la otra punta de la mesa, hablando con su hermano, y sí, me estaba mirando. Con esa mirada de las tres de la mañana. Con la del kiosco. Con la del beso.

—No me digas nada, tía —dije, y tomé mi copa.

—Yo no digo nada, mija. Yo solo veo.

La cena fue un desfile: el brindis de Fede (que por fin dijo el suyo, y salió bien —hasta Xime lo aplaudió, que era la prueba de fuego—), los discursos de los novios, las risas, el mariachi que contrataron para el segundo tiempo. Paulina bailó con su papá, Emilio con su mamá, y yo vi a Camila Del Valle reírse de verdad por primera vez en la noche, con el hijo que se le casaba, y pensé que hasta las suegras tienen corazón.

—¿Sabes qué? —dijo Paulina, apareciendo a mi lado con el ramo en la mano y las mejillas encendidas—. Tienes razón. Las servilletas no importan.

—¿Cuáles servilletas?

—Las de Xime. Las terracota. —Se rió—. Me la pasé toda la cena viendo si me importaban, y no me importaron. Ni siquiera me acordé hasta ahora. —Me abrazó—. Gracias, prima. Por ayer. Por el pastel. Por todo.

—No me agradezcas. —Le devolví el abrazo—. Solo hiciste la boda más bonita del pueblo.

—La más bonita de la historia del pueblo —corrigió ella, y se fue riendo, con el ramo, a buscar a su marido.

Y yo me quedé con la copa en la mano, viendo a mi prima feliz, y pensé que el pastel estaba perfecto, y el salón estaba lleno, y el pueblo entero estaba feliz.

Y luego llegó el momento del pastel.

Lo cortaron juntos, Paulina y Emilio, con la mano de él sobre la de ella, y el pueblo aplaudió, y yo, parada al lado, con las manos apretadas, vi cómo el cuchillo entraba parejo, sin desmoronarse, sin grietas, sin nada.

—¿Y? —dijo una voz a mi lado.

Mateo. Con su copa, mirando el pastel.

—Perfecto —dije—. Salió perfecto.

—Salió perfecto porque lo arreglamos entre los dos. —Me miró —. El viernes, con los palitos. Hoy, con el glaseado. —Hizo una pausa—. Es el pastel más bonito que he visto en mi vida, Valeria.

—¿Y eso lo dice un arquitecto?

—Lo dice alguien que lo vio nacer. —Sonrió—. Y que se comió la mitad del fondant de prueba.

—¿Sabes? —dije, viendo a Paulina repartir el primer pedazo—. El viernes, cuando el camión lo cuarteó, pensé que era el final del mundo. Que mi tía Chole lo iba a mencionar en cada boda de la familia durante cuarenta años. —Lo miré—. Y entonces llegaste tú, con tus palitos de bambú y tu "dime qué se necesita", y lo arreglamos. —Hice una pausa—. Nadie me había preguntado nunca qué se necesitaba, Mateo. Nadie.

—¿Y ahora?

—Ahora —dije—, ahora sé que cuando algo se rompe, se puede arreglar. —Lo miré—. Eso me lo enseñaste tú, sin querer, con un pastel.

Se quedó callado. Las luces, el salón, el pastel repartiéndose.

—¿Y si se rompe otra cosa? —dijo, en voz baja—. ¿También se arregla?

—Depende —dije—. Depende de quién la arregle.

—¿Y si la arreglo yo?

—Entonces —dije, y mi voz salió rara—, entonces tal vez sí.

Se me escapó la risa, y la señora de la farmacia, desde su mesa, nos vio reír y le dijo algo a su comadre, y las dos nos miraron con esa sonrisa de las que ya están planeando la siguiente boda.

—El pueblo ya nos casó, Mateo —dije, por lo bajo—. La señora de la farmacia ya nos casó.

—Déjalos. —Se encogió de hombros—. El pueblo siempre anda casando a la gente. Es su pasatiempo favorito.

—¿Y a ti no te molesta?

—¿Molestarme? —Me miró—. A mí me gusta. Es lo más cerca que he estado de que me quieran en algún lado.

La frase me llegó al pecho, y no supe qué contestar, y no contesté, y me quedé mirando el pastel, y las luces, y a él, y el momento, el momento perfecto, el de las doscientas personas riendo y el mariachi afinando y el pastel entero en la mesa.

—Oye —dijo él, de pronto—. Después del baile de los novios, bailan los padrinos. Es tradición.

—¿Tradición?

—Tradición Del Valle. Mi mamá la impone. —Sonrió—. ¿Me concedes el baile de los padrinos, señorita Montes?

—¿Y si digo que no?

—Entonces bailo con la tía Regina. —Hizo una pausa—. Y ella me cuenta lo de sus hijos en Londres, y yo lloro.

—Está bien. —Me reí—. Bailo contigo. Pero no me pises.

—No te voy a pisar. —Me tendió la mano—. Los arquitectos también saben bailar. Es parte del título.

—¿Y eso dónde lo estudiaste?

—En la misma materia donde aprendí a leer cocinas. —Me miró —. La de las cosas que se aprenden sin querer.

Y se fue a hablar con su hermano, y yo me quedé con la copa en la mano y el corazón a mil, pensando que el pastel estaba

perfecto, y el salón estaba lleno, y el pueblo entero estaba feliz.

Y que, por primera vez en cuatro días, yo también.

La felicidad duró hasta el baile.

Pero esa noche, nadie lo sabía todavía.

Capítulo 41 — El baile de los padrinos

El vals de los novios terminó con el pueblo aplaudiendo y Paulina y Emilio girando hasta el final, con las manos agarradas y las risas de los que ya no tienen nada que ensayar.

—Y ahora —dijo el maestro de ceremonias, con la voz que se oía en todo el salón—, ¡el baile de los padrinos!

El salón entero se volvió hacia nosotros. Yo sentí las mejillas encendidas y las manos sudadas y el deseo enorme de esconderme debajo de la mesa.

—Ahí vamos —dijo Mateo, tendiéndome la mano—. No me pises.

—El que pisa eres tú.

—Eso lo veremos.

Me tomó de la mano y me llevó al centro de la pista, y el mariachi arrancó con un vals, y el pueblo entero nos rodeó en círculo, con las cámaras encendidas y las sonrisas puestas.

—No me pises —dijo él, por lo bajo.

—El que pisa eres tú. —Sonreí—. Yo bailo desde la prepa.

—Yo también bailo desde la prepa —dijo él—. Pero no me invitaron a muchos bailes.

La frase me llegó rara, y no supe si era broma o verdad, y él me dio el primer giro antes de que pudiera preguntarle.

Y entonces empezamos a bailar.

Y fue… fácil. Fue raro, porque nada con Mateo había sido fácil hasta entonces: todo había sido reglas, contratos, ensayos, miradas que no cuadraban. Pero el baile fue fácil. Su mano en mi cintura, la mía en su hombro, el paso, el giro, el paso. Como si hubiéramos bailado juntos toda la vida.

—Bailas bien —dije.

—Soy arquitecto. Los arquitectos tenemos buen equilibrio.

—¿Y eso lo enseñan en la facultad?

—En la materia de las cosas que se aprenden sin querer. —Sonrió—. Ya te la mencioné.

—Ah, sí. La de las cocinas.

—La de las cocinas y la de los valses.

Giró, y yo giré, y el vestido se me levantó, y me reí, y él me miró, y por un segundo, el salón, las luces, el pueblo entero, se quedaron en silencio, y solo existimos nosotros dos, girando al centro de la pista.

—¿Ves a la señora de la farmacia? —murmuró él—. Ya está llorando.

—¿Y eso es bueno?

—Es buenísimo —dijo él—. Cuando la señora de la farmacia llora en un baile, es porque ya está planeando la boda. —Me apretó la mano—. Y yo, la verdad, no tengo prisa en que deje de planearla.

—Mira cómo los mira la señora de la farmacia —murmuré—. Ya nos está casando otra vez.

—Déjala —dijo él—. El pueblo necesita proyectos. —Y luego, más bajo—: Y yo, la verdad, no tengo prisa en que deje de mirarnos.

—¿Y si nos mira toda la noche?

—Entonces bailamos toda la noche. —Me apretó la mano—. Es un plan aceptable.

—¿Y si nos mira toda la vida?

—Entonces —dijo él, y su voz se puso rara—, entonces bailamos toda la vida. Y ese, Valeria Montes, sería el mejor contrato de todos.

—¿Y el contrato qué dice del baile?

—El contrato —dijo él, y su voz cambió—. El contrato, Valeria, se quedó en la tienda. Y yo estoy aquí, bailando contigo, y no hay regla que prohíba esto. —Hizo una pausa—. ¿Y si esto fuera de verdad? —dijo él, en voz baja, contra mi oído.

La pregunta me llegó como una corriente.

—¿De verdad qué? —dije, y mi voz salió apenas un hilo.

—Esto. —Su mano apretó la mía—. Nosotros. El baile. Todo.

—¿Y si lo digo y me arrepiento? —dije.\n\n—Entonces te arrepientes —dijo él—. Pero no me digas que no lo pensaste. —Giró, y me trajo de vuelta—. Porque yo te conozco, Valeria Montes. Y tú ya lo pensaste.\n\n—¿Y si lo pensé y no me gusta la respuesta?\n\n—Entonces la cambias. —Me miró—. Las respuestas también se renegocian. Es parte del contrato.\n\n—¿Qué contrato?\n\n—El que vamos a hacer mañana —dijo él—. El nuevo. El que no tiene reglas.\n\nNo contesté. No pude. Porque no sabía si era una pregunta, o una propuesta, o una de esas cosas que se dicen al bailar y que se olvidan al día siguiente.

—Mañana —dije—. Mañana me lo dices todo, ¿te acuerdas?

—Mañana —dijo él—. Después de la boda.

—La boda ya fue.

—La de Paulina —dijo él—. La nuestra no.

Y el vals terminó, y el pueblo aplaudió, y las señoras de las mesas de atrás se limpiaban los ojos, y la señora de la caja del banco, la misma que me había dado el dulce el jueves, gritó desde su mesa, con la voz de las que ya no tienen nada que perder:

—¡¿Y tú para cuándo, Valeria?!

El salón se rió. Yo me puse roja. Mateo me miró, con esa sonrisa suya que no sabía si era de verdad o de contrato.

—Eso —dijo él, en voz baja—. Eso es lo que te voy a contestar mañana. —Y luego, más bajo todavía—: Si es que el domingo no nos gana.

—¿Y si el domingo nos gana?

—Entonces —dijo él, y me soltó la mano con una sonrisa que no supe leer—, entonces habrá que renegociar. Es lo que hacemos los arquitectos.

Y el salón siguió aplaudiendo, y yo me quedé en el centro de la pista, con el corazón a mil y la cabeza llena de preguntas que no me atrevía a hacer.

Y la señora de la farmacia, desde su mesa, seguía llorando, y su comadre le pasaba el pañuelo, y las dos nos miraban con esa sonrisa de las que ya están planeando la siguiente boda.

Y yo, parada en el centro de la pista, con el aplauso todavía sonando, pensé que nunca había estado más feliz.

Y nunca, nunca, había estado más cerca de que todo se cayera.

—¿Que para cuándo?

—Que para cuando tú digas.

Y me soltó la mano, y el salón siguió aplaudiendo, y yo me quedé en el centro de la pista, con el corazón a mil y la cabeza llena de preguntas que no me atrevía a hacer.

Y cuando el aplauso se apagó, Mateo se inclinó hacia mí y me dijo, en voz baja, con la boca cerca de mi oído:

—Mañana. En la parada del mercado. Como el primer día.

—¿La parada del mercado?

—Ahí fue donde empezó todo —dijo—. El jueves, con tu libreta ridícula. Tú me esperaste. —Hizo una pausa—. Mañana, yo te espero a ti. Y esta vez, Valeria, voy a llegar.

La promesa me cayó encima como una corriente. La parada del mercado: el lugar donde empezó el trato, el lugar donde se suponía que todo iba a terminar el domingo.

—¿Y si no voy? —dije.

—Vas a ir —dijo él, con una sonrisa que no supe leer—. Porque yo te conozco, Valeria Montes. Y tú nunca dejas a nadie esperando.

Y se dio la vuelta, y se fue hacia la mesa de los novios, y yo me quedé parada en la pista, con el corazón a mil, pensando que la parada del mercado, mañana, iba a ser el lugar más importante del pueblo.

Porque todo era demasiado perfecto.

Porque las cosas perfectas, en mi vida, siempre terminaban igual: con alguien descubriendo que yo no era lo que parecía.

Y porque, en el fondo, ya lo sabía: la mentira no se podía sostener para siempre.

El salón seguía aplaudiendo.

Yo seguía sonriendo.

Y el reloj, en la pared de atrás, seguía avanzando.

Capítulo 42 — El jardín

Después del baile, el salón se llenó de calor, y Valeria dijo que necesitaba aire.

—¿Y tu mamá? —preguntó ella, cuando salíamos—. ¿Ya te felicitó por el brindis de anoche?

—Mi mamá no felicita —dije—. Mi mamá evalúa. Y ayer, en el corredor, me dijo que defendía bien a mi gente. —Hice una pausa—. Es lo más parecido a un te quiero que he recibido en treinta años.

—¿Y eso te puso triste?

—No. —La miré—. Me puso contento. Porque por primera vez, sentí que mi mamá me veía. No como el hijo arquitecto, no como el Del Valle. Como Mateo. —Sonreí—. Y eso, en esta familia, es un lujo.

Salimos al jardín del salón La Hacienda: un patio con faroles, una fuente apagada, unas buganvilias que se trepaban por la barda. El ruido de la fiesta quedó adentro, como un rumor, y el aire de la noche nos recibió fresco y en silencio.

—Respira —dijo ella, parándose frente a la fuente—. Esto es lo que necesitaba. Cinco minutos sin nadie que me pregunte para cuándo.

—¿Te molestó lo de la señora de la caja?

—No me molestó —dijo ella, y su voz sonó rara—. Me asustó. Porque por un segundo, bailando, se me olvidó que esto es un trato.

La palabra cayó entre los dos como una piedra en el agua.

—Valeria…

—No, espera. —Se volvió—. Necesito decirlo en voz alta, porque si no lo digo, me lo voy a creer. Esto es un trato, Mateo. Un contrato. Con reglas. Con fecha de caducidad. —Me miró—. Mañana, el domingo, se acaba. Y tú te vas a tu despacho, y yo me quedo, y todo vuelve a ser como era. —Hizo una pausa—. ¿Cierto?

—¿Y si te dijera que no quiero que vuelva a ser como era?

—Te diría que eso no está en el contrato.

—El contrato —dije, y me acerqué—. El contrato, Valeria, lo escribí yo. Y yo puedo cambiarlo.

—No puedes cambiar un contrato que firmamos los dos.

—Los contratos se renegocian. —Me paré frente a ella—. Es lo primero que aprendes en la facultad de arquitectura. Los planos se corrigen. Los contratos se renegocian. Y las personas… —Hice una pausa—. Las personas cambian de opinión.

—¿Y tú cambiaste de opinión?

—Sí. —La miré—. Cambié de opinión el día que me diste la mitad de tu elote.

Se quedó callada. La fuente, la noche, el ruido lejano de la fiesta.

—No digas eso —dijo, al fin, con la voz quebrada—. No digas esas cosas. Porque luego las creo, y luego me duele.

—¿Y qué tiene de malo que te duela? —dije—. Yo también tengo miedo, Valeria. Miedo de decírtelo y que me digas que el contrato es el contrato. Miedo de que mañana te subas al camión y te pierdas. Miedo de volver al despacho, a los edificios, a la vida de antes, y de quedarme con la duda de si esto era de verdad. —Hice una pausa—. Y aun así, aquí estoy. En un jardín, a las diez de la noche, en la boda de mi hermano, diciéndote que no quiero que se acabe.

—¿Y si se acaba de todas formas?

—Entonces se acaba —dije—. Pero no sin decírtelo. No sin que sepas que lo intenté. —Me acerqué—. Yo no soy bueno para quedarme, Valeria. Me fui del pueblo a los dieciocho y no volví con ganas. Me fui de Monterrey sin mirar atrás. Me fui de todas las relaciones que tuve antes de entender que no era culpa de ellas, era mía. —Hice una pausa—. Pero esta vez no me quiero ir. Esta vez, por primera vez, me quiero quedar. No sin que tú sepas, primero, que esto, para mí, ya no es un trato.

Ella se quedó mirándome. La fuente apagada, la luna, el ruido de la fiesta de fondo.

—Mañana —dijo, en voz baja—. Mañana, después de todo esto, me lo dices completo.

—Completo.

—¿Y si me da miedo?

—Te va a dar miedo. —Sonreí—. Pero yo también voy a tener miedo. Y los dos lo vamos a tener al mismo tiempo, y eso, no sé, me hace sentir menos solo.

—Eres un caso, Mateo Del Valle.

—Soy un arquitecto con buen equilibrio.

Se rió. Una risa pequeña, mojada, de las que se le escapan. Y yo sentí, en ese momento, que el día podía terminar bien. Que el pastel estaba perfecto, que la fiesta seguía, que mañana, después de todo, se lo iba a decir.

Y fue entonces cuando oímos el ruido.

Un crujido, detrás de la buganvilia, como una rama pisada. Y luego el sonido débil de una bolsa de plástico, apretada, como si alguien la estuviera sosteniendo sin respirar.

Nos volvimos los dos a la vez.

Y la vimos.

Detrás de la buganvilia, pegada a la barda, con una bolsa de hielo en la mano que ya no llevaba a ninguna parte.

Mi tía Chole.

Estaba parada ahí, a tres metros, con la boca abierta y los ojos redondos, mirándonos como quien acaba de ver un accidente.

—Tía —dijo Valeria, y su voz se le quebró—. Tía, ¿cuánto…?

Chole no contestó. Dio un paso atrás. Luego otro. Y con la cara blanca, con una cara que no le había visto nunca, se dio la vuelta y se fue caminando, rápido, hacia el salón, dejando la bolsa de hielo en el suelo, como si el hielo, de pronto, fuera lo de menos.

—Mi tía no camina así —dijo Valeria, en voz baja—. Mi tía camina con chiste, con ruido, con espectáculo. —Miró la puerta—.

Así, sin ruido, es como camina cuando está guardando algo. Y lo que guarda Chole, Mateo, no se guarda para siempre.

—Chole —dije, y fui detrás de ella.

—¡No me sigas! —gritó, sin volverse—. ¡No me sigas, Del Valle!

Y entró al salón, y la puerta se cerró, y nos quedamos en el jardín, Valeria y yo, parados frente a la fuente apagada, con la noche de repente fría.

—Oyó todo —dijo Valeria, con la voz apenas un hilo. —Todo, Mateo. —Y su voz sonó, de pronto, muy cansada—. Y lo peor es que ya no sé si me da miedo que lo cuente, o si me da alivio que alguien lo sepa de verdad. —El trato. El contrato. Que se acaba el domingo. Todo. —Se pasó la mano por la cara—. Y lo peor no es eso, Mateo. Lo peor es que Chole, cuando se entera de algo, no se lo guarda. Chole lo cuenta. Chole lo grita. Chole lo cocina y lo sirve como postre.

—¿Y qué hacemos?

—La alcanzamos —dijo Valeria—. Le explicamos. Le decimos que el trato se acabó, que ya no es un trato, que es otra cosa. —Me miró—. Se lo decimos antes de que se lo cuente a todo el salón.

—¿Y si no nos deja explicar?

—Entonces le hablamos más fuerte —dijo Valeria—. Chole es de las que escuchan cuando le gritan de vuelta. Es una tradición de la familia.

—Oyó todo —dije.

—El trato. El contrato. Lo del elote. —Se pasó la mano por la cara—. Oyó todo, Mateo. Todo.

Nos quedamos callados. El jardín, la luna, la bolsa de hielo en el suelo.

—¿Y ahora? —dijo ella.

—Ahora —dije, y no supe qué más decir—. Ahora vamos a ver.

Pero los dos sabíamos, en ese momento, que el día perfecto se había terminado.

Que la mentira, la que llevábamos cuatro días sosteniendo, acababa de encontrar a alguien que la había oído de verdad.

Y que esa alguien era la mujer que, según el pueblo entero, no se callaba nada.

Capítulo 43 — La calma de Chole

Volvimos al salón con el corazón en la boca, esperando el desastre.

Y no había desastre.

Chole estaba en su mesa, riéndose con la señora de la farmacia, con la copa en la mano y la cara de siempre, la de los chistes, la del "qué oso". Nos vio entrar y no pasó nada: nos miró, levantó la copa, y siguió platicando, como si en el jardín no hubiera pasado nada.

—¿La ves? —dijo Mateo, a mi lado, en voz baja—. Está riendo.

—Eso es lo que me da miedo —dije—. Cuando mi tía Chole se ríe de más, es porque está cocinando algo.

—¿Y qué cocina?

—No sé. —Lo miré—. Pero con Chole nunca es pan.

Pasamos la siguiente media hora en modo vigilancia: Mateo siguiendo a Chole con la mirada, yo disimulando, los dos fingiendo que bailábamos y platicábamos con la gente mientras Chole, la reina del chisme, la que había destapado medio pueblo con sus comentarios, se paseaba por el salón con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

La vi hablar con la señora de la caja. Las dos miraron hacia nuestra mesa. La señora de la caja se rió. Chole no.

La vi hablar con el señor de la tortillería. El señor de la tortillería miró hacia nosotros, y luego miró a Chole, y luego se encogió de hombros, como quien no entiende nada.

La vi hablar con mi mamá.

Ahí sí me asusté de verdad. Mi mamá, sentada en la mesa de las Montes, con su vestido oscuro de fiesta, escuchando a Chole con la cara seria, y Chole hablándole al oído, con la mano tapándose la boca, como hacen las que cuentan un secreto.

—Mateo —dije, y le apreté el brazo—. Chole le está contando algo a mi mamá.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que se acabó —dije—. Cuando Chole le cuenta un secreto a mi mamá tapándose la boca, es porque ya lo sabe todo el mundo menos yo.

Pero mi mamá no me miró raro cuando pasé por su mesa. Al contrario: me sonrió, me tomó la mano, y me dijo que el vestido me quedaba precioso y que Paulina estaba feliz y que el pastel estaba divino.

—¿Y qué te contó Chole? —pregunté, con la voz lo más casual que pude.

—¿Chole? —Mi mamá se rió—. Chole me contó que el mariachi le coqueteó a la señora de la farmacia. Ya sabes cómo es tu tía: le encanta el chisme. —Me apretó la mano—. No te preocupes, mija. Tu tía siempre está inventando cosas.

—¿Inventando?

—Inventando. —Y me sonrió, con esa sonrisa de las mamás que no quieren que sus hijas se preocupen.

No me convenció. Pero no pude hacer nada más.

Y mientras tanto, Chole seguía su gira por el salón: la vi hablar con el señor de la tortillería, con la señora de la caja, con la prima de Paulina que vino de Guadalajara. A cada una le hablaba al oído, con la mano tapándose la boca, y cada una, después, miraba hacia nuestra mesa con una cara distinta: la de la que acaba de enterarse de algo gordo. Ninguna se acercó a preguntarme nada. Ninguna me miró raro a los ojos. Pero todas, todas, me miraron.

—Es el chisme más sabroso de la noche —murmuró Mateo, a mi lado—. Tu tía lo está sirviendo como postre.

—No es chisme —dije—. Es lo que oyó. Es la verdad. —Lo miré —. Y la verdad, Mateo, cuando la cuenta Chole, no vuelve a ser un secreto nunca más.

—¿Y qué hacemos?

—No sé —dije—. Rezar para que solo sea el chisme del mariachi. —Sonreí, sin ganas—. Es lo único que nos queda.

—¿Y si rezar no alcanza? —dijo Mateo.

—Entonces rezamos más fuerte. —Lo miré—. O nos preparamos para lo que viene.

—¿Y qué viene?

—No sé —dije—. Pero con Chole, siempre viene.

La fiesta siguió. El mariachi tocó, la gente bailó, Paulina y Emilio cortaron el pastel —que salió perfecto, otra vez, y el pueblo aplaudió, y yo sentí, por un segundo, que tal vez, tal vez, Chole no había oído nada, que había sido el susto, que todo iba a estar bien.

Y entonces la abuela me tocó el hombro.

Estaba parada detrás de mí, con su chal y su sonrisa de siempre, pero con una cara que yo le conocía: la de las cosas serias.

—Mija —dijo—. Anda, ven. Vamos a la cocina. Tú y yo tenemos que hablar.

—¿Ahora, abuela?

—Ahora. —Y me tomó de la mano, con esa mano suya que no soltaba—. Antes de que empiece lo que va a empezar.

—¿Y qué va a empezar?

La abuela no contestó. Me llevó por el pasillo de atrás, entre las cajas de refresco y las ollas, hasta la cocina del salón, donde el personal guardaba los trastes, y me sentó en una silla de plástico, frente a la mesa de metal, y se sentó enfrente de mí.

—Abuela, ¿qué pasa? —dije, con el corazón a mil.

La abuela me miró. Un rato largo. Con esa mirada suya que pesaba, la de la que lo ha visto todo.

—Mija —dijo, al fin, con la voz tranquila, la de siempre, la del café y la buganvilia—. Yo sé lo del trato.

El mundo se detuvo.

—Yo lo sé desde el viernes, mija —dijo—. Desde el patio, cuando ustedes dos hablaban de contratos y de domingos, y yo, desde mi ventana, con mi café, oí todo. —Sonrió, con una sonrisa

que no era de burla—. Dije que no oía nada, porque así soy: yo no oigo lo que no me toca oír. Pero esto, mija, esto sí me tocaba.

—Abuela, yo… —empecé, y la voz se me quebró.

—Cállate, mija —dijo la abuela, tomándome las manos—. No me vengas con disculpas. Yo no te estoy regañando. Yo lo que quiero saber es una cosa.

—¿Qué cosa?

—Si es de verdad o es un trato.

La pregunta me cayó encima como una losa.

—Yo… —dije—. No sé. Ya no sé.

La abuela asintió, despacio, como si esperara esa respuesta.

—Eso es lo que me daba miedo —dijo—. Y por eso te traje aquí. Porque tú, mija, ya no sabes si es de verdad o de mentira. Y eso —dijo, apretándome las manos—, eso es lo más peligroso que hay.

—¿Por qué?

—Porque cuando ya no sabes si lo que sientes es real, cualquier cosa te puede romper. —Me miró—. Y esta noche, mija, va a pasar algo. Algo que ya no voy a poder detener. Y yo quiero que tú estés lista.

—¿Lista para qué?

—Para lo que viene. —La abuela me soltó las manos y se levantó—. Vamos. Que la fiesta sigue, y tu tía Chole ya lleva media hora sin contarle a nadie lo que sabe, y eso, en tu tía, es el peor de los presagios.

Y salimos de la cocina, y la abuela se fue a su mesa, y yo me quedé en el pasillo, con las manos frías, mirando el salón lleno de luces y de risas, sin saber que la noche todavía no terminaba.

Y que lo que venía, venía con la cara de mi tía.

Capítulo 44 — Lo que la abuela sabía

Volví a la fiesta con las manos frías y la cabeza llena de ruido.

Mateo me vio llegar y se acercó, con la cara de preguntar sin preguntar.

—La abuela sabe —dije, en voz baja, sin mirarlo—. Sabe lo del trato. Desde el viernes.

—¿Qué?

—Desde el patio. La cortina. Oí todo —dije—. Y no me regañó. Me preguntó si era de verdad o un trato. —Lo miré—. Y le dije que ya no sé.

Mateo se quedó callado. El salón, las luces, el mariachi de fondo.

—Yo tampoco sé —dijo, al fin—. Pero ya no quiero que sea un trato.

—No digas eso aquí.

—Lo digo donde sea. —Me miró—. Lo digo donde sea, Valeria.

Y fue entonces cuando la abuela volvió a aparecer, con su chal y su paso lento, y me tocó el hombro.

—Mija —dijo—. Otra vez yo. —Y a Mateo, con esa calma suya—: Usted me perdona, Mateo. Pero a mi nieta la necesito un momento.

—Claro, abuela —dijo él, y la abuela me llevó por el pasillo de atrás, otra vez, hasta el patio del salón, donde la fuente apagada y las sillas de fierro esperaban en silencio.

Nos sentamos frente a frente. La noche, la luna, el ruido lejano de la fiesta.

—No te voy a regañar —dijo la abuela, de entrada—. Eso ya lo dije. Y no te voy a dar consejos de abuela, de los de "ya verás que todo pasa". —Me miró—. Te voy a contar una historia. Y tú me dices qué haces con ella.

Asentí. La abuela se arregló el chal y empezó.

—Tu abuelo llegó de Jalisco con una deuda y una promesa —dijo—. La deuda era de su papá, que se murió sin pagar. La promesa era que él la iba a pagar, una por una, con su trabajo. —Sonrió—. Llegó al pueblo con una caja de herramientas y los zapatos rotos. Y yo, que era la hija del dueño de la tienda de la esquina, lo vi un día, parado enfrente, mirando el local como quien mira un sueño.

—¿Y qué pasó?

—Me casé con él. A los tres meses. Todo el pueblo dijo que estaba loca, que me casaba con un deudor, que mi papá me iba a desheredar. —Se rió, bajito—. Y mi papá me desheredó, hija. De verdad me desheredó. Y tu abuelo, con su caja de herramientas, me hizo una casa con sus manos, y yo le enseñé a hacer pan, y él me enseñó a no tener miedo. —Hizo una pausa—. La tienda la levantamos juntos. La que ahora está cerrada en la esquina de mi casa. La que tú quieres para tu repostería.

—¿Usted sabía que yo quiero la tienda?

—Mija —dijo la abuela, con una sonrisa—. Yo sé desde que tenías doce años que quieres esa tienda. Lo sé por cómo la miras cada vez que pasamos. Lo sé por cómo le cuentas a todo el mundo la receta del pan de muerto. Lo sé porque eres mi nieta, y las nietas no les esconden nada a las abuelas, aunque crean que sí.

Me quedé callada. La noche, el patio, la abuela.

—¿Y nunca me dijo nada? —pregunté.

—¿Para qué? —dijo la abuela—. Los sueños, hija, no se empujan. Se esperan. Y tú, cuando estés lista, vas a entrar a esa tienda y le vas a poner tu nombre al letrero. Eso lo sé tan seguro como que el sol sale mañana.

Me quedé callada. Nunca había oído esa historia. Nunca.

—Y luego —siguió la abuela—, vino lo de la tienda. Tu abuelo me escondió que perdía dinero. Me enteré hasta que quebró la mitad del inventario, y yo, que había construido todo con él, me enteré por un proveedor, no por su boca. —Me miró—. Esa fue la

única vez que le vi la cara de culpa, hija. La cara del que sabe que la mentira se le va a caer.

—¿Y qué hiciste, abuela?

—Lo que se hace con las deudas —dijo—. Las cobré. —Sonrió, con una sonrisa que se le fue a otro lado—. No con dinero. Con paciencia. Lo ayudé a levantar la tienda, y nunca más me escondió nada. Y cuando se murió, hija, me dejó la tienda pagada, la casa pagada, y una hija que me visita cada semana. —Hizo una pausa—. Las mentiras son deudas, hija. Se cobran solas. Pero el amor también se cobra: con paciencia.

—¿Y por qué me cuentas esto, abuela?

—Porque te quiero —dijo la abuela, con una sencillez que me desarmó—. Y porque las historias de las abuelas no se cuentan por gusto, mija. Se cuentan cuando la nieta está a punto de cometer el mismo error, o el error contrario. —Me miró—. Tú estás a punto de dejar ir a alguien por miedo, o de quedarte con alguien por miedo. Y yo no quiero que hagas ninguna de las dos por la razón equivocada.

—Porque tú tienes una deuda con el Del Valle —dijo la abuela—. Desde el baile de la prepa, hace catorce años. Él te debe una. Y ahora, con esto del trato, se está cobrando. —Me miró—. Pero tú, mija, también le debes algo: la verdad de lo que sientes. Y esa, esa deuda, solo se cobra de frente.

—¿Y si lo que siento no es verdad?

—¿Y si lo es? —La abuela se inclinó—. Mira, mija. Yo no sé si ese muchacho te quiere de verdad. Pero sé cómo te mira. Y sé cómo lo miras tú. —Sonrió—. Y el amor, mija, no pregunta cómo empezó. Pregunta cómo sigue.

La frase me quedó flotando. El amor no pregunta cómo empezó. Pregunta cómo sigue.

—Y no me digas que es un trato —dijo la abuela, levantándose —. Porque yo conozco los tratos, mija. Yo vi cómo empezó el mío: con un deudor y una hija del dueño de la tienda. Y mira nomás cómo siguió.

Se arregló el chal. Me miró, con esa mirada suya de la que lo ha visto todo.

—Ahora, dime una cosa —dijo—: ¿Ya comiste?

—Abuela…

—No te me hagas la que no. —Sonrió—. Con el puro susto de la boda, y la fiesta, y tu tía Chole con sus caras, seguro no has comido nada. Anda, entra, que la torta de la mesa de atrás está buena, y tu prima no se va a casar dos veces.

—¿Y Mateo?

—Mateo —dijo la abuela, con una sonrisa que no supe leer—. Mateo ya veremos, mija. Mateo va a tener que esperar como esperaste tú en el atrio. —Hizo una pausa—. Es lo justo.

Y entró al salón, con su chal y su paso lento, dejándome en el patio, con la fuente apagada, la luna y la frase dando vueltas.

El amor no pregunta cómo empezó. Pregunta cómo sigue.

Y yo, parada en el patio del salón La Hacienda, con la boda de mi prima sonando de fondo, entendí, por fin, lo que tenía que hacer.

Tenía que encontrar a Mateo.

Y tenía que decirle, antes de que fuera tarde, que el trato ya no era un trato.

Que era otra cosa.

Que era, desde la banca del kiosco, la cosa más real que me había pasado en catorce años.

Capítulo 45 — La confesión

La encontré en el patio, parada frente a la fuente apagada, con las manos cruzadas y la cara de quien acaba de tomar una decisión.

—Valeria —dije, acercándome.

—Mateo. —Se volvió—. Justo iba a buscarte. Tengo que decirte algo.

—Yo también. —Me paré frente a ella—. Déjame hablar primero. Por favor. Porque si no lo digo ahora, no lo voy a decir nunca.

Ella me miró. Y asintió, despacio.

—Tienes catorce años de atraso —dijo, con una sonrisa rara—. Habla.

Respiré hondo. Y lo dije. Todo.

—Lo del baile —dije—. Lo de la prepa. La historia que te contó el pueblo es verdad: no fui, te dejé esperando en el atrio, y llevo catorce años cargando con eso. Pero lo que no te contaron es que te invité por una apuesta.

Se quedó quieta. La fuente, la noche, sus ojos fijos en mí.

—¿Una apuesta? —dijo.

—Los Rojas —dije—. Cien pesos y el caballo de mi papá. Aposté a que tú me aceptabas, y eso fue lo que me dio valor para invitarte. No el valor de verdad. La apuesta. —La miré—. Y cuando dijiste que sí, me sentí el hombre más afortunado del pueblo. —Mi voz se quebró—. Y esa noche, en el portal, con las cervezas abiertas y tu vestido a lo lejos, me dio tanto miedo arruinar lo que sentía que no crucé. Me quedé parado ahí, con los Rojas, viendo tu vestido a lo lejos, y no crucé.

—¿Y por qué no cruzaste? —dijo ella, con la voz rara—. Si tanto querías…

—Porque no sabía qué hacer con algo de verdad —dije—. Yo no sabía querer, Valeria. Yo sabía planear, y construir, y cumplir contratos. Pero lo tuyo no era un contrato. Era otra cosa. Y me dio miedo. —La miré—. El mismo miedo que me dio el jueves, cuando te

vi en la tienda, y que me dio el viernes, en la cocina, y que me da ahora mismo, aquí, diciéndotelo.

—¿Y ahora qué te da más miedo?

—Perderte otra vez —dije—. Perderte por no haber hablado a tiempo. Perderte como te perdí en la prepa, no por falta de ganas, sino por sobra de miedo. —La miré—. Esta vez no quiero que sea por eso.

—Que me digas que no —dije—. Que me digas que el contrato es el contrato, y que el domingo te vas, y que yo me quedo con la duda. —Hice una pausa—. Eso, Valeria, me da más miedo que todo lo demás.

—Mateo…

—Déjame terminar —dije—. Porque esto lo llevo guardado catorce años. —Respiré—. No fui por mi papá. No fui por un plan. Fui por cobarde. Porque tú eras demasiado de verdad para mí, y yo no sabía qué hacer con algo de verdad. —Me acerqué—. Y entonces llegó el contrato. El trato. La libreta ridícula. Y de pronto estaba en tu pueblo, en tu cocina, y me diste la mitad de tu elote, y me enseñaste a amasar el fondant, y me dejaste ver tu cocina, y yo, Valeria, dejé de pensar en el contrato. —Hice una pausa—. El vestido azul, el de la prepa, el que tu mamá te cosió, el que vi a lo lejos esa noche… no se me ha ido de la cabeza en catorce años. Y ahora, el vestido que traes puesto, este, el de hoy, tampoco se me va a ir.

—Mateo —dijo ella, con la voz apenas un hilo.

—No quiero que se acabe —dije—. Eso es todo lo que sé decir. No quiero que se acabe el domingo. No quiero que te vayas. No quiero que esto vuelva a ser un trato. —La miré—. Yo ya no sé qué somos. Pero sé que no quiero que se acabe.

Se quedó callada. La fuente apagada, la luna, el ruido lejano del salón.

—Yo iba a decirte lo mismo —dijo, al fin, con la voz mojada—. La abuela me contó lo de mi abuelo. Me dijo que el amor no

pregunta cómo empezó. Que pregunta cómo sigue. —Sonrió, con una sonrisa que se le escapaba—. Y yo, parada aquí, pensando en ti, me di cuenta de que a mí no me importa cómo empezó esto. Me importa cómo sigue.

—¿Y cómo sigue?

—Sigue —dijo ella—. Sigue, Mateo. Si tú quieres. —Sonrió, con esa sonrisa que se le escapaba—. La abuela dice que el amor no pregunta cómo empezó. Pues este empezó con un contrato ridículo en un cuaderno de recetas. —Hizo una pausa—. Y aun así, mira nomás cómo sigue.

—¿Y si te digo que llevo catorce años queriendo?

—Te diría que llegas tarde. —Se rió, con una risa mojada—. Pero que llegas.

Y entonces me besó.

O yo la besé. No sé. Otra vez no supe quién se movió primero. Pero esta vez no hubo teléfono que sonara, ni Diego, ni nada que se interpusiera. Esta vez, el mundo entero se quedó quieto, y solo estuvimos nosotros, en el patio del salón, con la fuente apagada y la luna. Otra vez no supe quién se movió primero. Solo sé que de pronto estábamos besándonos en el patio del salón, con la fuente apagada y la luna y la boda de mi hermano sonando de fondo, y que el beso supo a catorce años de espera, a elote compartido, a fondant, a pan de muerto, a todo lo que habíamos hecho sin saber que estábamos haciendo.

Nos separamos, despacio, con la respiración revuelta.

—Mañana —dijo ella—. Mañana se lo decimos a todos. A mi tía Chole. A tu mamá. Al pueblo entero. —Me tomó las manos—. Que esto ya no es un trato. Que es esto. —Señaló el espacio entre los dos—. Lo que sea que sea esto.

—¿Y si el pueblo se ríe?

—Que se ría. —Sonrió—. El pueblo ya nos casó, Mateo. La señora de la farmacia ya nos casó. Lo único que falta es que nosotros nos demos cuenta.

Y me besó otra vez, y yo la abracé, y por un momento, el mundo entero cupo en el patio del salón La Hacienda, con la fuente apagada y la luna.

—¿Y ahora? —dijo ella, con la cara pegada a mi pecho. —¿Y si alguien nos vio?

—Que nos vean —dije—. Ya no tengo nada que esconder. —La abracé—. Y tú tampoco.

—¿Y si alguien nos ve mañana, en la parada del mercado, y nos pregunta qué somos?

—Entonces le decimos la verdad —dije—. Que somos lo que sea que esto sea. —La miré—. Y que no tiene nombre todavía. Pero que lo va a tener.

—Ahora —dije—, ahora volvemos al salón. Y bailamos. Y nos comemos el pastel de Paulina. Y mañana, con el día claro, se lo decimos a todos.

—¿Y tu mamá?

—Mi mamá va a tener que aceptarlo. —La abracé más fuerte—. Es una Del Valle. Está en tratamiento.

Se rió, contra mi pecho, y yo sentí la risa, y el mundo, y la noche, y la certeza de que, por primera vez en catorce años, no tenía miedo de lo que venía.

No sabía que lo que venía, venía con la cara de mi tía Chole, con los ojos llenos de coraje, parada en la puerta del salón, mirándonos.

Pero eso fue después.

Esa noche, por un momento, todo fue perfecto.

Capítulo 46 — El grito

Volvimos al salón tomados de la mano.

Fue un gesto pequeño, el de las manos, pero para mí fue enorme: era la primera vez que nos tomábamos de la mano sin que nadie nos viera fingir. Era la primera vez que la mano de Valeria en la mía no era parte del contrato.

El mariachi tocaba. La gente bailaba. La mesa de los novios estaba llena de risas.

Y entonces, en el centro del salón, con la copa en la mano y la cara que no le conocía, mi tía Chole se subió a una silla.

—¡Atención! —gritó, con la voz que se oyó en todo el salón—. ¡Atención, por favor!

El mariachi se detuvo. Las parejas dejaron de bailar. Doscientas personas se volvieron hacia la silla, hacia Chole, que se quedó un segundo parada ahí, con la copa en la mano, respirando, como quien junta valor.

—Quiero decir unas palabras —dijo—. Como tía de la novia. Como la que vio a esta familia sufrir, y reír, y trabajar. —Me miró. Directo a mí. Y luego miró a Valeria—. Y como la que, hace una hora, oyó algo que no debía oír.

El salón se quedó en silencio. El silencio de los que huelen el drama.

—Tía —dijo Paulina, desde la mesa—. ¿Qué estás haciendo?

—Déjame, Paulina —dijo Chole, sin mirarla—. Esto lo tengo que decir. Por ti. Por la familia. Porque no voy a dejar que se burlen de nosotros.

Y entonces sacó del delantal un cuaderno.

El cuaderno de recetas. El mío. El del contrato.

—¿Reconocen esto? —dijo Chole, levantándolo—. Es un cuaderno de recetas. Lo encontré en el cuarto de Valeria, hace una hora, cuando fui a buscar el hielo a la casa. —Hizo una pausa—. Y no tiene recetas. Tiene esto.

Abrió el cuaderno. Y leyó, con la voz clara, para que todo el pueblo la oyera:

—"Contrato de novios de mentiras. Regla número uno: cero contacto físico. Regla número dos: cero apodos. Regla número tres: cero citas de verdad. Fecha de caducidad: domingo, ocho de la mañana." —Levantó la vista—. ¿Lo oyen? ¡Es un contrato! ¡Novios de mentiras! ¡Todo esto es un trato!

El salón entero se quedó congelado.

Las señoras de las mesas de atrás se llevaron la mano a la boca. El señor de la tortillería se quedó con la torta a medio comer. La señora de la farmacia me miró, a mí, con una cara que nunca le había visto: la cara de la que se siente estafada. Y mi mamá —mi mamá, que había brindado por ella, que le había dado dos besos en la puerta de la hacienda— se quedó sentada, con la copa en la mano, mirándome sin parpadear, como si yo fuera un desconocido.

—¡Mentira! —grité, y mi voz sonó rara, como si no fuera mía—. ¡Eso era al principio! ¡Eso era el trato, pero ya no es el trato!

—¿Ah, no? —Chole me miró, con los ojos encendidos—. ¿Entonces por qué tienes un contrato con reglas, Del Valle? ¿Por qué mi sobrina, la que nunca ha mentido en su vida, anda con un cuaderno de "novios de mentiras"? —Y a Valeria—: ¿Ves, mija? ¿Ves lo que te dije? ¡Te está usando! ¡Te está usando para su familia, para su apuesta!

—¿Apuesta? —dijo alguien, en el fondo.

—¡Apuesta! —repitió Chole—. ¡Como en la prepa! ¡Como el baile de la prepa, cuando la dejó plantada! ¡Los Del Valle son así! ¡Malos pagadores! ¡Apuestan, y usan, y se van!

—¡Tía, ya! —gritó Valeria, y su voz se cortó en el grito.

La miré. Estaba parada a mi lado, blanca, con las manos apretadas, mirando el cuaderno en las manos de Chole como quien mira un accidente.

—Chole —dijo la abuela, desde su mesa, con una voz que no le había oído nunca, una voz de piedra—. Bájate de esa silla.

—¡Mamá, usted no sabe! —dijo Chole—. ¡Yo los oí! ¡En el jardín! ¡Hablando del contrato, del trato, de que se acaba el domingo! —Y a Valeria—: ¡Mija, te está usando! ¡Te está usando y te va a dejar, como te dejó en la prepa, y yo no voy a dejar que te haga esto otra vez!

El salón entero miraba. Doscientas personas. Las cámaras de los celulares. El mariachi, parado, con los instrumentos colgando. La torta del señor de la tortillería, olvidada en su plato. Paulina, de pie junto a la mesa de los novios, con la mano de Emilio en la suya, sin saber si correr hacia mí o quedarse con su boda.

Y Valeria, parada en medio de todo, con la cara blanca y los ojos brillosos, mirando el cuaderno, mirando a Chole, mirándome a mí.

Vi cómo le temblaban las manos. Vi cómo apretaba la boca para no llorar. Vi cómo, por un segundo, sus ojos me buscaron, como si yo tuviera la respuesta, como si yo pudiera arreglarlo todo con una palabra.

Y yo, que llevaba cuatro días fingiendo ser su novio, no encontré la palabra.

—¿Es cierto? —dijo, en voz baja. Tan baja que casi no se oyó—. ¿Todavía tienes el cuaderno?

—Valeria, yo… —empecé.

—¿Todavía tienes el cuaderno? —repitió, y su voz se quebró—. ¿Con las reglas? ¿El contrato?

—Lo tenía guardado —dije—. Lo iba a romper. Esta noche. Te lo iba a mostrar y lo íbamos a romper juntos. —Di un paso—. Valeria, lo que te dije en el patio, hace diez minutos, era de verdad. Todo era de verdad.

—¿De verdad? —dijo Chole, desde la silla, con el cuaderno en la mano—. ¿Como el baile de la prepa fue de verdad? ¿Como la apuesta fue de verdad? —Me miró—. Tú no sabes querer, Del Valle. Tú solo sabes apostar.

—¡Ya basta! —gritó Valeria.

Y el silencio se hizo total.

Valeria se quedó parada en el centro del salón, con los puños apretados, la cara blanca, los ojos llenos. Miró a Chole. Miró el cuaderno. Me miró a mí.

Y entonces, sin decir una palabra, se dio la vuelta, y caminó hacia la puerta, con el vestido de madrina arrastrando, y salió del salón, y la puerta se cerró detrás de ella, y el silencio se quedó ahí, enorme, en medio de la boda de mi hermano.

—¡Valeria! —grité, y fui detrás de ella.

—¡Déjala! —gritó Chole, desde la silla—. ¡Déjala, Del Valle! ¡Ya le hiciste suficiente!

—¡Tía, por favor! —gritó Paulina, y su voz se quebró—. ¡Es mi boda! ¡No conviertas mi boda en esto!

Pero Chole ya no oía a nadie. Ya no era la Chole de los chistes. Era la Chole de las verdades, la que una vez destapó al marido de la señora de la farmacia, la que no soltaba una presa cuando la tenía.

Y yo, parado en la puerta del salón, con doscientas personas mirándome, el cuaderno en las manos de Chole y el corazón en la boca, no supe si ir detrás de ella o quedarme a arreglar el desastre.

Y en la duda, se me fue.

Las dos cosas se me fueron.

Y el pueblo entero, el que nos había casado con sus miradas, nos vio morir en vivo, en la boda de mi hermano, con el pastel de tres pisos brillando en la mesa como una burla.

Capítulo 47 — La calle

Salí del salón sin ver nada.

Bueno, no es cierto: vi todo. Vi las caras. Vi a la señora de la farmacia con la boca abierta. Vi a Paulina, blanca, con el ramo en las manos, sin saber si correr detrás de mí o quedarse con su boda. Vi a Camila Del Valle, con la copa a medio levantar, mirándome con una cara que nunca le había visto: la cara de la que entiende, de golpe, que el brindis de su hijo había sido para una actriz.

Vi el cuaderno en las manos de Chole.

Mi cuaderno. El del contrato. El de las reglas que yo misma escribí con él, hace cuatro días, en la cocina de la tienda, riéndonos de lo ridículo que era todo.

Vi todo eso en un segundo. Y salí.

La calle del salón La Hacienda estaba vacía. Los faroles encendidos, los coches estacionados, las latas del carro de los novios todavía colgando. Caminé sin saber a dónde, con el vestido de madrina rozando el suelo, con las manos apretadas y la garganta cerrada.

Pasé por la tienda de Don Aurelio, cerrada. Por la papelería de don Román, cerrada. Por el puesto de tacos, donde el señor de la plancha me vio pasar y no me dijo nada, porque en el pueblo las noticias corren más rápido que los pies.

—¿Va bien, señorita? —dijo, de todas formas.

—Va bien —dije, y seguí caminando, con la mentira más grande de la noche.

Caminé hasta la plaza. La plaza del kiosco. La banca donde le di la mitad de mi elote. La banca donde me besó, hace una noche, y donde yo, tonta, creí que todo podía ser de verdad.

Me senté en la banca. La luna, el kiosco, el pueblo dormido.

Y entonces me reí.

Me reí, sola, en la banca del kiosco, con el vestido de madrina y la cara mojada, porque era tan ridículo. Porque yo, Valeria Montes, la

que nunca había mentido, la que presumía de leer a la gente, había firmado un contrato de novios de mentiras en un cuaderno de recetas, y había terminado creyéndose su propia mentira.

—Tonta —me dije, en voz alta, en la plaza vacía—. Tonta, tonta, tonta.

—No estás tonta, hija —dijo una voz.

La abuela. Sentada a mi lado, sin que la oyera llegar, con el chal y la cara tranquila, como si hubiera estado esperándome ahí desde siempre.

—¿Desde cuándo está aquí, abuela?

—Desde que te vi salir del salón —dijo—. Las abuelas no corren, hija. Las abuelas ya sabemos a dónde van a parar los nietos. —Sonrió—. Tú siempre terminabas en esta banca. Desde chiquita, cuando te enojabas con tu mamá, aquí venías.

—¿Y nunca me siguió?

—Nunca hizo falta. —Me tomó la mano—. Aquí estabas. Y aquí te encuentro.

—¿Sabe qué me duele más, abuela? —dije, al fin—. No que Chole haya gritado. No que el pueblo se haya enterado. —Me sequé la cara—. Me duele que tenía razón. Que yo, la que nunca miente, estaba mintiendo. Que el cuaderno era de verdad, que el trato era de verdad, y que todo el mundo, ahora, tiene derecho a decir que yo me lo busqué.

—Y qué —dijo la abuela.

—¿Cómo que "y qué"?

—Y qué —repitió la abuela—. Mija, todo el mundo tiene derecho a decir lo que quiera. El pueblo siempre va a hablar. El pueblo habló cuando me casé con tu abuelo, y habló cuando tu mamá se divorció, y habló cuando tú te fuiste a la ciudad a estudiar. —Me miró—. ¿Y sabes qué pasó? El pueblo siguió hablando, y nosotros seguimos viviendo. —Apretó mi mano—. Las Montes no vivimos para el pueblo, hija. Las Montes vivimos para nosotras.

—¿Y si me equivoqué, abuela? ¿Y si lo del trato fue un error?

—Pues fue un error —dijo la abuela—. Y los errores se pagan, o se arreglan, o se dejan ir. —Sonrió—. Tú decides cuál de las tres, hija. Pero no lo decidas esta noche. Esta noche, solo respira.

—Abuela —dije, y la voz se me quebró—. Oyó todo. Todo el pueblo oyó todo.

—Todo el pueblo oye todo, hija —dijo la abuela, con calma—. Eso no es nuevo. El pueblo siempre oye todo. —Me tomó la mano—. Lo nuevo es que tú no tienes que esconderte más.

—¿Cómo que no tengo que esconderme?

—La mentira —dijo la abuela—. La que llevabas cargando. Se acabó. Ya no tienes que fingir. Ya no tienes que ser la novia perfecta, ni la madrina perfecta, ni nada de nada. —Me miró—. Ya solo eres Valeria, sentada en una banca, llorando. Y eso, mija, es más de lo que has sido en cuatro días.

Me quedé callada. La luna, la plaza, la mano de la abuela en la mía.

—¿Y Mateo? —dije, al fin.

—Mateo se quedó en el salón —dijo la abuela—. Con tu tía Chole, con el cuaderno, con el desastre. —Hizo una pausa—. Y va a venir. Porque los hombres como él, cuando se equivocan de verdad, vienen. La pregunta es si tú vas a estar aquí cuando llegue.

—No sé, abuela. —Me sequé la cara—. No sé si quiero estar.

—Pues no lo decidas ahora —dijo la abuela—. Ahora, mija, ahora solo respira. Mañana, con el día claro, decides. —Se levantó—. Vamos. Te llevo a la casa. Te hago un té. Y mañana, lo que sea que decidas, lo decides con la cabeza fría y el estómago lleno. —Sonrió —. Las Montes no tomamos decisiones con el estómago vacío.

—Abuela.

—¿Mija?

—¿Usted cree que fue todo mentira? —La miré—. ¿Lo de Mateo? ¿Todo?

La abuela se quedó un momento en silencio. La plaza, la luna, el kiosco.

—Yo vi cómo te miró en el ensayo, mija —dijo, al fin—. Y esa mirada, la de la iglesia, no se ensaya. Yo la conozco: es la misma con la que tu abuelo me miró a mí, hace cincuenta años, cuando todo el pueblo decía que yo estaba loca. —Sonrió—. Y mira, mija. Cincuenta años después, sigo aquí, sentada en una plaza, contándote esa historia.

—¿Y qué hago?

—Eso lo decides tú —dijo la abuela—. Pero no lo decidas con coraje. Decídelo con calma. El coraje, mija, es un mal consejero. Y el amor, cuando es de verdad, espera.

Y me tomó de la mano, y me levantó de la banca, y caminamos las dos por la calle vacía, con la luna encima y el pueblo dormido. Pasamos por la tienda de Don Aurelio, por la papelería de don Román, por la casa de la señora de la farmacia, con las luces apagadas y los perros callados. El pueblo entero estaba en el salón, en la boda, viendo el drama. Y nosotras, las dos Montes, caminábamos por la calle vacía, como si el mundo nos perteneciera.

—Mañana —dijo la abuela, cuando llegamos al portón—, va a venir. Y tú vas a tener que decidir.

—¿Y si no decido?

—Entonces él va a decidir por ti —dijo la abuela—. Y eso, mija, es lo único que no te puedes permitir., con el vestido de madrina y el chal, con el pueblo dormido y la boda de Paulina sonando a lo lejos, como si nada hubiera pasado.

Pero algo había pasado.

Y yo, por primera vez en cuatro días, no sabía qué iba a hacer con lo que sentía.

Capítulo 48 — Ya basta

No me dijo la abuela que él había llegado.

Lo supe por el silencio: el de la calle, que se quedó quieto, y el de la casa, que de pronto se puso alerta. Estaba en mi cuarto, con el vestido de madrina colgado en la puerta y la cara lavada, cuando oí la voz de la abuela, abajo, diciendo con calma:

—Está arriba, Mateo. Pero no le vengas con discursos. A mi nieta no le gustan los discursos.

—No vengo con discursos, abuela —dijo su voz, y el corazón me dio un vuelco.

—Pues entonces sube —dijo la abuela—. Y que Dios los ayude.

Oí sus pasos en la escalera. Los conté: doce. Se paró frente a la puerta. Y la abrió.

Mateo estaba ahí, con el traje de la boda, la corbata floja, los ojos rojos, como si también hubiera llorado.

—Valeria —dijo.

—No —dije, y me paré frente a él—. No empieces. No me digas "Valeria" con esa voz. No me digas que era de verdad. No me digas nada, Mateo, hasta que yo hable.

Se quedó callado. La puerta abierta, el pasillo, la casa de la abuela en silencio.

—Yo firmé el contrato —dije—. Yo lo escribí contigo, en la cocina, riéndonos. Yo soy tan culpable como tú. Eso lo sé. —Hice una pausa—. Pero tú, Mateo Del Valle, me debías una desde hace catorce años. Y hoy, delante de todo el pueblo, la cobré.

—Valeria…

—La cobré —dije, y mi voz se quebró—. En la prepa, me dejaste esperando en el atrio, con el vestido que me cosió mi mamá, y todo el pueblo me vio plantada. Y hoy, en la boda de mi prima, con el vestido de madrina, todo el pueblo me vio plantada otra vez. —Lo miré—. Dos veces, Mateo. Dos veces me has plantado delante de mi

pueblo. Y yo, que soy Montes, no pienso darte la oportunidad de que me plantes una tercera.

—No te voy a plantar —dijo él, con la voz rara—. Lo que te dije en el patio era de verdad. El beso era de verdad. Todo era de verdad.

—¿De verdad? —Me reí, sin humor—. ¿Como el baile fue de verdad? ¿Como la apuesta fue de verdad? Tú me invitaste por una apuesta, Mateo. Cien pesos y un caballo. ¿Y ahora me dices que es de verdad? —Sacudí la cabeza—. Yo no sé qué es verdad y qué es mentira contigo. Y eso, para mí, es lo peor.

—Te lo iba a decir todo —dijo él—. Esta noche. Iba a romper el cuaderno delante de ti. Iba a decirle a mi mamá, a tu tía, a todo el pueblo, que el trato se acabó, que esto es otra cosa. —Di un paso hacia mí—. No me diste tiempo.

—¿Que no te di tiempo? —Lo miré—. Te di cuatro días, Mateo. Cuatro días de mercados, de pasteles, de ensayos, de besos. Y en cuatro días, lo único que se te ocurrió fue escribir un mensaje que no mandaste, y un discurso que no dijiste, y una confesión que llegó diez minutos tarde, cuando tu tía ya había gritado todo delante del pueblo. —Mi voz se rompió—. Eso no es querer, Mateo. Eso es tener miedo. Y yo ya estoy harta de esperar a que la gente deje de tener miedo por mí.

Se quedó callado. La puerta, el pasillo, la casa en silencio.

—¿Y si te digo que estoy dejando de tener miedo ahora? —dijo, al fin, con la voz apenas un hilo.

—Entonces me lo dices mañana —dije—. Me lo dices pasado. Me lo dices cuando ya no sea un trato, cuando ya no haya cuaderno, cuando ya no haya nada que esconder. —Lo miré—. Pero no hoy. Hoy, Mateo, ya basta.

La frase se quedó flotando. Ya basta.

—Y no me digas que lo ibas a romper esta noche —dije, porque lo vi abrir la boca—. No me digas que tenías un plan, porque yo también tenía un plan, Mateo. Yo también iba a esperar a mañana.

Yo también iba a decirte que esto, lo nuestro, ya no era un trato. —Mi voz se quebró—. Pero tu tía no esperó. Tu tía gritó. Y ahora el pueblo entero sabe que la madrina de la boda de mi prima era una mentira, y que yo, Valeria Montes, la que nunca miente, andaba firmando contratos de novios de mentiras. —Lo miré—. Eso ya no se arregla con discursos. Eso se arregla, si se arregla, con tiempo.

—¿Y tú tienes tiempo? —dijo él.

—Ahora sí —dije—. Ahora tengo todo el tiempo del mundo. Porque ya no tengo nada que fingir.

Las Montes no lloran por los Del Valle —dije, y la voz se me quebró, y las lágrimas, las que había estado aguantando, se me vinieron encima—. Las Montes no lloran por los Del Valle. Pero mira, Mateo. Mira cómo estoy llorando.

Y lloré. Ahí, parada frente a él, con la casa de la abuela en silencio y el pueblo entero sabiendo, ya, que la madrina de la boda había sido una mentira.

Mateo dio un paso. Yo levanté la mano.

—No —dije—. No me toques. Si me tocas, no voy a poder terminar de decirte esto. —Me sequé la cara con el dorso de la mano —. El trato se acabó, Mateo. El contrato lo tiene tu tía, y el pueblo entero sabe la historia, y ya no hay nada que fingir. —Hice una pausa—. Y lo que siento, lo que sea que siento, no lo voy a decidir hoy. No delante de ti. No con el coraje de la noche.

—¿Y mañana? —dijo él, con la voz rara—. ¿Mañana puedo venir?

—Mañana —dije, y la puerta se cerró, y lo dejé parado en el pasillo—. Mañana veremos.

Cerré la puerta. Me quedé con la espalda contra la madera, escuchando sus pasos bajar la escalera, uno, dos, tres, hasta la puerta de la calle.

No se detuvo. No volvió. Solo bajó, y abrió la puerta, y la calle se lo tragó.

Y cuando la puerta de abajo se cerró, me dejé caer al suelo, con el vestido de madrina en la percha y la casa en silencio, y lloré.

Lloré por la prepa. Por el atrio. Por la banca del kiosco. Por el pastel, y el glaseado, y el pan de muerto. Por el beso de las tres de la mañana, y el de la fuente, y por todo lo que había sido de verdad y que ya no sabía si era de verdad.

Y la abuela, desde abajo, sin subir, sin tocar la puerta, dijo con su voz de siempre, la del café y la buganvilia:

—Ya, mija. Ya lloraste. Ahora duerme.

—No puedo dormir, abuela.

—Pues duerme de todas formas —dijo la abuela—. Mañana, con el día claro, las Montes decidimos.

Y yo, sentada en el suelo de mi cuarto, con la cara mojada y el corazón hecho pedazos, supe que tenía razón.

Mañana, con el día claro, iba a decidir.

Pero esa noche, el pueblo entero ya sabía que la señorita Montes había vuelto a esperar a un Del Valle.

Y que el Del Valle, otra vez, no había llegado a tiempo.

Capítulo 49 — El cuaderno

El domingo amaneció gris, como si el pueblo también estuviera de resaca.

Yo llegué a la casa de la abuela a las ocho de la mañana, con el traje de la boda doblado en una bolsa y la cara de la noche anterior. No había dormido. No había podido. Cada vez que cerraba los ojos veía a Valeria saliendo del salón, con el vestido de madrina y la cara blanca, y a mi tía Chole en la silla, con el cuaderno en la mano.

En el camión de las seis, el pueblo me había mirado. No con coraje: con lástima. La señora de la farmacia, que viajaba en el asiento de adelante, se volvió, me vio, y no me dijo nada, pero su cara decía todo: "el que la deja plantada dos veces no tiene perdón". El señor de la tortillería, en la parada, me saludó con la cabeza, nada más. Hasta el chofer del camión, que me había visto subir el jueves con una libreta ridícula, me miró por el espejo y dijo, sin mirarme: "¿Otra vez por aquí, joven?"

—Otra vez —dije.

—Pues que esta vez sea para quedarse —dijo el chofer, y arrancó.

El cuaderno.

Eso era lo primero. Recuperar el cuaderno. El contrato. La prueba del crimen.

—¿Qué haces aquí, Del Valle? —dijo una voz, desde el portón de al lado.

Chole. Con una bata encima, el pelo recogido y una cara que no era la de los chistes. La cara de la que ya no tiene nada que perder.

—Vengo por el cuaderno —dije.

—¿El cuaderno? —Se cruzó de brazos—. ¿El del contrato? ¿El de las reglas? —Sonrió, sin humor—. Ese cuaderno ya no es tuyo, Del Valle. Ese cuaderno ahora es del pueblo. Lo está leyendo media San Gabriel con su café.

—Tía Chole…

—No me digas tía. —Me cortó—. Yo no soy tu tía. Yo soy la tía de Valeria. La que la vio llorar anoche. La que la vio plantada en esa iglesia hace catorce años, y la que la vio plantada otra vez anoche, delante de doscientas personas. —Se acercó—. Y tú, Mateo Del Valle, eres la única persona que ha logrado hacerla llorar dos veces en catorce años. Eso tiene mérito. Malo, pero mérito.

Me quedé parado, con la bolsa del traje en la mano y el sol de las ocho en la cara.

—Yo no quería que terminara así —dije.

—¿Ah, no? —Chole se rió—. ¿Y cómo querías que terminara? ¿Con un final de película? ¿Con el contrato roto en pedazos y el pueblo aplaudiendo? —Sacudió la cabeza—. Mira, Del Valle. Yo sé que no todo fue mentira. Yo los vi. La vi a ella, el viernes, mirándote en el ensayo como si fueras de verdad. Y te vi a ti, en el baile, mirándola como si ella fuera lo único que existe. —Hizo una pausa—. Pero el cuaderno, mijo, el cuaderno está. Y el cuaderno dice que todo empezó con reglas. Y las reglas, cuando se escriben, no se borran con discursos.

—¿Y con qué se borran?

—Con hechos —dijo Chole—. Con el tiempo. Con que mi sobrina te vuelva a mirar sin acordarse del cuaderno. —Se encogió de hombros—. Y eso, Del Valle, no se puede apurar.

—¿Y el cuaderno?

—El cuaderno se queda conmigo —dijo Chole—. Es la prueba. Y si algún día, de verdad, haces algo que valga la pena, lo rompes tú mismo, delante de ella, y delante de mí. —Me miró—. Pero no hoy. Hoy, el cuaderno se queda aquí.

—¿Y qué es para ti "algo que valga la pena"? —dije.

Chole se quedó pensando. Se ajustó la bata, se cruzó de brazos, y al fin dijo:

—No sé, mijo. No soy de esas que andan poniendo reglas a los sentimientos. —Me miró—. Pero te voy a decir una cosa: mi sobrina, desde que tú llegaste, se ríe distinto. Se ríe con la boca llena, como

cuando era niña. Y anoche, cuando salió corriendo del salón, se me rompió el corazón oyéndola llorar. —Hizo una pausa—. Así que "algo que valga la pena", Del Valle, es que vuelvas a hacer que se ría con la boca llena. Y que no la vuelvas a hacer llorar nunca. Eso es todo.

Se dio la vuelta y entró a su casa, dejándome parado en la calle, con la bolsa del traje y el sol subiendo.

Y yo, que había venido a recuperar el contrato, entendí que el contrato era lo de menos.

El contrato era papel.

Lo que importaba era ella. Y ella, ahora mismo, no quería verme.

Me quedé un momento parado en la calle, mirando la casa de la abuela, la ventana del cuarto de Valeria, la cortina cerrada.

—¿Y ahora qué? —me dije, en voz baja.

—Ahora —dijo una voz detrás de mí—, ahora te sientas, mijo, y esperas.

Me volví. La abuela. Con su chal, parada en la puerta de su casa, con una taza de café en la mano.

—Abuela…

—No me digas nada —dijo la abuela, con calma—. Yo ya sé todo. Yo ya lo sabía desde el viernes, desde el patio, cuando dijiste que el contrato se cumplía. —Tomó un sorbo—. Lo que no sabía es si ibas a venir hoy. —Me miró—. Y viniste.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que el cuaderno no es el problema, mijo. —La abuela sonrió, con esa sonrisa suya de la que lo ve todo—. El problema es si sabes esperar. —Señaló el banco de la entrada—. Siéntate. Toma un café. Y espera.

—¿Esperar qué?

—A que ella decida —dijo la abuela—. Porque las Montes no se deciden con prisa, mijo. Las Montes se deciden con calma. Y tú, si

de verdad la quieres, tienes que aprender a esperar como ella te esperó a ti.

—¿Cuánto?

—Lo que haga falta. —La abuela entró a la casa, y desde la puerta, sin volverse, dijo—: Yo a tu abuelo lo esperé tres años, mijo. Y valió la pena.

—¿Y si ella no me espera a mí? —dije, al fin—. ¿Si decide que no quiere verme nunca más?

—Entonces —dijo la abuela, y su voz sonó más suave—, entonces vas a tener que aprender a vivir con eso. Pero vas a aprender. —Se volvió a medias—. Porque los que esperan de verdad, mijo, no esperan para cobrar. Esperan porque no saben hacer otra cosa.

Y entró, dejándome con la taza, el banco y la frase dando vueltas.

Me quedé sentado en el banco, con el café enfriándose y el pueblo despertando. La señora de la farmacia abrió su puerta, me vio sentado ahí, y no dijo nada, pero me miró de una manera que ya era un discurso completo. Don Román pasó con su periódico y asintió con la cabeza, como quien aprueba una obra que todavía no termina.

A las nueve, la ventana de Valeria seguía cerrada.

A las nueve y media, la abuela salió con otra taza, y esta vez no venía sola: traía un plato.

—¿Todavía aquí, mijo?

—Todavía, abuela.

—Bien —dijo la abuela, dejándome la taza—. Las buenas esperas se ven desde temprano.

—¿Y esto? —dije, señalando el plato que traía en la otra mano. Una rebanada de pastel, con glaseado blanco y un pedacito de fondant.

—Es del pastel de la boda —dijo la abuela—. El de mi nieta. El que se cortó perfecto. —Sonrió—. Sobró bastante, porque la novia

se fue antes de tiempo. Pero el pastel quedó. Los pasteles, mijo, no saben de tragedias. Se hacen, se cortan y se comen. Y este, mira, está bueno.

Tomé la rebanada. La probé. El glaseado, el fondant, la receta de ella.

—Está bueno —dije, con la voz rara—. Está muy bueno.

—Ya sé —dijo la abuela, y se metió—. Todo lo que hace mi nieta está bueno. Ese es el problema para los que la dejan ir.

Me quedé un momento en el banco, con la taza vacía y el plato del pastel a un lado. El pueblo, a esa hora, ya olía a domingo: a pan, a café, a misa de diez.

Y de pronto supe lo que tenía que hacer.

La abuela me había dicho que esperara. Pero no me había dicho dónde. Y yo sabía dónde: la parada del mercado. La del primer día. La del elote partido en dos. La del "mañana yo te espero a ti. Y esta vez voy a llegar".

Me levanté del banco. Dejé la taza en la puerta de la abuela. Y caminé hasta la parada del mercado.

Me paré junto al poste, con las manos en los bolsillos, y esperé.

No sabía si iba a venir. No sabía si quería verme. Pero había prometido esperarla, y yo, que llevaba catorce años huyendo de las promesas, iba a cumplir esta.

El trato, el cuaderno, el contrato: todo eso ya no importaba.

Lo que importaba era si yo era capaz de esperar.

Y yo, que llevaba catorce años huyendo de las esperas, me paré en la parada del mercado, y empecé a esperar.

Capítulo 50 — La parada del mercado

A las nueve de la mañana, yo no sabía si iba a ir.

Me quedé en la cama, con la ventana cerrada, oyendo el pueblo despertar: las puertas, los perros, las campanas de la parroquia. El domingo. El día en que el trato terminaba. El día en que Mateo se iba.

Y la parada del mercado.

"Mañana, en la parada del mercado. Como el primer día. Tú me esperaste. Mañana, yo te espero a ti. Y esta vez, Valeria, voy a llegar."

Me lo había dicho en el baile, hace una noche, cuando el mundo todavía era perfecto y nadie sabía nada. Y yo, tonta, le había creído. Le había creído el baile, el beso, la promesa. Y luego llegó Chole con el cuaderno, y el pueblo entero supo que la madrina era una mentira, y yo salí corriendo del salón, y él se quedó parado en la puerta, sin saber si seguirme.

—¿Vas a ir? —dijo la abuela, desde la puerta de mi cuarto, con su taza de café.

—No sé, abuela.

—¿Y qué dice tu panza?

—Mi panza dice que no quiere que me vuelvan a dejar esperando.

—Y mi panza —dijo la abuela— dice que hay gente que solo aprende a llegar cuando ya no lo esperan. —Me miró—. Tú decides si quieres ser la que lo espere, o la que ya se fue.

Se fue, y yo me quedé en la cama, con la ventana cerrada y el corazón a mil.

A las nueve y media, me levanté. Me vestí. Me lavé la cara.

Y me quedé parada frente al espejo, con la chamarra puesta, preguntándome qué estaba haciendo.

—No voy a ir —dije, en voz alta, al espejo.

—Claro que no, mija —dijo la abuela, desde el pasillo, con su taza—. Por eso llevas diez minutos parada frente al espejo, vestida, lista.

—No estoy lista.

—Estás lista —dijo la abuela—. Lo que no estás es decidida. Y son cosas distintas.

—¿Y cómo sé si debo ir?

—No lo sabes —dijo la abuela—. Nadie lo sabe nunca. Uno va, y ve, y luego decide. —Sonrió—. Pero no decidir, mija, también es decidir. Es decidir quedarse.

A las diez, estaba en la parada del mercado.

No supe por qué fui. La abuela tenía razón en algo: yo nunca dejaba a nadie esperando. Era una Montes. Las Montes llegaban, o avisaban, o las dos cosas. Así que fui. A verlo. A decirle, tal vez, que se fuera tranquilo, que el trato terminaba hoy, que cada quien por su lado.

Fui a despedirme. Eso creía yo.

Y lo vi.

Estaba en la parada, parado junto al poste, con la chamarra del jueves y una bolsa de papel en la mano. La bolsa de la panadería. El elote, o el pan, o lo que fuera que había comprado para esperarla. Llevaba ahí un buen rato, con las manos en los bolsillos, mirando hacia la calle por donde yo tenía que llegar.

Se veía mal. Se veía cansado. Se veía como yo me sentía por dentro.

—Mateo —dije, parándome a tres metros de él.

—Valeria. —Alzó la vista, y por un segundo, su cara se iluminó, y luego se apagó, como si se acordara de todo—. Iba a esperarte hasta las once. —Sacó la bolsa—. Te traje esto. Por si no habías comido.

—¿Ya comiste? —preguntó él, con la voz rara, ofreciéndome la bolsa.

La pregunta, la de la abuela, la del pueblo entero, me llegó al pecho de una manera que no esperaba.

—¿Ya comiste, Valeria?

Y yo, parada en la parada del mercado, con la bolsa del pan en la mano y el corazón hecho pedazos, no supe si era la pregunta de un hombre que se preocupa, o la de un hombre que se despide.

—Todavía no —dije.

—Come —dijo él—. Es pan de muerto. El de tu receta. El que me enseñaste a hacer. —Sonrió, apenas—. Lo hice yo. Salió torcido, pero es el mío.

Abrí la bolsa. Había un pan de muerto, pequeño, redondo, con los huesitos de azúcar encima. Torcido, sí. Pero con olor a anís y a naranja, el olor de la tienda de la abuela, el olor de las cosas que se hacen con paciencia.

—¿Por qué hiciste esto? —dije, y la voz me salió rara.

—Porque me dijiste que el pan de muerto se hace para los que se fueron —dijo él—. Y yo me estoy yendo, Valeria. Me voy hoy, a la ciudad, al despacho. Pero no quiero irme sin que sepas que no me voy por gusto.

—¿Y por qué te vas?

—Porque me lo pidió tu abuela —dijo él—. Me dijo que las Montes se deciden con calma. Y que yo, si de verdad la quería, tenía que aprender a esperar. —Me miró—. Y no puedo esperarte aquí, en el pueblo, mirándote todos los días sin saber si me quieres ver. Eso te haría daño. Y a mí también.

—¿Y a dónde vas a esperarme?

—A la ciudad —dijo—. Al despacho. A los edificios que no me gustan. —Sonrió, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Y cada semana, voy a venir a la parada del mercado. A comprar el pan de muerto. A ver si estás.

—¿Y si no estoy? —dije.

—Entonces compro el pan —dijo él—. Y me voy. Y vuelvo la semana siguiente.

—¿Y si estoy? —dije, y la pregunta me salió sin pensarla.

Él se quedó callado. Un segundo. La parada, el poste, el sol de las diez.

—Entonces —dijo él, con la voz rara—, entonces te voy a pedir una cosa. La única cosa que te he pedido en catorce años.

—¿Qué cosa?

—Una segunda oportunidad —dijo él—. Una de verdad. No un trato. No un contrato. Una oportunidad para que veas quién soy sin la libreta. —Hizo una pausa—. Y si no te gusta lo que ves, me voy. Y no vuelvo a molestar. Pero déjame intentarlo, Valeria. Es todo lo que pido.

Me quedé callada. La pregunta, la de las once, la de los catorce años, se me quedó en la boca.

—Eso es mucho pedir, Mateo —dije, al fin.

—Ya sé —dijo él—. Pero tú esperaste catorce años, Valeria. Lo menos que puedo hacer es pedirte bien las cosas.

—¿Y qué vas a hacer mientras tanto? —dije—. ¿Vas a volver a tu despacho? ¿A tus edificios?

—Voy a volver —dijo él—. Pero no igual. —Me miró—. Voy a volver sabiendo que hay una parada del mercado en San Gabriel, y que si algún día me necesitas, ahí voy a estar. —Sonrió, apenas—. Es más de lo que he tenido en catorce años.

Y se dio la vuelta, y caminó calle abajo, hacia el camión de la ciudad, y yo me quedé en la parada del mercado, con el pan de muerto en las manos y la garganta cerrada.

No lloré. Las Montes no lloran en la calle.

Pero cuando el camión arrancó, y lo vi alejarse por la ventanilla, con la cara pegada al vidrio, mirándome, me di cuenta de que me había quedado con la pregunta en la boca.

La pregunta que no me atreví a hacerle.

La de si iba a volver.

Y la de si yo, cuando volviera, iba a estar todavía en la parada.

Llegué a la casa con la bolsa del pan en la mano y la cara que se me notaba todo. La abuela me esperaba en la puerta, con su taza.

—¿Y? —dijo.

—Se va, abuela. —Me senté en el escalón—. Se va hoy. Y dice que va a volver todos los sábados, a la parada del mercado, a ver si estoy.

—¿Y tú qué le dijiste?

—No le dije nada —dije—. No supe qué decirle.

La abuela se sentó a mi lado, en el escalón, con su taza de café. Un rato largo, sin hablar.

—¿Sabes? —dijo, al fin—. Cuando tu abuelo se murió, yo me quedé con la tienda vacía, con la mesa de la masa y con una pregunta que nunca me atreví a hacerle: si él sabía, antes de irse, que yo lo había querido toda la vida. —Me miró—. Y no te vayas a quedar tú con la pregunta, mija. Las preguntas que no se dicen, se quedan a vivir en la panza.

—¿Y qué hago, abuela?

—Nada —dijo la abuela—. Todavía nada. Deja que se vaya. Deja que vuelva. Deja que el sábado te encuentre en la parada o no te encuentre. —Sonrió—. Pero mientras tanto, mija, ponte a trabajar en lo tuyo. Que la tienda no se va a pintar sola.

—¿Y cómo se va a llamar la tienda, abuela? —dije, sin pensar.

La abuela se quedó callada un momento. Miró la calle, miró la esquina donde estaba la tienda cerrada, miró el pan de muerto que traía en la bolsa.

—Yo le pondría La Valiente —dijo, al fin—. Porque tú, mija, eres la valiente de esta casa. La que esperó. La que se quedó. La que sigue de pie. —Me miró—. La Valiente. Ese es el nombre.

Y me dejó con la frase, el escalón y el nombre de mi tienda, que hasta ese momento no sabía que tenía.

Capítulo 51 — El trato terminó. Yo no.

La ciudad me recibió con ruido.

El camión me dejó en la central, y de ahí, un taxi, y de ahí, el edificio, y el elevador, y el pasillo, y la puerta del despacho con mi nombre en la placa. MATEO DEL VALLE, ARQUITECTURA. Todo igual que lo había dejado el miércoles. Los planos en la mesa. El café frío. La ciudad, gris, detrás del vidrio.

Cuatro días. Cuatro días habían pasado desde que me fui al pueblo por un trato. Y ahora volvía sin el trato, sin la novia, sin nada, con un pan de muerto torcido en la maleta y el corazón hecho pedazos.

Me quedé un momento parado en la puerta del despacho, mirando la placa con mi nombre. La había puesto yo, hace ocho años, con el orgullo de los que llegan a la ciudad con una maleta y un título. Mi mamá lloró cuando la vio. Mi papá, que ya no estaba, la habría visto desde algún lado.

Y ahora, la placa me miraba, y yo no sentía nada.

—¿Mateo? —dijo mi socia, asomándose a la puerta—. ¿Ya volviste? ¿Cómo estuvo la boda?

—Boda de mi hermano —dije—. Salió bien.

—¿Y la novia? ¿La famosa señorita Montes? —Sonrió—. Todos aquí queremos conocerla. Dijiste que la ibas a traer.

Me quedé callado.

—Mateo?

—Se acabó —dije—. El trato se acabó.

—¿El trato?

—Nada. —Me senté en mi escritorio—. No es nada. Trabajemos.

La socia se fue, con una cara que no supe leer, y yo me quedé en el despacho, con los planos, el café frío y la ciudad de fondo.

Y pensé en ella.

En la parada del mercado. En el pan de muerto torcido. En la manera en que me miró cuando le dije que la esperaría cada semana. En la manera en que no me dijo que se quedara.

No me lo dijo. Y yo me fui. Y ahora estaba aquí, en mi despacho, con mi nombre en la placa, y no quería estar aquí. No quería los edificios. No quería el café frío. No quería la ciudad.

Quería la parada del mercado.

Quería la tienda de Don Aurelio. El kiosco. La buganvilia. La cocina de la tienda, con el glaseado y el pan de muerto.

Quería a Valeria.

Me quedé mirando la pantalla del teléfono. El chat con ella. El último mensaje era el mío, el del miércoles, el que nunca contestó. Y debajo, el silencio de esta mañana.

Escribí: "Llegué. El despacho sigue igual. No me gusta."

Lo leí. Sonaba a lástima. Lo borré.

Escribí: "El pan de muerto salió mejor de lo que esperaba. Te mando foto la próxima."

Lo leí. Sonaba a excusa. Lo borré.

Escribí: "El trato terminó."

Me quedé mirándolo. Tres palabras. Las más ciertas que había escrito en días.

Y entonces, sin pensarlo, sin planearlo, sin ensayarlo, escribí la segunda parte:

"El trato terminó. Yo no. — M."

Lo leí. Una vez. Dos veces. Tres.

No lo borré.

Lo mandé.

Y me quedé mirando la pantalla, con el corazón en la boca, esperando los tres puntitos de que ella estuviera escribiendo.

No aparecieron.

Pasó un minuto. Pasaron cinco. Pasó una hora. Pasó la tarde entera, con la ciudad poniéndose gris detrás del vidrio, y yo sin moverme del escritorio, con el teléfono en la mano.

Y el mensaje quedó ahí, solo, en el chat, sin respuesta.

"El trato terminó. Yo no. — M."

A las ocho, cerré el despacho y me fui al departamento. El mismo de siempre: la cocina limpia, el sillón gris, la vista a los edificios. Me senté en el sillón, sin prender la luz, y me quedé mirando el techo.

A las nueve, sonó el teléfono. Mi mamá.

—¿Mateo? —su voz, la de siempre, la de los encargos—. ¿Ya llegaste? ¿Cómo estuvo la boda de Emilio? ¿Y la famosa señorita Montes? Tu tía me contó que es preciosa. Quiero conocerla. ¿Cuándo la traes?

—Mamá —dije—. Se acabó.

—¿Qué se acabó?

—El trato —dije—. La novia. Todo. Se acabó, mamá.

Silencio. Del otro lado, el silencio de mi mamá, el que usaba cuando las cosas no salían como ella planeaba.

—¿Y por qué se acabó? —dijo, al fin—. ¿Qué hiciste?

—Todo —dije—. Hice todo mal, mamá. Como siempre que se trata de cosas que importan.

—No digas eso, mijo.

—Es la verdad —dije—. Y ya no quiero mentir más. —Hice una pausa—. La señorita Montes se llama Valeria. Hace pan de muerto que sabe a casa. Tiene una risa que se le escapa cuando menos lo espera. Y yo la dejé plantada en un baile hace catorce años, y volví a dejarla plantada en su boda hace tres días. —La voz se me quebró —. Y ahora le mandé un mensaje diciéndole que el trato terminó, y que yo no. Y no me contestó. Y no sé si me va a contestar nunca.

Del otro lado, mi mamá se quedó callada. Un rato largo. Yo esperé, con el teléfono pegado a la oreja, oyendo la ciudad de

fondo.

—¿Y qué vas a hacer? —dijo, al fin.

—No sé —dije—. Pero no me voy a quedar aquí sentado.

—Pues no te quedes —dijo mi mamá, y su voz sonó distinta, sin encargos, sin planes—. Ve. Haz algo. Y si te dice que no, pues te aguantas. —Hizo una pausa—. Pero no te quedes sentado, mijo. Que los Del Valle ya tenemos fama de malos pagadores. Y yo no quiero que mi hijo siga pagando con la misma moneda.

—¿Y si ya es muy tarde, mamá? —dije—. ¿Y si hice tanto daño que no hay arreglo?

—¿Y desde cuándo los Del Valle arreglan las cosas a la primera? —dijo mi mamá—. Nosotros, mijo, somos de los que insisten. De los que vuelven a tocar la puerta aunque ya les hayan dicho que no. —Hizo una pausa—. Tu papá era así. Y mira: me tuvo a mí, que no era fácil de convencer.

Nunca había oído a mi mamá hablar así. Sin planes. Sin orgullo. Como si ella también supiera lo que era esperar a alguien.

—¿Y tú? —dije—. ¿Tú estás bien, mamá?

—Yo estoy bien —dijo ella, con una voz que no le conocía—. Yo siempre he estado bien, mijo. Lo que pasa es que no me lo preguntabas.

Colgamos. Y yo me quedé en el sillón, sin luz, con la ciudad de fondo y el mensaje sin responder en el bolsillo.

No dormí bien. Soñé con la parada del mercado, con el elote partido en dos, con la banca del kiosco y el teléfono que sonaba. Me desperté a las cinco, con el corazón a mil, y me quedé mirando el techo, repitiendo las palabras de mi mamá: "no te quedes sentado, mijo".

A las seis, me duché, me vestí sin planchar, y salí del departamento.

En la puerta, me detuve un segundo, miré la placa del edificio, los edificios grises, el departamento vacío.

—Volvemos el sábado —le dije, a nadie—. O el otro. O los que hagan falta.

Y esperé.

Cuatro días. Tres. Dos. Uno. Los planos, las juntas, el café frío del despacho. Y en las noches, el chat con ella, el mensaje sin respuesta, y la certeza de que el sábado, lloviera o no, yo iba a estar en la parada del mercado.

El sábado, antes del amanecer, tomé el camión.

De vuelta al pueblo.

A la parada del mercado.

A esperarla.

Capítulo 52 — La primera semana

El sábado siguiente, a las diez de la mañana, yo estaba en la parada del mercado.

Había tomado el camión de las seis. Me había vestido sin planchar, me había afeitado mal, y había comprado el pan de muerto en la panadería de la central, el que no sabía a nada. Llegué a la parada a las diez, me paré junto al poste, y esperé.

El pueblo me vio. La señora de la farmacia, que pasaba con su mandado, me miró y no me saludó. El señor de la tortillería me miró y saludó con la cabeza, nada más. Don Román, desde la papelería, me vio parado ahí y no dijo nada, pero se quedó en la puerta, viéndome, como quien vigila a un sospechoso.

—¿Buscas a alguien, mijo? —dijo Don Aurelio, desde la puerta de su tienda.

—A nadie, don Aurelio. Solo espero.

—¿A quién?

—A nadie —dije—. Espero a nadie.

Don Aurelio me miró. Un rato largo. Y luego dijo, con esa calma suya de río:

—Las esperas, mijo, son como la masa: se trabajan despacio, y a veces no suben. —Y se metió a la tienda, dejándome con la frase y el poste.

Esperé hasta las once. No llegó nadie. La parada del mercado, un sábado a las diez, es un lugar con gente: las señoras con sus bolsas, los niños con sus bicicletas, el puesto de tacos armándose. Pero ella no estaba.

Me fui a las once, como había dicho. Compré el pan de muerto de la panadería del pueblo —el bueno, el de la receta de la abuela, el que me enseñó a hacer— y caminé calle abajo, hacia la tienda de la esquina de la casa de la abuela.

La tienda.

Estaba abierta.

La tienda de la abuela, la que estaba cerrada desde hacía años, la de la esquina, la que Valeria quería para su repostería, tenía la puerta abierta y olor a pintura. Se estaba arreglando. Había una escalera, unos botes de pintura, un letrero nuevo a medio colocar.

Y ella.

Valeria estaba adentro, de espaldas a la puerta, con el pelo recogido y un overol de trabajo, pintando la pared del fondo con una brocha. Se movía despacio, con la calma de las que están haciendo lo que siempre quisieron hacer.

Me quedé parado en la banqueta, mirándola, sin atreverme a cruzar la puerta.

Y en ese momento, ella se volvió. Me vio. Y se quedó quieta, con la brocha en la mano, mirándome.

Un segundo. Dos. Tres.

—Mateo —dijo, al fin, con la voz rara.

—Valeria. —Le mostré el pan—. Te traje pan de muerto. De la panadería del pueblo. El de tu receta.

—Ya comí —dijo ella.

—Pues entonces me lo como yo —dije, y la frase me salió sin pensar—. Los dos, si me dejas. —Hice una pausa—. El pan de muerto se hizo para compartirse. Eso me lo enseñaste tú.

Se volvió a su pared. Y siguió pintando.

Y yo me quedé en la banqueta, con el pan de muerto en la mano, mirándola pintar, sin saber si entrar o irme.

—¿Vas a quedarte ahí parado? —dijo ella, sin volverse—. Porque la pintura seca rápido, y yo tengo trabajo.

—Me voy —dije—. Solo quería… —Hice una pausa—. Solo quería ver cómo estaba.

—Estoy bien —dijo ella, sin volverse—. Estoy pintando. Estoy abriendo mi tienda. Estoy bien, Mateo. —Y luego, más bajo—: Estoy bien sin ti.

La frase me cayó como una losa.

Me quedé callado un momento, con el pan en la mano y el sol de las once. Y luego, sin pensarlo, dije lo único que se me ocurrió, la única cosa que podía decir sin parecer un idiota:

—Está bien que estés bien sin mí —dije—. Me alegra. De verdad me alegra, Valeria. —Hice una pausa—. Pero yo no estoy bien sin ti. Y no sé si algún día voy a estarlo. Así que voy a seguir viniendo. Los sábados, a las diez, a la parada del mercado. No para molestarte. Para que sepas que estoy. —La miré—. Para que, si algún día no estás bien, sepas dónde encontrarme.

Ella se quedó quieta, con la brocha en la mano, de espaldas a mí.

—¿Sabes qué pensé el domingo, cuando salí corriendo del salón? —dijo ella, al fin, con la voz rara—. Pensé que no me ibas a buscar. Que ibas a hacer lo de siempre: quedarte parado, dejar pasar la noche, y luego, cuando ya fuera tarde, aparecer con una disculpa bonita. —Hizo una pausa—. Y no apareciste. Apareciste hoy, en la banqueta, con pan de muerto, a la hora que dijiste que ibas a estar. —Se volvió, por fin, y me miró—. Y eso, Mateo, es lo único que te he pedido en catorce años: que llegues cuando dices. Y hoy llegaste.

Me quedé sin palabras. El sol de las once, la banqueta, el pan en la mano.

—¿Y mañana? —dijo ella—. ¿Mañana vas a llegar?

—Mañana no es sábado —dije.

—Ya sé que no es sábado —dijo ella—. Te estoy preguntando si vas a llegar.

—Voy a llegar —dije—. Todos los días. Todas las semanas. Todos los años. Hasta que me digas que no.

—¿Y si te digo que no?

—Entonces —dije—, voy a dejar de llegar. Pero voy a tardar mucho, mucho tiempo en dejar de llegar. —La miré—. Eso es lo único que te puedo prometer.

—¿Y qué es "mucho tiempo"? —dijo ella.

—No sé —dije—. Años. Décadas. Lo que sea. —Me encogí de hombros—. Es la primera vez que quiero prometer algo que no puedo medir en metros cuadrados.

—¿Y por qué quieres prometerlo? —dijo ella.

—Porque —dije, y respiré hondo—, porque desde que te vi en la banca del kiosco, a las tres de la mañana, apagando el teléfono para quedarte conmigo, entendí que no hay edificio, ni plano, ni torre en esta vida que se parezca a eso. —Hice una pausa—. Y no sé construir otra cosa que no sea eso. Así que voy a esperarte, Valeria. Es lo único que sé hacer bien.

—¿Y si un día no estás bien sin mí? —dije.

—Entonces —dijo ella, y su voz se quebró apenas, un temblor chiquito—, entonces te enterarás. Porque tú, Mateo Del Valle, tienes mi número. Y el mensaje que me mandaste. —Hizo una pausa—. El trato terminó. Yo no. —Y repitió, casi sin voz—: Yo no.

Me quedé helado. No por las palabras. Por cómo las dijo. Como si las hubiera estado repitiendo desde el domingo.

—¿Y tú? —dije, al fin—. ¿Tú también?

Ella se volvió. Me miró. Con la brocha en la mano, el overol manchado de pintura y los ojos brillosos.

—Yo —dijo, con la voz apenas un hilo—. Yo tampoco, Mateo. Yo tampoco.

Y se volvió a su pared, y siguió pintando, y yo me quedé en la banqueta, con el pan de muerto en la mano y el corazón a mil, sin saber qué hacer con lo que acababa de oír.

Ella tampoco.

El trato terminó. Ella tampoco.

Me fui caminando, calle abajo, con el pan de muerto y la frase dando vueltas.

Y la semana siguiente, a las diez, yo estaba otra vez en la parada del mercado.

Con pan de muerto.

Esperando.

Capítulo 53 — Los sábados

Se volvió una costumbre.

Los sábados, a las diez, yo estaba en la tienda —mi tienda, la que iba tomando forma entre botes de pintura y estantes nuevos— y Mateo estaba en la parada del mercado, con su pan de muerto, esperando.

No se acercaba. Ya no. Desde aquel primer sábado, cuando me vio pintando y le dije que estaba bien sin él, había aprendido a no cruzar. Se quedaba en la parada, con el pan en la mano, de diez a once, y luego se iba, calle abajo, hacia el camión.

Y yo, desde la ventana de la tienda, lo veía.

No lo iba a admitir. Ni delante de la abuela, ni delante de Paulina, ni delante de nadie. Pero lo veía. A las diez menos cinco, sin querer, mis ojos buscaban la parada. Y cuando lo veía aparecer, con su chamarra y su pan, sentía algo raro en el pecho. Algo que no sabía si era coraje, o tristeza, o la mezcla de las dos.

—Ya llegó —decía la abuela, desde la silla donde se sentaba a mirarme trabajar—. Ya llegó el Del Valle.

—No me interesa, abuela.

—A mí tampoco —decía la abuela, con su sonrisa—. Por eso lo sé.

El pueblo también se acostumbró. La señora de la farmacia, que al principio no lo saludaba, ahora le decía "buenos días, Mateo" desde su puerta. Don Román, que lo vigilaba como a un sospechoso, ahora le guardaba el periódico. Hasta Chole, la primera semana, salió a la puerta de su casa, lo vio parado en la parada, y dijo, en voz alta, para que todo el mundo la oyera:

—Tres sábados seguidos. —Y luego, más bajito, casi para sí—: O el Del Valle aprendió a esperar, o se está anunciando para la feria.

Nadie le contestó. Pero todo el pueblo supo que Chole, la que había gritado el trato en plena boda, la que tenía el cuaderno guardado, había dicho eso.

La segunda semana, Paulina se asomó a la tienda con Emilio en brazos, vio a Mateo en la parada, y me dijo, sin preámbulos:

—Lleva dos sábados, prima.

—Ya sé cuántos lleva, Paulina.

—Y tú llevas dos sábados mirándolo desde la ventana. —Sonrió —. Eso también lo sé.

—No lo estoy mirando. Estoy mirando la calle.

—La calle, claro. —Paulina me dio un codazo—. La calle, donde casualmente está él.

—¿Y tú por qué no estás con Emilio? —dije, para cambiar de tema.

—Emilio está con el niño. Y el niño está dormido. Y yo estoy aquí, mirándote mirar la calle donde casualmente está él. —Sonrió—. Es mi único entretenimiento de la semana.

—Eres un chisme, Paulina.

—Soy tu prima. Es mi obligación. —Se asomó a la ventana—. Además, mira nomás: el Del Valle se está comiendo el pan él solo. ¿Le llevamos un café?

—No.

—¿Le llevo yo un café?

—Tampoco.

—¿Y si le mando a Emilio?

—¡Paulina!

—Está bien, está bien. —Levantó las manos—. Pero te aviso: los hombres que esperan en la parada del mercado con pan de muerto no aparecen todos los días, prima. Cuando uno de esos llega, una no lo deja irse a comer solo.

No le contesté. Pero las dos sabíamos que tenía razón.

La tercera semana, el sábado, llovió.

Una lluvia chiquita, de esas de noviembre que no avisan. Yo estaba en la tienda, con los estantes recién barnizados, y vi la lluvia

caer, y pensé, sin querer, en la parada del mercado, en el poste, en la chamarra de Mateo.

A las diez y cinco, no pude más. Salí a la puerta de la tienda.

Ahí estaba. Parado en la parada, bajo la lluvia, con el pan de muerto envuelto en una bolsa de plástico y la chamarra empapada. Sin moverse. Esperando.

—Es un terco —dije, en voz alta, sin darme cuenta.

—Es un Montes —dijo la abuela, desde adentro—. Aprendió de la mejor.

—No es Montes, abuela. Es Del Valle.

—Los Del Valle, mija, son los que no saben esperar —dijo la abuela, asomándose a la puerta—. Y ese, ahí parado bajo la lluvia, ya aprendió. —Me miró—. Eso ya no es un Del Valle. Eso es un Montes con apellido equivocado.

—¿Y qué hace un Montes con apellido equivocado? —dije, sin pensar.

—Se queda —dijo la abuela, con esa calma suya—. Un Montes no se va a ningún lado, mija. Los Montes se quedan. Y ese, ahí parado, se está quedando. —Señaló la parada—. Solo falta que tú también te quedes.

—Yo ya me quedé, abuela. Estoy aquí. —Señalé la tienda—. Esto es quedarse.

—Quedarse en un lugar, mija, no es quedarse. —Dijo la abuela —. Quedarse es quedarse con alguien. Y tú, mija, todavía no te quedas con nadie. —Sonrió—. Pero ya falta poco. Se te nota en la masa.

Me quedé mirando la lluvia. Mirando la parada. Mirándolo a él.

—¿Y qué hago, abuela?

—Nada —dijo la abuela—. Todavía nada. Déjalo que se moje un poco más. —Sonrió—. Las cosas que se esperan bajo la lluvia, mija, son las que después valen más.

A las once, Mateo se fue, calle abajo, con la chamarra empapada y el pan en la bolsa de plástico.

Y yo me quedé en la puerta de la tienda, viéndolo irse, con la lluvia y la frase de la abuela dando vueltas.

La semana siguiente, la cuarta, no llovió. Hizo sol. Y yo, desde la ventana, lo vi llegar a las diez, con su pan, y pararse en la parada.

Y entonces, sin pensarlo, sin planearlo, hice algo que no me esperaba.

Salí de la tienda. Crucé la calle. Y me paré frente a él, en la parada del mercado.

—Valeria —dijo, y su cara se iluminó, y luego se asustó, y luego se puso seria, todo en un segundo.

—No me digas nada —dije—. Todavía no. —Señalé la tienda—. El sábado que viene, a las diez, abro la repostería. Va a venir el pueblo entero. Va a venir Paulina, y mi tía Chole, y la señora de la farmacia. —Lo miré—. Y vas a venir tú.

—¿Y si voy?

—Entonces —dije, y mi voz salió rara—, entonces vamos a ver.

Me di la vuelta y crucé la calle, con el corazón a mil, sintiendo su mirada en la espalda.

—¡Valeria! —me gritó.

Me volví.

—¿El pan de muerto? —dijo él, levantando la bolsa—. ¿Lo quieres?

—Ya comí —dije.

—Pues entonces me lo guardo —dijo él, con una sonrisa que se le escapaba—. El pan aguanta. Y los sábados, me han dicho, se come mejor.

—Ya comí —dije, y la mía también se me escapó, apenas, un pedacito—. Pero guárdamelo para el sábado.

—¿Y si para el sábado ya no me lo quiere nadie? —dijo él, con una sonrisa que le temblaba—. El pan, digo. El pan de muerto.

—El pan de muerto aguanta —dije—. Es de los que esperan.

—¿Y tú? —dijo él, y la pregunta se quedó flotando entre los dos, junto al poste de la parada.

—Yo también aguanto, Mateo —dije—. Las Montes somos de las que esperan. —Hice una pausa—. Ya te lo demostré una vez.

Y entré a la tienda, con el corazón a mil y la sonrisa escondida, y la abuela, desde la silla, dijo sin levantar la vista:

—Ya era hora, mija. Ya era hora.

Capítulo 54 — El letrero

El sábado siguiente, la repostería abrió.

Me desperté a las seis, con el corazón a mil, y me vestí sin saber qué ponerme: el overol de trabajo, que era lo cómodo, o la blusa nueva, que era lo que una pone para un día importante. Me quedé con la blusa. La abuela, desde la puerta de mi cuarto, dijo que me veía "como las que van a estrenar algo".

—Voy a estrenar una tienda, abuela. —Me miré en el espejo—. El sueño de toda la vida.

—Pues ponte la cara de las que estrenan un sueño, mija —dijo la abuela—. No la de las que van a un velorio.

A las ocho, con el delantal puesto y las manos en la masa, preparé el pan. El de la receta de la abuela, el de mi abuelo, el que aprendí en esta misma cocina cuando tenía diez años y el azúcar me llegaba al codo. El pan de muerto, el de huesitos, el que siempre fue mío, aunque yo no lo supiera todavía.

—Huele igual que el de tu abuelo —dijo la abuela, parada en la puerta de la cocina—. Igualito. —Se quedó un momento, mirando la masa—. Él hacía el pan para la tienda, ¿sabes? Y yo le decía que estaba loco, que en el pueblo nadie iba a comprar pan de muerto fuera de temporada. —Sonrió—. Y él me decía: "El pan no se hace por temporada, mujer. El pan se hace porque la gente necesita comer algo que sepa a casa."

—Y tenía razón —dije, amasando.

—Tenía razón —dijo la abuela—. Y tú tienes su mano, mija. La misma. —Me miró—. Él estaría orgulloso de ti. De la tienda. Del letrero. De todo.

Me quedé amasando, con la garganta apretada y las manos en la masa de mi abuelo.

A las nueve, el letrero quedó colgado. Lo mandé hacer con el de la ferretería, con el nombre que la abuela me había dado el

domingo, el que no se me había salido de la cabeza en toda la semana:

LA VALIENTE — REPOSTERÍA DE VALERIA MONTES.

Me quedé parada en la banqueta, mirándolo, con las manos en las caderas y la garganta apretada. La tienda de la abuela. La de mi abuelo. La que estuvo cerrada años, la que yo miraba cada vez que pasaba, la que siempre quise. Y ahora era mía, con el nombre que me había puesto la mujer que me enseñó a amasar.

—¿Te gusta? —dijo la abuela, a mi lado.

—Me gusta —dije, y la voz me salió rara—. Es el letrero más bonito del pueblo.

—El letrero es bonito —dijo la abuela—. La que lo hace bonito eres tú. —Se quedó mirándolo un momento, con sus ochenta y tres años y sus ojos brillosos—. La Valiente. —Dijo el nombre, probándolo, como quien prueba la masa—. Me late que a tu abuelo le habría gustado. A él también le gustaban los nombres que se ganaban.

A las diez, abrí la puerta. Y el pueblo entró.

Paulina llegó primero, con Emilio y el ramo de flores que le sobró de la boda. La señora de la farmacia llegó con su comadre y pidió "dos panes de muerto, de los buenos". Don Román llegó con un periódico viejo y se quedó en la esquina, mirando los estantes como quien visita un museo. El señor de la tortillería llegó con una torta "de cortesía, para que no te desmayes". Hasta Chole llegó, con sus dos hijos y una caja de galletas que no dijo de dónde sacó.

—Está bonita, mija —dijo Chole, mirando los estantes, con una cara que no sabía si era de orgullo o de tristeza—. Está muy bonita. Tu abuelo estaría orgulloso.

—Gracias, tía.

—No me agradezcas —dijo Chole, y luego, más bajo—: Yo sé que me porté mal en la boda. Yo sé que lo grité todo delante de todos. —Me tomó las manos—. Pero era porque te quiero, mija.

Porque no quería que te usaran. —Hizo una pausa—. ¿Y si me equivoqué? ¿Y si el Del Valle sí era de verdad?

—No sé, tía —dije—. Todavía no sé.

—Pues cuando lo sepas —dijo Chole, y me apretó las manos—, me avisas. Para saber si te pido perdón o no.

Y se fue a probar el pan, dejándome con la frase y el corazón raro.

A las diez y media, miré la puerta. La parada del mercado, desde la ventana, estaba vacía.

A las once, vacía.

—¿Vendrá? —dijo Paulina, a mi lado, siguiendo mi mirada.

—No sé —dije—. Dijo que venía.

—¿Y tú qué quieres?

—No sé —dije, y fue la verdad—. Todavía no sé.

A las once y cuarto, la puerta se abrió.

Mateo. Con la chamarra del jueves, el pelo revuelto y una bolsa de papel en la mano. Se quedó parado en la entrada, mirando el letrero, mirando los estantes, mirándome a mí, y por un segundo, nadie en la tienda dijo nada.

—Llegué tarde —dijo él, al fin—. El camión de las nueve se descompuso. Tomé el de las diez. —Levantó la bolsa—. Y no quería llegar sin esto.

—¿Qué es? —dije.

—Tu pan de muerto —dijo él—. El que te guardé. Y uno nuevo. —Sacó dos panes, envueltos en papel de estraza—. El primero es el de la semana pasada, que no te comiste. El segundo es el de hoy. —Sonrió, apenas—. Son de la panadería del pueblo. El de tu receta. El que me enseñaste a hacer.

—El que te enseñé a hacer —corregí, sin querer—. Y te salió torcido la primera vez.

—Torcido pero mío —dijo él—. Como todo lo que he aprendido este año.

—¿Y qué más aprendiste este año? —dije.

—A esperar —dijo él, sin dudar—. A llegar a tiempo. A quedarme cuando las cosas se ponen difíciles. —Hizo una pausa—. Y a no firmar contratos que no pienso cumplir.

La tienda entera nos miraba. Paulina con los ojos brillosos. La señora de la farmacia con la boca abierta. Chole, desde el rincón, con una cara que no supe leer.

—Te traje pan para que no desayunes sola —dijo él—. El día de la inauguración se desayuna bien, me dijo la abuela.

—Todavía no desayunaba —dije.

—Pues come —dijo él, y me puso los panes en las manos—. El sueño se trabaja mejor con el estómago lleno.

Y se quedó parado ahí, en la puerta de mi tienda, con su chamarra y su pelo revuelto, sin pedir nada, sin esperar nada, solo mirándome.

—¿Vas a quedarte ahí parado? —dije, con la voz rara.

—¿Quieres que me quede? —dijo él.

—Quiero que te sientes —dije, y señalé la mesa de al lado de la ventana—. La de las dos sillas. La puse pensando en que algún día alguien se iba a sentar a mirarme trabajar.

—¿Y quién? —dijo él.

—No sé —dije—. Todavía no sé.

Se sentó. En la silla de la ventana. Con su pan y su chamarra. Y se quedó ahí, mirándome trabajar, mientras el pueblo entraba y salía y probaba el pan de muerto.

Y yo, detrás del mostrador, con el letrero con mi nombre arriba y Mateo Del Valle sentado en la ventana, sentí que la tienda, el sueño, el día, todo, estaba saliendo mejor de lo que había soñado.

A la hora de cerrar, él se levantó.

—Me voy —dijo—. El camión de las cinco.

—¿Y el sábado que viene? —dije, sin pensar.

—El sábado que viene —dijo él, con una sonrisa que se le escapó—, a las diez, en la parada del mercado. Con pan de muerto. —Hizo una pausa—. Si me dejas.

—Te dejo —dije.

Y se fue, calle abajo, y yo me quedé en la puerta de mi tienda, con el letrero con mi nombre arriba y el corazón a mil.

—Ya era hora, mija —dijo la abuela, desde adentro.

—¿De qué, abuela?

—De que aprendieras a dejarlo quedarse. —Sonrió—. Es lo único que ese muchacho sabe hacer ahora: quedarse.

Capítulo 55 — El despacho

Los lunes eran los días más largos.

El domingo por la noche volvía de San Gabriel, con el pan de muerto en la mochila y la imagen de Valeria detrás del mostrador, y el lunes por la mañana me despertaba en la ciudad, en mi departamento, con el ruido de los carros y el despacho esperándome.

Y yo, que había construido ese despacho ladrillo a ladrillo, que había soñado con tener mi nombre en una placa desde que era niño, ya no quería estar ahí.

No es que estuviera mal. El despacho estaba bien. Los proyectos estaban bien. La socia era buena. Los clientes pagaban. Todo estaba bien, y eso era exactamente lo que estaba mal: todo estaba bien, y yo no sentía nada.

—¿Mateo? —dijo mi socia, asomándose a la puerta un jueves por la tarde—. ¿Puedo hablarte?

—Claro.

Se sentó enfrente de mí, con una carpeta en las manos, y me miró con esa cara que usaba para las noticias malas.

—Llevas cinco semanas viniendo tarde —dijo—. Los viernes no vienes. Los lunes vienes con cara de funeral. —Hizo una pausa—. Y hoy, en la junta con los de la torre, cuando te preguntaron si te gustaba el proyecto, dijiste que sí, pero se te notó que estabas pensando en otra cosa.

—Estaba pensando en la junta.

—Estabas pensando en el pueblo —dijo ella—. En la señorita Montes. En el pan de muerto. En lo que sea que te pasa cada fin de semana. —Cerró la carpeta—. Mateo, yo te conozco desde la facultad. Tú nunca has venido tarde. Tú nunca has mirado la ventana durante una junta. —Me miró—. ¿Qué te pasa?

Me quedé callado. La ciudad, gris, detrás del vidrio.

—¿Te acuerdas de la pregunta que me hiciste en la facultad? —dije, al fin—. La del examen final. La de qué haría si pudiera elegir.

—Claro. Dijiste que diseñarías la torre más alta de la ciudad.

—Mentí —dije—. Dije eso porque era lo que se esperaba que dijera. —La miré—. La verdad es que no sabía. Nunca supe. Mi mamá decidió que yo fuera arquitecto, y yo nunca me pregunté si quería serlo. Me metí a la carrera porque ella llenó la solicitud. Tomé el despacho porque era lo siguiente que se esperaba de mí. Y un día, sin darme cuenta, tenía treinta y cuatro años, una placa con mi nombre y una vida que no elegí. —Hice una pausa—. Y ahora, por primera vez, tengo una respuesta. Y no es la torre más alta.

—¿Qué es?

—Un pueblo —dije—. Un pueblo con una plaza, un kiosco, una parada del mercado. Una tienda de repostería con un letrero que dice La Valiente. —La miré—. Quiero diseñar ahí. Quiero construir ahí. Quiero vivir ahí.

Quiero diseñar ahí. Quiero construir ahí. Quiero vivir ahí.

—¿Y ella qué dice? —dijo mi socia—. La señorita Montes. ¿Qué dice de que quieras vivir en su pueblo?

—No lo sabe todavía —dije—. Le mando mensajes, y no contesta. Voy los sábados, y me deja verla desde la parada. —Me encogí de hombros—. Es más de lo que merezco.

—¿Y por qué sigues yendo?

—Porque es lo único que me hace sentido —dije—. Los planos, los edificios, las juntas, todo se me hace humo. Pero los sábados, a las diez, en esa parada, esperándola con un pan de muerto, siento que por fin estoy haciendo algo bien. —La miré—. Es la primera vez en mi vida que sé exactamente dónde quiero estar y con quién.

Mi socia me miró. Un rato largo.

—¿Y el despacho? —dijo, al fin.

—El despacho —dije—. El despacho me lo debo a mí. No a mi mamá. No a la placa. No a la torre más alta. —Me encogí de hombros—. Y yo ya no quiero deberme nada.

Se quedó callada. Y luego, despacio, abrió la carpeta.

—Pues mira nomás lo que te traje —dijo, y me pasó un plano—. Un proyecto en un pueblo. A tres horas de aquí. Una casa de campo para un cliente que quiere retirarse. —Sonrió—. Te lo estaba guardando para cuando volvieras. Pero creo que te lo doy ahora.

Tomé el plano. Lo miré. Una casa de campo, con patio, con buganvilias, con una cocina grande.

—¿Y por qué me lo das a mí? —dije.

—Porque tú, Mateo —dijo mi socia, levantándose—, necesitas construir algo que te importe. Y yo ya llevo cinco semanas viéndote construir cosas que no te importan. —Se detuvo en la puerta—. El despacho te espera. Pero el pueblo, creo, te necesita más.

Y se fue, dejándome con el plano de la casa de campo en las manos y la ciudad gris de fondo.

Me quedé mirando el plano. La casa, el patio, la cocina.

Y pensé en Valeria. En la parada del mercado. En el pan de muerto. En la pregunta que me hizo en el atrio, hace semanas: "¿Y qué harías si pudieras elegir?"

Por primera vez en mi vida, tenía una respuesta.

No era la torre más alta.

Era un pueblo con una plaza, un kiosco, una parada del mercado y una repostería con el nombre de ella.

Era San Gabriel.

Y yo, Mateo Del Valle, arquitecto, treinta y cuatro años, iba a aprender a quedarme.

—¿Y si el sábado que viene no vengo? —dijo ella, al fin, sin mirarme—. ¿Qué haces?

—Vengo igual —dije—. Compro el pan. Me paro en la parada. Y espero.

—¿Y si nunca vuelvo?

—Entonces —dije—, voy a ser el hombre del pan de muerto. El que espera en la parada del mercado. El que todo el pueblo conoce

y nadie sabe a quién espera. —Me encogí de hombros—. Ya tengo nombre para la leyenda.

—¿Y no te cansas?

—No —dije—. Los que esperan de verdad no se cansan. Se les nota en la cara, pero no se cansan.

—¿Y tu mamá? —dijo ella, y la pregunta me tomó por sorpresa —. ¿Qué dice tu mamá de todo esto?

—Mi mamá —dije, y sonreí a solas—. Mi mamá me dijo que no me quedara sentado. Que los Del Valle ya tenemos fama de malos pagadores, y que ella no quería que yo siguiera pagando con la misma moneda. —Hice una pausa—. Fue lo más cerca que la he oído de pedir un deseo para mí.

—¿Y qué deseaste? —dijo ella.

—No me dio tiempo de desear —dije—. Me dio una orden: no te quedes sentado. —La miré—. Y aquí estoy. De pie. En la parada. Sin sentarme.

—Pues siéntate un rato —dijo ella, con una sonrisa que se le escapó—. Que pareces poste, y el poste ya está ocupado.

—¿Y si me siento, me vas a dar pan? —dije.

—Si te sientas —dijo ella, volviéndose hacia la tienda—, te doy pan. Y café. Y una silla junto a la ventana. —Se detuvo en la puerta —. Pero no hoy. El sábado. Cuando te toque.

Esa noche, le mandé un mensaje a Valeria:

"La socia me dio un proyecto en un pueblo. A tres horas de aquí. Casa de campo, con patio y buganvilias. Te mando foto del plano el sábado. Si quieres verla."

No contestó.

Pero el sábado siguiente, a las diez, yo estaba en la parada del mercado.

Con pan de muerto.

Y con el plano en la mochila.

Capítulo 56 — Diciembre

Diciembre llegó a San Gabriel con frío y olor a ponche.

El pueblo se llenó de luces: las de la plaza, las de la iglesia, las de las casas que empezaban a adornar. La señora de la farmacia puso su nacimiento en la ventana. Don Román puso un letrero que decía "FELIZ NAVIDAD, SE VENDE PERIÓDICO". Y en mi tienda, La Valiente, puse un nacimiento chiquito en el mostrador, con el pan de muerto al lado, porque las tradiciones no se pelean entre ellas.

La tienda iba bien.

Mejor de lo que había soñado: las señoras compraban el pan de muerto por encargo, Paulina me traía clientes de la ciudad, y hasta la prima Xime, la de las servilletas, me pidió una torta para el baby shower de una amiga. "Con fondant, por favor, y nada de salmón", dijo, y yo me reí, y se lo cobré el doble.

Y los sábados, a las diez, Mateo estaba en la parada del mercado.

Ya no era un secreto. Era una rutina. El pueblo lo esperaba: la señora de la farmacia le guardaba el periódico, Don Román le dejaba el banco de la papelería, y el señor de la tortillería le gritaba "¡buenos días, arquitecto!" desde su puesto. Mateo saludaba, compraba el pan, se quedaba de diez a once, y luego —desde que empezó diciembre— cruzaba la calle y entraba a la tienda.

No pedía nada. Se sentaba en la silla de la ventana, la de las dos sillas, con su pan de muerto, y se quedaba mirándome trabajar. A veces me contaba del proyecto de la casa de campo. A veces me enseñaba fotos del plano. A veces no decía nada, y se quedaba ahí, y yo, detrás del mostrador, fingía que no lo veía.

—El Del Valle ya no se para en la parada —dijo la abuela, un sábado, desde su silla—. El Del Valle ya se sienta en tu ventana.

—Es cliente, abuela.

—¿Cliente de qué? —dijo la abuela—. No compra nada. Se sienta y te mira. —Sonrió—. Es el cliente más caro del pueblo, mija.

Y no paga nada.

—No sé qué quiere que haga, abuela.

—¿Qué quieres hacer tú? —dijo la abuela.

No contesté. No sabía. Y la abuela, con su paciencia de siempre, no insistió.

Ese mismo sábado, Mateo me enseñó el plano de la casa de campo. Lo extendió sobre el mostrador, con las manos temblorosas y los ojos brillosos, y me fue señalando: el patio, la cocina grande, el cuarto con vista a la sierra.

—¿Y esa pared? —dije, señalando una línea.

—Es la del horno —dijo él—. Puse el horno cerca de la ventana. Para que el que amase vea la calle. —Me miró—. Pensé en tu tienda. En la luz que tiene por las mañanas.

—¿Y para quién es la casa? —dije, con la voz rara.

—Para un cliente que se quiere retirar —dijo él—. Pero le estoy metiendo cosas que yo quiero tener. —Hizo una pausa—. Por si algún día las necesito.

Me quedé mirando el plano. El horno junto a la ventana. La calle. La luz de las mañanas.

—Es una casa bonita, Mateo —dije, y era la verdad—. De las que una se quiere quedar.

—Ya sé —dijo él, con una sonrisa que se le escapó—. Por eso la estoy diseñando.

Se quedó un momento en silencio, mirándome, y luego dijo, como quien no quiere la cosa:

—La casa es para un matrimonio que se quiere retirar. Él fue mi profesor en la facultad. Me enseñó que un buen plano no es el que se ve bonito, sino el que se habita bien. —Hizo una pausa—. Y yo, hasta hace poco, no sabía qué era habitar bien. Vivía en el departamento, pero no lo habitaba. —Me miró—. Ahora sé que habitar bien es esto: una calle con gente que te saluda, una tienda con olor a pan, y un lugar al que uno quiere volver los sábados.

—¿Y vas a volver los sábados? —dije.

—Voy a volver todos los días que me dejes —dijo él—. Los sábados, los martes, los jueves. —Sonrió—. Es lo único que tengo claro en el plano.

La semana de la posada, el pueblo entero se organizó.

La posada del 19 de diciembre era la tradición más grande de San Gabriel: las letanías, los faroles, el ponche, las piñatas. Paulina me pidió que hiciera el pan. Chole, que llevaba la organización, me puso a cargo de la mesa de los dulces. Y la abuela, que era la que cantaba las letanías desde que tenía memoria, ensayaba en la cocina de su casa, con la voz cascada y la misma devoción de siempre.

—¿Y el Del Valle? —preguntó Paulina, un día, mientras probaba mi pan—. ¿Va a venir a la posada?

—No sé —dije—. No le he preguntado.

—Pues pregúntale, prima. —Paulina me miró—. Lleva dos meses viniendo cada sábado. Dos meses sentándose en tu ventana. Dos meses esperando que le digas algo. —Hizo una pausa—. Val, yo no soy de meterme, pero… ¿tú qué sientes?

—No sé —dije, y la frase me salió cansada, porque era la misma desde octubre—. No sé qué siento, Paulina.

—¿Y cómo vas a saberlo? —dijo Paulina—. ¿Esperando a que él se canse?

La pregunta me quedó dando vueltas toda la semana.

El viernes por la noche, antes de la posada, estaba cerrando la tienda cuando vi la luz encendida en la parada del mercado.

Mateo. No era sábado. Era viernes. Y estaba ahí, parado junto al poste, con las manos en los bolsillos, mirando la plaza.

Crucé la calle. Me paré frente a él.

—No es sábado —dije.

—Ya sé —dijo él—. Mañana es la posada. Y quería… —Hizo una pausa—. Quería preguntarte si vas a ir.

—Claro que voy a ir. Hago el pan.

—¿Y si voy yo? —dijo él—. A la posada. ¿Está bien que vaya?

—El pueblo entero va a ir, Mateo. La posada es de todos.

—No te pregunté si el pueblo iba a ir —dijo él—. Te pregunté si está bien que vaya yo.

Me quedé callada. La plaza, las luces de diciembre, él parado frente a mí.

—¿Y a ti qué te importa si está bien o no? —dije, al fin.

—Me importa —dijo él, con la voz rara—. Me importa, Valeria. Todo lo que tenga que ver contigo me importa. Desde hace dos meses, desde hace catorce años, desde siempre.

—No digas eso.

—¿Por qué no?

—Porque —dije, y la voz se me quebró—, porque si lo dices, lo creo. Y si lo creo, me va a doler cuando te vayas.

—¿Y si no me voy?

—Todos dicen eso, Mateo.

—Yo no soy todos. —Se acercó—. Yo soy el que se quedó dos meses en una parada del mercado esperándote. Yo soy el que aprendió a hacer pan de muerto. Yo soy el que tiene un proyecto de casa de campo a tres horas de aquí, y que está pensando en quedarse. —Me miró—. Yo no soy todos, Valeria. Yo soy el que no se va.

Y se dio la vuelta, y caminó calle abajo, y yo me quedé en la parada del mercado, con las luces de diciembre y las palabras dando vueltas.

Y por primera vez desde la boda, sentí que el miedo, el que me había tenido parada, empezaba a soltar.

Mañana era la posada.

Y yo iba a hacer pan.

Y él iba a estar ahí.

Capítulo 57 — El café de la disculpa

El sábado siguiente, en vez de ir a la parada del mercado, la esperé en la puerta de la tienda.

—¿Y el pan? —dijo ella, saliendo con el delantal puesto.

—Hoy no traje pan —dije—. Hoy traje otra cosa.

—¿Qué?

—Una disculpa —dije—. La que te debía desde hace dos meses. La que te debía desde hace catorce años. —Señalé la plaza—. ¿Me das una hora? El café de la plaza está abierto. Y hace frío. Y quiero decirte cosas que no he dicho en voz alta nunca.

Ella me miró. Con el delantal, el pelo recogido y una cara que no sabía si era desconfianza o curiosidad.

—Una hora —dijo—. Y si me aburro, me voy.

—Te vas —dije—. Con todo el derecho.

Nos sentamos en la mesa de afuera del café de la plaza, con dos tazas de café de olla y el frío de diciembre. El pueblo pasaba: la señora de la farmacia con su mandado, Don Román con su periódico. Nadie nos miró raro. Ya éramos parte del paisaje: la repostera y el arquitecto de los sábados.

—Dime —dijo ella, con las manos alrededor de la taza.

—Antes de que te diga todo —dije—, quiero que sepas una cosa. —Hice una pausa—. Cuando iba en el camión de vuelta a la ciudad, el domingo después de la boda, pensé en tirar el teléfono a la carretera. Pensé en no volver. Pensé en que era más fácil quedarme con el despacho, con la placa, con la vida que ya tenía armada, y olvidarme de San Gabriel. —La miré—. Y duré exactamente tres días. Porque no hay nada en esa vida que se parezca a esto. A ti. A la parada del mercado. Al pan de muerto que aprendí a hacer contigo.

—¿Y por qué volviste? —dijo ella, con la voz rara.

—Porque me di cuenta de algo —dije—. Llevo catorce años construyendo una vida para que mi mamá estuviera orgullosa. Y ella

está orgullosa: del despacho, de la placa, del departamento. —Hice una pausa—. Y yo, en esa vida, no estaba. Era como el traje del novio: bien puesto, bien planchado, y vacío por dentro.

—¿Y ahora? —dijo ella.

—Ahora —dije—, ahora estoy lleno. Por primera vez en catorce años, estoy lleno. Y quería decirte todo esto antes de pedirte lo que te voy a pedir, para que sepas de dónde sale.

Ella tomó su café. Esperó.

—Dime —dijo, otra vez.

—Te voy a decir todo —dije—. Sin adornos. Sin ensayos. Sin contratos. —Respiré hondo—. Lo del baile: te invité por una apuesta. Cien pesos y el caballo de mi papá. Los Rojas. Eso ya te lo dije. —Hice una pausa—. Lo que no te dije es lo que pasó después. Esa noche, en el portal, con las cervezas abiertas, te vi a lo lejos, con tu vestido, esperando. Y no crucé. No por los Rojas. No por mi papá. Por mí. Porque tú eras demasiado de verdad, y yo no sabía qué hacer con algo de verdad. —La miré—. Y me quedé con la culpa catorce años.

Ella no dijo nada. Tomó su café. Esperó.

—Y luego —seguí—, llegó lo del trato. El contrato. La libreta ridícula. Y te juro, Valeria, que al principio era un negocio: yo necesitaba que mi mamá me dejara en paz, y tú necesitabas un novio para la boda. Era un trato. —Hice una pausa—. Pero en el mercado, cuando me diste la mitad de tu elote, dejó de ser un trato. Y en la cocina, cuando me enseñaste a amasar, dejó de ser un trato. Y en la banca del kiosco, a las tres de la mañana, cuando apagaste el teléfono para quedarte conmigo… —La miré—. Ahí, Valeria, ya no era un trato. Era la cosa más real que me había pasado en la vida.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? —dijo ella, con la voz rara —. Antes de la boda. Antes del grito de Chole. Antes de que el pueblo entero se enterara por tu tía y no por ti.

—Porque soy un cobarde —dije—. Porque llevo catorce años siendo un cobarde con las únicas cosas que importan. —Hice una

pausa—. Porque te iba a decir todo después de la boda. Te lo prometí en el kiosco, y te lo prometí en la fuente, y las dos veces llegué tarde. —La miré—. Y ya no quiero llegar tarde, Valeria. Prefiero decirlo todo ahora, aunque me digas que no, aunque te levantes y te vayas, aunque me quede con el café pagado y la taza vacía.

Se quedó callada. Un rato largo. El café, el frío, el pueblo pasando.

—¿Y qué quieres? —dijo, al fin—. ¿Qué quieres, Mateo?

—Quiero que me dejes intentarlo —dije—. Quiero volver al pueblo. Quiero construir la casa de campo y quedarme. Quiero sentarme en la ventana de tu tienda los sábados, y los martes, y los jueves. Quiero que un día, cuando ya no duela, me digas que sí. —Hice una pausa—. Quiero, Valeria, que el trato se acabe de verdad. Y que esto, lo que sea que esto sea, empiece de verdad.

Ella me miró. Con los ojos brillosos y las manos alrededor de la taza.

—Eso es mucho querer, Mateo —dijo.

—Ya sé —dije—. Pero aprendí a esperar. Y puedo esperar lo que haga falta.

Se levantó. Dejó la taza. Se ajustó la chamarra.

—Todavía no —dijo—. Todavía no te digo que sí. —Me miró—. Pero ya no te digo que no. —Hizo una pausa—. Y eso, Mateo Del Valle, es más de lo que te he dicho en dos meses.

—¿Y qué más necesitas? —dije—. Dime. Lo que sea. El tiempo que sea.

—Necesito ver —dijo ella—. Ver que el sábado que viene estás en la parada. Y el otro. Y el otro. No necesito discursos, Mateo. Ya me diste el mejor discurso que me han dado en la vida. —Sonrió, apenas—. Ahora necesito ver. Necesito que el hombre del café sea el mismo de los sábados, y el de los sábados sea el mismo de la parada, y que ninguno de los tres se vaya.

—¿Y si no me voy? —dije.

—Entonces —dijo ella—, un día de estos, sin que te lo esperes, vas a llegar a la parada y me vas a encontrar a mí. Esperándote. —Se levantó—. Esa es la única promesa que te puedo hacer. Y no sé cuándo va a ser.

—¿Y mientras tanto? —dije, levantándome también.

—Mientras tanto —dijo ella, ajustándose la chamarra—, vas a seguir haciendo lo que has hecho: venir los sábados, traer pan de muerto, sentarte en la ventana. —Sonrió, apenas—. Es un buen sistema. No lo descompongas.

—¿Y qué sigue? —dije, levantándome también.

—Sigue la posada —dijo ella—. El sábado que viene. El 19. En la plaza. Con letanías, y ponche, y piñatas. —Sonrió, apenas—. Y pan de muerto, que lo hago yo.

—¿Y yo?

—Tú —dijo ella, y se dio la vuelta, y caminó hacia su tienda, y desde la puerta, sin volverse, dijo—: Tú sabes pedir posada, ¿no?

Y entró, y me dejó parado en la plaza, con el café pagado, la taza vacía y el corazón a mil.

La posada.

El sábado que viene.

Sabía pedir posada. Por supuesto que sabía.

Pero esta vez, por primera vez en mi vida, iba a pedirla de verdad.

Capítulo 58 — La posada

La posada del 19 de diciembre salió perfecta.

La plaza se llenó de faroles de papel, el puesto del ponche humeaba desde las seis, y la piñata —una estrella de siete picos que Paulina encargó a Guadalajara— colgaba del kiosco como una promesa. El pueblo entero estaba ahí: la señora de la farmacia con su rebozo, Don Román con su termo, el señor de la tortillería con su familia, Chole con sus hijos.

Y yo, detrás de la mesa de los dulces, con el pan de muerto recién salido y el corazón a mil.

—¿Ya vino? —dijo Paulina, apareciendo a mi lado.

—¿Quién?

—El Del Valle. —Sonrió—. No te hagas, prima. Todo el pueblo sabe que hoy es el día grande.

—No sé de qué hablas.

—Claro que no. —Paulina me dio un codazo—. Por eso llevas media hora mirando la esquina de la calle principal.

No contesté. Pero sí: llevaba media hora mirando la esquina.

—¿Y si no viene? —dije, sin darme cuenta de que lo decía en voz alta.

—Entonces —dijo Paulina, tomándome del brazo—, entonces el pan de muerto se lo come el pueblo, y tú te quedas con las ganas, y yo te acompaño a echarte una llorada en la cocina. Pero va a venir, prima. —Me apretó el brazo—. Los que aprenden a esperar no fallan el día de la posada.

El puesto de ponche se llenó primero, con los niños y los abuelos. La piñata, la estrella de siete picos, colgaba del kiosco, y los jóvenes de la plaza ya le daban vueltas, midiendo el tiro. Yo repartí los dulces en la mesa, con el pan de muerto al centro, y me quedé mirando la esquina.

—Si no viene —dijo la señora de la farmacia, que se había acercado a probar el pan—, el pueblo entero va a saber que yo ya le

había guardado el periódico.

—¿Y por qué le guarda el periódico, señora?

—Porque los que esperan —dijo la señora de la farmacia, con una sonrisa que no le conocía—, los que esperan de verdad, se merecen que alguien los espere también.

Y se fue, dejándome con la frase y el corazón raro.

—Ya va a empezar la letanía —dijo la abuela, con su chal y su voz de mando—. Los peregrinos, de este lado. Los que reciben, del otro. —Me miró—. Tú, mija, con los que reciben. Los dulces son para los que llegan.

—¿Y si no llega nadie?

—Siempre llega alguien, mija —dijo la abuela—. Esa es la gracia de las posadas: uno nunca sabe quién va a tocar la puerta.

Y empezó la letanía.

La abuela cantó con su voz cascada, la de siempre, y el pueblo contestó: "¿Quién es? / Son los peregrinos / que vienen de lejos / pidiendo un rincón." Los faroles, las voces, el frío de diciembre. Y yo, detrás de la mesa de los dulces, viendo la procesión dar la vuelta a la plaza, buscando una cara entre los faroles.

No estaba.

La primera letanía terminó, y el pueblo aplaudió, y la abuela repartió el ponche, y yo miré la esquina, y la esquina estaba vacía.

—Todavía puede llegar —dijo Paulina, a mi lado.

—Ya sé que puede llegar —dije—. No estoy esperando a nadie.

—Claro que no. —Paulina me apretó el brazo—. Por eso tu pan de muerto lleva dos horas sin venderse. Lo estás guardando.

No contesté. Porque tenía razón.

La segunda letanía empezó. La abuela cantó, el pueblo contestó, y los peregrinos —los niños con sus faroles, el señor de la tortillería con su bastón— se acercaron a la puerta de la casa de la abuela, que este año hacía de posada.

Y entonces, al final de la procesión, apareció.

Mateo.

Con una chamarra que no le había visto, el pelo revuelto y un farol de papel en la mano, siguiendo la procesión como un peregrino más. No venía con los niños. Venía solo, al final, con su farol encendido y la cara seria.

—Llegó —dijo Paulina, y me apretó el brazo—. Llegó, prima.

—Ya lo vi.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada —dije—. Voy a esperar a que pida posada. Como todos.

La tercera letanía empezó. Los peregrinos cantaron, y esta vez, cuando llegó el momento de que alguien tocara la puerta, Mateo se adelantó.

Se paró frente a la puerta de la casa de la abuela, con su farol, y cantó, con una voz que no le conocía, ronca y seria:

—"En nombre del cielo, os pido posada, pues no puede andar mi esposa amada."

El pueblo se quedó callado. La señora de la farmacia se llevó la mano a la boca. Chole, desde su esquina, abrió los ojos como platos.

—"Mi esposa amada" —murmuró Paulina, a mi lado—. Prima. Prima, dijo "mi esposa amada".

—Cállate, Paulina.

—No me callo. Lo dijo. Todo el pueblo lo oyó.

La abuela, desde adentro, contestó con la letanía de siempre, la de los que reciben:

—"Aquí no es mesón, sigan adelante, yo no puedo abrir, no sea algún tunante."

—"No seas inhumano, ten caridad" —cantó Mateo, y su voz se oyó en toda la plaza—. "Que el Dios de los cielos te lo ha de pagar."

—"¿Y quién es usted?" —cantó la abuela.

—"Soy un hombre que aprendió a esperar" —cantó Mateo, y el pueblo entero contuvo el aire—. "Y que viene a pedir posada de verdad."

La abuela abrió la puerta. Se quedó parada en el umbral, con su chal y su sonrisa de la que lo ve todo, mirando a Mateo con su farol.

—"Entren, peregrinos" —cantó la abuela, con la voz cascada y la sonrisa grande—. "Reciban rincón. Que aunque es pobre la morada, os la doy de corazón."

Y luego, sin cantar, en voz normal, con esa calma suya que pesaba, la abuela dijo:

—Y el que pide posada y se queda, se queda, mijo. Esa es la regla de esta casa.

Mateo la miró. El pueblo lo miró. Y yo, detrás de la mesa de los dulces, con el pan de muerto en las manos, sentí que el corazón se me iba a salir del pecho.

—¿Ya comiste, mijo? —dijo la abuela, tomándolo del brazo—. Anda, entra. El ponche está caliente. Y el pan de muerto lo hizo mi nieta. —Lo miró—. El que guardó para ti.

Mateo me buscó con la mirada. La encontró. Y sonrió, con una sonrisa que me llegó a través de toda la plaza.

—Entonces sí comí —dijo—. Ya comí. Gracias, abuela.

—¿Ya comiste? —repetí yo, desde la mesa de los dulces, con la voz rara.

—Ya comí —dijo él, mirándome—. Pero si me ofreces pan, me siento a comer otra vez.

El pueblo entero se rió. La señora de la farmacia lloraba. Chole, desde su esquina, se limpiaba un ojo con el dorso de la mano.

—Pues siéntate —dije, y mi voz salió apenas un hilo—. Siéntate, Mateo.

Y él entró a la posada. Y el pueblo aplaudió. Y la piñata se rompió, y los niños gritaron, y el ponche se repartió, y yo me quedé detrás de la mesa de los dulces, con el pan de muerto en las manos, viendo a Mateo Del Valle sentado en la mesa de la posada, con su farol apagado y el pueblo entero sonriendo.

El que pide posada y se queda, se queda.

Y Mateo, por fin, se había quedado.

Capítulo 59 — El atrio

La posada terminó a las once, entre ponche, piñata y villancicos. El pueblo se fue despacio, con sus faroles y sus niños dormidos, y la plaza se quedó en silencio, con las luces de diciembre todavía encendidas.

Yo me quedé. No supe por qué. Solo supe que no quería irme a la casa de campo que me prestó el cliente, ni al camión de las once, ni a ningún lado que no fuera donde ella estaba.

Y la encontré en el atrio.

Valeria estaba sentada en las escaleras de la parroquia, con una chamarra encima del vestido de la posada, mirando la puerta de la iglesia. Como aquella vez, en octubre, cuando nos encontramos sin buscarnos. Como la niña de la prepa, que esperó en el atrio a un imbécil que no llegó.

—¿Sabes? —dijo ella, sin volverse, cuando me oyó llegar—. Este es el lugar donde más te he esperado en la vida.

—Ya sé. —Me senté a su lado, a un metro de distancia—. Y yo soy el que más te ha hecho esperar.

—Catorce años —dijo ella—. Catorce años, Mateo. Y mira: sigo aquí, en el atrio, esperando.

—Ya no tienes que esperar más —dije.

—¿Y cómo lo sé? —dijo ella, volviéndose por fin—. ¿Cómo sé que esta vez sí vas a llegar? ¿Cómo sé que no es otra apuesta, otro contrato, otro trato?

—Porque no hay trato —dije.

—Dímelo de verdad —dijo ella—. Dímelo como me lo dijiste en el café. Sin adornos. —Me miró—. Dime qué soy para ti, Mateo. Y dime qué era para ti cuando empezó todo. Y dime cuándo cambió.

Me quedé callado. El atrio, las luces de diciembre, la pregunta que llevaba dos meses esperando.

—Cuando empezó todo —dije—, eras un trato. Una libreta con reglas. Un plan para que mi mamá me dejara en paz. —Hice una

pausa—. Y cambió en el mercado, cuando me diste la mitad de tu elote y no me cobraste nada. Cambió en la cocina, cuando te reíste de mi fondant. Cambió en la banca del kiosco, cuando apagaste el teléfono y me miraste como si yo fuera el único lugar donde querías estar. —La miré—. Y ahora, ahora eres la parada del mercado. Eres el pan de muerto. Eres la casa de campo que estoy diseñando con el horno junto a la ventana, por si algún día amasas ahí. —Hice una pausa—. Eres, Valeria, la única cosa de verdad que tengo en la vida.

—¿Y qué soy? —dijo ella, con la voz apenas un hilo—. ¿Qué soy para ti?

—Eres la mujer que voy a esperar el tiempo que haga falta —dije—. Y si me dejas, la que voy a querer el resto de mi vida.

—¿Y cómo se llama eso? —dijo ella—. En el trato, eso no venía.

—En el trato no venía —dije—. Pero yo lo sé. Se llama lo que no se escribe en ninguna libreta. —La miré—. Se llama lo que me hizo arrodillarme en el atrio de esta iglesia, donde te planté hace catorce años, para que me perdones.

Me levanté. Me paré frente a ella. Y me arrodillé.

En el atrio. En las escaleras de la parroquia, donde ella esperó catorce años. Me arrodillé, con las manos en las rodillas y el corazón en la boca, y la miré a los ojos.

—No hay trato —dije—. Hay esto. —Me toqué el pecho—. Esto, Valeria. Lo que sea que esto sea. Lo que llevo cargando desde la prepa, lo que no supe nombrar, lo que me hizo quedarme dos meses en una parada del mercado esperándote. —Hice una pausa—. No hay trato, Valeria. Hay esto. Y esto no se acaba el domingo. Esto no se acaba nunca.

Ella me miró. Sentada en las escaleras del atrio, con la chamarra y los ojos brillosos, mirándome arrodillado frente a ella.

—Levántate —dijo, con la voz rara—. Levántate, Mateo. No tienes que arrodillarte.

—Sí tengo —dije—. Me arrodillé tarde, hace catorce años. Esta vez lo hago a tiempo. —La miré—. Valeria Montes, te pido perdón

por la prepa. Por el baile. Por la apuesta. Por el trato. Por la boda. Por llegar tarde siempre. —Hice una pausa—. Y te pido que me dejes quedarme. No por una semana. No hasta el domingo. Para siempre.

Ella se quedó callada. El atrio, las luces de diciembre, la noche.

—¿Y el cuaderno? —dijo, al fin—. El contrato. ¿Qué vamos a hacer con el contrato?

—Chole lo tiene —dije—. Y Chole dijo que si algún día hacía algo que valiera la pena, lo rompería yo mismo, delante de ella. —Me encogí de hombros—. Esto, arrodillarme aquí, delante de ti, es lo que vale la pena. Lo demás, el papel, se rompe mañana. O el lunes. O cuando tú quieras. —La miré—. Pero esto, Valeria, esto no es papel.

Se levantó. Me miró desde arriba, con las manos en los bolsillos de la chamarra.

—Tienes las rodillas en el suelo —dijo, con la voz apenas un hilo.

—Ya sé.

—Y el pueblo entero te vio pedir posada.

—Ya sé.

—Y dijiste "mi esposa amada". —Sonrió, con una sonrisa que se le escapaba—. Todo el pueblo lo oyó, Mateo. La señora de la farmacia ya te está planeando la boda.

—Que la planee —dije—. Mientras sea contigo.

—Pues siéntate, hijo —dijo ella, y me tendió la mano—. Siéntate. Que ya llevas mucho tiempo de rodillas.

Tomé su mano. Me levanté. Y nos quedamos parados, frente a frente, en el atrio, con las escaleras de la parroquia y las luces de diciembre y los catorce años de espera entre los dos.

—¿Y ahora? —dijo ella.

—Ahora —dije, y me acerqué—. Ahora, por fin, esto.

Y la besé.

En el atrio. En las escaleras donde ella esperó catorce años. La besé, con el frío de diciembre y las luces de la plaza y el pueblo entero dormido, y el beso supo a pan de muerto, a café de olla, a posada, a todo lo que habíamos esperado sin saber que estábamos esperando.

Y el teléfono, el de la casa de la abuela, el que siempre sonaba a destiempo, sonó.

Y ninguno de los dos lo contestó.

Sonó, y sonó, y se quedó sonando en el bolsillo de su chamarra, y nosotros seguimos besándonos, y el teléfono, por fin, se calló, como si también supiera que ya había perdido la pelea.

Nos separamos, despacio, con la respiración revuelta.

—Sonó el teléfono —dijo ella, con la voz rara.

—Ya sé.

—Y no lo contestamos.

—Ya sé. —Sonreí—. Tenemos récord.

Se rió. Con una risa mojada, de las buenas, de las que se le escapan. Y me abrazó, con la cara pegada a mi pecho, y yo la abracé, en el atrio, bajo las luces de diciembre, y sentí que los catorce años, la apuesta, el contrato, el trato, todo, se quedaba en las escaleras de la parroquia, donde había empezado y donde, por fin, terminaba.

—¿Y ahora qué? —dijo ella, con la voz ahogada contra mi chamarra.

—Ahora —dije—. Ahora la boda.

—¿Qué boda?

—La nuestra —dije—. La que la señora de la farmacia ya está planeando. —La abracé más fuerte—. La que el padre Memo va a oficiar, con las arras y el lazo, y la abuela llorando, y Chole pidiendo perdón, y todo el pueblo. —Hice una pausa—. La que voy a esperar, Valeria, con la paciencia que aprendí. Pero la voy a esperar contigo.

Ella levantó la cara. Me miró. Con los ojos brillosos y la sonrisa más grande que le había visto.

—¿Y cuándo? —dijo.

—Cuando quieras —dije—. Mañana. El año que viene. Cuando digas. —La miré—. Yo ya aprendí a esperar.

—Pues no esperes mucho —dijo ella, y me besó otra vez, y desde el fondo del atrio, desde la puerta de la parroquia, se oyó la voz del padre Memo, que salía a cerrar:

—¡Ya, hijos! ¡A sus casas! ¡Que mañana hay misa!

Y nos reímos, y salimos del atrio tomados de la mano, con las luces de diciembre y el pueblo dormido y la noche, por fin, del lado nuestro.

Capítulo 60 — Un año después

El 4 de noviembre de 2027, San Gabriel se vistió de fiesta otra vez.

La parroquia amaneció con flores, el salón La Hacienda con manteles blancos, y la plaza con el letrero que la señora de la farmacia puso en su ventana, escrito con su mejor letra: "HOY SE CASA LA MONTES". Debajo, en letras más chiquitas: "Y el Del Valle. Pero ella es la nuestra."

Yo me vestí en la casa de la abuela, con el espejo del cuarto de mi mamá y las manos sudadas.

El vestido.

Era azul. El azul de siempre: el del baile de la prepa, el que mi mamá me cosió cuando tenía dieciséis años. Lo había guardado todo este tiempo, envuelto en papel de china, en el ropero de la abuela. Y el año pasado, cuando Mateo me pidió que me casara con él —arrodillado, otra vez, en el atrio, como la noche de la posada—, lo saqué, lo miré, y supe que era ese.

—¿Otra vez el azul? —dijo mi mamá, ayudándome con los botones—. ¿No querías uno blanco, mija?

—Quiero este —dije—. Este es el que esperó en el atrio. Este es el que él vio a lo lejos y no cruzó. —Me miré en el espejo—. Este es el que va a entrar a la iglesia.

—¿Y no está viejo?

—No está viejo, mamá. Está esperando. Como yo.

Mi mamá sonrió, con esa sonrisa de las que entienden todo, y me abotonó el vestido, y me arregló el pelo, y me dijo que estaba preciosa, y que mi abuela estaría orgullosa, y que mi papá, desde donde estuviera, seguro también.

La abuela me esperaba en la puerta, con su chal y sus ochenta y tres años.

—¿Lista, mija? —dijo.

—Lista, abuela.

—Te guardé pan de muerto, mija —dijo la abuela, tomándome del brazo—. Porque las novias que no comen se desmayan. Y tú no te vas a desmayar el día de tu boda.

—Ya comí, abuela. Un pan de muerto. El de la tienda.

—¿El de tu tienda?

—El de mi tienda. —Sonreí—. El de la receta de usted.

La abuela me apretó el brazo. Y caminamos las dos por la calle principal, con el pueblo entero mirando, con las campanas de la parroquia sonando y el vestido azul rozando el suelo.

En la puerta de la iglesia, el padre Memo me esperaba, con sus lentes y su sonrisa.

—Señorita Montes —dijo—. Otra vez usted, en el atrio, con la mirada de verdad. —Me guiñó un ojo—. Esta vez, mija, ni siquiera la ensayó. Me late que salió sola.

—Salió sola, padre —dije—. Como todas las buenas.

Entré a la iglesia.

Y ahí estaba él.

Mateo, parado en el altar, con el traje azul marino y la corbata, mirándome entrar. Con la mirada de la banca del kiosco, la de la fuente, la de la posada. La de siempre. La que no se ensaya.

La que me esperó catorce años, y luego dos meses en una parada del mercado, y luego una vida.

—¿Ya comiste? —me preguntó, en voz baja, cuando llegué al altar, con la misma pregunta de siempre, la del pueblo, la nuestra.

—Ya comí —dije, y me reí—. Pero me vuelvo a sentar a la mesa contigo.

El padre Memo tosió. La iglesia se rió. Y la abuela, desde la primera banca, con su pañuelo, lloraba.

—¿Quién entrega a esta mujer? —dijo el padre Memo.

—Yo —dijo la abuela, levantándose, con la voz cascada pero firme—. Yo la entrego. Y al que se la lleve, mijo, que sepa: los Del Valle siempre han sido malos pagadores. Pero los Montes sabemos

cuándo cobrar. —Le tendió la mano a Mateo, con el anillo de bodas en la palma—. Y esta, mijo, la cobro yo.

La iglesia entera se rió. Mateo tomó el anillo, con las manos temblando.

—La cobro yo también —dijo, en voz baja, mirándome—. Todos los días. Por el resto de mi vida. —Sonrió—. Es el contrato que sí voy a cumplir.

—¿Y qué dice ese contrato? —dije.

—Dice que no hay trato —dijo él, y me tomó las manos—. Hay esto. —Señaló el espacio entre los dos—. Y esto no se acaba el domingo. Esto se acaba nunca.

—Eso ya lo dijiste en el atrio —dije, con la voz rara.

—Y lo voy a decir todos los días —dijo él—. Hasta que te canses.

—No me voy a cansar —dije—. Las Montes no se cansan de los Del Valle en tratamiento.

—¿Y tú para cuándo, Valeria? —gritó la señora de la caja del banco, desde el fondo de la iglesia, con la voz de las que ya no tienen nada que perder.

—¡Ya, señora! —grité, y la iglesia entera se rió—. ¡Ya, por fin, ya!

Y el padre Memo dijo las palabras, y las arras pasaron de mano en mano, y el lazo se puso sobre nuestros hombros, y yo miré a Mateo, al otro lado del lazo, con el vestido azul y el corazón a mil.

—Yo los declaro marido y mujer —dijo el padre Memo—. Pueden besar a la novia.

Y nos besamos. En el altar, con el lazo y las arras y la iglesia entera llorando, nos besamos, y el beso supo a catorce años de espera, a elote compartido, a fondant, a pan de muerto, a parada del mercado, a posada, a todo.

Salimos de la iglesia bajo la lluvia de arroz, con las campanas sonando y el pueblo entero aplaudiendo. La señora de la farmacia lloraba. Don Román aplaudía con el periódico en la mano. Chole,

desde la puerta, se limpiaba los ojos, y cuando me vio pasar, me tomó del brazo y me dijo, con la voz quebrada:

—¿Y mi perdón, mija? ¿Me perdonas?

—Te perdono, tía —dije, y la abracé—. Te perdono todo. —Y luego, más bajo—: Pero el cuaderno, tía. El cuaderno me lo das. Que ya no hay nada que probar.

—El cuaderno —dijo Chole, y se metió la mano al delantal, y sacó el cuaderno de recetas, el del contrato, el de las reglas—. Tómalo, mija. —Me lo puso en las manos—. Ya no sirve para nada. Ahora es tuyo.

Tomé el cuaderno. Lo miré. Las reglas, el contrato, la mentira de la que había nacido todo.

Y entonces, delante de toda la iglesia, lo rompí.

Página por página, lo rompí, y dejé caer los pedazos en el suelo de la parroquia, entre el arroz y las flores.

—No hay trato —dije, en voz alta, para que el pueblo entero lo oyera—. Hay esto.

Y Mateo me tomó de la mano, y el pueblo aplaudió, y las campanas sonaron, y el arroz cayó, y la abuela, desde la puerta, con su pañuelo y su sonrisa de la que lo ve todo, dijo, en voz baja, para ella sola:

—Y el amor, mija, no pregunta cómo empezó. Pregunta cómo sigue.

Y siguió. Y siguió. Y siguió.

Esa noche, en el banquete del salón La Hacienda, con el pueblo entero bailando y la señora de la farmacia llorando en la barra, Mateo me sacó a bailar. El vals de los padrinos, el mismo de la boda de Emilio y Paulina, y esta vez no había contrato, no había trato, no había mentira. Solo él, y yo, y el lazo que nos habían puesto en la iglesia.

En la mesa de los pasteles —el de tres pisos, que hice yo misma, con el glaseado de la receta de la abuela y el fondant que ya no se me desmoronaba—, la señora de la farmacia le dio la primera

rebanada al padre Memo, y el padre Memo, con los lentes y la sonrisa, dijo que era el mejor pastel que había probado en cuarenta años de bodas, y que eso ya era mucho decir.

—¿Sabes qué es lo mejor de esta boda? —me dijo, al oído, mientras bailábamos.

—¿Qué?

—Que no la ensayamos —dijo él—. Salió sola. Como todas las buenas.

—Eso lo dijo el padre Memo —dije, riéndome.

—Lo aprendí de él —dijo Mateo—. Y lo aprendí de ti. —Me apretó la mano—. Todo lo bueno que sé, lo aprendí de ti, Valeria.

Y yo, con el vestido azul y el corazón lleno, le dije lo que no le había dicho todavía, lo que me había guardado desde la posada, desde el café, desde la parada del mercado, desde el atrio, desde la prepa:

—Y yo a ti, Mateo. Todo lo bueno que soy, lo soy porque me esperaste.

—Entonces —dijo él, y me miró con esa mirada de la banca del kiosco—, voy a seguir esperándote. Por el resto de mi vida. Es el único trabajo en el que no me jubilo nunca.

Y el baile siguió, y el pueblo siguió, y la vida, la de verdad, la que no se escribe en ninguna libreta, siguió también.

Como el pan de muerto de la tienda La Valiente, que se hace todos los años, con la receta de la abuela, para los que se fueron.

Y para los que, por fin, se quedaron.

COLOFÓN

Novio de mentiras

Daniela Fuentes

Primera edición: 2026
© 2026 Daniela Fuentes. Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio, sin la autorización escrita de la autora.

Esta novela fue creada con la asistencia de herramientas de
inteligencia artificial, bajo la dirección, revisión y edición
de la autora. El resultado final es una obra humana.
